LILIANA BODOC

LOS DÍAS DE LA SOMBRA

LA SAGA
DE LOS
CONFINES 2



LOS DÍAS DE LA SOMBRA

BODOC LILIANA

LIBRO 2 - SAGA DE LOS CONFINES

El tiempo no tiene una sino sus muchas ruedas. Una rueda para las criaturas de corazón lento, y otra para las de corazón apresurado. Ruedas para las criaturas que envejecen lentamente, ruedas para las que se hacen viejas con el día.

Digo esto porque habrá quienes quieran saber cuánto tiempo transcurrió desde que los husihuilkes regresaron a Los Confines, después de la guerra contra los sideresios, hasta el día en que Kuy-Kuyen se irritó por la torpeza conque Wilkilén desgranaba el maíz.

Si me preguntan esto deberé responder que los hombres contaron cinco cosechas, el tiempo de ver crecer a un niño. Pero deberé agregar que las luciérnagas contaron cientos y cientos de generaciones muertas, un tiempo perdido en sus memorias. Y que para la montaña transcurrió apenas un instante.

Dice el que cuenta que Misáianes, hijo de la Muerte, dispone de más tiempo que una montaña.

Digo lo que es verdad. La rueda de Misáianes gira muy lentamente, como pausado late su corazón. Sucedió que, después de zarpar la flota que partía a conquistar las Tierras Fértiles, Misáianes quiso dormitar un momento. Bostezó un gran viento a favor de las velas de sus naves, y se acomodó en el hueco de su monte.

Pero Misáianes apenas había alcanzado el sueño cuando el dormir se le pobló de presagios, de náuseas y de advertencias que lo obligaron a abrir los ojos. Frente a él había una comitiva de parientes asustados, que retrocedieron al verlo despertar. Ninguno de ellos quería ser el pregonero del fracaso. Ninguno quería anunciarle la derrota.

No había, entre todos, quien se atreviera a decirle que Drimus se había quedado en las Tierras Fértiles, con algunos hombres y sus perros. Y que Leogrós había hecho el viaje de regreso para enfrentar su castigo.

Misáianes tuvo que increparlos para que balbucearan la desgracia. Cuando escuchó y comprendió lo que había sucedido, el Odio Eterno se revolvió en su nicho de roca hasta abrirse la carne.

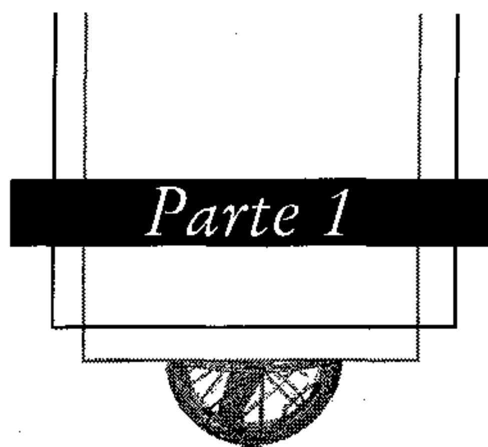
Mientras esto ocurría, los husihuilkes volvieron a abrir surcos, pusieron semillas y levantaron una cosecha. La primera después del final de la guerra.

Luego Misáianes rugió. Todos en sus dominios se protegieron la cabeza entre los brazos, y aun así cayeron vencidos por el dolor. Y mientras Misáianes rugía en la cima de un monte de las Tierras Antiguas, los husihuilkes de Los Confines vieron madurar la segunda cosecha.

Pero un día Misáianes se apaciguó. Comprendió lo que debía hacer. El hijo de la Muerte recuperaba la calma, y en el sur de la Tierra la tercera cosecha de zapallos recuperaba su dulzura.

Cuando Misáianes ordenó que buscaran a su madre y la llevaran frente a él, la gente de Los Confines estaba cantando. Se pasaban de mano en mano los zapallos nuevos y apilaban los frutos del maíz en montones de abundancia.

La madre acudió al llamado del hijo. Para entonces, los hombres del sur se preparaban para levantar la quinta cosecha, las luciérnagas habían perdido la cuenta de sus siglos, la montaña era casi la misma. Y Kuy-Kuyen se enojaba porque Wilkilén desgranaba el maíz fuera del cesto.


Parte 1

La última historia de Vieja Kush

Las dos hermanas desgranaban maíz para después moler harina. Estaban sentadas en el suelo, cada una con un cesto de mimbre rodeado por las piernas. Entre Kuy-Kuyen y su cesto se interponía un generoso vientre de madre. Entre Wilkilén y el suyo, la canción del Dañino Mosquito.

-Sería mejor que ese mosquito zumbara menos y tú trabajaras con mayor cuidado -se enojó Kuy-Kuyen.

Los granos de maíz que Wilkilén separaba del marlo, ayudada por un cuchillo de madera, se desparramaban por todo su alrededor cada vez que terminaba una estrofa y llegaba el momento de zumbar. Cuando el Dañino Mosquito abandonaba el pantano y volaba en nubes a las casas de los hombres para atacar a los niños dormidos, Wilkilén cerraba los ojos. Giraba la cabeza y zumbaba con expresión conmovida como si todos los niños husihuilkes, picados y llorosos, estuviesen frente a ella. Cuando los hombres encendían hogueras de hierbas agrias para que el humo espantara al Dañino Mosquito de regreso al bosque Wilkilén volvía a cerrar los ojos, a girar la cabeza y a zumbar; pero esta vez con expresión de alivio. Su trabajo empeoraba al final de cada estrofa porque Wilkilén, ensimismada en el zumbido, se distraía por completo. El resultado de sus estribillos era un desperdicio de alimentos.

Wilkilén contaba ya doce temporadas de lluvias. Muy pronto, al decir de Vieja Kush, la luna entraría en su cuerpo. Entonces la niña perdería su extrema delgadez y tomaría formas redondeadas. Sin embargo su alma parecía empecinada en no crecer. Wilkilén reía y lloraba por pequeñeces. Siempre alborotadora, siempre hechizada por todo tal como en los lejanos tiempos de la guerra.

-Si continúas así no podremos encontrarte esposo -le dijo su hermana-. Ningún hombre querrá mujer tan delgada y que no sepa moler harina.

Tener un esposo no era algo que inquietara a Wilkilén, de modo que comenzó a reír como si nada de lo que Kuy-Kuyen decía se refiriese a ella.

-¿Y ahora de qué te ríes?

-Del pobre hombre esposo -Wilkilén hablaba y mostraba la risa-. Del pobre hombre esposo que tiene una mujer tan delgada que no puede moler harina.

Kuy-Kuyen se cansó de aparentar paciencia, y le habló con todo el enojo que sentía.

-¡No escuchas lo que te digo! Juegas a la par de Shampalwe como si tuvieses cinco temporadas de lluvias. No pones empeño en los trabajos, no ayudas...

Vieja Kush venía hacia ellas. Kuy-Kuyen bajó la cabeza y se calló.

-¿Qué te ha enojado tanto, hija mía? -preguntó la anciana.

-¡Mira este estropicio, abuela Kush! -respondió Kuy-Kuyen, señalando el desparramo que rodeaba a su hermana menor-. Yo la escucho, la veo... Y trato de enseñarle.

-Eso está muy bien. Pero, tal vez, obtendrías mejores resultados si tus palabras buscaran la nariz de Wilkilén, y no sus oídos. Recuerda que el camino de la nariz va directo al alma.

Vieja Kush se sentó dificultosamente entre las dos jóvenes.

-Wilkilén, tú sabes que el alimento no debe malograrse.

-Es que estaba zumbando -sus ojos ya estaban mojados.

-Estuve oyendo ese lindo zumbido -volvió a decir su abuela-. Pero tal vez puedas hacer ambas cosas sin provocar enojos. Dime, Wilkilén, ¿tú cantas sin música? No comprendo por qué lo haces teniendo en tus manos tan buen instrumento. Dámelo.

Kush tomó de las manos de Wilkilén el marlo a medio desgranar y el cuchillo. Entonces comenzó la canción del Dañino Mosquito raspando el maíz al ritmo de su canto.

-¡Zumba y raspa! ¡Zumba y raspa! ¡Raspa siguiendo el compás! Zumba, raspa y mira con fijeza tu instrumento. ¿Lo entiendes? ¡No dejes de mirar tu instrumento! De ese modo tendrás música, y los granos caerán donde deben.

La anciana comenzó a levantarse. El asunto estaba terminado.

-Ahora recojan todo y entren a la casa. Pronto volverá a llover. Ya se nos acaban las lluvias, y esta noche quiero sacar una historia del cofre de la memoria. Será la última de esta temporada.

Tal como Kush lo había anunciado la lluvia no tardó en volver. Y la noche con ella. Dentro de la casa, el fuego cumplía su oficio de caldeador y hermano que reúne. En el centro de un cuero blanquecino esperaba el cofre lleno de recuerdos. La familia entera ansiaba escuchar la última historia de aquella temporada de lluvias.

Cucub y Kuy-Kuyen estaban sentados espalda contra espalda. Kuy-Kuyen sostenía en brazos al más pequeño de sus tres hijos. Los otros dos se recostaron sobre las piernas de Cucub. Del otro lado del fuego Vieja Kush terminaba de acomodar el cabello de Wilkilén. Y bastante alejado del resto, en cuclillas y contra un muro, Piukemán veía llegar por el cielo del oeste una hembra de plumaje plateado.

-Si Kush dice que ha llegado el momento, yo giraré el cofre por los cuatro costados y lo dejaré dispuesto para el destino -ofreció Cucub.

La anciana pensó un largo rato. Finalmente asintió. Algo la inquietaba, sin duda, porque nunca antes había retaceado entusiasmo a la hora de cumplir con sus obligaciones. ¡Mucho menos con aquella! Jamás se alegraba tanto de ser la más vieja como cuando llegaban las noches de sacar uno de los objetos guardados en el cofre, el primero que sus dedos rozaran, y contar una parte de la memoria. Le gustaba, y lo hacía con el don de la gracia, mezclando en las modulaciones de su voz la sentencia y la miel, la nostalgia y las dudas fingidas. Sin embargo aquella noche no era igual a las otras. Una pesadez la detenía y tuvo que hacer un enorme esfuerzo para vencerla. Cuando estuvo junto al cofre levantó la tapa apenas lo necesario para que entrara su mano. Al principio Vieja Kush tanteó el aire. Introdujo su brazo un poco más y seguía el aire. Un poco más. Los dedos revolotearon y entonces sí, allí estaba el objeto del destino.

Vieja Kush lo reconoció de inmediato en su textura de hilos sedosos y movedizos; y comprendió la causa de su inquietud y su pesadez. ¡Ay, Kush!, tendrás que mostrar lo que hallaste y contar lo que debes aunque te agotes en lágrimas. La anciana tomó el objeto y lo levantó lentamente. Lo que sacó y mostró fue una pluma verdiazul, casi tan larga como Shampalwe. Pluma de Kúkul para que todos vieran. Todos menos Piukemán que miraba un vuelo de seducción.

Kuy-Kuyen y Cucub hubieran querido ayudarla, decirle que no lo hiciera, que no importaba si contaba otra historia: Cualquiera, Kush, la que te guste. Pero sabían que no conseguirían más que sumarle enojo a su enorme tristeza, así que decidieron callar y acompañarla por los oscuros rincones donde la anciana ya estaría hurgando.

-Esta historia nos viene del día en que este pequeño hombre llegó aquí anunciando cosas incomprensibles.

Kush señaló a Cucub y quiso sonreír. Recién comenzaba a hablar, pero tuvo que detenerse para sosegar su corazón. El pecho se le hundía y no le daba paso al aire. Cucub la vio palidecer y se irguió para ayudarla, pero Kush lo detuvo con un gesto. Era cosa pasajera, ya encontraría ella la forma de continuar. Respiró profundo una vez, dos veces, tres. Y tres golpes fuertes y secos sacudieron la puerta.

-¡Kupuka! -gritó Wilkilén. Y sacudió las manos como si se quitara agua.

Ahora sí Cucub se levantó y se apresuró a recibir al visitante inesperado. El Brujo de la Tierra no había vuelto por la casa desde su regreso de la Comarca Aislada. Y ellos solamente habían podido verlo en las fiestas del Valle de los Antepasados, mal y apenas. En Los Confines se comentaba que no paraba de ir y venir de un lado a otro. Tan pronto se lo veía en el Volcán como en las aldeas del norte, rumbo a la isla de los lulus o en los pasos más altos de la montaña.

Cucub abrió la puerta y se hizo a un lado. Kupuka parecía el de siempre: su mismo morral, la misma rama añosa con la que le gustaba caminar, el mismo manto. Su melena, en cambio, se veía más revuelta y larga. Además chorreaba lluvia por todos lados.

-Te saludo, hermano Cucub. Y pido permiso para permanecer en este, tu país.

-Te saludo, hermano Kupuka, y te doy mi consentimiento. Nosotros estamos felices de verte erguido. Y agradecemos al camino que te trajo hasta aquí.

-Sabiduría y fortaleza para ti y los tuyos.

-Que el deseo vuelva sobre ti, multiplicado.

Estaba concluida la ceremonia y todos se acercaron a saludarlo. Kupuka besó a los niños y puso su mano callosa sobre el vientre de Kuy-Kuyen.

-Florecerá -el Brujo bendecía a su cuarto hijo. Cucub le dio las gracias.

Enseguida, el Brujo de la Tierra se acercó a Wilkilén que lo aguardaba sonriendo. Tomó una de sus trenzas y la sostuvo tirante hacia arriba. Wilkilén extendió los brazos y comenzó a girar como si colgara de ella. Kupuka aulló y aulló. Wilkilén dio vueltas y vueltas hasta que el mareo le hizo perder pie y cayó riendo al piso.

Piukemán avanzaba tanteando el cielo donde una hembra plateada bailaba su reclamo. Kupuka le acortó el camino y lo abrazó muy fuerte. Con el rostro contra el manto mojado y antiguo Piukemán reconoció el olor de la vida. Lejos, en un lugar del cielo, el Ahijador lo reconocía también.

Solamente faltaba saludar a Vieja Kush.

-Por ti he venido -dijo el Brujo-. Para escucharte contar una historia.

Kush apretó las manos bienvenidas.

-¡Qué viejos estamos, hermano mío!

-Puede ser. Pero tú conoces el modo de permanecer bella.

En silencio cada uno tomó su lugar cerca del fuego. Todo estaba dispuesto para reanudar la historia de la pluma de Kúkul. La presencia de Kupuka dio ánimos a Vieja Kush, tanto que se atrevió a pedir ayuda.

-Comenzaré a contar -dijo la anciana-. Pero pido a Kupuka y a Cucub que digan las palabras que me falten.

-Recuerda que yo no estaba aquí cuando sucedió lo que vas a contar -respondió Kupuka.

-Aun así podrás ayudarme.

-También yo lo haré, abuela linda -dijo Cucub-. ¡Vamos...! Todo irá por buen cauce.

Ahora Vieja Kush estaba más tranquila así que pudo recomenzar con aire suficiente.

-Decía que mi historia trata del día en que Cucub llegó a esta casa. Venía de costear el continente. Desde Beleram, su ciudad en la Comarca Aislada, hasta nuestra aldea en el sur del mundo. Lo trajo una difícil tarea que supo cumplir muy bien. Vino a traer noticias que él mismo llamó -Vieja Kush dudaba-. Que llamó...

-Noticias de dar vuelta el cielo -completó Cucub.

-Así es -rememoró Kush-. De darlo vuelta. Quienes estamos aquí, salvo los que aún no habían nacido, volveremos a sonreír si recordamos la ira de Dulkancellin ante las raras maneras y el interminable palabrerío de éste que no era más que un extranjero. Y bien, ocurrió que luego de enterarnos de que Dulkancellin partiría con el zitzahay de regreso a la Comarca Aislada, luego de conocer el mandato de los Supremos Astrónomos... En fin, luego de que todo estuvo dicho y bien dicho, Kupuka decidió marcharse.

-Debía marcharme -corrigió el Brujo-. Muy abajo de mis pies comencé a sentir que en pocos soles la tierra daría un tumbo. Entonces corrí junto a mis hermanos brujos para ponerle estorbos a la desgracia.

-¿Fue por eso que partiste dejándome librado a mi escasa suerte? -preguntó Cucub.

-Creo que sí. Al menos eso recuerdo. Pero, sigue anciana, sigue.

-Sea como sea, te marchaste. Antes le dijiste a Dulkancellin que pidiera al zitzahay una pluma de Kúkul, única señal que lo identificaba como el auténtico mensajero. Te marchaste tan rápido que olvidaste tu sombra. La pobre desamparada, que se dibujaba contra aquel muro a la luz del aceite, se fue esfumando lentamente tras tus pasos. No recuerdo el tiempo que demoró en desaparecer. Tiempo que nos tuvo a todos contemplando embobados el sortilegio. Un largo tiempo que Kume aprovechó...

Ya sabía ella que el nombre de su nieto le quebraría la voz. De nuevo empezó a faltarle el aire. A una señal de Kupuka, Cucub acudió en su ayuda.

-Kume era casi un niño. Y vio en mí al culpable de la desgracia que caía sobre su casa. Por eso aprovechó la distracción y sustrajo la pluma de Kúkul. Pensándolo ahora con verdad, debo decir que hubo indolencia de mi parte. Dejé la pluma muy alcance de la mano.

Vieja Kush le agradeció con la mirada. El pequeño hombre debía disimular tres enormes ausencias. Y lo hacía con tal ternura que repetía un poco la valentía de Dulkancellin, la entereza de Thungür y la belleza de Kume.

-Ya estoy lista para continuar -dijo Kush-. Tal cual Cucub contó, Kume tomó la pluma y la ocultó tras una pila de mimbres. Era de ver cómo este zitzahay transpiraba, tartamudeaba y revolvía sus pertenencias sin poder encontrar la señal que Dulkancellin le había pedido. La pluma de Kúkul probaba que era el auténtico mensajero; por eso mismo era la diferencia entre su vida y su muerte. Pero la pluma no aparecía. Obligado por eso Dulkancellin pronunció una sentencia de la que jamás se habría retractado de no ser porque yo, por primera y última vez, invoqué el derecho de la lluvia. ¡Y qué bien hecho estuvo!

Siguió Kush contando pero el Halcón ya no la oía. La hembra jugaba entre las nubes y él rodeaba su juego en un círculo cada vez más estrecho. Después se rozaron las alas. Siguió Kush contando. Se encrespó el plumaje oscuro, y el plumaje plateado se cubrió

de latidos. Cuando Kush dijo que la historia había llegado al final, Piukemán estaba mirando los ojos de su amada.

La pluma regresó al cofre y el cofre a su rincón. Era el momento de celebrar con alimentos el día transcurrido.

—¡Y tú, viejo loco, no te irás otra vez sin comer mi pan! -protestó Kush.

Con su risa de siempre, de cabra, Kupuka respondió que esa noche comería con ellos. Kuy-Kuyen pidió a Wilkilén que cantara a los niños una canción para el sueño mientras ella ayudaba a Kush con las tareas.

En poco tiempo el cuero extendido en el piso se llenó de manjares. La comida llegó en una vasija humeante. Era un guiso espeso de papas y garbanzos. Más todo el pan de Kush para empaparlo en el jugo picante que pedía y pedía agua de maíz para la garganta. Después, tunas rojas y negras acompañadas con miel. Además, la alegría recobrada.

Ya todos habían terminado de comer. Pero no había terminado Kupuka que continuaba con su cuidadoso trabajo de sumergir las tunas dentro de la vasija con miel, envolverlas en una rebanada de pan y comérselas de un bocado.

-Dinos, Kupuka -preguntó Cucub apenas su estómago le permitió hablar-. ¿Sólo el afán de escuchar una historia bien contada te trajo aquí?

-No sólo eso.

-¿Por qué estoy temiendo escuchar algo desagradable? -dijo Vieja Kush.

-Porque lo escucharás -le respondió Kupuka-. He venido a decirles que muy pronto vendré para llevarme a Piukemán.

—Vienes y dices que otro se irá de casa.

Kush regresó a su tristeza.

-Lo siento anciana. Pero si miras bien verás que ésta ya no es la casa de Piukemán. Su verdadera casa será un nido que él mismo construirá.

-Un nido..., un nido -Piukemán extendió los brazos buscando aferrarse a Kupuka.

-No ahora, Piukemán -contestó el viejo-. Deberás tener un poco más de paciencia.

Vieja Kush cambió la tristeza por enojo. Apiló las vasijas con dureza. Y cuando hubo desocupado el cuero lo frotó con un puñado de paja, de tal manera que parecía desquitarse con él más que limpiarlo. Durante su prolongado silencio fue acumulando palabras, palabras y palabras. Cuando ya no pudo mantenerlas dentro, las dijo unas tras otras sin respirar.

-Muy bien, ésta es la casa de los que se van. Todos se van sin dar explicaciones pero ninguno vuelve. Primero tú, pequeño hombrecito, viniste por uno. Después vino la guerra de Misáianes y se llevó a otros dos. Ahora Kupuka, viejo loco y cien veces loco, viene y dice que se llevará a Piukemán. Muy bien, ahora yo exijo que salgan todos de esta habitación, ¡ya mismo! ¡Váyanse todos! ¡Déjenme sola con este viejo puro uñas y melena que llega cada tantos años con sus tristes novedades! Les digo que abandonen ahora mismo este lugar. Váyanse a dormir, y no quiero volver a verlos hasta el amanecer...

Las órdenes de Vieja Kush fueron obedecidas de inmediato y en silencio. Kupuka esperaba sonriente a que el enojo y la angustia se le cansaran. La anciana se apretó el pecho con ambas manos y volvió a sentarse. Cuando habló de nuevo su voz era otra. Y su mirada, la más suave del mundo.

-Hace años te anuncié que tenía el alma cansada y que quería marcharme de esta tierra. Entonces, tú te enojaste mucho conmigo. Me tiraste de las trenzas, me llamaste

astuta y algunas cosas más. Sin embargo voy a decírtelo de nuevo. Ya permanecí aquí demasiado tiempo, no puedo ver que alguien más se marche antes que yo. Ahora sí voy a irme, con o sin tu permiso.

-Hoy no me enojaré contigo, hermana. Tienes mi permiso y mi bendición para dejar esta tierra. Ya hiciste demasiado -tras un silencio Kupuka continuó-. ¿Crees que será pronto?

-Muy pronto. El corazón se me cansa a menudo, y cada vez creo que llega el momento.

-Tienes mi promesa: no vendré por Piukemán hasta que alguien me anuncie que te marchaste.

-Gracias.

El Brujo de la Tierra se levantó y recogió sus cosas.

-Parece que no volveremos a vernos, Vieja Kush -y ya estaba caminando hacia la puerta.

-Espera un momento -la anciana se acercó a despedirlo-. ¿Puedes decirme qué será de esta tierra nuestra?

-Será un poco más triste sin tus panes.

Los ancianos se abrazaron, y Kush habló desde el pecho de su hermano.

-No sé nada del sitio a donde voy, pero sé que extrañaré tu risa de cabra.

Kupuka abrió la puerta. Afuera, bajo el alero, lo esperaba un animal con cabellera. Kupuka montó a pelo. La lluvia caía sin pausa y el viento revolvía las sombras de bosque.

-Mira el sitio hacia donde marchamos nosotros -dijo Kupuka señalando la tormenta-, y no nos quejamos. Buena suerte, mi hermana.

Kupuka comenzó a andar despacio en dirección al bosque. Había visto a Vieja Kush por última vez. Y, sin embargo, no giró a mirar la casa de troncos. Era brujo; sabía que las buenas almas siempre están adelante en el camino, y nunca detrás. Por lo demás, Kupuka comprendía muy bien a la anciana. También él estaba exhausto. Llevaba años sin dormir, y Misáianes continuaba casi intacto.

-¡Ea, Brujo! -se dijo Kupuka. Y apuró el paso de su animal... No fuera cosa que se le diera por ponerse a sentir pena de su destino.

Por entonces eran cinco los Brujos de la Tierra que habitaban en Los Confines: Kupuka, el tan antiguo que ningún viviente había visto nacer. Tres Rostros, hijo de una mujer-pez y un pescador de río. Welenkín de los ojos dorados; el Masticador lleno de venenos. Y en las montañas, agachado bajo el peso de la nubes, el Padrecito del Paso.

Eran cinco. Pero pronto un nuevo brujo llegaría cruzando el cielo: el Brujo Halcón que antes había sido criatura humana y se había llamado Piukemán. Kupuka partió para avisar a los demás que la venida de un nuevo hermano estaba próxima. Que todos ellos tendrían que reunirse para iniciarlo, y abandonarlo luego.

Kupuka acomodó el tambor a un costado de su cuerpo v comenzó a hacerlo hablar. Y es que el tambor de Kupuka contaba todas las cosas.

El Brujo anduvo a través del bosque montado a lomo de animal, anunciando al Halcón. Seguramente, sus hermanos iban a escucharlo, y luego repetirían el mensaje. ¿Dónde estarán?, se preguntó Kupuka. Envueltos en caparazones ajenos, durmiendo en las madrigueras frescas, corriendo con los animales, bebiendo con los hombres... ¿Cuál de ellos me escuchará primero?

-De seguro será Tres Rostros -dijo Kupuka.

Varios días y noches anduvo Kupuka metido en lo espeso del bosque repitiendo la misma noticia con idénticos movimientos de sus manos sobre el cuero tensado del tambor. Empapado de lluvia torrencial, sucio y atroz, con los ojos agrietados, Kupuka era ya indistinguible de un espectro del bosque.

Mientras andaba Kupuka se puso a recordar el tiempo en el que Piukemán había recibido el castigo que lo transformó para siempre. De niño en pájaro, de pájaro en Brujo.

Kupuka recordó en voz alta. Lo hizo como un modo de obligarse a aceptar que seguía vivo. Y que aquel bosque oscuro no era su tumba. Sabía que era peligroso quedarse callado bajo la lluvia. Si lo hacía podría transformarse en charco, luego la tierra lo absorbería para ponerlo a descansar. Pero eso no era posible porque Misáianes seguía intacto.

El Brujo de la Tierra recordó pasados para no olvidar el día presente.

-Piukemán era un dulce niño, curioso como su madre. ¿Lo recuerdas, bosque?

-Ya una vez había violentado los tabúes sagrados -respondió el ciprés-. Fue cuando, acompañado por la pequeña Wilkilén, traspuso la Puerta de la Lechuza.

-Estaba yo realizando un ritual de conocimiento, y los dos niños se asomaron a lo prohibido -continuó Kupuka.

-Recuerdo el terrible susto que les diste para que escarmentaran -dijo una raíz.

-¿Fueron hormigas o arañas las que eché sobre sus piernas? Ya no lo recuerdo. ¿Tú lo recuerdas, escarabajo?

El escarabajo conocía bien la historia.

-Pero ni aun así, Piukemán escarmentó. Y poco después volvió a transgredir las prohibiciones. Sólo que esta vez el castigo fue terminante.

-Estaba yo recorriendo de punta a punta Los Confines, reuniendo a los guerreros para marchar a la Comarca Aislada. Para eso llegué hasta la casa de Vieja Kush, para buscar a los hijos varones de Dulkancellin. La familia salió a recibirme. Todos, menos Piukemán. Le pregunté a Kush por él. ¿Recuerdas lo que ella hizo, hongo blanco? Pues yo lo recuerdo con claridad. La anciana me tomó de la mano y me condujo a la habitación vecina. Allí estaba Piukemán, acurrucado junto al fuego y golpeándose con fuerza los ojos. Supe enseguida que se trataba del tormento del Halcón Ahijador. Era claro que el muchacho había seguido el vuelo de los halcones que marchaban hacia la reunión secreta. ¿Habrá alcanzado a ver algo del gran desafío en el que los machos jóvenes disputan la sucesión? Creo que jamás se lo pregunté. ¿Tú se lo preguntaste, hoja de menta? No supe, ni sé, lo que Piukemán vio entonces. Pero sabemos que fue descubierto y castigado como castiga el Ahijador a todo el que intenta presenciar su ceremonia. A partir de ese día..., ¡ay, arroyo que me escuchas! A partir de aquel día, con sus ojos abiertos o cerrados, el niño estaba condenado a ver igual que el ave: el mundo desde arriba, los ojos de la hembra, las vísceras de la paloma que estaba devorando.

Kupuka alzó la cabeza y abrió grande la boca para beber lluvia. Luego volvió a recordar:

-Apenas me reconoció, Piukemán se aferró a mi viejo cuerpo y me pidió ayuda. ¡Es seguro que recuerdas eso, huevo de serpiente! También recordarás que, con mucho dolor, tuve que decirle que nadie podía ayudarlo. Y que él debería elegir entre morir pronto, o hacerse pájaro.

Mientras Kupuka recorría los senderos del bosque, contando una historia a golpes de tambor, Tres Rostros jugaba en un río.

Tres Rostros, el Brujo que sabía sobre las cosas del agua, venía río abajo metido adentro de un remolino. Porque a Tres Rostros le gustaba jugar cuando tenía alguna pena. El río era torrentoso y tenía un gran caudal. Luego, un poco más adelante, se alzaba un enorme peñasco que abría en dos la corriente. Casi siempre el juego terminaba cuando el Brujo y su remolino se deshacían contra el peñasco. Para alegría de Tres Rostros ocurrió lo esperado: el remolino, que venía de resistir un desbarrancamiento del río, golpeó contra la gran roca. Gotas de agua y gotas de Brujo salieron despedidas por el aire. Las gotas de agua volvieron al agua. Las gotas de Brujo se reunieron en la orilla, boca arriba y riéndose.

A Tres Rostros le divertía ese juego y le hacía olvidar las tristezas. Pero como ya estaba de nuevo en la orilla las cosas que enturbiaban su corazón se hicieron presentes.

Las corrientes marítimas que llegaban desde el norte del mundo traían noticias inquietantes. Decían que muchas mujeres-peces estaban desapareciendo sin dejar señales. Y que nadie volvía a verlas. "¿Qué ocurre con ellas?", se preguntó Tres Rostros. El era hijo de una mujer-pez que se había enamorado de un pescador de río. El Brujo pensó que, tal vez, también ellas estaban enamoradas. Y desaparecían por seguir

a su amor.

Todavía Tres Rostros estaba acostado en la orilla cuando escuchó el rebote del tambor de Kupuka. Se irguió y prestó atención. Estuvo escuchando hasta que comprendió por completo lo que el hermano Kupuka anunciaba: un nuevo brujo estaba próximo a llegar. Y ellos deberían reunirse a celebrarlo.

Tres Rostros tomó la caracola que llevaba colgada del cuello, se puso a ras del agua y comenzó a soplar la novedad que acaba de oír. El agua llevaría lejos el mensaje. ¿Cuál de los Brujos de la Tierra lo escucharía?

-Seguramente será Welenkín -dijo Tres Rostros.

Welenkín tenía la belleza como primera virtud. Sin embargo la belleza no era suya sino de la Creación. Welenkín estaba hecho con la belleza de todas las cosas. Y si había visto mil amaneceres en el mar, entonces tenía en su cuerpo la belleza de mil amaneceres.

Welenkín pasaba en la isla de los lulus la mayor parte de su tiempo. Aquel día ellos se habían reunido en la playa para recordar la matanza del barranco. Un poco alejado, el Brujo permanecía inmóvil presenciando la ceremonia.

Se trataba de una danza ritual que el pueblo de los lulus había llevado a cabo por vez primera al recibir el anuncio de la masacre, y que luego repitió cada tres ciclos lunares.

Un lulu viejo, lulu de cola blanca, avanzó hasta el centro de un círculo trazado en la arena. Una vez allí sacó la Piedra Alba que ocultaba en su barba lacia. Así recordaban el modo en que la Piedra había sido transportada por otro lulu anciano, muchos años atrás, camino al Concilio de Beleram. Apenas la Piedra Alba fue depositada en el suelo las hembras comenzaron a restregar sus pezuñas. Ésa era la música, monótona y seca, que iba a acompañar la danza.

Entonces llegaron los lulus de cola amarilla. Avanzaban con saltos zigzagueantes y hacían viborear sus colas luminosas; tal como una lejana noche Dulkancellin los había soñado. Saludaron a la Piedra Alba. Luego se acercaron hasta unos cuencos repletos con agua limpia que bebieron hasta la última gota para conjurar el agua envenenada que había asesinado a otros de su pueblo.

Finalmente se sumaron los lulus de cola roja. Últimos que bailaron alrededor de sus colas...

Los lulus ancianos permanecían sentados, con sus vientres apoyados en la arena y las patas traseras recogidas. Tenían sus cuellos muy estirados. Sus caras de piel gruesa se arrugaron más de lo propio cuando los colas blancas comenzaron a decir en su idioma de soplidos y siseos.

-Un gran ejército de nuestro pueblo partió a enfrentar al que venía a despedazarnos -ellos siseaban y Welenkín entendía-. En el camino encontraron a dos que iban con rumbo al Concilio. Dulkancellin y Cucub eran sus nombres. Nombres que recordamos con desprecio...

Al mismo tiempo, dos siluetas humanas contorneadas con rocas y caracoles fueron destruidas.

-Nuestro ejército siguió viaje con la esperanza de encontrar aliados entre los Pastores del Desierto, sin saber que allí los esperaba el horror pleno. Los Pastores del Desierto, sean malditos en todas sus generaciones, habían pactado con el Odio Eterno.

Creció la música de las pezuñas. Los lulus tensaron sus colas como lanzas hacia el cielo. Y luego comenzaron a trazar figuras en el aire; figuras con ruido de látigo y for-

ma de barranco.
Solo Welenkín, el mar y el cielo contemplaban aquella ceremonia furiosa. Los lulus se reunieron en el momento de la maldición.
-Los Pastores del Desierto, ¡vean morir mil veces a sus hijos!, aplacaron la sed de los nuestros con agua venenosa.
Así, los mejores del pueblo de los lulus quedaron tendidos en el fondo de un barranco hirviente...
Welenkín escuchó algo por sobre el soplido de los lulus. El agua del mar llegaba a la orilla con un mensaje. Welenkín se levantó. Y se apartó del lugar sin ninguna brusquedad por respeto a la ceremonia que allí se celebraba.
Caminó un trecho por la orilla, atendiendo a las olas que rompían. Se trataba de un mensaje que enviaba Tres Rostros. El mensaje decía que un nuevo brujo llegaba, y que deberían juntarse a celebrarlo. Welenkín se acostó sobre la arena para dormir. Quería llegar por el sueño al sueño de otro Brujo, y repetirle la buena noticia. ¿Cuál de todos ellos soñará primero? Seguramente será el Masticador.
Dormía y gruñía el Masticador después de haber pasado por un trance de visiones que le advirtieron que el mal se hacía fuerte en el norte del las Tierras Fértiles. Dormía sobre un terreno rocoso y lleno de aristas como si estuviese tendido sobre un montón de heno fresco. De pronto, Welenkín apareció en su sueño.
-¿Qué estás haciendo aquí? -dijo el Masticador- ¿Por qué me estás molestando?
Welenkín conocía bien los modos huraños del Masticador; de manera que no se asombró.
-Importuno tu sueño para comunicarte algo importante.
-Dímelo pronto. Y desaparece con toda tu belleza a cuestas.
Welenkín hizo lo que el Masticador le pedía. Contó lo suyo, se fue del sueño y regresó a la ceremonia de los lulus..
Sin embargo el Masticador ya no pudo seguir durmiendo. Arrancó un manojo de la hierba que crecía a su alrededor y se lo llevó a la boca. Debía y quería comunicarle la novedad al Padrecito del Paso. Para hacerlo, podría valerse de los sortilegios de su saliva. Pero el Masticador no iba a perder la posibilidad de encontrarse frente a frente con el Padrecito. A su parecer, un Brujo endeble y de sangre aguada.
El Masticador se levantó, cargó su morral y se encaminó hacia las montañas Maduinas. Iba eligiendo la saliva adecuada para estropear la sonrisa del Padrecito.
Sentado en un lugar de la inmensidad de las montañas, el Padrecito del Paso tejía arneses de soga. Los niños de las aldeas del este los utilizaban para hamacarse.
De tanto en tanto el Padrecito del Paso bajaba a las aldeas. Entonces los niños se juntaban a su alrededor reclamándole arneses. Les gustaba sujetarse con ellos de las ramas altas y hamacarse en el techo del bosque.
Un escupitajo azul le anunció al Padrecito que el Masticador venía de visita. Rápidamente el Padrecito abandonó su tarea, y se resguardó tras una roca.
-¡Bienvenido seas a mis montañas, Masticador!
-Si te apartas de tu roca te bienvendré con mi saliva -respondió el otro. Y luego preguntó.
-¿Qué cosa estabas haciendo con tus manos?
-Trabajaba tejiendo arneses de soga. Los hijos de los hombres se divierten con ellos.
El Masticador no entendía tanto amor por las criaturas humanas. Lanzó su grito de

siempre, ¡shañí!, y corrió hasta la roca donde se protegía el Padrecito.

-¿Por qué los amparas? ¿Qué hay de ti que te pones a hacer insignificancias para que jueguen sus niños?

-¿Qué otra criatura conoces capaz de transformar un pedazo de caña en una flauta?

El Masticador escupía cuando se sentía con razón. Y cuando se sentía sin ella, escupía también.

-¡Shañí! No he venido a tus montañas para hablar de criaturas humanas -dijo.

-Y de qué, entonces.

-De un nuevo brujo que llega.

Amenazando hacia ambos lados, el Masticador obligaba al Padrecito del Paso a mantenerse alerta, porque su saliva podía provocar desde picazón hasta ceguera; desde una hinchazón amoratada hasta locura.

En ese modo hostil, el único que aceptaba para sí mismo, el Masticador contó lo que Welenkín había anunciado en su sueño. Lo dijo, y decidió marcharse.

-Ahora me voy de aquí para que puedas seguir agujereando huesos.

El Padrecito del Paso aguardó a que el Masticador estuviera alejándose cuesta abajo para salir de atrás de la roca que lo protegía. Entonces el Masticador giró con su aullido y escupió hacia el hermano Brujo.

-¡Shañí! Aprende a cuidarte de tu inocencia...

Una mancha comenzaba a hincharse en el brazo derecho del Padrecito.

-No temas, se te pasará -gritó el Masticador-. Aunque por unos días tendrás el brazo adormecido y no podrás tejer arneses para tus niños. ¡Shañí!

Del otro lado del mar, si alguien se hubiese atrevido a cruzarlo, estaba Misáianes. Del otro lado del vasto y temible Yentru, si alguien hubiese podido llegar, Misáianes se hacía fuerte. Los que un día se atrevieron, un día llegaron. Y, en la otra orilla del mar, encontraron a Misáianes reinando sin temor al tiempo.

Por eso, tal vez, quiso que Leogrós le contara la misma cosa durante cinco años del sol. Leogrós, que había vuelto en busca de su castigo, repitió el relato en forma casi idéntica siempre que el Amo quiso escucharlo. Repasó con detalles su derrota sin jamás pedir clemencia. Sin siquiera pedir alivio para las pústulas que lo carcomían de tanto estar en la humedad. A causa de la delgadez, se le veía andar la sangre. Olía como un hombre que ha tomado agua sucia durante cinco años. Su pelo y su barba estaban llenos de huevitos blancos. Pero la voz era la misma que había comandado la primera flota de Misáianes contra las Tierras Fértiles.

Y el Amo lo escuchaba sin interrumpirlo. Lo escuchó este día, y el otro. Y al día siguiente lo escuchó. Y lo hizo comparecer el día después para lo mismo.

Cuando quiso, lo detuvo en medio de una palabra. Leogrós supo que Misáianes iba a hablar. Y sintió, contra su propio orgullo, el enorme alivio de llegar al final.

-Leogrós, fuiste capitán de mi flota. Fuiste la punta de una de mis uñas de uno de mis dedos. Hace cinco años trajiste una derrota de las armas pensando que era lo peor que podías traerme, y pidiendo castigo. Hace cinco años que no comprendes lo que jamás comprendiste. Castigado has sido y serás por algo muy distinto al fracaso de tu triste juego. Castigado serás por haber soñado que tu derrota era la mía. Tal como si mi victoria fuese la tuya. Leogrós, fuiste la punta de una de mis uñas. Fuiste menos... Fuiste el roce de la punta de una de mis uñas. Y olvidaste que, detrás de ti, a las costas de aquel continente, llegarán mis dedos. Y detrás mis manos. Y los brazos que tengo que jamás he visto dónde comienzan. Detrás mi aliento. Detrás la sombra del aleteo de mi nariz. Y yo todavía estaré sentado en mi trono. No comprendiste que el mundo de este Amo no tiene muertos, sino derrotados. Pudiste traerme mil barcos cargados con cadáveres de las Tierras Fértiles, y yo seguiría esperando por lo más importante. Algo que pueda tener apretado en mi puño durante siglos. De tal forma que cuando abra yo la mano, aquello esté encarnado y viva de mi sangre.

- Amo, -dijo Leogrós- yo fui por un continente. Tú esperabas un grano de maíz.

Le anunciaron que el hijo reclamaba su presencia. Después de tanto tiempo de enviarle asuntos y requerimientos desde lejos, su hijo la está llamando.

La madre recorre de prisa el extenso territorio que la separa del monte donde habita Misáianes, el que se gestó en su boca.

El monte de Misáianes es una yema de la noche donde se reconcentran la impiedad y sus sustancias, el horror y su fauna, el dolor y sus frutos. Desde aquel centro se expandió su imperio que ahora cubre ya casi todo el continente de las Tierras Antiguas. Los últimos rebeldes persisten escondidos en las costas australes y en la Gran Península.

Piensa la madre con tanta intensidad que, sin darse cuenta, va murmurando. El hijo ha fundado un vasto dominio que crece sin cesar; pero que, aún así, ni se asemeja al sueño de instaurar su Orden sobre todo lo existente.

"Todavía falta mucho para que hagamos de su monte el único trono de este mundo", murmura la madre.

Misáianes la llama, y ella camina en sumisión como ofrenda para el hijo que nació de su Desobediencia. Hijo suyo desde la saliva trabajada en su boca, amado desde entonces.

La madre avanza sobre un páramo de polvo rojizo. Por los cuatro costados, hasta donde alcanzan los ojos, es una región resquebrajada y fría. Allí no hay sol, no llega el sol, no quiere. La niebla, que jamás se disipa, apenas deja ver cientos de árboles secos que fueron en un tiempo de hojas y de frutos, con sus pájaros de verano.

En cada árbol hay un castigado. Parientes o vasallos, todos los que intentaron burlar los mandatos del hijo son esqueletos abrazados a un tronco. El castigado y el árbol igual que dos muertos enamorados.

Allí no hay briznas, ni un verdor. Tampoco más animales que las alimañas que asoman de cuando en cuando por muchas pequeñas cuevas abiertas en el suelo. Bajo los pies, la tierra es un nudo de guaridas y pasadizos por los que avanzan las silenciosas para encontrarse y devorarse unas a otras.

Un quejido se oyó muy cerca. La madre se guió hacia el sitio desde el cual llegaba. Lo encontró sin dificultad, pero la niebla la obligó a acercarse mucho para poder distinguir el rostro del reciente condenado. Amarrado a un árbol, Leogrós agonizaba. El altanero jefe del ejército sideresio era un hombre desnudo y lacerado que acabaría, igual que los antiguos residentes del páramo, como un esqueleto sin rango. El final de Leogrós estaba tan cerca que las alimañas ya se atrevían a empollar entre los dedos de sus pies. El hombre entreabrió los ojos y suplicó por agua. La madre lo miró durante un largo rato.

-Tuviste la dicha de ser un roce de mi hijo. Aplaca tu sed con eso -le dijo. Y siguió viaje.

La madre camina hacia el monte saciada de orgullo. Su cuerpo, mezquino en signos de mujer, va cubierto con una capa oscura. A veces, aparecen en el andar sus rodillas

agudas. Y por debajo sus pies, blancos y delgados, que no dejan huella donde pisan. En cambio es copiosa su larga cabellera gris, repartida en gajos por delante y detrás de los hombros.

En su camino al monte, la madre encuentra una columna de hombres que se dirigen a cavar la roca o la tierra. Los mineros, que pertenecen a la más baja condición en la escala de vasallaje, van en busca del metal para las armas y de las riquezas con que el Amo premia la fidelidad. Al paso de la madre desaparecen las diferencias entre ellos y el castigador que los conduce; todos se detienen sin color y sin aire. Y un látigo en la mano deja de tener significado. Sin embargo, la madre continúa, fijos los ojos en el monte que aparece más alto y oscuro que ninguno.

Son muchos los vasallos que habitan en las inmediaciones del monte de Misáianes, trabajando en el mantenimiento de la guerra y en las suntuosidades que demandan los magos y los parientes. Los vasallos no conocen del Amo nada más que la silueta del monte en el que duerme; donde dicen que duerme y reina y mira pasar el pensamiento de cada uno. A veces, cuando el viento arrecia, les llega desde el monte un olor cargado y dulzón; otras veces les llega un ladrido y eso es suficiente para que no lo olviden.

Los vasallos de Misáianes eran agrupados en manchas según las faenas que realizaban. Y sólo tenían un nombre de tarea. Ellos se llamaban carbonero, escardadora, tornero de armas, moledor de azufre...

La mayoría de las manchas eran asentamientos cercados, y aislados unos de otros, donde los vasallos trabajaban, enfermaban a edad temprana, y morían sin saber cantar.

Los vasallos no se reunían por las noches en familias de hombre, mujer y niños. En la mancha de los carboneros vivían y escupían oscuro los carboneros, en la mancha de las escardadoras escardaban y chillaban las escardadoras. Solamente de tanto en tanto los unían para que engendraran: las mujeres de una mancha con los hombres de otra reunidos por una noche para que nacieran nuevos vasallos. Sólo se reconocían por las señales del oficio. Si la mujer tenía las manos hinchadas y de colores era una teñidora, si el hombre tenía los ojos enrojecidos era un caldeador. Después los separaban, casi seguramente para siempre.

Pero la madre sigue.

Nadie, ni vasallos, ni parientes, ni magos habitan a menos de un día entero de cabalgata del monte donde mora el hijo. A la madre le espera una larga caminata por un paisaje deformado, apartado del orden de la vida. Violento en el aire por el vuelo de miles de insectos inauditos. Siniestro en la tierra, donde penumbras de arboledas se agitan al revés del viento.

Magos de la Cofradía del Recinto, vasallos que no pueden tener nombre, parientes en sus castillos. Todos sometidos a la voluntad de Misáianes.

El hijo no quiere castillo. Ningún otro que no sea su monte, ningún trono que el hueco donde aún se conserva el olor de los fluidos de los que germinó. Una empinada escalera de piedra llega hasta su trono. La madre ya está subiendo.

El calor que irradia su hijo la obliga a quitarse la capa que la cubre. La extiende en la entrada del nicho. Primero se arrodilla y luego se sienta sobre sus piernas. Vista así es una pequeña mujer desnuda que elige ser menos que su obra.

El hijo dispone de una voz que puede alterar a su antojo. Ahora le habla a su madre con un susurro sereno, casi inaudible.

-Desperté, y mi flota había fracasado en la otra mitad del mundo. Leogrós fue

vencido en las armas. Y Drimus se quedó entre los perros. El Doctrinador consiguió cumplir, en algo, con el mandato que llevaba. Pero no es bastante. Regresaré al sitio que llaman Tierras Fértiles multiplicado en ejército, en naves y en armas. Pero eso tampoco será suficiente sin alguien que complete con perfección la obra que Drimus ha comenzado. Ésa serás tú, mi madre. Sólo en ti confío para que acompañes a nuestro jorobado en lo que es más importante. Nunca impondré mi Orden sobre aquel territorio, ni sobre aquellas criaturas, si antes no se socavan sus raíces. Si el dolor no les viene de adentro conseguiremos tener muertos pero no esclavos. Si no les ensuciamos la sangre no habrá para nosotros una victoria perpetua. Irán contigo cientos de codiciosos, de lujuriosos, de exaltados... Con ellos contarás para deglutir la fruta que tú y Drimus ya habrán podrido. Cuando hayan completado la tarea regresen y despiértenme. Quiero que traigan la semilla de las Tierras Fértiles. Entonces, yo me erguiré sobre el mundo.

La madre había esperado mucho por este reconocimiento.

-Deja que te lleve conmigo -le pidió. Extendió sus manos de palmas lisas y las arrastró sobre la piel del hijo. Después se untó el cuerpo con el sudor aceitoso para poder olerlo mientras durara su ausencia.

La madre sabe que ha llegado el momento de marcharse. Desciende las escaleras, y en el último peldaño vuelve a cubrirse con su capa.

Camina de regreso pensando en cosas viejas.

Antes, cuando el hijo era solamente una prohibición, ella iba en busca de quienes habían llegado al final de su tiempo asignado: niños, jóvenes o ancianos, árboles y pájaros que ya estaban cumplidos. Antes de Misáianes, ella había sido cosechadora de vidas saldadas.

Pero después desobedeció. Y en aquel hijo nacido contra las grandes leyes, el Odio Eterno encontró sustancia. Desde entonces muchas criaturas morían sin cumplirse. "Cosecha temprana, cosecha arrebatada", murmuró la madre Sombra. Y como no sabía encogerse de hombros hizo un torpe ademán para aceptar sus pensamientos.

Magos de grandeza, vasallos sin nombre, parientes que pueden mirarlo a los ojos; todos sometidos a la voluntad del Amo Misáianes. ¿Y para mí?, piensa la madre. ¿Cuál es el sitio que me corresponderá en el reino de mi hijo?

La flota que zarpó de las Tierras Antiguas tenía el mismo color que la primera. Igual color. Igual olor que iría apestándose con el paso de los días cuando a la humedad, al estiércol de los animales y a la estela de los desperdicios arrojados por la borda se le sumara el olor de los garbanzos fermentados, los vómitos de vino y el sudor de los hombres.

El cortejo oscuro partió de madrugada, abriéndose paso en medio de la niebla que vivía en las tierras de Misáianes. Esta flota era, por mucho, más numerosa que aquella que Leogrós había llevado a la derrota. Iba hacia las Tierras Fértiles multiplicada en tripulación y en arsenal. Sin obsequios que disfrazaran sus propósitos. Zarpó de madrugada la flota terrible de los sideresios con armas capaces de asesinar un río, un bosque, un pueblo entero con sus ropas coloridas y sus lenguas propicias para contar leyendas.

Y sin embargo, esta flota no era la almohada donde Misáianes descansaba su cabeza. El Amo sabía que el camino que lo llevaría a la eternidad era mucho más tenue.

"Ve y desune. Desata los lazos de hermandad, ahonda las injusticias. Diles a quienes las cometen que ejercen su sagrado derecho. Y diles a quienes las sufren que nosotros llegamos para remediarlas. Llévate la magia a un lugar inaccesible para las criaturas. Logra que los hombres y las bestias se sientan enemigos. Consigue que la tierra deje de serles madre."

La brutalidad era insuficiente para llevar a cabo ese mandato. Hacía falta un espíritu capaz de diferenciar los caprichos de los propósitos. Una inteligencia que pudiera argumentar la crueldad con preceptos virtuosos. Y, sobre todo, alguien que creyera que Misáianes traía consigo un Orden superior e inevitable. Ése era Drimus, y ya había realizado parte del trabajo. Ahora sí, Misáianes enviaba a los verdugos.

Apenas la flota se metió en alta mar, la nave que iba a comandar el viaje tomó la delantera. Tenía mayor tamaño que las restantes, y a diferencia de todas llevaba un mascarón en su proa. El mascarón era la figura de una mujer sentada con las piernas recogidas a un lado y los brazos cruzados sobre el pecho. La mujer mascarón estaba cubierta con una capa que sólo dejaba ver sus rodillas puntiagudas y las plantas de sus pies delgados; y que insinuaba una figura sin redondeces. La única belleza que ostentaba era su tupida cabellera gris repartida en gajos.

Así era el mascarón de proa de la nave madrina, el que los tripulantes ignoraban porque no les servía para soñar.

Igual que todas las piedras, el mascarón se veía inmóvil para los ojos que miraban solamente las afueras.

La mujer mascarón viajaba de cara al mar, sin ansiedad por divisar las costas de las Tierras Fértiles. Entregada al ritmo del mar porque el tiempo, igual que a las piedras, no le concernía. Mientras subía y bajaba con las olas, el mascarón repasaba pensamientos. Y unos más que otros se le fueron quedando. Uno en especial. Un pensamiento regresaba con mayor frecuencia cuanto más cerca estaban del destino final. Pensaba la mujer mascarón que las gentes de las Tierras Fértiles la llamaban "hermana que debe hacer la

poda". Y que junto con llorar por una muerte, celebraban el círculo. Porque morir no es irse sino regresar, es lo que solían decir ellos. "Las formas se cansan y se resquebrajan; toda criatura ha de regresar a la tierra para recibir una forma nueva, y nueva fortaleza."

A sus espaldas, la tripulación se disponía a tomar descanso. Era un anochecer tibio y sin viento, de modo que los hombres se tiraron en la cubierta a beber vino y a competir contando sus historias. ¡A ver cuál lengua estaba mejor dotada para describir ultrajes! Las pocas luces de aceite iluminaban sus risas desdentadas. Unas manos apostaban y otras arrebataban sus ganancias; juegos que siempre dejaban a alguno con todo perdido y sin poder pagar su derrota. El infeliz que llegaba a ese estado, apostadas y perdidas todas sus pertenencias, y hasta su ración de vino y comida, debía someterse a la voluntad de quien lo había vencido.

El ganador examinó detenidamente a su deudor: un miserable con blusón mugriento, calzones a media pierna y descalzo. Los demás hombres hicieron una rueda que respiraba al unísono en espera de la diversión que se avecinaba. El ganador pensaba y sonreía. El perdedor temblaba recordando que el último en su lugar había pagado con las uñas de sus pies. El ganador afilaba los ojos, los llevaba del mascarón a su víctima y de su víctima al mascarón. Se sentía feliz esa noche caliente. No tenía ganas de escuchar alaridos de dolor. Tenía ganas de regalar placeres.

-¿Ves el mascarón? -preguntó.

El interrogado asintió, intentando adivinar el sufrimiento que le esperaba.

-Nosotros también lo vemos -dijo el ganador con voz carnosa-, y nos parece una mujer. Ahora vas a ir hasta ella para que sepamos si es tan flaca como aparenta.

Las risas indicaron que los hombres apoyaban la idea. Hasta el infeliz rió. Pensaba que aquello era mucho mejor que perder las uñas.

Mientras caminaba hacia la proa se fue cerrando un silencio anhelante. La prueba parecía sencilla de cumplir: solamente imaginar que se trataba de una mujer...

El hombre se detuvo ante una espalda tallada y una cabellera repartida en gajos. Parecía sencillo. Empezó colocando sus manos sobre los hombros, después descendió por los costados de la capa buscando los brazos. Lo que debía hacer era nada al lado de cualquiera de las cosas que su compañero hubiese podido exigir como pago de la deuda. Sin embargo, algún pudor le impedía moverse.

Los hombres lo azuzaban para que siguiera. Él recordó la pena de su antecesor y decidió continuar. Llevó su nariz hasta la cabellera en busca de un olor familiar. Un tripulante lanzó un aullido temprano que fue acallado con chistidos. El hombre intentó deshacerse de su malestar, y para apurar el espectáculo que le reclamaban se sentó en la borda, casi sobre las piernas del mascarón. Se asió de su cuello y se inclinó hacia adelante en busca de un vientre y un rostro de mujer.

Nadie jamás supo lo que vio. La mirada se le espantó, el grito se le atascó en la garganta y salió como un ronquido brotado de espuma. Ya sobre la cubierta, sus ojos abiertos seguían mirando con horror.

Los hombres del Amo, los pendencieros, los lujuriosos, los que marchaban a destruir un mundo arrojaron el cadáver al mar. Y nunca más, durante el largo viaje, volvieron a acercarse al mascarón de proa.

Siete soldados sideresios dormían a la sombra de unos manglares cercanos a la costa, donde algo se aliviaba el calor sofocante. Drimus no quería dormir. Tomó una bolsa, un par de guantes de cuero grueso y partió a cosechar abrojos. El abrojal estaba a una hora de andar, alejándose del Yentru y en dirección norte. Drimus emprendió el camino con entusiasmo. Podía ordenarle a alguno de sus hombres que fuera por abrojos, pero jamás lo hubiese hecho. No se perdería la delicia de seleccionar cuidadosamente las piezas de su juego: esta cantidad de abrojos grandes, esta cantidad de abrojos medianos. Y esta cantidad de los más preciados y difíciles de hallar: abrojos pequeñísimos que utilizaba para trabajar en las minucias.

Desde que habían descubierto el abrojal en una caminata de reconocimiento Drimus se ocupó personalmente de elegirlos y llevarlos a su choza. Allí se pasaba noches enteras, días calurosos, años ya, uniendo abrojo con abrojo. Los manipulaba utilizando a modo de pinzas varillas delgadas de diferente largo con las cuales podía colocar los abrojos en el sitio deseado, y acomodarlos con extremada precisión. Fue un trabajo de paciencia y maestría que dio por resultado castillos de impecable construcción, con sus habitaciones reales, sus sótanos y escaleras, ventanas con alféizares, baluartes, almenas y torres... Delicias en las que Drimus ocupó gran parte de su tiempo y que, luego de terminadas, ocultó secretamente entre la maraña de los manglares.

Con esta bolsa que traía esperaba terminar su mejor obra, por mucho superior a todas las que había construido. Drimus pasó el resto del día trabajando. Los hombres sabían que no era momento de interrumpirlo. Y hasta los perros, desparramados en el piso de la choza, lo miraban en silencio. Cuando llegó la noche Drimus completaba detalles como el remate de una torrecilla, la balaustrada del piso superior, las molduras. Un poco antes de la madrugada su mejor castillo estaba terminado. El Doctrinador se dejó caer sobre los lomos de la jauría. Tenía los ojos enrojecidos. Sus dedos estaban sangrando. Pero era sangre que le redoblaba el deleite.

Drimus estuvo observando su obra durante largo rato. Después se acercó andando de rodillas y espió con un ojo, ventana por ventana, el interior perfecto. De pronto comenzó a hablar, asomándose por un lado y otro del castillo. Lo hacía como si hubiese dentro un habitante diminuto.

-Querido Leogrós, ¿estás ahí? -hablaba con tono de juego-. Leogrós... ¿Estás ahí? Te busco por esta ventana y no te veo. Por esta otra, y tampoco te veo. No estás aquí, tampoco estás aquí. ¡Ay, Leogrós! Pongo mi ojo en la gran sala para encontrarte... Tampoco. Si no estás en el castillo de los vencedores, entonces, ¿dónde estás? ¡Pobre Leogrós! Espero que no sufriendo, ni humillado. Leogrós, ¿estás ahí?...

Cinco años del sol habían pasado desde el día en que los sideresios huyeron del continente del Venado. Malheridos primero por la bravura de un ejército de brujos, hombres y animales. Demolidos después por la decisión de un joven guerrero.

Sus naves vagaron unos días apenas alejadas de la costa y con rumbo al norte. Días de descontento en la tripulación y de feroces discusiones entre Leogrós y Drimus. La incierta relación de rangos los condujo, en la derrota, a una pelea desembozada.

-No es ésta mi derrota sino la tuya, capitán.

-Lo acabas de decir. Soy capitán.

-De tus naves, tal vez. No de un mago de las Tierras Antiguas.

Entre un mago y un capitán... ¿Quién de los dos decidía? Misáianes no lo había dicho.

-Voy a regresar. Explicaré lo que ocurrió y tomaré mi culpa.

Drimus celebró con una risa burlona la decisión del capitán.

-¿Te queda alguna otra cosa por hacer? Si continuamos a la deriva ni siquiera tendrás agua suficiente para llegar. Tu tripulación parece muy alterada. Haces bien en confiar en la misericordia del Amo. Por mi parte, me quedaré aquí. Mi misión, la que tú desconoces, está lejos de haber fracasado. O concluido. Déjame en la orilla y regresa. También yo me ocuparé de lo mío.

Así se hizo finalmente. Y, para asombro del jorobado, Leogrós eligió doce hombres para que permanecieran en las Tierras Fértiles bajo sus órdenes. Ahora sólo quedaban siete que dormían en los manglares. El resto había muerto de enfermedades del vientre.

Drimus mismo escogió una zona en la costa del país de los Señores del Sol donde pidió que los dejaran. Lo que quedaba de la flota de los sideresios regresaba a las Tierras Antiguas. Él se quedó para continuar con la tarea que el Amo le había encomendado.

-Leogrós... ¿Estás ahí?

Recordando estos hechos Drimus volvió cerca de sus perros y se quedó dormido hasta que el sol lo despertó en un charco de sudor. A su lado, los cachorros tensaban sus orejas. Era porque se acercaban dos galopes.

Drimus suponía que se trataba de amigos, pero aun así salió rápido de su choza para ordenar a todos que permanecieran en silencio hasta recibir alguna señal. La extraña familia formada por un mago, unos pocos hombres y una jauría negra esperó inmóvil que los visitantes estuvieran a la vista.

-Traemos ofrendas para los que habitan en estos manglares -gritó una voz conocida.

Tal como Drimus esperaba, llegaban los mandaderos que Molitzmós enviaba puntualmente con una carga de víveres. Lo había hecho durante cinco años para ayudar a sobrevivir al que, a cambio, lo guiaba con justeza en el propósito de recuperar el trono de los Señores del Sol.

Durante todo ese tiempo Drimus y los suyos permanecieron ocultos en una región abandonada del litoral caliente. Zona de manglares y de insectos. De vapores hirvientes que se derrumbaban con las lluvias y después, con la vuelta del sol, subían consistentes. En las lomas más altas, rodeadas de árboles y trepadoras que crecían desde el agua, habían construido tres chozas. Una era de Drimus y sus perros. Otra era de los hombres. La restante, y más pequeña, servía para proteger las provisiones. La cercanía del mar era el único respiro de aquel paisaje. El Yentru que Drimus se había negado a cruzar de regreso a las Tierras Antiguas cuando Leogrós dio la orden de volver en derrota.

No bien reconocieron las voces habituales, hombres y perros corrieron a recibir la carga. Drimus llegó detrás. Su delgadez se torcía bajo el peso de la joroba, y difícilmente lograba erguirse.

Los mandaderos ya habían quitado las alforjas del lomo de sus animales y estaban depositando en el suelo cuanto traían: aceite para luz, anzuelos, tabaco. Además de carne seca, pan y algunas vasijas con oacal amargo. Los hombres escupían la saliva del antojo. Los perros amenazaban con abalanzarse sobre los alimentos. Pero Drimus dio

una orden.

-Lleven todo a su sitio. Luego yo repartiré lo justo -enseguida el Doctrinador se dirigió a los mandaderos-. Ustedes pueden quedarse. Beberán con nosotros antes de reanudar el viaje.

-Te lo agradecemos -respondió uno de ellos-. Pero debemos regresar de prisa. Nadie debe notar nuestra ausencia. Hoh-Quiú parece alterado, y anda siempre en busca de algo fuera de lugar. Una última cosa. Molitzmós dice que el momento se acerca, que la trampa está a punto de cerrarse sobre la Casa reinante. Y que él mismo vendrá hasta aquí, la próxima vez, para escuchar tus consejos finales.

Los mandaderos partieron a todo galope. Drimus se quedó retozando con sus cachorros, feliz por la buena noticia. Si Molitzmós venía, la conjura contra Hoh-Quiú y su Casa estaba muy cerca de llegar a un buen desenlace.

Molitzmós entronado. La Casa de Molitzmós otra vez al mando del país de los Señores del Sol. Eso significaba para el Doctrinador un triunfo que le pertenecía, y que le valdría un alto sitio cuando el Amo pidiera cuentas. Algo muy diferente a lo que, sin duda, había conseguido Leogrós con su tosca doctrina y su soberbia.

La alegría de Drimus era tanta que, a la hora de repartir alimento entre sus hombres, aprobó raciones generosas; y permitió que la vasija con oacal pasara varias veces de boca en boca. Él mismo, por el contrario, apenas si comió y bebió. Comía magramente por costumbre. Lo saciaban mejor sus propias emociones.

El buen humor de Drimus persistió, de modo que el alimento comenzó a escasear cuando todavía faltaban varios días para el regreso de los mandaderos.

Sin embargo Drimus permaneció tranquilo sobre el asunto. No intentó detener la voracidad de los hombres. Y ni siquiera protegió la ración que le correspondía a la jauría.

-Junten hambre -les dijo a sus cachorros-. Mientras más hambrientos estén cuando yo regrese, tanto mejor será.

Porque Drimus se estaba preparando para un corto viaje. Sus hombres sabían de qué se trataba. Lo habían visto hacer lo mismo muchas veces. Sabían que tomaría solamente una red y unos pedazos de pan, y que tardaría dos o tres días en regresar. Sabían lo que iba a suceder... Pero ni siquiera ese manojo de envilecidos pudo sonreír.

Temprano, a la mañana siguiente, Drimus partió sin otros elementos que los previstos: una red y unos panes. En esta ocasión caminó en sentido contrario al abrojal, hacia el Yentru, hasta arrimarse lo suficiente como para dominar el movimiento de sus orillas. Entonces comenzó a bajar hacia el sur. Drimus se dirigía hacia una zona de grandes rocas veteadas que detenían el mar. Se dirigía allí porque en ese lugar las mujeres-peces acostumbraban tenderse al sol. Lo habitual era que lo hiciesen en grupos. Pero eso a Drimus no le servía. Él debía esperar una mujer-pez que se anticipara a las demás para cantar en soledad.

Sin duda eran días de suerte para el Doctrinador porque, sin haber alcanzado a esperar media jornada, tuvo a la vista lo que tanto deseaba. Drimus besó repetidas veces la red como un modo de pedirle que hiciera bien su parte.

Una hermosa había salido del mar. Primero emergió la cabellera oscura; y rápido, el resto de su cuerpo. Drimus miró el torso moreno, erguido frente a las olas. Miró la mitad de pez plateado descansando sobre la piedra. Sabía que no contaba con tiempo para desperdiciar, porque de un momento a otro podían llegar sus compañeras. Se fue

acercando por detrás, silencioso y con la red dispuesta. Le vio la belleza, pero no era un hombre. La oyó cantar, pero era un mago.

Y fue un instante quieto en el que la red flotó en el aire. La hermosa giró con un presentimiento negro. Después la trampa cayó sobre ella.

La mujer-pez luchó desesperadamente por desasirse de un cautiverio que no alcanzaba a comprender. La cola de pez plateado se sacudía y los brazos estiraban el tejido procurando romperlo. Sin embargo la red fue más fuerte. Y Drimus se llevó su preciosa carga arrastrándola por la arena. La marea se encargaría de borrar el rastro.

El regreso al manglar le llevó a Drimus mucho más tiempo y esfuerzo cargando con la lucha aterrorizada de una mujer-pez. En el camino había dos vertientes de agua que Drimus utilizó para beber, y también para mojar generosamente a su prisionera. La piel de la mujer-pez comenzaba a resecarse y su respiración se agitaba. El Doctrinador debía evitar el deterioro; la necesitaba del todo viva para su destino final.

Cuando por fin estuvo cerca de los manglares se anunció con sonidos agudos y ondulantes. Apenas olfatearon el obsequio que su dueño les traía, los perros se colocaron en círculo con los lomos arqueados. La jauría conocía el rito. Como cada vez, Drimus invitó a los hombres a presenciar lo que estaba a punto de suceder, pero todos se negaron. Algunos se fueron lejos, donde no se oyeran los últimos gritos. "Nunca apreciarán la majestuosidad del dolor", pensó Drimus.

Se introdujo en el centro del círculo, que los perros amenazaban romper a cada instante, llevando a la hermosa envuelta en la red. Se quitó con la lengua la pasta blancuzca que se le formaba en los labios, y habló con sus cachorros.

-Este festín es sólo para ustedes, criaturas de mi amor. La que está aquí es una pizca de las Tierras Fértiles. Pero también es todo.

Drimus quitó despaciosamente la red y salió del círculo deteniendo a los perros con gritos severos. La hermosa quedó sola en medio de colmillos. Su cola de pez no le servía en la tierra. Y allí donde intentaba arrastrarse, el círculo de perros se ceñía. La mujer-pez suplicó. Pidió piedad con su voz de caracol adentro. Miró a Drimus con todo el mar cayendo por sus ojos.

Drimus dejó que se esperanzara. Después ordenó: -Adelante.

Los perros no tardaron nada en abalanzarse. Primero se ensañaron con su mitad plateada que ya olía a pez sacado del mar. Cuando las fauces subieron por el vientre la hermosa seguía viva. Demoró en entender que los bocados entre los dientes eran su cuerpo.

La jauría lamió la última sangre con los hocicos llenos de colgajos. Sobre la tierra quedó el esqueleto de un torso coronado por una magnífica cabellera oscura.

Cuando todo terminó, Drimus se acercó a uno de sus perros. Juntó las manos como un cuenco debajo del hocico y le pidió que sacara, en un golpe de aliento, todo el terror de la que seguía muriéndose adentro de su estómago.

Una vez en sus manos, el terror fue un polvo negro. Drimus tomó un pizca y la guardó debajo de su lengua.

El Doctrinador estaba juntando las sustancias que un día le harían falta para ganar la guerra.

El día acordado para la siguiente llegada de víveres había pasado hacía ya varios soles. El oacal que apaciguaba a los hombres se había terminado, y el único alimento eran las ranas que podían atrapar en las orillas del manglar.

El buen humor de Drimus también se había esfumado, pero no a causa de la escasez de oacal o de comida. Lo que preocupaba al Doctrinador era la demora de Molitzmós. Empezaba a temer que la compleja trama de sus planes se hubiese enredado; o peor aún, que hubiese sido descubierta... Pasaba los días con la atención puesta en sus perros, seguro de que serían los primeros en percibir los galopes.

Caía la tarde sobre las chozas caldeadas cuando la jauría entera alzó las orejas para anunciar jinetes por el oeste. El primer impulso de Drimus fue correr a encontrarlos. Pero enseguida comprendió que aquello, mucho más que otras veces, era demasiado riesgoso. Como siempre, y aunque la espera pareció doblemente larga, todos en el manglar se ocultaron y guardaron silencio. Los galopes se detuvieron y entonces sí:

-¡Llegamos con víveres! -la voz conocida.

Los hombres corrieron a recibir el oacal para beber y las hojas para fumar. Drimus, que había salido antes que ningún otro, se sintió decepcionado de ver solamente a los dos mandaderos de siempre. Estaba a punto de interrogarlos sobre la ausencia de Molitzmós cuando el Señor del Sol se mostró montado en un animal de pelaje gris.

Lo primero que hizo Molitzmós, luego de desmontar, fue ordenar que se encendieran las hierbas que habían traído para espantar a los insectos de la noche. Y que extendieran una alfombra para cubrir la tierra donde Drimus y él iban a sentarse.

-¡Dime..., dime! -pedía el Doctrinador. Se frotaba las manos y sonreía de buena intuición.

-Un poco de paciencia -pidió Molitzmós-. Falta algo para este gran momento.

De un estuche labrado que llevaba en su cinto el Señor del Sol sacó una pipa. Llenó con hojas la cavidad de madera y extendió la mano para recibir la rama encendida que le alcanzaba uno de sus mandaderos. Realizó todo con ceremonia. Dio el primer sorbo a su pipa. El humo que salió fue primero un rostro, y después un pájaro confuso. Antes de tomar la palabra Molitzmós le pasó la pipa al mago.

-Los vientos soplan a nuestro favor. Estamos prontos a presenciar el derrumbe de la Casa reinante y el ascenso de mi propia Casa. Y lo que es mejor... Obrando según tus consejos y mi sentido vamos a lograr que, cuando eso suceda, el pueblo sonría.

-Dime primero lo que está primero -pidió Drimus-. ¿Ya han hecho suficiente efecto los líquidos que hemos ido adentrando en el cuerpo del príncipe gobernante? ¿Ya han comenzado a reblandecerse sus dientes? ¿Ya tiene florecidos los labios? ¿Ya gotean sus oídos?

-Ya está ocurriendo todo eso -Molitzmós recibió la pipa-. El príncipe gobernante yace ahora en el Sitio para Sudar. Pero por mucho que le den medicinas y que dancen a su alrededor los bailes rituales; por mucho que Hoh-Quiú se desespere, puesto que en verdad ama a su hermano, el príncipe gobernante morirá en pocos días. Entonces Hoh-Quiú, por linaje materno, deberá sucederlo y regir sobre los demás príncipes de su Casa

y sobre todo el país de los Señores del Sol.

-Recuerda que confié ciegamente en ti -inquirió Drimus aspirando la pipa de nuevo en sus manos-. Me aseguraste que sería favorable a nuestros planes que fuese Hoh-Quiú, y no su hermano, el que ocupara el trono de tu país.

-No es conveniente, querido Drimus, es imprescindible. Ahora soy yo quien pide que recuerdes tus propios consejos, los que siempre admití más brillantes que la mejor de mis elucubraciones. Fuiste tú quien concibió la necesidad de contar con el descontento del pueblo para destronar a la Casa reinante. Y, sobre todo, para que el triunfo de nuestra Casa fuera perdurable.

-Así es..., así es -concedió Drimus.

-Entonces no dudemos del camino elegido. Como antes te he dicho, el ahora príncipe gobernante es amado por el pueblo.

Y eso sucedía porque, en tiempos difíciles, el príncipe gobernante y hermano de Hoh-Quiú había resignado mandatos y tributos en favor de los sufrientes.

-Pero Hoh-Quiú no hará eso. Lo conozco. Su apego a las leyes, su terquedad y su altivez aumentarán con el poder. Eso, añadido a nuestro trabajo, le acarreará rápidamente el desamor del pueblo. Y ese desamor será la columna que sostendrá nuestra victoria. Pero por ahora, conformémonos con saber que el príncipe gobernante se está muriendo -Molitzmós exhaló un círculo perfecto.

Un círculo de bailarines ceremoniales giraba en torno al príncipe agonizante. Exactamente perfecto. La danza curativa se llevaba a cabo dentro del Sitio para Sudar: una habitación circular sin más aberturas que una puerta angosta y una boca en el techo, caldeada con trece montones de piedras candentes.

El príncipe gobernante yacía desnudo en un camastro, cubierto su vientre con un paño embebido en infusiones; porque era del vientre que le venía el mal.

Hoh-Quiú permanecía a su lado. De tanto en tanto besaba su frente empapada. Y sin cesar increpaba a los sabios sanadores para que hiciesen algo que salvara a su hermano. Pero ya todo estaba hecho y la sanación no llegaba. Sólo quedaba esperar que la danza sagrada lograra que las dos mitades del alma del príncipe volvieran a unirse en círculo.

Los bailarines estaban descalzos, y agotados de bailar por horas adentro de un calor insoportable. Olían ácido. Sin embargo ninguno perdió el son del tambor que los guiaba; ni erró uno de la compleja sucesión de pasos.

Fuera del Sitio para Sudar el pueblo ofrendaba objetos piadosos: escamas de víboras, caracolas gigantes, hojas de fumar y trenzas recién cortadas. Lo hacían porque todos amaban al príncipe y querían que las dos mitades de su alma volvieran a juntarse.

El príncipe agonizante abrió los ojos y miró a Hoh-Quiú. Cuando volvió a cerrarlos, estaba muerto.

El pueblo oyó callarse el tambor. Entonces cada uno de los que allí estaban alzó sus brazos al sol. Y todos se unieron en un canto afónico y entrecortado.

-Lo conozco muy bien -repitió Molitzmós. Los anillos de humo unían su cabeza con el cielo-. Hoh-Quiú retornará a la dureza de sus primeros antecesores.

-Y tú encontrarás la manera de que entre las gentes del pueblo se conozca tu oposición a tanto rigor -sonrió Drimus.

-Hoh-Quiú no tendrá misericordia a la hora de recaudar los tributos.

-¿Ni aun cuando las cosechas continúen siendo magras, y las enfermedades reduzcan el número de sembradores? -preguntó Drimus.

-Ni aun así -respondió Molitzmós-. Ninguno de esos males hará que Hoh-Quiú dispense al pueblo de sus deberes.

-Fortuna para nosotros, porque las plagas y las pestes responden a mis solicitudes -paladeó Drimus-. Y en medio del dolor tú dirás: "Ay de nuestro pueblo, porque el príncipe Hoh-Quiú es inmisericorde". Y lo dirás muy alto, para que la gente lo oiga.

—Sé que lo hará —dijo Molitzmós para sí.

Y el humo fue una orden.

-¡Que los recaudadores vayan y exijan el tributo establecido desde siempre! ¡Ésa es mi orden! -anunció Hoh-Quiú ante su consejo.

Uno de los consejeros más ancianos meneó la cabeza y pidió la palabra:

-Príncipe, recuerda que tu hermano había disminuido la carga del tributo para socorrer al pueblo en estos malos tiempos. Ellos ya se han acostumbrado a ese alivio. Lo que ordenas sólo conseguirá juntar rencores.

-Amé a mi hermano -interrumpió Hoh-Quiú-. Pero jamás compartí que la debilidad en el mando y el abandono de las antiguas prácticas ayuden a salir de un mal tiempo. Además es mi deber reforzar el ejército. La nobleza de nuestra Casa exige lo suyo, y también debemos conformarla. ¡Ya he dado mi orden!

Los recaudadores se desparramaron al galope por todo el país de los Señores del Sol. Iban por las aldeas anunciando el regreso a los antiguos tributos.

-¡Orden de Hoh-Quiú, príncipe gobernante!

Los recaudadores exigían el pago preciso, hasta el último grano. Y allí donde encontraron mujeres llorosas que se aferraron a sus pocos cestos de maíz, y allí donde encontraron hombres que se pararon frente a sus animales y negaron con la cabeza, los recaudadores actuaron con crueldad. Siempre partieron llevándose lo que el príncipe exigía, dejando atrás lamentos y furias.

Molitzmós pidió otra rama para reavivar la pipa.

-Del mismo modo -continuó después de ver la brasa al rojo- el príncipe agonizante ha retaceado su asentimiento al sacrificio de las vírgenes. No se encharcaron de sangre los altares tanto como en otros mandatos.

-Pero tú me aseguraste que cuando Hoh-Quiú gobierne los sacrificios se llevarán a cabo toda vez que se consideren necesarios -Drimus hacía caminar sus dedos sobre la alfombra en la que estaba sentado.

-¡Y qué necesarios serán...! -respondió Molitzmós.

El humo que se olía no era de hojas para fumar sino de antorchas sacrificiales.

Hacía tiempo que en el templo donde habitaban las vírgenes consagradas se respiraba fácil. Las jóvenes hilaban y danzaban, olvidadas de todo temor. Pero ese día, a poco de que Hoh-Quiú asumiera el mando, llegaron los portadores de antorchas. Las pesadas puertas se abrieron para dar paso a la comitiva que llegó para señalar a la que sería honrada con el sacrificio. Las vírgenes mantuvieron baja la mirada. Habían sido consagradas siendo muy niñas. Desde entonces aprendieron que ofrendarse por la salud y la prosperidad de su pueblo y de su príncipe era una honra deseable. Les enseñaron que por un instante de dolor permanecerían intactas en la eternidad. Sin embargo sus corazones deseaban seguir latiendo allí: en ese mundo donde nada era puro, pero todo era bello.

La elegida dio un paso atrás. Las demás jóvenes la rodearon, la cubrieron de caricias y le secaron las lágrimas.

Después se la llevaron. La bañaron, la enjoyaron, y la devolvieron para el sacrificio embellecida y perfumada.

La virgen partió custodiada por la comitiva, y atravesó la ciudad hasta la pirámide donde iba a consumarse la ofrenda. El corazón que le golpeaba dentro sería muy pronto arrancado del pecho y golpearía igual, las últimas veces, bajo el cielo. La túnica que vestía empezaba a mojarse con el sudor del miedo. El pueblo que la vio pasar guardó un silencio amargo. Tal vez fuese necesario para aplacar los daños que caían sobre ellos, sus cosechas y sus animales. Tal vez lo fuese... Pero qué difícil era verla avanzar hacia el Sumo Puñal sin sentir rabia.

-Lo conozco -dijo Molitzmós-. Apenas Hoh-Quiú tome el mando ordenará un sacrificio. No dejará de hacerlo puesto que cree en ellos.

Drimus aspiró profundo. Sus palabras salieron con humo y mal pronunciadas, de modo que Molitzmós apenas pudo comprenderlas. Al Doctrinador no le importó porque no estaba hablando para el Señor del Sol y sus pobres sueños, sino para Misáianes y su eternidad.

Por esos mismos confusos días Zabralkán dormitaba durante horas sentado de espaldas al mirador. Apenas comía. Y el resto de su tiempo lo pasaba oyendo al recitador de la Casa de las Estrellas. Él mismo lo convocaba a diario para pedirle que repitiera las palabras de los poetas que habían fundado el modo de pensar y vivir del pueblo zitzahay.

Solamente en contadas oportunidades interrumpía la cadencia de los versos con un débil gesto de su mano. Entonces pronunciaba entrecortadas reflexiones cuyo sentido se le perdía al recitador. Reflexiones que el propio Zabralkán desmerecía de inmediato con una sonrisa que se burlaba de alguien.

Por esos mismos días, Zabralkán ya no abandonaba su observatorio.

Por esos confusos mismos días, Zabralkán se había puesto viejo.

Cinco años atrás, cuando el Concilio se dio por terminado y cada uno regresó a su tierra, Zabralkán era otro. Contagiado con la fuerza de Kupuka tomó en sus manos el liderazgo y el control de las acciones que debían llevarse a cabo. Examinó resultados, subió y bajó escaleras, estuvo tanto entre el maíz como entre las armas. Miró las estrellas. Y se embarró los pies en los corrales donde se multiplicaban, para su agrado, los animales con cabellera. Casi en nadie confió plenamente; salvo en Thungür con quien acostumbraba compartir sus preocupaciones y sus dichas.

Durante tiempo Zabralkán mantuvo sobre Bor una mirada atenta, fija en los movimientos del alma de su hermano. Pero Bor jamás volvió a decepcionarlo y pareció retornar sin recelos ni dudas al camino de la Cofradía del Aire Libre. De a poco Bor fue recuperando el lugar que había perdido: muy junto a Zabralkán, apenas por debajo de su rango y mucho menos viejo.

Por eso, en los días cuando Zabralkán sólo escuchaba antiguos poemas, era Bor y no Thungür el que entraba cotidianamente a su observatorio para anunciarle las novedades. Y si de tanto en tanto Zabralkán preguntó por Thungür, le respondieron que seguía atareado en la consolidación de su ejército y en la preparación de sus guerreros; que había partido hacia tal o cual aldea para controlar personalmente los avances en el adiestramiento; que había salido en larga cabalgata con los guerreros montados; que se ocupaba en sus deberes; que no estaba.

Antes de envejecer por completo Zabralkán comprendió que ya era tiempo de seleccionar alguno de los astrónomos para que, llegado el momento y junto a Bor, ascendiera al rango Supremo.

Era suficientemente alto el número de astrónomos menores como para que, a Zabralkán envejecido, se le confundieran sus nombres con los de los héroes de los poemas que escuchaba recitar cada día. Fue por eso que delegó en Bor la tarea de elegir al más apropiado.

-Hermano Bor, tú compartes con ellos los estudios y las comidas. Conoces mejor que yo los defectos y las virtudes de cada uno. Confío en ti para que elijas al que, muy pronto, se sentará a tu lado.

-Agradezco la confianza que depositas en mí, hermano Zabralkán, pero la declino en

tu provecho. No quisiera tomar yo esa resolución estando aquí quien lo hará con mayor sabiduría.

Más o menos parecido se repitió el diálogo, día tras día, hasta que Zabralkán se vio obligado a enfurecerse.

-¡Ya no nos queda demasiado tiempo! Te suplico que no vuelvas a oponerte a mi decisión. El elegido será el que tú elijas porque así lo elijo yo.

—Será —aceptó Bor, finalmente.

Y fue Kayún-Piel-de-Marlo. El nombre le venía de la piel poceada de su rostro. Se había criado desde pequeño en la Casa de las Estrellas. Tenía voz aflautada y, en contraste, una corpulencia exagerada para un zitzahay. Kayún-Piel-de-Marlo fue el elegido entre todos los astrónomos menores para ocupar, cuando llegara el momento, el lugar más alto de la Casa de las Estrellas.

Kayún comenzó a visitar con frecuencia el observatorio de Zabralkán. El anciano quedaba deslumbrado por los conocimientos sagrados y estelares del joven astrónomo, por su erudición en cifras, códices y cálculos. Quedaba deslumbrado, pero no conmovido. Y con cada visita Zabralkán quedaba también un poco menos viejo; como si algo dentro se resistiera a continuar apaciblemente por el tramo final. Algo como un eco lejano advirtiéndole que Kayún-Piel-de-Marlo no era el indicado. Pero después la voz del recitador le ganaba al eco y Zabralkán volvía a hacerse viejo, a dejarse arrastrar por el cansancio.

El primer sueño de premonición le llegó al anciano la noche de un día en que Kayún-Piel-de-Marlo lo había deslumbrado más de lo habitual con una severa relación sobre los métodos para acomodar las irregularidades de calendarios al movimiento de los astros.

En ese primer sueño el anciano Astrónomo vio a Hoh-Quiú atrapado en un círculo de fuego. De pronto, algo semejante a un pájaro de enorme tamaño aparecía a sus espaldas. Hoh-Quiú no percibía la presencia del ave ni el calor del fuego porque estaba distraído buscando sus ojos. Los había perdido y no podía encontrarlos. El príncipe Hoh-Quiú pensó que debía llorar. Si lloraba, el sonido de las lágrimas lo guiaría hasta sus ojos. Pero Zabralkán, que sí veía con claridad, comprendió que el ave iba a ensartar su pico en la nuca del príncipe. Quiso gritar y no pudo, quiso avanzar y tampoco lo consiguió. Finalmente se despertó para salvarlo.

Ya por completo despabilado, el Supremo Astrónomo se abocó a mirar las estrellas que aparecían en el hueco del mirador. Esa noche, el anciano no pudo dormir. Y como antes hacía, se sentó a contemplar el cielo. Lo miró largamente hasta recordar que lo conocía mejor que a las manos que llevaba consigo.

Zabralkán volvía a parecerse al que había sido. Al que supo presidir el Concilio con justicia y firmeza, y detener a tiempo la soberbia de Bor. El mismo que ahora tomaba un tubo de jadeíta para acercarse al cielo e interrogarlo. Pero antes de poder hacerlo, de regresar a los astros, Zabralkán comenzó a tiritar de frío. Estaba amaneciendo cuando el anciano abandonó el tubo y arrastró los pies hasta sus mantas suntuosas para dormir de nuevo y olvidarse del cielo.

Sin embargo el sueño regresó noche tras noche. Se hubiese repetido con exactitud de no ser porque el ave siempre cambiaba en algo. En el sueño siguiente el ave se irguió, en el siguiente tuvo cráneo de hombre. Una noche después, su pico era la hoja de un cuchillo. "Su nombre... ¿Cuál era el nombre de aquel brillo?" se preguntó el anciano. Y

se golpeó la frente para despertar a los recuerdos.

-¡Sideresios...! ¡Igual que los brillantes cuchillos de los sideresios!

Así como cada sueño, cada despertar de Zabralkán también era diferente. El Supremo Astrónomo abandonaba su cama con mayor agilidad y caminaba sin vacilaciones directo al mirador. En cada despertar sentía que recobraba su modo natural de hablar con las estrellas, de preguntarles y entender sus respuestas. Y lo que el Astrónomo empezaba a entrever le helaba la sangre y más le agudizaba el entendimiento.

Una mañana de ésas, después de atravesar por el sueño y por el cielo, Zabralkán expulsó al recitador de mala manera.

-¡Vete de aquí! ¡Llévate tus estrofas! Tengo cosas más importantes que hacer que pasar el día escuchándote recitar esos versos que eliges, tontos y desvaídos.

El recitador pensó que se trataba de una nueva manía del Supremo Astrónomo y se retiró sin decir palabra.

Todo aquel día lo pasó Zabralkán revolviendo profecías. Retomando, como si jamás la hubiese perdido, su renombrada maestría para el cálculo y el complejísimo trazado de las líneas que descienden del cielo a la tierra para anunciar y advertir.

Al anochecer Kayún entró al observatorio y encontró a Zabralkán sumido en un ensimismamiento que nada tenía que ver con su habitual letargo. Además, por las evidencias que enseñaban dos bandejas, acababa de alimentarse con generosidad.

-Debo fortalecer mi viejo cuerpo -dijo Zabralkán viendo que Kayún-Piel-de-Marlo observaba con asombro los restos de comida-. Debo hacerlo porque es necesario que recobre por entero mi lucidez.

-Amado Zabralkán -dijo Piel-de-Marlo-, me satisface y me alivia que camines de regreso a tu sagacidad y a tus fuerzas. Pero si es mucha la tarea que tienes por delante y crees que yo pueda ayudarte, dímelo. Me pondré a tu servicio.

Zabralkán respondió lo que Kayún menos esperaba oír.

-¿Qué sucede con Thungür? ¿Por qué no ha venido más a visitarme? Me urge hablar con él. Si quieres serme útil, búscalo y dile que venga de inmediato.

Kayún recibió con furia aquellas palabras. Él, sucesor elegido, había sido hecho a un lado. Y para más, enviado como mandadero en busca del tosco hombre del sur que todavía andaba semidesnudo. Pero Kayún sabía muy bien lo que debía responder.

-Lamento no poder acceder a tu pedido. Es que el jefe de nuestro ejército creyó oportuno hacer una visita a las aldeas de la Estirpe. Quiso ver, personalmente, los avances que allí se están haciendo. Se dice que los hijos de los bóreos han comenzado a construir naves capaces de atravesar el Yentru.

Luego Kayún-Piel-de-Marlo se extendió en un nuevo discurso tan lleno de sutilezas y abstracciones que pronto el Supremo Astrónomo cabeceó de sueño.

-¿Lo ves, amado Zabralkán...? Ha sido demasiado para ti -dijo Kayún, conduciéndolo de regreso a su lecho—. Ahora será mejor que descanses. Mañana seguiremos hablando de lo que te preocupa.

La fortaleza parecía abandonarlo nuevamente. Zabralkán se dejó conducir como un niño. Y cuando Kayún-Piel-de-Marlo salió del observatorio cerrando la puerta con sigilo, el anciano apenas fue capaz de murmurar su deseo.

-Thungür, regresa pronto.

Pero la premonición que estaba visitando a Zabralkán no quiso dejar que pasara otra noche sin quitarse la máscara por completo.

Comenzó igual que siempre. En el centro del sueño del anciano estaba Hoh-Quiú, de pie. Pronto, el sueño se contorneó con una línea de llamaradas que envolvió en círculo al príncipe de los Señores del Sol. Y Hoh-Quiú solamente pensaba en sus ojos. Entonces llegó el ave de siempre, siempre más erguida. En esta ocasión no sólo su cabeza era de hombre; también el pecho lo tenía de hombre..., y las piernas. De ese modo, más que un ave parecía un hombre con capa de pájaro. El sueño terminó de dibujarse: era Molitzmós, el emplumado. Y cuando iba a clavar su cuchillo en la nuca de Hoh-Quiú, Zabralkán se despertó de su sueño. El Supremo Astrónomo acababa de entender con claridad el mensaje de las estrellas que se metían por el mirador. Fuerte de nuevo, e incapaz de aguardar hasta el amanecer, llamó a la guardia que Bor mantenía de día y de noche a la entrada de su observatorio. Les ordenó despertar a Kayún-Piel-de-Marlo y llevarlo allí de inmediato. Zabralkán pensó en él porque la información que debía compartir y la tarea que pensaba encomendarle eran cosas demasiado delicadas. Además, el resto de los astrónomos no ofrecía mejores garantías que el sucesor. Kayún fue conducido hasta el observatorio, sorprendido y somnoliento.

-¿Qué cuidados necesitas? -preguntó.

-No es mi vida la que me preocupa sino la de Hoh-Quiú -la voz retornaba a su antigua firmeza-. Sé de cierto que hay una conjura en su contra. Conjura que ya está en marcha, que se está cerrando. Y que el propio Molitzmós consumará.

-¿No hemos siempre pregonado que es deshonor entrometerse en asuntos de otros pueblos? -intentó Kayún.

-Sería deshonor si esto fuese cosa de Molitzmós y su Casa. Lucha de una Casa contra la otra...

-Pues es lo que acabas de decir -interrumpió Kayún-Piel-de-Marlo.

-De ningún modo -se impacientó Zabralkán-. Acabo de decir que Molitzmós consumará la conjura suponiendo, sin duda, que lo hace en su propio provecho. Pero hoy me ha sido revelado que es Misáianes quien se sirve de él para regresar a nuestra tierra con pie firme. En cuanto lo logre, Molitzmós ya no valdrá nada. El traidor perderá todas sus honras. Y recibirá humillaciones a cambio de sus servicios.

-¿Puedes asegurar...? -comenzó a decir Kayún.

-No tengo tiempo de comunicarte las causas de mi certeza -Zabralkán hablaba con premura-. Sólo tengo el tiempo de darte una orden que tú cumplirás de inmediato. ¿Dices que Thungür está en las aldeas de la Estirpe? Entonces envía por él y mándale a decir que regrese sin demora, no importa lo que esté haciendo. Nadie más que Thungür es capaz de galopar hasta el país de los Señores del Sol, y llegar a tiempo para advertir a Hoh-Quiú de la conjura. Ve y realiza lo que te ordeno. Todavía soy Supremo Astrónomo de la Casa de las Estrellas y mi rango está por encima de cualquier otro.

Kayún-Piel-de-Marlo salió y caminó de prisa. Llamó a la puerta de unos aposentos donde entró antes de recibir el permiso para hacerlo.

-El anciano está despertando -murmuró Kayún.

-Tranquilízate y dime a qué te refieres -contestó Bor, envolviéndose en un manto bordado.

Así, visto de atrás, el cabello negro atado a la altura de la nuca, la contextura fibrosa y perdidas ya todas las marcas de la primera juventud, cualquiera habría supuesto que era otro. Si Cucub lo hubiese visto, trabajando entre los animales sin un gesto de sobra, le habría equivocado el nombre. Pero el que se dio vuelta era Thungür.

Esa mañana, como siempre hacía, Thungür llegó temprano a los corrales. Palmeó las ancas de algunos animales, vigiló el estado de las hembras recién paridas y de sus crías. Después se dirigió hacia donde estaba su propio animal. Hunde-la-Tarde lo esperaba inmóvil. Sabía que llegaría su turno cuando Thungür terminara su recorrida. Recién entonces el hombre se pararía a su costado y le frotaría el cuello. El contacto firme de las manos de su dueño era para Hunde-la-Tarde la señal de que comenzaba un nuevo día. Entonces, sacudía la cabeza y relinchaba para indicar que ya estaba dispuesto.

El tiempo que Thungür llevaba en la Comarca Aislada había sido de gran trabajo sobre el ejército zitzahay. Recibió hombres mal adiestrados y los transformó en guerreros. El jefe husihuilke les templó el cuerpo, y los hizo diestros en el manejo de las armas. Pero también les reveló el vínculo de las lanzas con las vísceras para lograr que hubiese dos guerreros donde se veía uno.

Por las noches, cuando el trabajo terminaba y los hombres se marchaban en busca de tibiezas, Thungür se quedaba solo. Era cuando volvía a sentirse extranjero. Un hombre de los bosques del sur encerrado en una ciudad de piedra. Extranjero cuando caía la noche. Más extranjero desde que Zabralkán había dejado de llamarlo a su lado para hablar largamente del pasado y del futuro. Más y más extranjero cuando despertaba en algún sitio adonde el instinto lo había llevado en busca de oacal y de mujer.

Durante el día, el destierro parecía restañarse. Menos extranjero durante el día. Y mucho menos cuando se cruzaba con aquellos niños nacidos de viudas y husihuilkes, a instancias de Kupuka y con el favor de los copales.

Alguien estaba entrando a los corrales, y Thungür se dio vuelta para ver de quién se trataba. Era un centinela de la Casa de las Estrellas y venía en su busca con orden de conducirlo hasta allí sin demora. En el camino Thungür fue imaginando que Zabralkán volvía a pedir por él. Con un poco de buena suerte recuperaría sus conversaciones con el anciano Astrónomo.

No bien entraron al edificio el centinela lo guió hacia las escaleras que conducían al costado opuesto al que se hallaba el observatorio de Zabralkán. Con todo, Thungür no perdió las esperanzas. Era posible que el Supremo Astrónomo lo estuviera esperando en alguna otra sala de aquella construcción de pasadizos y vericuetos. Anduvo y anduvo, unos pasos detrás del centinela, creyendo por momentos caminar en círculos, avanzando y retrocediendo; como si aquel lugar estuviese pensado para que nadie llegara dos veces al mismo sitio.

El centinela se detuvo frente a una puerta de doble hoja flanqueada por pilares tallados en la piedra. Se anunció haciendo sonar un fantástico artificio de campanillas de oro que sostenía en sus fauces una serpiente multicolor nacida del muro.

Para tristeza de Thungür, la voz que permitió el acceso no era la de Zabralkán. La

puerta se abrió. Era Bor quien lo estaba esperando.

-Tu rostro expresa decepción -dijo el Supremo Astrónomo-. ¿Es que jamás aprenderán los husihuilkes a disimular sus sentimientos?

-¿Cuál es el beneficio de semejante pesar? -preguntó Thungür.

-Por ejemplo -dijo Bor-, que yo pudiese creer que tú me estimas tanto como a Zabralkán.

-¿Y para qué te serviría a ti creer algo que no es cierto?

Bor movió la cabeza con signos de cansancio.

-A veces olvido que eres un guerrero, y hablo como si no te conociera.

—Hay una anciana en el sur que por gracia es la madre de mi padre -dijo Thungür-. Ella acostumbra decir "El más cercano a ti va a buscar agua al arroyo. Cuando regresa, ya no lo conoces".

-Esa anciana merecería ser zitzahay -comentó Bor.

-Esa anciana está orgullosa de ser husihuilke.

Nunca mejor ni peor habían sido los escasos contactos entre Bor y Thungür. Antes de que el Astrónomo se ocupara del asunto por el cual lo había convocado, Thungür se atrevió a preguntar por lo que más le interesaba.

-¿Qué puedes decirme de Zabralkán? Casi nada sé sobre él.

-Te diré -respondió Bor-. Nuestro amado Zabralkán envejece rápidamente. Recuerdo que esas largas conversaciones que mantenía contigo le hacían mucho bien... Por eso es que varias *veces* le he insistido para que las retome. Lamentablemente se niega a hacerlo. Sus vigilias son cortas, y en esos breves momentos sólo reclama poemas y soledad. Pero si te alivia, te diré que suele recordarte y lo hace con amor profundo. Ahora sí pasaré a explicarte la causa de esta reunión.

Thungür se sentó, obedeciendo a un gesto del Supremo Astrónomo.

-Conocerás que hace muy poco ha muerto el príncipe que gobernaba el país de los Señores del Sol. También que Hoh-Quiú, sucesor en la línea del linaje, asumió el mando. Estos acontecimientos nos obligan a enviar una comitiva que lleve obsequios y augurios al nuevo gobernante. Es ésta una práctica de buena vecindad que hoy, más que nunca, debemos llevar a cabo. Kayún-Piel-de-Marlo será enviado en nuestra representación.

Oyó el nombre Thungür y quedó sin saber.

-¡Ah, por supuesto! -advirtió Bor-. Ignoras de quién estoy hablando. Kayún-Piel-de-Marlo es el astrónomo que Zabralkán ha elegido para que tome sitio junto a mí, el nefasto día en que me toque a mí tomar el suyo.

La sola mención de la muerte de Zabralkán conmovió tanto a Thungür que apuró un comentario para deshacerse del tema.

-Así que se llama Kayún-Piel-de-Marlo el que cruzará las Colinas del Límite para reverenciar a Hoh-Quiú.

-Es ése su nombre -sonrió Bor-. Y comprenderás que no puede ir solo. Quiero que una escolta de tus mejores hombres montados lo guíen y protejan. Quiero, además, que seas tú quien los conduzca.

-Muchos de mis hombres pueden conducir esa misión. No es necesario que yo abandone mis obligaciones aquí.

-¿Por qué estaba seguro de que responderías eso? -la lengua de Bor se entrelazó otra vez con la ironía-. ¿Será que es propio de los husihuilkes el ser predecibles?

-Quizás -respondió Thungür-. Aunque predecir no debiera ser difícil para un Supremo Astrónomo.

La animación de Bor empezaba a ceder ante tanta insolencia. Sus siguientes palabras sonaron secas.

-Yo digo que irás tú, y así se hará. Te explicaré mis motivos y entenderás que nada tienen que ver con un capricho. Sabemos que entre las dos Casas más poderosas de aquel país han recrudecido los agravios, y que un enfrentamiento de sangres amenaza con declararse de un momento a otro. No cabe duda de que ahora, cuando los pueblos de las Tierras Fértiles deben permanecer unidos para oponer fuerzas al que pronto regresará, cualquier enfrentamiento entre hermanos sería desgraciado para todo el continente.

Por esta vez, Thungür pensó que Bor estaba hablando con sabiduría y asintió vivamente con la cabeza.

-Ya veo que comprendes y coincides -dijo Bor-. Seré breve, entonces, para comunicarte lo que resta. Obsequios y buenos augurios serán, además del cumplimiento de una cortesía, la excusa para hacerles llegar a ambas Casas nuestro interés en mantener la paz interna. Y la convicción de que el resquebrajamiento de nuestras fuerzas será atesorado por Misáianes. Para que el mensaje resulte más enérgico, nada mejor que lo compartan dos pueblos. Kayún expresará este deseo en nombre de los zitzahay. Tú lo harás en nombre de los husihuilkes.

Cuando Thungür entendía y aceptaba, buscaba la manera de terminar la conversación.

-¿Cuándo debemos partir?-preguntó.

-Mañana al amanecer.

-Entonces me iré ahora mismo. Tengo poco tiempo y mucho trabajo.

-Tienes mi permiso para retirarte -tampoco Bor tenía interés en prolongar la permanencia del husihuilke en su sala predilecta-. Sólo una cosa: la próxima vez que debas presentarte ante mi, cúbrete el torso.

Thungür salió de allí. Afuera lo aguardaba el mismo centinela que había ido en su busca, y que ahora lo guió hasta la salida de la Casa de las Estrellas.

Bor permaneció hasta el anochecer en su sala privada, donde pidió que le sirvieran las comidas. Reclinado sobre almohadones, repasó la trama de sus planes. Creía fervorosamente en la supremacía de la Magia y en la necesidad de regresar al cielo y procurar la hermandad con la Cofradía del Recinto para dar socorro a las criaturas desde un sitio entre las estrellas. Zabralkán se había transformado en el anciano que con su debilidad y sus extraviadas interpretaciones del legado había llevado la Magia al charco de las criaturas, dejando a ambas desamparadas.

Todo seguía buen curso: el husihuilke había aceptado el viaje sin ninguna sospecha. Más que eso, marcharía seguro de estar cumpliendo un mandato de su amado Zabralkán.

El alejamiento de Thungür servía a un doble propósito. Lo alejaría de los insistentes y peligrosos llamados de Zabralkán. Pero, especialmente, haría que el guerrero del sur tomara parte por Molitzmós, en contra de Hoh-Quiú. ¡Todo estaba dispuesto para que así sucediera!

Por las mismas horas, en el costado opuesto de la Casa de las Estrellas un anciano luchaba contra el cielo. El anciano quería dormir sin constelaciones susurrándole

desgracias venideras. Deseaba un sueño dentro de una nuez, donde no llegara la luz de las estrellas. Quería eso el anciano, sólo eso. Pero el Supremo Zabralkán, versado como nadie en la lectura de los astros, quería algo del todo diferente. Zabralkán, el Supremo Astrónomo, quería volver, levantarse del lecho. Quería saber, advertir, estrechar de nuevo las manos de Kupuka. No dormir, no quedarse a la vera del desastre escuchando poemas. Necesitaba sus piernas firmes y su mente clara.

Al cabo de duros forcejeos que le llevaron gran parte de la noche, Zabralkán se impuso sobre el anciano. Lo tomó por los hombros y le habló sin violencia:

-Vuélvete ahora a la profundidad. Ya tendremos tiempo de envejecer y tiritar bajo las mantas. Te prometo que, un día, nos sentaremos a escuchar los versos del recitador despreocupados de todo. Pero eso no puede ser todavía. Vuelve a la profundidad del sueño y espérame allí.

Zabralkán se levantó sin ninguna dificultad y se vistió.

La noche abandonaba la Comarca Aislada. Pegado a su partida un amanecer rojo subía por el horizonte.

Apenas estuvo listo, el Supremo Astrónomo abrió la puerta del observatorio que había decidido abandonar. Los dos centinelas de turno giraron mostrándole el rostro, y lo saludaron con la habitual reverencia.

-Voy a salir -les aclaró Zabralkán, presumiendo que no comprendían su intención.

Los centinelas no se movieron. A ninguno de los dos les resultaba sencilla la tarea, ayer impensable, de desobedecer a Zabralkán. Pero Bor había sido terminante. La salud del anciano estaba gravemente deteriorada, ellos mismos podían verlo. Era posible que Zabralkán los sorprendiera con alguna intemperancia o hasta con una actitud violenta. Nada de esto debía amedrentarlos. Con todas las delicadezas obligadas tenían que retener a Zabralkán en su observatorio. Y dar aviso de inmediato a él mismo o a Kayún-Piel-de-Marlo.

-Amado Zabralkán, no podemos permitirte la salida -balbuceó un centinela.

El Supremo Astrónomo se quedó perplejo por un momento. ¿Qué estaba escuchando?

-¿Qué estás diciéndome?

-Es por el resguardo de tu salud. Si nos das un mensaje, lo transmitiremos de inmediato. Si nos envías a cumplir un deseo, uno de nosotros correrá a hacerlo.

-Ustedes deben cuidar del pobre anciano que quedó allí dentro. No de mí, que soy el otro.

Las palabras de Zabralkán sonaron tan incoherentes a los oídos de los centinelas que más se afianzaron en el cumplimiento de la orden recibida.

-Apenas amanece -dijo uno de ellos-. Todo reposa en la Casa de las Estrellas. ¿Adónde irías ahora?

-A las aldeas de la Estirpe, en busca de Thungür.

Los centinelas se miraron. Sabían que el jefe del ejército no se había marchado. Recordaban haberlo visto el día anterior saliendo de los corrales.

-Regresa a tu cama, Astrónomo amado. Abrígate y duerme -los guardias lo guiaron con cuidado, temiendo quebrar aquella hoja seca- Nosotros le anunciaremos a Bor tu deseo. Tal vez más tarde, cuando el sol entibie, puedas partir.

Finalmente consiguieron sentarlo a los pies de su cama.

-Recuéstate y descansa.

Zabralkán intentó resistirse pero sus piernas flaquearon; era el anciano que volvía.

-¡Esta insolencia está permitiendo que él regrese! -gritó Zabralkán.

-¿De quién hablas? ¿Quién es el que vuelve?

-El anciano... -la lucidez de Zabralkán se perdía-. No, no el anciano... El que vuelve es Misáianes.

-¿El anciano o Misáianes? -los centinelas se atrevieron a sonreír.

-Ambos -respondió Zabralkán con su luz recuperada. Y comprendió que de nada le serviría continuar con esa discusión.

Los hombres de la guardia esperaron a verlo apaciguado para decidirse a abandonar el observatorio, y tomar su lugar a cada lado de la puerta.

Zabralkán se levantó muy despacio y caminó hasta el mirador. Una vez allí se sentó, arrebujado en una manta, de cara a un cielo sin estrellas.

-Hermano Kupuka, óyeme. Ayúdame, hermano Kupuka, estoy prisionero.

De pronto, a la luz engañosa de la madrugada, el Supremo Astrónomo advirtió movimiento de hombres y animales en las cercanías de los corrales. Eso estaba muy lejos. De modo que, por mucho que frunciera los ojos, no alcanzaba a ver más que colores y movimientos. Zabralkán tomó uno de los tubos de jadeíta que habitualmente servían para acercar el cielo, y que ahora le acercaron los corrales y el grupo de hombres que andaba por allí. El tubo de jadeíta le llevó hasta los ojos una escena tan valiosa como una estrella.

Era Kayún-Piel-de-Marlo. Lo secundaban varios guerreros montados. Algunos sirvientes terminaban de asegurar una carga de provisiones como para realizar un largo viaje. ¿Qué estaba sucediendo? ¿Por qué Kayún no le había anunciado que partiría?

El tubo siguió moviéndose por la escena. Otro jinete se acercaba y, al distinguirlo Zabralkán tuvo la mejor alegría: se trataba de Thungür montado en Hunde-la-Tarde.

¿Y qué con tu alegría, anciano? ¿Cómo llegarás a él para contarle lo que te sucede?

Zabralkán probó con toda su voz:

—¡Thungür, escúchame...! ¡Thungür, no me abandones!

Pero su voz ni siquiera despertó a las palomas que anidaban en el techo.

Allá abajo y lejos, la partida al país de los Señores de Sol era inminente.

-Mira hacia aquí, Thungür -Zabralkán había abandonado la jadeíta y agitaba los brazos-. Mira hacia aquí, hijo mío.

Kayún-Piel-de-Marlo apuraba la marcha. Todos los detalles estaban revisados. Ya no había qué esperar.

-Mira hacia aquí, Thungür. Mira hacia aquí...

Allá lejos y abajo Thungür pensó en Zabralkán. ¿Cómo estaría el anciano amado?

-¡Démonos prisa! -dijo Kayún.

-¡Mira hacia aquí! -dijo Zabralkán.

-Pongámonos en marcha -aceptó Thungür.

Sin embargo, antes de dar la orden de partir, Thungür giró la cabeza y alzó la vista. En el hueco del mirador el anciano agitó los brazos con mayor fuerza.

-¡Allí está Zabralkán! -instintivamente, Thungür hizo un gesto de acercamiento.

Kayún-Piel-de-Marlo comprendió que, si no obraba con temeridad, todo se perdería.

-Mira al anciano venerable -dijo, acercándose a Thungür-. Enterado del viaje que emprenderemos se ha levantado con el alba para desearnos buena suerte. Míralo saludarnos, y dime si en los tiempos que vienen habrá algún otro como él.

-Yo no sé -dudó Thungür-. No entiendo lo que hace.

-Hace lo que le permiten sus frágiles brazos. Hace todo lo posible por darnos un buen adiós. Thungür, no lo obliguemos a seguir esforzándose; le hará daño. Respondamos a su saludo y marchémonos.

-Tienes razón.

Thungür alzó el brazo con el puño cerrado y lo mantuvo así un momento.

-No es adiós -suplicó Zabralkán-. No estoy diciéndote adiós...

Thungür giró en su cabalgadura. Y ya de espaldas al mirador, dio orden de partir.

-¡Qué magnífico! -murmuró para sí.

Hasta Kayún-Piel-de-Marlo, crecido en las suntuosidades de la Casa de las Estrellas, se encegueció con el lujo y el ceremonial que Hoh-Quiú había dispuesto para recibirlos. Thungür, que estaba ingresando al gran recinto unos pasos detrás del astrónomo, bajó la vista para poder sentir que caminaba por los corrales y entre la calma mañanera de sus animales. "Un husihuilke empecinado", sintió que le diría Bor.

Al final de una larga alfombra flanqueada por hombres que mecían con suavidad enormes plumas de Kúkul, los esperaba el nuevo príncipe gobernante. Estaba sentado sobre pieles de cascabel asidas firmemente a dos barras de madera esculpida, que cuatro sirvientes sostenían a la altura de sus cabezas. Tan engalanado estaba, y adornado de joyas bien labradas, que cuando Thungür alzó la vista para mirarlo no pudo reconocer al guerrero que había luchado junto a ellos. Andrajoso y feliz después del triunfo.

Detrás de Hoh-Quiú sus muchos hermanos y hermanas se mantenían en una formación estática. Todos ellos vestidos y ubicados según el rango de sus madres. Thungür los miró uno por uno. Y en la última hilera, entre los que llevaban galas menores, descubrió a Nanahuatli. Después la llamaría Único Amor.

Cuando estuvieron cumplidas las cortesías, Hoh-Quiú fue conducido a una sala contigua junto a los invitados y a los miembros de su Casa. Esta sala era casi tan grande como la anterior. En sus cuatro costados esperaban esteras repletas de escudillas de oro con todos los manjares de la tierra. Después del príncipe, cada uno tomó su lugar. Y, según ordenó, Kayún se sentó a su derecha y Thungür a su izquierda. Desde entonces y por largo rato todo fue un ir y venir de esclavos llevándose escudillas a medio vaciar, trayendo otras repletas y con brasas debajo si el alimento necesitaba mantenerse caliente. Nunca había visto Thungür tal abundancia ni tal desperdicio. El humor se le puso oscuro y casi no pronunció palabra durante la comida. Kayún-Piel-de-Marlo y Hoh-Quiú, en cambio, mantuvieron una animada conversación que mucho tuvo que ver con los jarros de oacal que ambos tenían bebidos.

Siguieron llegando alimentos hasta que los de estómago más fuerte tuvieron que reclinarse en sus almohadones. Entonces los esclavos retiraron todos los restos, y regresaron con frutas y nuevas bebidas.

Kayún y Thungür advirtieron que algo se preparaba porque, de pronto, todos los comensales se colocaron mirando hacia el mismo sitio. El bullicio de sus voces se fue callando hasta callarse, mudos.

Pronto comprendieron que se trataba de una danza con la que los Señores del Sol honraban su visita. Los danzarines entraron, se dispusieron en trece círculos concéntricos; y al son seco de los tambores bailaron una exaltada danza guerrera.

Aun a través de su oacal Kayún-Piel-de-Marlo pudo advertir que Thungür no miraba la danza. Siguió la dirección de los ojos husihuilkes y descubrió el rostro de Nanahuatli.

Entonces siguió la mirada de Nanahuatli y regresó al rostro de Thungür. El oacal no lo dejaba discernir con claridad. "Aquí hay algo como regalo del destino al que podremos sacarle buena ganancia. Mañana lo pensaré mejor", se dijo bajo los golpes de

un sueño que lo embotaba.

A la mañana siguiente, Kayún-Piel-de-Marlo y Thungür fueron avisados que el príncipe no podría verlos sino hasta el anochecer. Se les dijo también que era su anhelo que permanecieran todo el tiempo posible bajo su hospitalidad, y que en tanto volvieran a verse sólo debían expresar cualquier deseo para que de inmediato fuesen complacidos.

-Sé lo que debo hacer esta mañana -dijo Kayún en cuanto quedaron solos-. Tomaré algunos de nuestros hombres como escolta y me dirigiré hasta la zona, no lejana de aquí, adonde habitan las familias de la Casa de Molitzmós. No olvides que hemos venido con el fin de ayudar a que este territorio no caiga en guerra.

-Entonces, debo acompañarte -respondió Thungür.

-He pensado en eso -Kayún no mentía—. No creo que sea conveniente que ambos seamos vistos visitando la Casa rival. Claro que no media para nosotros ninguna prohibición expresa, pero no queremos predisponer mal el ánimo de Hoh-Quiú. Hoy yo..., mañana tú. Actuemos con cautela. Mientras tanto, puedes entretenerte en la contemplación de estos jardines.

Molitzmós y Kayún-Piel-de-Marlo estaban sentados frente a frente y la pipa pasaba de uno a otro.

El astrónomo zitzahay había dicho lo suyo. Y había soñado en voz alta con el día cercano en que, teniendo Molitzmós el gobierno de su territorio y Bor el de la Casa de las Estrellas, la magia regresaría a su sitial. Recién entonces todo estaría en orden, y Misáianes podría ser derrotado.

El Señor del Sol había dicho lo suyo. Y había callado el día cercano en que su Casa gobernaría sobre todo el continente por pacto con aquel Misáianes que tenía asegurada la victoria.

Kayún-Piel-de-Marlo venía en representación de Bor con el propósito de estrechar una alianza para que la magia de las Tierras Fértiles volviera a unirse a la magia de las Tierras Antiguas. La cofradía del Aire Libre y la cofradía del Recinto juntas de nuevo para que la magia retomara su lugar alto desde el cual pudiera vigilar amorosamente a las criaturas. Y no como en los tiempos corrientes: la magia hermanada con las criaturas hasta el punto de perder su potestad y, con ella, su virtud y su destino.

Pero las ambiciones de Molitzmós eran muy diferentes a las del astrónomo. El Señor del Sol tenía un trato con aquel que, sin duda, acabaría dominando el continente del Venado. Cuando eso ocurriera, Misáianes sería el Amo intangible del mundo entero. En tanto, él y su Casa serían los amos de cerca y de carne para todo el territorio de las Tierras Fértiles.

-Hay algo que quiero decirte antes de partir -dijo Kayún-. Tú dirás si puede sernos útil.

-Te escucho -dijo Molitzmós.

-Anoche, en la celebración de bienvenida, vi cómo Thungür y una joven hermana de Hoh-Quiú se buscaban los ojos.

Molitzmós pensó un rato, y después lanzó una carcajada.

-¡Mira! -dijo extendiendo la palma vacía-. Me acabas de dar una piedra preciosa. Le dices a Thungür que me complacería recibirlo mañana.

Molitzmós y Thungür estaban sentados frente a frente y la pipa pasaba de uno a otro.

El husihuilke había hablado de lo que debía. Había dicho, según la íntima creencia de

su espíritu, que una guerra entre las Casas del Sol dañaría gravemente el poder que debían acumular para enfrentar a Misáianes.

Molitzmós había asegurado compartir plenamente su pensamiento. Había repetido, una y otra vez, que todas sus acciones estaban destinadas a suavizar las asperezas y los rencores de las dos familias. Pero el humo aromático de la cuarta pipa se llevó la conversación por otros aires.

-Thungür, algo vislumbro en tus ojos que nada tiene que ver con la misión que te ha traído -dijo Molitzmós.

-¿Es tan nítido que lo ves en mis ojos? -el amor no quiso callarse, y le hizo detallar al enamorado todo lo que pretendía guardar en silencio.

Molitzmós buscó en su memoria la ternura, la encontró y la sacó por su sonrisa.

-Conocí ese amor y aún lo recuerdo. Hijo mío, si prometes actuar con cautela te diré en qué lugar puedes encontrarla. Levántate mañana antes que el sol, y escóndete en los jardines de Hoh-Quiú. Exactamente, busca un enorme cañaveral y disimúlate dentro de él. Lo reconocerás con facilidad, pues es tan añoso que sus tallos alcanzan el grosor de un brazo husihuilke. Verás que, oculto en el centro, hay un estanque lleno de aves y flores del agua. Allí van cada amanecer las mujeres jóvenes de la familia de Hoh-Quiú a hacer sus rogativas, a refrescar sus pies y, sobre todo, a desplegar su natural bullicio y ánimo. Ve, y con algo de suerte, conseguirás verla.

El husihuilke agradeció a Molitzmós.

-Ahora puedo admitirlo -dijo Thungür-. La grandeza de tu capa de plumas me impidió comprender antes, que, en verdad, eres un hermano.

Lo que alentaba a Thungür era la herencia de Dulkancellin. Ese modo desmesurado del amor era cosa de sangre, de historias repetidas. Igual que su hijo se enamoró de Nanahuatli, Dulkancellin había amado a Shampalwe. Kush se lo hubiese dicho: es el mandato de tu raíz y nada podrás contra él.

Thungür no esperó el riesgo del amanecer, con tantos centinelas como tenía aquel palacio, para dirigirse a su escondite. Apenas terminada la comida, que nuevamente compartieron con Hoh-Quiú, pretextó un paseo y se adentró en los jardines. No le llevó mucho tiempo descubrir el cañaveral que Molitzmós le había descripto. Y se metió en el follaje a esperar la madrugada.

Se envolvió en su capa para protegerse de los mosquitos que atestaban la noche del cañaveral. "No sabe Wilkilén cuánta falta me haría su canción", pensó Thungür.

El husihuilke dormitó de a ratos. Y soñó las cosas que nunca había visto. En esos sueños vio bailar a su madre, ceñido el cabello negro con una joya de caracoles. También Dulkancellin estaba allí, con los años del hijo, mirando a Shampalwe como sólo se mira al único amor. Thungür los vio acercarse. Shampalwe eligió un caracol de sus trenzas y lo puso entre las manos de Dulkancellin. Aquélla fue la entrega de ella misma sin recelos, ni condiciones. Único amor que el guerrero husihuilke llevó consigo hasta el instante final.

Thungür despertó con voces y risas de jóvenes mujeres. Eran las hermanas de Hoh-Quiú que llegaban acompañadas de sus servidoras, y se acercaban al estanque por una senda de piedras blancas. Detrás del follaje Thungür no podía distinguir más que túnicas claras y pies desprendiéndose de sus sandalias para entrar en las aguas espesas del estanque. Los rostros se veían superpuestos de hojas y tallos de caña, girando hacia un lado y enseguida hacia el otro sin darle tiempo para reconocer al que quería entre todos. Sonó una risa y le pareció la que esperaba, pero después calló y no eran esos labios. Más allá, un perfil giró y tampoco era ella. Largo rato estuvo Thungür agazapado en el cañaveral, moviéndose de tanto en tanto con sigilo para poder abarcar mejor el panorama risueño y movedizo que no le entregaba aún lo que buscaba. De pronto alguien llamó: "Nanahuatli, ven al estanque con nosotras. Nos haremos coronas de flores". Thungür vio cómo ella se alzaba levemente la túnica para caminar por el agua hasta donde sus hermanas la esperaban. Su nombre era Nanahuatli. Thungür lo completó... Nanahuatli Único Amor.

Igual que las demás, Nanahuatli Único Amor recogió pétalos de las flores acuáticas y se las dispuso con gracia entre las ondas del cabello. Sin embargo, la joven no estaba tranquila. Una emoción la obligaba a rodear con la vista el cañaveral que tantas veces había mirado sin recelo. Por eso, cuando comenzó el juego preferido de salpicarse agua unas a otras, Nanahuatli se apartó de sus hermanas, Salió del estanque y caminó sin vacilación justo hasta el sitio donde Thungür se ocultaba para amarla.

Nanahuatli avanzó directamente, apartando las cañas flexibles para darse paso o arrastrándose de costado entre las viejas cañas que ya no podían ceder. Thungür la escuchaba acercarse sin asombro. Ya se lo había dicho Vieja Kush. "No hay nada que

hacer contra el mandato de la sangre." Y él sabía que, como en su reciente sueño, eran dos sangres las que se buscaban.

La joven se detuvo cerca del cuerpo del husihuilke. Eligió un pétalo de su cabello y se lo entregó. El pétalo era ella para siempre. Y Thungür lo apretó entre sus manos oscuras: único amor que llevaría consigo hasta el instante final.

Thungür y Nanahuatli se encontraron cada amanecer en el cañaveral. Algunas de las hermanas de la joven conocieron el secreto. Eran las que compartían con Nanahuatli un vasto dormitorio de paredes talladas donde pasaban horas hablando de todo, y riendo por nada. Donde se mostraban los cuerpos desnudos para seguir riendo.

A ninguna de las hermanas del príncipe le estaba permitido realizar trabajo alguno. Ni siquiera peinarse, o vestirse. Por eso, el secreto de amor que Nanahuatli compartió con sus hermanas más queridas fue algo nuevo en que pensar durante los días que transcurrían idénticos. Algo que debían proteger de la curiosidad de las hermanas de rangos superiores que, sin duda, hubiesen corrido a contárselo a Hoh-Quiú.

Un amanecer, no bien las jóvenes habían llegado al estanque, se descargó toda la lluvia del cielo. Las mujeres corrieron de regreso al palacio dejando sus sandalias olvidadas en la orilla.

Las mujeres olvidaron sus sandalias y olvidaron a Nanahuatli. El estanque se olvidó del cañaveral, y el cañaveral se olvidó de la lluvia. Por un instante, Nanahuatli olvidó a Thungür, y Thungür olvidó a Nanahuatli.

Thungür y Molitzmós cabalgaban a la par, y muy lentamente. La escolta que traía consigo el Señor del Sol no era numerosa y se mantenía a cierta distancia.

Los jinetes atravesaron la puerta que señalaba el inicio del centro de poder: la zona de la ciudad donde se encontraban los edificios de regencia, las residencias de la Casa reinante, las explanadas ceremoniales, los templos y las construcciones para propósitos especiales. La puerta estaba construida con dos enormes pedestales que sostenían una viga de roca tallada y pintada con resinas de colores.

Siguieron más allá. Bordearon un canal abastecedor de agua. Y luego se dirigieron hacia los primeros poblados campesinos.

En el camino, Molitzmós y Thungür se cruzaron con hombres y mujeres arrugados de hambre que acarreaban sus últimos cestos de maíz hasta el palacio de Hoh-Quiú. Llevaban el tributo antes de que los recaudadores fueran a buscarlo a latigazos.

-Pena es que el príncipe Hoh-Quiú someta a nuestro pueblo a tanto dolor -dijo Molitzmós-. Pena doble, porque es esa injusticia la que me dificulta terminar de sellar un pacto de amistad con la Casa gobernante. Y es esa injusticia la que facilitará, un día, el regreso de Misáianes.

Thungür creía lo mismo. El guerrero del sur había vivido cinco años entre los zitzahay, escuchando decir que no era respetable entrometerse en los asuntos propios de cada pueblo. Pero Thungür había crecido entre los husihuilkes, repartiendo con justicia el alimento que les daba la tierra. A la vista de aquellos hechos Thungür pensó que Hoh-Quiú estaba dejando que la desgracia entrara a las Tierras Fértiles.

Así y de esas cosas fueron conversando hasta que, después de un gran rodeo, regresaron a la puerta de la cuidad. En ese lugar debían separarse. Pero antes Molitzmós buscó hablar del asunto que le interesaba:

-¿Hallaste, por fin, a Nanahuatli? -preguntó el Señor del Sol.

-La hallé, tal como me lo dijiste.

Thungür consideraba a Molitzmós su mejor hermano en esas tierras. El husihuilke sintió que debía agradecerle, y preguntarle.

-¿Qué debo hacer ahora?

-Las tratativas de paz van bien encaminadas. Al decir de Kayún, las conversaciones que ustedes mantuvieron con Hoh-Quiú expresándole el sentir de los pueblos que representan, han dejado huella en el espíritu del príncipe gobernante quien, para mi agrado, dispuso una pronta reunión entre las Casas rivales con el fin de remediar nuestras peores diferencias. Y tú que me oyes te estarás preguntando: ¿En qué se relaciona esto con mi amor? Pues, en mucho. El ánimo de Hoh-Quiú está bien predispuesto. Creo que es el momento oportuno para que llegues hasta él, y le digas lo que ocurre con su hermana Nanahuatli. No olvidemos tampoco que tu amada es hija de una madre del rango inferior. Esto facilitará que se la entregue a un extranjero.

Además, alcanza con oírte hablar de ella... Si el príncipe tiene el corazón en su sitio consentirá con agrado. ¡Monta a Hunde-la-Tarde y ve a decírselo! ¡El amor los hará galopar más rápido que nunca!

Thungür llegó al palacio. Y de inmediato, como Molitzmós se lo había sugerido, solicitó un encuentro con el príncipe. Algunas horas después Hoh-Quiú y Thungür estaban reunidos; el príncipe gobernante sentado en su trono alto, el guerrero del sur de pie.

El sudor mojaba al husihuilke que, al largo galope bajo el sol, le añadía el disgusto de cargar ropa sobre su cuerpo. Pero era el momento, y el tema no podía demorarse. Thungür habló como si respirara, porque así de sencillo y así de inevitable era su amor. El príncipe gobernante lo escuchó en silencio. Dentro de sus puños cerrados, las palmas se apretaban a las uñas filosas. Cuando Thungür terminó de hablar, Hoh-Quiú abrió las manos y le enseñó las sangrantes marcas de la furia.

-¡Ésta es mi respuesta! Jamás, en los tiempos, la sangre de los Señores del Sol se ha mezclado con otra. Recuerdo que tu Brujo se ufanaba de juntar hombres y mujeres que procrearan hijos con dos sangres. ¡Pero estás en mi reino, husihuilke! Yo nunca consentiré una unión que traicione las leyes de mis antepasados. ¡Ahora retírate! Y dile a Ka-yún que pueden comenzar a preparar el viaje de regreso a la Comarca Aislada.

Thungür la estaba esperando en el cañaveral. Pero esa noche Nanahuatli demoraba en llegar.

El husihuilke era capaz de reconocer el andar de sus sandalias sobre la hierba húmeda, y el sonido de los aros que adornaban sus tobillos. Sin embargo aquella noche solamente escuchaba la carrera de las lagartijas nocturnas y el encarnizamiento de los insectos con las hojas más tiernas del cañaveral. Lejos, el palacio se veía iluminado y tranquilo. Nada inusual aparecía a los ojos de Thungür. El guerrero esperaba a la mujer para decirle que iba a llevársela con él contra las órdenes del príncipe, contra la tradición de la sangre de los Señores del Sol, contra los consejos de Kayún, y contra todos los vientos de la tierra.

Pero Nanahuatli no llegaba. Habían pasado escasas horas desde su malograda conversación con Hoh-Quiú. De modo que el husihuilke no podía imaginar lo que estaba ocurriendo, en esos mismos momentos, del otro lado de los jardines.

El palacio lo supo y se quedó callado. Ahora, mientras Thungür esperaba en el cañaveral para envolver a Nanahuatli con su manto, los soldados de Hoh-Quiú cumplían una orden sin alma.

-Nanahuatli será llevada de inmediato al Templo de las Vírgenes -ordenó Hoh-Quiú a su más cercano consejero.

-Nanahuatli irá al Templo de las Vírgenes -se susurró en la corte.

-Nos llevaremos a Nanahuatli por culpa de su mal amor -escuchó decir un sirviente que aromaba las salas.

-A causa del extranjero se llevarán a nuestra Nanahuatli al Templo de las Vírgenes -dijo el sirviente que aromaba las salas a los que degollaban aves para la cocina del príncipe.

-¡Ay de Nanahuatli! Será llevada para el sacrificio.

Las lavanderas que volvían del río se detuvieron en seco:

-¿Están diciendo que llevarán a Nanahuatli al Templo de las Vírgenes?

-Dicen -dijeron las lavanderas a las doncellas- que Nanahuatli se ha enamorado del extranjero. Y que Hoh-Quiú ha dispuesto entregarla al sacrificio.

-Dicen las lavanderas que ella será castigada por amar a Thungür -dijeron las doncellas a las doncellas.

Mientras tanto, Nanahuatli reía entre las hermanas que le perfumaban la piel, antes de verla partir hacia el cañaveral. Las jóvenes mujeres iban a esperarla despiertas para que Nanahuatli les contara lo que había sucedido; y ellas tuvieran motivos para el sueño.

Un grupo de soldados atravesaba los corredores por orden de Hoh-Quiú.

La ley decía que ningún hombre podía profanar los dormitorios de las hermanas reales. Y así se hizo. Porque en todas las cosas, Hoh-Quiú era respetuoso de las tradiciones.

Una doncella entró al dormitorio aromado donde Nanahuatli esperaba el momento de partir al encuentro de Thungür. Y habló con tanta naturalidad que fue imposible abrigar sospechas. La doncella le dijo a Nanahuatli que una de sus hermanas mayores quería

hablarle.

Apenas la joven traspuso el umbral de la zona negada a los hombres, los soldados la tomaron por los brazos. Nanahuatli comprendió de inmediato lo que estaba ocurriendo.

—¡Thungür! -gritó, soñando que su voz sería capaz de atravesar paredes, y paredes, y una inmensa extensión de jardines.

Sus hermanas acudieron al llamado:

-¡Nanahuatli! ¡Nanahuatli! ¡Ve y arrodíllate ante Hoh-Quiú! ¡Reniega del extranjero y pide clemencia!

Los soldados no necesitaron dañarla para llevársela por una de las puertas secretas del palacio.

-¡Thungür! -volvió a gritar, ya con la voz enronquecida.

El palacio entero hizo silencio.

-Esposo, me llevan al templo del sacrificio -dijo Nanahuatli bebiendo lágrimas. Pero Thungür no podía escucharla.

Esa madrugada Molitzmós cruzaba la habitación con pasos eufóricos. Su rostro reflejaba el orgullo por sí mismo, por la sutil ensambladura de sus trabajos. Drimus se hartaría de felicidad cuando se lo contara.

-Repite lo que acabas de decir -pidió Molitzmós a Kayún, sin poder terminar de creer en la buena fortuna que lo acompañaba.

-Por orden de Hoh-Quiú, Nanahuatli fue llevada al Templo de las Vírgenes para su pronto sacrificio -dijo Kayún-Piel-de-Marlo por segunda vez.

Molitzmós sabía que el príncipe Hoh-Quiú no iba a ceder jamás en lo concerniente a los principios de la sangre. No importaba lo que Thungür pudiera decir en defensa del amor que lo unía a Nanahuatli. La cruel decisión del príncipe Hoh-Quiú, sumada a los dolores del pueblo del Sol que el husihuilke había visto sobradamente, sería más que suficiente. Era seguro que Thungür, crecido y afianzado en aquel cándido sentido del honor y la justicia de los hombres de Los Confines, iba a terminar procediendo en contra de la misión que le habían encomendado.

-Vinimos aquí con la misión de mediar por la paz de las Casas rivales -dijo Kayún a Molitzmós. Y enseguida preguntó-: ¿Realmente crees que el husihuilke se atreverá a ignorar el mandato de Bor?

-¡Claro que se atreverá! -respondió Molitzmós-. Soy capaz de anticiparte, palabras más o menos, lo que al final de este día dirá Thungür. Espera a que conozca el desgraciado destino de Nanahuatli... Entonces él dirá: "En el reino de Hoh-Quiú he visto escasez y desperdicio; hambre y opulencia; soberbia y esclavitud. Los husihuilkes decimos que esto no merece llamarse paz, y tampoco merece llamarse guerra. Porque guerra es cosa de guerreros contra guerreros. Lo que aquí he visto, nosotros lo llamamos deshonor..."

Kayún asintió con una carcajada... ¡Ya estaba escuchando la digna prédica del ignorante! Ahora sólo faltaba apretar los nudos.

-¡Déjame hacer eso! -dijo Molitzmós-. Thungür confía en mí. Es preferible que, en esto, te mantengas apartado. Una sola cosa debes hacer por el momento: vuelve pronto al palacio de Hoh-Quiú y asegúrate de que Thungür no sepa que ya se llevaron a su amada. Sólo tienes que decirle que yo he mandado por él, que tengo algo urgente que comunicarle.

Esa noche la oscuridad cabía entera en la zona alta de la ciudad. Allí donde los Señores del Sol habían levantado sus lugares sagrados, sus templos y sus altares, la noche cabía entera. Negrura que el viento no arrastraba. Y el canto de los sapos de una asombrosa laguna que había decidido quedarse cerca. Sitios sagrados del país del Sol... Anchas paredes que sofocaban andares de espíritus descalzos, escaleras que conducían al rito de los augures que sabían si por el bien o por el mal se inclinarían los días venideros.

Al final de una calle empedrada, las cien columnas blancas del Templo de las Vírgenes sostenían el cielo en su lugar. Muy cerca de allí se ocultaban cinco hombres que respiraban como todos los hombres que se ocultan. Dos de ellos hablaban con

voces de secreto.

-Ha pasado demasiado tiempo. Ya deberían haber llegado...

-¡Serénate, Thungür! Quien me lo dijo tenía la certeza de que Nanahuatli sería traída al templo esta noche. Pronto escucharemos pasos sobre el pedregullo.

-¡Que así sea!

-Debo recordarte que ni yo ni mis tres hombres podremos ayudarte. Si mi Casa se ve enredada en el robo de una doncella consagrada no habrá sangre que aplaque a Hoh-Quiú.

-Lo sé, pero también nosotros somos cuatro: Hunde-la-Tarde, yo, la oscuridad y la sorpresa.

Por entonces, Thungür tenía los mismos soles que su padre el día que amó a Shampalwe. Y con igual lealtad de corazón, ese día iba a durarle la vida entera.

Durante toda la jornada había estado en la residencia de Molitzmós. El Señor del Sol aseguró poseer información escrupulosa acerca del destino de Nanahuatli: esa noche la joven sería trasladada al Templo de las Vírgenes. Cuando Molitzmós logró que el husihuilke aceptara que de nada iba a servirle hablar nuevamente con Hoh-Quiú, y mucho menos desafiarlo, los dos hombres planearon el rescate.

Mientras esperaba la llegada de la guardia que traería hacia el castigo a Nanahuatli, Thungür soñó. No le asustaba la lucha que pronto debería sostener con los hombres de Hoh-Quiú. Confiaba en sus brazos para rescatar a Nanahuatli del dolor que su hermano le había destinado. Y tanto como amaba a la mujer, odiaba a Hoh-Quiú. El husihuilke odiaba porque no podía comprender aquel ensañamiento del príncipe, aquella forma empecinada de entender la pureza. Porque, ¿qué era la sangre si no el río que anda deambulando de criatura en criatura?

¡Pureza de sangre!, clamaba Hoh-Quiú. ¿Cómo podía ignorar un príncipe lo que comprendía cualquier anciana husihuilke...? ¿No sabía, acaso, que los líquidos de su sangre habían andado antes quién sabe qué caminos? De una garza a un puma; de los gusanos a los frutales. De un husihuilke a un zitzahay. Thungür no podía entender la herencia de prohibiciones que invocaba el príncipe pero, por instinto, odiaba al que desconocía la ley de la tierra.

Sin embargo los sueños de Thungür no estaban detenidos en el odio sino en el amor.

Después de rescatar a Nanahuatli sería sencillo. Hunde-la-Tarde era el animal más veloz que le había tocado montar. Atravesaría la noche con ellos a cuestas y los alejaría rápidamente de los dominios de Hoh-Quiú. Y luego Zabralkán sabría comprender. Y quizás, hasta Bor...

De todos modos, hacía ya cinco años del sol que permanecía en la Comarca Aislada. El ejército zitzahay tenía una excelente preparación y jefes de gran destreza y valentía que podrían reemplazarlo. Pediría permiso para regresar a su tierra. Llevaría a Nanahuatli a Los Confines, a su pequeña casa de madera. Los hijos de Cucub y Kuy-Kuyen saldrían a recibirlos por los caminos del bosque. ¿Cuántos serían ya? También él fundaría con Nanahuatli una nueva familia de maíz.

La voz de Molitzmós le arrebató los sueños.

-¿Cómo puede ser esto? ¿Qué ha sucedido?

-¿A qué te refieres? -preguntó Thungür que ya presentía la desgracia.

Molitzmós del Sol señaló con su brazo extendido el Templo de la Vírgenes. Lo único diferente que Thungür notó fue un humo blanquísimo que ascendía enhiesto como una

columna más. Cien columnas de roca y una de humo.

-Solamente veo humo -dijo Thungür.

-¡Dichoso de ti! -respondió Molitzmós.

-Por favor... -Thungür estaba pidiendo que no lo obligara a seguir preguntando para decirle lo que debía.

Molitzmós comprendió.

-No sé cómo ha ocurrido. Pero lo cierto es que ese humo que asciende desde el templo dice que en este momento una virgen está siendo definitivamente consagrada. Thungür, esa mujer no puede ser otra que Nanahuatli. El humo que ves es el que sube de una hoguera donde ahora mismo están ardiendo sus ropas, y todas las cosas que eran sus pertenencias de este lado del muro. Nanahuatli ya debe estar vestida con la túnica final. En adelante, permanecerá allí hasta que un dedo la señale para el sacrificio.

La primera intención de Thungür fue correr hacia el Templo de las Vírgenes.

-¿Dónde crees que vas, hermano? -lo detuvo Molitzmós-. Nada podrán tu furia, tus flechas y tu cuchillo. Dentro de ese templo de muros macizos ni siquiera te oirán.

El cuerpo de Thungür no podía rendirse.

—Si alguien debe recibir tu furia y tu dolor, ése soy yo. No sé qué pudo suceder -la voz de Molitzmós se quebraba de vergüenza-. Mis informantes son de absoluta confianza. Es posible que Hoh-Quiú haya puesto a andar noticias mentirosas para burlarte..., para confundirte. Se aseguró de hacer fracasar cualquier intento, y lo ha logrado. ¡Desquítate en mí, Thungür! Así aliviarás la culpa que me acompañará por siempre.

-No es así, hermano -dijo Thungür-. Hiciste mucho, arriesgaste tu casa. Sólo te debo agradecimiento. Es otro el que sentirá mi furia.

-Piensa bien lo que harás. No olvides que estás solo contra un reino.

-Regresa con tus hombres, hermano Molitzmós. Y no gastes palabras. No podrás remediar lo que soy.

Thungür partió. El galope de Hunde-la-Tarde sonó como piedras contra los muros sagrados.

—Tal como lo pensaba... -susurró Molitzmós.

-Tal como lo pensaba -dijo en voz más alta.

-El ignorante actuó tal como lo predije -un grito de triunfo siguió a sus palabras. Y calló a los sapos.

Hunde-la-Tarde galopó por las calles empedradas. Y aunque muchos lo oyeron pasar, nadie alcanzó a verlo. Thungür esperó en las cercanías del palacio hasta que se abrió la mañana. Si alguien preguntaba podría responder que había salido a cabalgar muy temprano.

Debía serenarse. El husihuilke no quería despertar recelos que le impidieran llegar hasta Hoh-Quiú.

Avanzó hacia el palacio sin saber si sería recibido como huésped o como prisionero. Apenas lo vio llegar, un sirviente se adelantó y ofreció llevar a Hunde-la-Tarde a los corrales para darle agua y comida. Todo aparentaba normalidad.

-Lo único que necesito es llegar a él -pensaba Thungür.

La guardia le abrió la gran puerta y lo saludó con la deferencia de siempre. Una vez dentro, Thungür espió el ánimo de cada persona que se cruzaba en su camino. Caminó algunos pasos. Nadie le impidió el avance, ni lo miró con hostilidad.

-¿Has visto a Kayún-Piel-de-Marlo? -preguntó Thungür aparentando calma.

-No lo he visto -le respondió un artista de la corte que probaba malabares en uno de los patios.

-¿Ha pasado por aquí Kayún-Piel-de-Marlo? -preguntó a dos hombres que jugaban con piezas de hueso cerca de las jaulas atiborradas de pájaros de todas las especies.

-No ha pasado por aquí -le respondieron.

Era posible que Kayún estuviera con Hoh-Quiú. Thungür decidió dirigirse hacia los aposentos del príncipe, y llegó hasta ellos sin que nadie detuviera su marcha. El husihuilke se detuvo frente a un largo corredor. Al fondo había una puerta esculpida como ninguna otra, completamente incrustada de piedras preciosas, que daba acceso a la sala donde el príncipe gobernante cumplía sus deberes. El corredor no estaba desierto. Trece centinelas se alineaban a cada lado y lo cruzaban de muro a muro con sus lanzas.

Aquella formación era habitual, y no preocupó a Thungür. El guerrero se acercó al primer centinela para preguntarle si era posible, en aquel momento, hablar con el príncipe. Los centinelas se pasaron el mensaje de uno a otro con voz inaudible. Y el que estaba más cerca de la puerta llamó como si tocara el cielo. Tardó mucho en recibir respuesta, y cuando la obtuvo abrió la puerta y entró con la cabeza gacha. De la misma manera habló con su príncipe para comunicarle el deseo del extranjero; y con la cabeza gacha volvió a salir. Después de cerrar la puerta bajó su lanza y la sostuvo delante de sus piernas, apoyada en el suelo.

Ésa era señal de aprobación. Hoh-Quiú había accedido a recibir al visitante. Uno a uno, alternadamente de un costado y del otro, los centinelas bajaron la barrera de armas para dar paso al husihuilke.

Thungür caminó despacio por el corredor entre veintiséis hombres que no lo miraban. Su andar no debía delatar el propósito. Ni sus puños, la furia. Cuando llegó frente a la puerta, el mismo centinela que lo había anunciado empujó una de las pesadas hojas para darle entrada.

El husihuilke dio dos pasos adentrándose en la sala. Hoh-Quiú parecía, de tan inmóvil, una figura esculpida en el trono. Dos pasos..., y al tercero Thungür fue tomado por detrás. Los brazos aprisionados, la cabeza echada hacia atrás por una mano que lo tomaba de la cabellera y dos lanzas adelante, contra su estómago. De ese modo fue llevado hasta Hoh-Quiú.

-Te advertí que la sangre de los Señores del Sol no se mezcla con sangre extranjera; así como la nobleza no se mezcla con los campesinos. Dije con claridad que prohibía el desgraciado amor entre Nanahuatli y tú. Lo dije, pero ninguno de los dos estuvo dispuesto a obedecerme.

El príncipe no parecía disfrutar la situación y ordenó que lo soltaran.

-¿En nombre de qué adviertes y prohíbes? -preguntó Thungür.

-En nombre del poder que me enviste y de las leyes que nos han mantenido en la cumbre.

-No comprendo tus leyes, pero eso ya no importa. Soy yo, y no ella, quien debe recibir castigo puesto que fui el causante de lo que llamas desgracia.

-¿Dices que tú ocasionaste la desgracia de mi hermana Nanahuatli? No es así... Ella caminó cañaveral adentro. Lo hizo conociendo mejor que tú nuestras leyes, sabiendo que escupía en mi rostro.

-Hoh-Quiú, es obligación de un príncipe conocer el amor.

-¡Qué puedes saber tú sobre mis obligaciones! ¿Cómo podrías comprenderlas? Estamos muy lejos de Los Confines. Me dicen que aquél es un país de bosques y casas de madera separadas por sembradíos de repollos y calabazas. Me dicen que no hay rey que dictamine y ordene, sino ancianos que consultan y aconsejan. Me dicen que no hay hombres sagrados que conserven oculta la sabiduría, sino Brujos que andan de sitio en sitio compartiendo sus saberes mágicos como si fuese pan. Me dicen que los lugares rituales son claros en el bosque y cuevas en las montañas. Me dicen que no hay templos, ni sacrificios, ni una casta de nobleza. ¿Cómo podrías comprender lo que significa llevar adelante la civilización del Sol...?

-Esos guerreros sin rey pelearon hasta la muerte tanto por ellos como por ti. Y uno llamado Kume acabó atravesado en un madero para que aquí pueda seguir brillando tu civilización.

—Recuerdo eso —dijo el príncipe-. Y no existe otra causa por la que te deje marchar con vida. Kayún-Piel-de-Marlo y tú serán escoltados por mis hombres hasta las Colinas del Límite. El astrónomo zitzahay está al tanto de tu comportamiento, y se ha avergonzado.

-El sol de tu civilización es diferente al sol de Los Confines.

-¿A qué te refieres? -preguntó Hoh-Quiú.

-Tu sol no brilla en todas partes por igual... He visto aquí el temor y el hambre. Si yo lo veo, también lo verá Misáianes. Y calzará sus uñas.

-Todo mi poderío está al servicio de la guerra contra el Odio Eterno. A la hora de enfrentar a Misáianes, nuestro ejército se ceñirá con la lisura del jade pulido.

-Eres príncipe y yo, guerrero. No sé de jades pulidos... Pero sé bien que los guerreros que no aman a su jefe pierden la mitad de su coraje.

El príncipe ya no quiso oír y dio orden de que se lo llevaran.

Ese mismo día, y escoltados por una guarnición de hombres armados, Kayún-Piel-de-Marlo, Thungür y sus guerreros iniciaron el regreso a la Comarca Aislada. Volvían sin honores, y lejos de haber cumplido la misión que se les había encomendado. Por el contrario, la relación con el gobierno de los Señores del Sol quedaba dañada. Y si Hoh-Quiú llegaba a conocer la complicidad de Molitzmós con el husihuilke, la lucha entre ambas Casas era segura.

Tal vez Kayún estuviera pensando en estas cosas, y culpándolo por el mal resultado de la visita.

Thungür, en cambio, pensaba en Nanahuatli y en el modo de regresar por ella. De nuevo volvieron a su recuerdo palabras de Vieja Kush. "Hay momentos en que el amor es más importante que la propia vida." Ése era el momento del guerrero.

Al cabo de mucho andar llegaron a las Colinas del Límite. Los hombres de Hoh-Quiú ascendieron hasta las cimas redondas y allí se detuvieron para quedarse viendo cómo los extranjeros se alejaban.

Ya adentrados en territorio zitzahay se oyó un carraspeo de Kayún. El primer sonido que hacía sentir desde que abandonaran el palacio de Hoh-Quiú.

Un poco adelante taconeó a su animal y lo puso a la par de Hunde-la-Tarde. Thungür miró fijo a Kayún, intentando decirle que no sentía vergüenza por sus actos. El astrónomo le devolvió una mirada de color incierto, y no de furia como Thungür esperaba.

-¿Qué piensas decirle a Bor? -preguntó Kayún sin mediaciones-. ¡Y no creas que alcanzará con que hables de los bellos ojos de una mujer!

-Le diré lo que en verdad creo. Le diré que llegamos tarde.

-Bor exigirá que te expliques mejor.

-El gobierno de la Casa de Hoh-Quiú descansa sobre espaldas doloridas. He visto el otro lado de la suntuosidad de su corte. El mismo Molitzmós me lo ha enseñado. Lo que allí ocurre -dijo Thungür señalando el sitio que dejaban-no merece llamarse paz. Y tampoco merece llamarse guerra; porque guerra es cosa entre un guerrero y otro.

-Dices que no es paz ni es guerra... ¿Cómo lo llamarías entonces, husihuilke?- preguntó Kayún.

-Lo llamo deshonor.

Kayún le sonrió al recuerdo de Molitzmós. ¡Cuánta sagacidad tenía aquel hombre!

-¿Por qué te sonríes? -preguntó el husihuilke.

La respuesta demoró en llegar.

- Por el color del cielo. El color del cielo siempre me hace sonreír.

En su implacable tarea de transcurrir, pone el tiempo señales para que las criaturas recuerden que siempre está, y pasando. La caída de las hojas, ésa es una señal. Las distancias de la Tierra, ésa es otra. Pero como las criaturas son olvidadizas, el tiempo tiene los amaneceres.

Por eso es posible decir que muchos y muchos amaneceres tardaron las naves de Misáianes en atravesar el Yentru. Muchas veces amaneció en el mar, hasta el día en que un vigía anunció las costas de las Tierras Fértiles. A la vista del botín, la tripulación se puso a trabajar con exaltación en las tareas del desembarco.

La nave madrina tiró ancla primero. Después de ella otra y otra, otras y otras más. Y un largo trecho de la costa quedó jalonado por las naves del Odio.

Eso sucedió un poco al norte de los manglares de Drimus, que supo que el nuevo ejército del Amo ya estaba allí y se quedó esperando en su guarida. Sus pocos hombres estaban aterrados pensando que el capitán de la nueva flota podría traer orden de castigo para ellos. Drimus, en cambio, no temía. Drimus celebraba. Mago y conocedor de las profundidades de su Amo estaba seguro de no haberle fallado. "Seré respaldado y reconocido", se decía.

En el lugar elegido para el desembarco las naves subían y bajaban con el mar. La noche había llegado. Salvo los centinelas, todos los tripulantes dormían desparramados en la cubierta.

Dormían los sideresios. Vigilaban los centinelas. Y, sin embargo, los centinelas no vieron que una figura de mujer cobraba movimiento, y se deslizaba hacia abajo desde la proa de la nave madrina. Llegó al agua sin ruido, era de sombra, y caminó hasta la playa.

La Sombra miró el mar; miró la flota que se balanceaba. Miró la vegetación de tierra adentro, las estrellas sin número y sus palmas lisas. Miró los caracoles en la arena. Miró en dirección a su primer destino. Dio espaldas a las naves, se arrebujó en la capa y se alejó de allí. Caminó la mirona sin dejar ni una huella.

En su manglar, Drimus la olió acercarse. El Doctrinador se movía en cuatro patas, mezclado con su jauría. Levantaba la nariz para olfatear el avance de la mirona. De a ratos se reía, de a ratos aullaba como un cachorro lastimado; porque así de encontrados eran sus sentires. La mirona se acercaba y traía consigo el premio o la sentencia.

Él no había defraudado a Misáianes. La mirona lo aprobaría en nombre del Amo. Sus hombres, en cambio, permanecían arracimados de miedo, sabiendo que ni siquiera podían huir. Si Drimus se equivocaba, ese sol era el último que asomaba para ellos.

La mirona llegó sin huellas y sin ruido. Apareció de pronto en el espacio húmedo de los manglares. Y entonces sí, Drimus, hombres y perros se quedaron inmóviles. Miró la mirona a unos y a otros. Detuvo sus ojos en el rostro del Doctrinador. Hizo con la cabeza un gesto levísimo que apenas le movió la cabellera. Drimus comprendió que lo estaba convocando a su lado.

El mago se movió entre sus perros. Vaciló. Le costaba erguirse, así que comenzó el avance en cuatro patas. Cada vez más le dolía a su cuerpo la postura del hombre. La

joroba creciente lo inclinaba hacia delante, y le pedía un sostén mayor que sus piernas entecas. Sin embargo, ya cerca de la mirona, hizo un supremo esfuerzo. Se detuvo primero, después se irguió con crujidos hasta adoptar una forma dolorosa.

La mirona lo observó llegar arrastrando los pies, y no dio ni un paso adelante para acortarle el tramo. Permaneció donde estaba en espera del Doctrinador. Recién cuando éste llegó a su lado se sentó sobre la tierra mojada abrazándose las rodillas puntiagudas. A la vista de eso el Doctrinador se dejó caer frente a ella, agradecido en sus huesos. Y como debía, le cedió las primeras palabras.

Drimus y la mirona estaban sentados en un suelo casi barroso. El sol se metía por los resquicios que dejaba la vegetación, y levantaba un aire denso, difícil de inhalar. A un lado, los perros se echaron a dormitar porque comprendieron que su dueño ni siquiera los recordaba en ese momento. Detrás espiaban los hombres, queriendo adivinar en algún gesto de la recién llegada sus propios destinos.

-El Amo te saluda -dijo la mirona.

Era suficiente. Drimus se encorvó hacia adelante para intentar besarle las manos, pero fue rechazado con un ademán lento.

-Te lo ganaste -siguió diciendo ella-. Nada te es obsequiado. Supiste privilegiar lo que era importante. Y aun en medio del fracaso de Leogrós hallaste el modo de continuar con tu tarea. Y es tu tarea, ambos lo sabemos, la primera y la imprescindible. Continúa...

La mirona amagó levantarse.

-No te irás ahora, cuando tenemos tanto que celebrar -dijo Drimus.

-Ahora mismo me iré. Estaré siempre unos pasos delante de ti y del ejército. Aquí y allá haré lo mío.

Drimus olfateó fuerte.

-¿Traes contigo sudor del Amo? -preguntó anheloso.

-Así es. Traigo el olor de mi hijo.

-¿Puedes darme un poco? -pidió el Doctrinador-. Junto sustancias que necesitaremos para ganar esta guerra.

La mirona asintió. Drimus arrastró un dedo sobre las palmas lisas. Luego amasó el sudor del Amo hasta transformarlo en una diminuta perla que colocó bajo su lengua.

Cuando terminó de hacerlo la mirona ya estaba de pie. Drimus se esforzó por imitarla.

-No hace falta -lo detuvo la mano de palma lisa-. Camina como perro si te place. Repta, arrástrate... No necesitamos la postura del hombre.

La mirona cubrió un poco su desnudez y emprendió la marcha.

-¿Puedes decirme hacia dónde vas ahora? -la interrogó Drimus.

-Ya te lo he dicho. Voy hacia donde irán tú y nuestro ejército, tan pronto reciban la señal que debe dar aquél que ganaste para la causa del Amo.

-Hablas de Molitzmós -susurró Drimus.

-Señal de Molitzmós, si ése es su nombre. Voy -continuó la mirona- a la ciudad de los Señores del Sol. Voy al palacio del príncipe que los gobierna, hasta su misma alcoba.

En su alcoba, Hoh-Quiú iba y venía mientras sus sirvientes acababan de vestirlo. Con las últimas joyas a medio engarzar, el príncipe salió de allí y se dirigió a la sala donde lo esperaban los consejeros.

-¿Qué sucede? -les preguntó-. ¿Cuál es ahora la causa de la amargura?

El anciano consejero que siempre se atrevía, ése mismo, se atrevió a decir lo que los demás silenciaban en medio de sus gargantas.

-¿Cuál es la causa, preguntas? La causa es que muchos nos están abandonando. Príncipe Hoh-Quiú, nos abandonan quienes parecían los más fieles allegados a esta Casa; hay deserción en el ejército; hay odio y dolor en el pueblo. La Casa de Molitzmós se fortalece y todo la alienta a la rebeldía. Un levantamiento contra tu mando está cerca.

-¡Soy el legítimo gobernante de este país! -gritó el príncipe.

-El castaño es fuerte, y un mal viento puede derribarlo -respondió el consejero.

Hoh-Quiú permaneció en silencio. Luego se sentó en su trono con los hombros vencidos.

-Estoy solo -murmuró.

—No lo estás —dijo el mismo anciano-. Nos tienes a nosotros. Buena parte del ejército aún te responde. Y sobre todo, conservas la facultad de devolver al pueblo aquellas bondades que tu hermano le había concedido y tú le arrebataste. Vuelve a ganar el amor de tu gente.

La ira enderezó a Hoh-Quiú.

-Me deben ese amor... Ocupo este trono por derecho sagrado. Y no he hecho otra cosa que remediar las debilidades de mi hermano, y retomar la herencia que por siglos del sol nos mantuvo donde estamos.

Era evidente que aquel día la terquedad del príncipe no cedería paso al buen sentido. Los consejeros se lamentaron en sus corazones.

-No importa lo que decidas -dijo otro de ellos-. Nosotros te apoyaremos y estaremos a tu lado hasta el final. Pero es deber decirte que te empecinas en desoír nuestra voz, y que actúas ajeno a nuestras advertencias. Vuelve a meditarlo, por favor.

Hoh-Quiú los desafió con la mirada. Se levantó y abandonó la sala con pasos sonoros.

Y sin embargo, tal vez más tarde lo habría meditado. A pesar del desafío y de los pasos sonoros, Hoh-Quiú hubiera podido meditar y ceder al buen sentido. Pero no tuvo tiempo. Le faltó tiempo para ceder, porque la noche de ese mismo día la advertencia de los consejeros quedó confirmada en cientos de cadáveres.

Era la noche de ese mismo día. Por las calles de la ciudad y a la luz de unas pocas antorchas avanzaban los hombres de Molitzmós en busca de las primeras víctimas elegidas. Se dirigían a los hogares donde, a esas horas, dormía la nobleza de la Casa de Hoh-Quiú. Iban allá donde se prolongaba la sangre del príncipe en las familias de sus primos, donde sus hermanas casadas procreaban la sangre. Veinte hogares de la nobleza fueron atacados por sorpresa esa noche sin que, en la mayoría de ellos, los soldados de Molitzmós hallaran resistencia de temer.

En algunos casos los centinelas huyeron. Y las puertas acabaron cediendo a los embates. En otros, en cambio, los centinelas estaban al tanto de lo que ocurriría y abrieron las puertas a los rebeldes. Dentro de las suntuosas viviendas de la nobleza nadie quedó con vida. Ni los hombres que intentaron defenderse, ni las mujeres, ni los niños que llevaban en sus brazos. Tampoco las doncellas, ni los sirvientes. Finalmente, las antorchas de los atacantes encendieron los tapices y los paños. Y fue una danza de fuegos que, amaneciendo, se apagó sobre la sangre de Hoh-Quiú hecha cenizas.

Por eso el príncipe no tuvo tiempo de ceder. Ya no podía hacerlo. Estaba declarada la guerra, y perdida la primera batalla.

En los días que siguieron el enfrentamiento entre las Casas de Hoh-Quiú y Molitzmós se instaló en la capital del país del Sol. Una parte del ejército, la más numerosa, tomó los símbolos de la Casa de Molitzmós: rojo y amarillo, brazalete de piel de serpiente, y un rostro con pico pintado en sus escudos. Otra parte eligió defender la Casa de Hoh-Quiú. Ellos tuvieron collar de garras de águila, rojo y azul, y escudos con el dibujo de una antorcha. Muy pronto la ciudad quedó dividida. El límite que separaba las zonas de dominio de uno y otro bando se corría con cada batalla, acercándose y alejándose del palacio de mando.

También los cánticos de guerra eran diferentes, y se escuchaban en el silencio de las noches como una prueba de ánimo y poder. Los hombres de Hoh-Quiú cantaron muy alto ese día.

Nosotros defendemos al grande
El grande es hermano del Kúkul
Grande es el Kúkul
Grande es el príncipe...

Un anochecer varias familias de la Casa de Molitzmós abandonaron sus palacios para dirigirse a un sitio seguro, fuera del alcance del ejército de Hoh-Quiú. La guerra en la ciudad dividida tenía límites demasiado inciertos; nada mucho mejor que un acantonamiento de rocas o un puente de madera.

Los nobles se dirigían a unas antiguas construcciones que habían habitado las familias más poderosas del país del Sol, y que habían sido abandonadas cuando se alzaron nuevos palacios a orillas de los canales.

Las mujeres partieron llevando en sus brazos pequeños cofres labrados en los que guardaban sus alhajas. Las jóvenes doncellas cargaban niños que iban cubiertos con muchos paños lujosos. Los sirvientes se esforzaban en el acarreo de enormes jaulas atiborradas de pájaros coloridos, tapices, vasijas de oro. Más todo lo que la nobleza de Molitzmós quería salvar del enemigo. Al frente de la procesión iban hombres armados.

La ruta elegida para el traslado preveía bajar por el cauce de un río cuyas aguas se desviaban, mucho más arriba, para alimentar algunos de los grandes canales que abastecían la ciudad.

La larga columna avanzaba lentamente por el cauce angosto y hondo. El llanto de los niños acalorados bajo las telas suntuosas que los cubrían, el graznido de las aves enjauladas y el jadeo de los sirvientes que soportaban el peso de grandes cargas, era demasiado ruido para andar con él a cuestas a través de una guerra.

La Casa rebelde había sido cuidadosa en guardar el secreto de este viaje. Pero en una

ciudad dividida por límites inciertos, un secreto es difícil de guardar.

Río arriba los soldados de la Casa de Hoh-Quiú acababan de terminar el pesado trabajo de abrir las compuertas. Y ahora miraban cómo el torrente, tempestuoso en esa época del año, se desbarrancaba por su viejo cauce.

A mitad del cruce, la columna se detuvo a escuchar. El río, lo mismo que ellos, venía cuesta abajo. De modo que los primeros en ver la avalancha de agua fueron los sirvientes más rezagados.

-¡Agua! -gritaron-. ¡El río viene!

Los gritos de alarma se redoblaron en alaridos de mujer y en estertores de pájaros aplastados. Cientos de personas corrían sobre el lecho pedregoso intentando abandonar ese cajón del río. Corrían para llegar, antes que el agua, al sitio donde el cauce perdía hondura y se confundía con el descampado. Algunos quisieron trepar las paredes que los encerraban; pero eran paredes de cauce, demasiado lisas. La nobleza de Molitzmós había sido emboscada a la mitad de un río que resucitó. Y entonces, las riquezas fueron un estorbo para salvar la vida.

En la huida las mujeres caían sobre sus tapices, las doncellas tropezaban con las jaulas y las vasijas que los sirvientes abandonaban. Niños y pájaros, mantas y plumas fueron lo mismo bajo el agua. Ahora, los muertos imperdonables pertenecían a la Casa de Molitzmós. Ahora la guerra no tenía regreso.

Ni Molitzmós deseaba que lo tuviese. Él y Drimus habían ideado paso a paso esta rebelión; y nadie más que ellos conocía el nombre del que estaba esperando en la otra orilla.

Drimus y Molitzmós tenían anhelos diferentes; y sin embargo, construyeron juntos la trampa que Hoh-Quiú no vio a causa de su soberbia.

Molitzmós quería el reinado de su Casa sobre el país del Sol. Drimus, el jorobado, quería ver a Misáianes reinando sobre el mundo.

"Si te pones junto a nosotros, tu Casa será recompensada con el trono del país del Sol", había prometido Drimus.

"Misáianes vencerá de todas formas. Es mejor para mi país ponerse de su lado que desaparecer", pensó Molitzmós.

Este pacto se había consumado en los lejanos días del Concilio, en la sagrada ciudad de Beleram.

La guerra en el país de los Señores del Sol se hacía larga. Muy pronto, ambas Casas necesitarían reforzar la capacidad de sus ejércitos.

Los vecinos sabían y comentaban que el príncipe gobernante mandaría a buscarlos para que tomaran parte en la defensa de su Casa. Fue entonces cuando los altos tributos que Hoh-Quiú había vuelto a imponer, los golpes de los recaudadores, y la distancia que el príncipe gobernante ponía entre su corazón y el de su gente, pesó en las conciencias y en las decisiones. Vaticinios de Drimus que se cumplían...

Dos vecinos de chozas y labradores de la tierra se encontraron en la curva de un sendero. Se detuvieron allí a conversar, y a descansar de los fardos que cargaban.

-¿Ya sabes?

-Claro.

Hacían largas pausas. Y entre tanto mascullaban como si estuvieran masticando las palabras que luego pronunciarían.

-¿Y qué será ahora?

-Será sangre para cobrar la sangre derramada.

-¿Y la nuestra...?

-¿Qué cosa?

-La sangre.

-Correrá también.

-¿Y tu sangre?

-¿Qué quieres preguntarme?

-Tu sangre... ¿Por cuál de ellos prefieres derramarla?

En esa respuesta empezaba a medirse el acierto de los trabajos ideados por Drimus, y realizados por Molitzmós.

-Hoh-Quiú, el príncipe, no nos ha demostrado su amor.

-No lo ha hecho. Sin embargo es el legítimo heredero del mando.

-Sabemos que mucho atrás la otra Casa gobernó nuestro país.

-Dicen así... Pero ni tú ni yo lo hemos visto.

-Es verdad. Pero yo pienso que tampoco vemos al sol cuando nos abandona por la noche, pero sí sabemos que regresará y será bueno.

-Dicho como tú dices, mi vecino, parece que nuestras vidas transcurrieron durante una larga noche.

El otro se asombró de lo que había dicho.

-Hoy mismo Hoh-Quiú mandará por todos nosotros para que defendamos su Casa.

—Cuando lleguen, no me encontrarán.

-¿ Qué harás, mi vecino ?

-Sé que Molitzmós ha dispuesto de un buen lugar donde proteger a las familias de los hombres que se unan a sus filas. Llevaré allí la mujer y los hijos. Yo me iré a pelear en contra del príncipe Hoh-Quiú... ¡Tantas amarguras nos ha traído!

-Es grande decisión.

-Ya está tomada. Y muchos la han tomado igual que éste.

Esa conversación no era vana, ni tenía mentiras. Los soldados de Hoh-Quiú llegaron a todas las aldeas para reclutar vecinos que engrosaran las filas de su ejército, y se encontraron conque muchos campesinos habían partido a pelear del lado de Molitzmós.

La Sombra, la mirona, caminó la ciudad de los Señores del Sol en los días de la guerra entre las Casas rivales.

Era su tarea ver que lo más importante se estuviese cumpliendo. La mirona anduvo la ciudad en busca de alegrías para el Amo.

Merodeando en la noche se dejó guiar por un resplandor que, desde la tierra, iluminaba un vasto espacio del cielo. Se trataba del campamento donde se guarecían los sideresios, un lugar oculto en los territorios que Molitzmós controlaba. Mientras llegaba el desenlace previsto era necesario que su presencia permaneciera en absoluto secreto. Ni el pueblo del Sol, ni siquiera la mayor parte de los nobles que combatían por la Casa de Molitzmós debían conocer el pacto funesto que había detrás de aquel enfrentamiento.

La Sombra llegó hasta allí y vio que era zona de hogueras y calderos hirvientes.

En tanto llegaba el momento de abalanzarse sobre la ciudad, y después de un largo viaje sin placeres, los sideresios anhelaban las primeras recompensas.

Un grupo de soldados estaba reunido junto al fuego. Se alentaban unos a otros para llevar a cabo el ataque que imaginaban con el cuerpo. Porque los sideresios sabían de sobra que sus jefes no permitirían aquella profanación, sino hasta después de consumada la derrota de Hoh-Quiú. Pero eso era demasiado tiempo... Por lo demás, los jefes no estaban allí. Y la noche sin luna lo ocultaría todo.

La luz de los calderos llenó la noche de tanto brillo que a la mirona se le iluminó el contorno. Entonces se alejó de prisa y se quedó a un costado en espera de la decisión de los hombres.

Finalmente, los instintos pudieron más que el temor a una represalia. Y el grupo abandonó el campamento en completo silencio. Detrás de ellos fue la mirona.

Los sideresios avanzaban con sigilo. Eran siluetas. Las siluetas debían evitar que los centinelas que custodiaban las fronteras, a ambos lados de la ciudad dividida, los descubrieran y dieran la alarma.

Las botas de andar negro tomaron por el camino empedrado que llevaba a la zona sagrada de la ciudad. Entonces la mirona comprendió hacia dónde se dirigían. Les dio alcance, pasó junto a ellos sin ser percibida, y tomó ventaja.

El sitio era el Templo de las Vírgenes. Y como la Sombra llegó antes se quedó esperando, de frente a las cien columnas blancas, para ver lo que estaba a punto de ocurrir.

Bajo el primer color del amanecer, casi más oscuro que la misma noche, el templo de las consagradas callaba. Sin pisadas descalzas ni crujidos de túnicas; sólo con el rumor de las respiraciones de las vírgenes que recién comenzaban a despertar.

Los sideresios avanzaban por la calle de piedra. Traían alientos sofocados de agua de maíz, y sudor de muchos días. Algunos tenían puestos collares de garras o cintos de plumas sobre sus ropas negras; llevaban los signos de la nobleza del gran pueblo del Sol como disfraz y burla. La mirona los veía avanzar hacia el templo.

Eran hombres de decisiones inclementes, que se animaban entre sí narrándose

imaginaciones de dolores ajenos y placeres propios. Apenas el Templo de las Vírgenes estuvo a la vista, el andar de los sideresios se fue acelerando hasta transformarse en carrera. El lugar donde amanecían las consagradas fue asaltado de tantos modos brutales que, en algunos de sus muros, acabó cediendo. Entonces los hombres ensancharon los primeros resquicios y se abrieron paso. Esta vez, la mirona no necesitó ir tras ellos para saber.

Esta profanación pasó de boca en boca a través de las generaciones. Pero la leyenda fue piadosa con aquellos sucesos, tal vez porque era el único modo de poder recordarlos y repetirlos.

"Éste es relato para recordar que era tan horrendo el tropel que profanó el templo, que muchas de aquellas vírgenes cayeron muertas antes de ser rozadas. Ellas murieron sin recibir martirio y se transformaron en estatuas de sal que se desgranaban al primer contacto de modo que a los invasores les fue imposible manchar su pureza..."

Cuando se disponía a abandonar aquel sitio un movimiento imprevisto llamó la atención de la mirona. Una joven se estaba dejando caer por el muro que cerraba los jardines. Se escapaba del templo en el mismo momento del ataque.

La mirona no intentó detenerla, no era ése su trabajo. Mientras la observaba se preguntó cómo lo habría logrado. Posiblemente había desatendido los mandatos y estaba andando los grandes patios del otro lado de los canceles. Quizás por eso pudo adentrarse en alguna oscuridad y escapar cuando oyó el estruendo. O quizás se hubiese escapado de todos modos; con ataque o sin él.

Lo cierto es que ahora corría hacia unas colinas cercanas sin mirar atrás. "Ocúltate, puesto que te lo has ganado", pensó la mirona.

Después, cambió el sentido de sus pensamientos y regresó a lo cierto. La profanación que se estaba llevando a cabo dentro del templo sería un obsequio bienvenido por el Amo; alegría más grande que la riqueza.

Ya podía seguir su viaje, segura de andar unos pasos delante de la victoria.

El levantamiento, que era guerra entre Casas, iba a resolverse en las cercanías del palacio de mando. Quien se quedara con él se quedaría con el país de los Señores del Sol.

Dentro del palacio Hoh-Quiú y sus consejeros estaban reunidos. Todos ellos sabían que las posibilidades de un buen resultado eran escasas. No obstante, hablaban con calma, ocupados en encontrar el modo de sacar mejor provecho a sus recursos.

Hoh-Quiú no se mostraba temeroso. Vestía las galas de siempre. Pidió perdón a sus consejeros sin bajar los ojos, y siguió siendo el príncipe.

Por la ciudad, avanzaban las fuerzas de la Casa de Molitzmós. Con muchos más hombres que los que esperaban rodeando el palacio en defensa de la Casa de Hoh-Quiú.

Ambos ejércitos eran diferentes en número. Diferentes eran los símbolos de los escudos. El color de la pintura del rostro y de las vestiduras distinguía a los contrarios. Y sin embargo, en algo se igualaban. Un bando y el otro llevaban vecinos de chozas, labradores de la tierra... Vecinos que no entendían por qué se estaban sangrando cuando ayer mismo se habían detenido a conversar en el recodo de un sendero.

La desigualdad de fuerzas no significó que el levantamiento resultase breve o fácil para el ejército de Molitzmós. Los hombres de Hoh-Quiú dieron batalla hasta el final. Vencerlos costó una larga lucha, porque los que se sabían derrotados prefirieron morir a soportar el destino que les esperaba. Todo acabó una tarde de calor sofocante, con el cielo nublado de humedad, y el palacio de Hoh-Quiú sitiado por la Casa adversaria.

-Mi corona de plumas. Mis joyas mejores -ordenó Hoh-Quiú a sus sirvientes.

Así engalanado, y en compañía de sus consejeros, dispuso que se sirviera una cena majestuosa.

-Mañana -dijo Hoh-Quiú durante la comida- quiero que se cambien las flores de los jardines circundantes.

-Lo haremos, príncipe.

-Mañana sacaremos el maíz de las reservas del palacio y las repartiremos entre los campesinos. He oído decir que sufren hambre.

-Se hará.

-Mañana mandaré a retirar a Nanahuatli del Templo de las Vírgenes.

-Buenas noticias nos das, amado Hoh-Quiú.

El ruido era ensordecedor. Muy pronto el palacio cedería paso a los enemigos.

-Ahora vamos a la sala de mando. Fumaremos pipa.

Los últimos hombres de Hoh-Quiú permanecieron custodiando el largo corredor que llevaba al trono. Estaban dispuestos en la misma forma de siempre, de un lado y del otro, con sus lanzas cortas atravesando el paso. Allí, nuevamente, los soldados de Molitzmós debieron enfrentarse a hombres decididos a morir. Cada custodio de Hoh-Quiú derramó sangre enemiga antes de caer.

-Es buena esta hoja de fumar -decía por entonces Hoh-Quiú-. Adormece.

Los hombres de Molitzmós ya llegaban al final del corredor. Los últimos custodios esperaban la muerte.

-¿Recuerdan a ese Brujo llamado Kupuka sobre el que les conté? Pienso en él ahora - el príncipe sonreía.

La puerta de la sala se abrió de par en par. A la vista de esa escena de hombres conversando apaciblemente, los rebeldes se inmovilizaron por un momento.

-Deseo, como él deseaba, que las Tierras Fértiles puedan unirse en la resistencia. Misáianes jamás abandonó del todo nuestro continente...

Muchos de sus consejeros no alcanzaron a escuchar estas palabras. Las espadas entraban y salían de los vientres.

-Quisiera haber obrado de otro modo -y Hoh-Quiú no dijo más.

Molitzmós reclamó para sí el acto de enarbolar en la punta de su lanza la cabeza del príncipe muerto, y así salir a proclamar la entronización de su Casa.

Pocos soles después, las calles y el palacio estaban vacíos de cadáveres. La nueva Casa reinante había borrado toda huella del pasado poder. Blasones arrancados y otros nuevos colocados en su sitio; imágenes derrumbadas y otras erigidas allí mismo. Símbolos de un nuevo mandato.

En el mismo trono que Hoh-Quiú había ocupado y con su misma corona de plumas Molitzmós comenzaba su principado con el porte henchido. Respiraba como príncipe, caminaba como príncipe, y como príncipe daba órdenes a sus sirvientes. Ordenes insignificantes, minucias de palacio; porque las otras órdenes las daba Drimus.

-Ahora es mi tiempo de paciencia -se decía Molitzmós-. Un día los sideresios partirán, y mi Casa quedará al mando de las Tierras Fértiles.

Sentado frente a él, Drimus lo adivinaba.

-Nada de prisas, mi buen Molitzmós.

Drimus sabía que, por el momento, era necesario mantener la mentira del pacto. Todavía les quedaba mucho continente por someter. Y aquel gran país, doblegado sin resistencias, les era indispensable.

-Créeme..., tendrás tu tiempo de mando -mintió el jorobado-. Y será largo y fructífero.

-Lo sé. Pero hoy mismo saldré a presentar toda la majestad de mi Casa frente al pueblo; y los alegraré con algunos favores.

-¿Quién dijo que harás eso?

-Lo he decidido -respondió Molitzmós.

-Te aconsejo que cambies tu decisión -Drimus sonrió con lástima-. Decide que permanecerás dentro del palacio hasta que te ordenemos lo contrario.

-Pero...

-¡Vamos, príncipe! Come, bebe, enjóyate, elige nuevas mujeres.

-Todo eso podía hacerlo antes.

-Recorre este enorme palacio, que ahora es tuyo, pero no intentes trasponer sus muros.

-¿Como un prisionero de los sideresios? —Molitzmós no alteró la cortesía.

-¡No, no! -respondió el Doctrinador-. Como un buen súbdito de Misáianes.

Molitzmós estaba empezando a comprender que su propósito y el de Drimus se enfrentaban sin remedio. Comprendió que el mago de las Tierras Antiguas no cumpliría con su parte del pacto. Y que, mientras le fuese posible, no cedería ni una pizca del poder que le estaba reservado a su Amo.

Sin embargo, Molitzmós, el emplumado, era de índole fría. Y donde cualquier

hombre se hubiese desbordado en reacciones de furia o de temor, él asintió imperturbable.

-Aquí permaneceré, entonces -respondió el Señor del Sol, que ya especulaba sus siguientes acciones.

Por el momento era imposible decir otra cosa. Molitzmós repasó la situación. Ya estaba demasiado lejos del Venado como para intentar un regreso. Además, él jamás iba a resignar su promesa y su sueño.

Molitzmós vio que no era verdad que su Casa estuviese reinando sobre el país del Sol. Todavía tendría que seguir esperando. Pero él contaba con dos cosas a su favor: una profunda comprensión de los planes de Misáianes, y una paciencia de árbol.

De pie frente a una ventana, Molitzmós decidió dar, entre el Venado y Misáianes, su propia batalla solitaria.

En las alturas del mirador de Zabralkán, la paloma parda hizo su nido. Eligió un recoveco, donde daba el sol temprano de la mañana, para amontonar paja y hojas tiernas, algo parecido a su ternura donde guarecer la nidada. Eran cuatro huevecitos que Zabralkán saludaba cada día.

La paloma parda y Zabralkán supieron entenderse. Cuando el ave partía en vuelo y tardaba en regresar el Supremo Astrónomo cubría la nidada con su mano grande para mantenerla tibia. Cuando el Supremo Astrónomo tardaba en asomarse al mirador, la paloma parda se paraba en el alféizar y lo reclamaba.

-Zabralkán, asómate y míranos. ¡Consuélanos, que el sol no ha salido! ¡Sonríenos, que hoy el sol nos ilumina!

Zabralkán compartía el alimento y el agua con la paloma parda. A cambio, el ave lo escuchó lamentarse todo lo que duró la ausencia de Thungür.

-Supremo Astrónomo nuestro, ése que llamas Thungür regresará. Apacigua tu tristeza.

-Regresará, es cierto lo que dices. Y ese día tú, paloma parda, serás la que nos una. Yo no puedo salir de este cautiverio. Tú irás en mi lugar, con mensajes para el husihuilke.

-Lo haré. Pero apacigua tu pena.

Sin embargo los días pasaban. Los pichones llegaron y Thungür, no.

Desde que Zabralkán comprendió su verdadera situación en la Casa de las Estrellas ideó un fingimiento; y realizó una simulación tan precisa que nadie pudo notarla. Frente a los centinelas y al recitador; frente a los hombres de Bor y frente a Bor mismo, que de tanto en tanto lo visitaba, Zabralkán actuaba como un anciano perdido que no sabía más que dormitar y sonreír.

Al revés, cuando la Casa de las Estrellas dormía, o Zabralkán estaba seguro de que contaba con un largo rato de soledad, se quitaba la máscara senil y volvía a resplandecer en toda su grandeza. Entonces, se concentraba en sus estudios, sostenía largas conversaciones con el cielo y se adentraba en un éxtasis de comprensión del cual regresaba fatigado y débil pero cada vez con conocimientos más claros.

Gracias a su sabiduría y a sus estudios pudo descifrar las revelaciones de los astros, y conocer mucho de lo que estaba ocurriendo en las Tierras Fértiles. Pero... ¿A quién decírselo? ¿En quién confiar?

-Y Thungür no regresa, paloma... ¡Thungür que no regresa!

Un día de esos Zabralkán le habló a la paloma con voz de decisión.

-Ya no puedo esperar más. Se acerca el gran acontecimiento. El que, tal vez, sea parte de nuestra salvación.

-Dime -pidió la paloma-. Dime mejor que no te comprendo.

-Como toda criatura, tú debes saber sobre la existencia de la Puerta que une los dos Tiempos, el Tiempo Solar y el Tiempo Mágico. Ésta es la Puerta que se abre una vez cada cincuenta y dos años solares.

-Y cada setenta y tres años mágicos. Cuando los calendarios coinciden en sus inicios.

-¿Lo ves? Sabes sobre ella.

-Sé. Pero no comprendo por qué la traes a tu lengua ahora.

Zabralkán puso todos sus sentidos en el ave. Sabía que era esencial persuadir a su amiga para que lo ayudase.

-¡Presta atención, paloma parda! Sólo en ti puedo confiar; sólo te tengo a ti para que me ayudes, y no es poco. Atiende bien lo que voy a decirte, pues no habrá tiempo de repetirlo ni de enmendar errores. Confío en que la Puerta que une los dos Tiempos se abrirá pronto. Tal maravilla sucede un día determinado. No ocurre dos veces, ni después, ni antes. Bor ha de saber con precisión cuándo sucederá esto; porque él cuenta con todos los instrumentos necesarios para medir las distancias y los ciclos del cielo. Cuenta también con las palabras de los códices. Ambas cosas imprescindibles para realizar el cálculo exacto.

-Y tú, Supremo Astrónomo, encerrado aquí y privado de los instrumentos de tu ciencia no podrás saberlo.

-En eso te equivocas, paloma parda. Un modo tenemos... Sólo uno, y vamos a llevarlo a cabo. Si logro realizar el ritual que me trasladará al Tiempo Mágico podré concertar pactos con el Clan de los Búhos. Yo les diré lo que conozco y sucede; ellos me dirán el día en que se abrirá la Puerta.

-¿El Clan confiará en ti?

-Quien sea capaz de soportar el ritual indicado será, y ellos lo saben, porque cuenta con la asistencia de las estrellas. Y porque carga sobre sí una verdad de roca.

-¿Cómo es ese ritual? -preguntó la paloma.

-Peligroso de muerte. Pocos son, o ninguno, los que han regresado del intento. Sin embargo, yo debo hacerlo.

-¿Y cuándo lo harás?

-Esta noche, que será de luna plena.

En ese momento sonaron dos golpes suaves. Alguien solicitaba permiso para entrar al observatorio. De inmediato la paloma regresó a su nido. Zabralkán se arrebujó en su manta, dejó caer el labio inferior y fingió dormir tan profundamente que obligó al que llegaba a golpear repetidas veces, y con mayor fuerza. Finalmente el Astrónomo respondió con voz débil.

-Puede pasar..., quien sea.

El que entró era el recitador.

-Me envían para que te entretenga con la lectura de nuestros mejores poetas.

-¡Oh! ¡Muy bien, muy bien! -festejó Zabralkán-. Siéntate a mi lado para que pueda escucharte a gusto.

Así lo hizo el recitador. Desplegó sus pergaminos, se aclaró la garganta y comenzó con una lectura cadenciosa. La historia que narraba aquel poema lo emocionaba especialmente, y enseguida su voz fue dibujando los pesarosos versos que leía. Pero pronto los ronquidos de Zabralkán destruyeron el encanto. El recitador levantó la vista y se quedó mirando al anciano. Era inútil, el viejo ya no hacía otra cosa más que dormir... Se lo comunicaría a Bor. Enrolló sus pergaminos y salió en silencio del observatorio.

-En buena hora te has marchado con tus versos a cuestas -dijo Zabralkán alzándose vivamente. Luego se acercó al mirador-. Vuelve pronto, paloma, que no hay tiempo.

La paloma obedeció de inmediato. El Supremo Astrónomo volvió a sentarse, y el ave se posó en sus rodillas.

-Pongámonos a trabajar -dijo Zabralkán acariciando el lomo de la paloma.

-¿Cómo voy a ayudarte?

-Me ayudarás en muchas formas. Pero primero, antes de que anochezca y la oscuridad te impida ver lo suficiente, vuela a las estribaciones de la selva y tráeme en tu pico lo que necesito. Debes apresurarte porque es posible que debas hacer más de un viaje.

-¿Qué debo traerte?

-Un manojo de la hierba que crece muy junto a los hormigueros; la reconocerás porque es diminuta y amarga -el anciano buscaba precisar su memoria-. Tráeme también espinas de magüey, y por último un poco de las lágrimas viscosas del copal. Debes asegurarte que sean lágrimas recién lloradas, no servirán si están endurecidas.

La paloma parda partió sin más preguntas. Zabralkán la vio alejarse y comenzó a preparar su espíritu. Nada de lo que el ave trajera sería de utilidad si antes su espíritu no estaba dispuesto y libre de temores para emprender el tránsito. Todo lo que la paloma demoró en regresar, caminó Zabralkán trazando un círculo perfecto. Paso sobre paso, sin ampliarlo ni torcerlo, sin cambiar jamás el ritmo de su andar. Y repitiendo, sin cesar, un conjuro encriptado. Cuando la paloma terminó de almacenar los encargos, se paró en el mirador y permaneció en silencio hasta que la danza terminó. Zabralkán, el que le habló, ya no era el mismo. Sus ojos no veían las cosas sino los secretos más hondos que guardaban. Sus venas sobresalían bajo la piel de las manos y del cuello.

-Paloma -su voz se había espesado, y era un vapor blanquecino que demoraba en esfumarse-. Ahora te diré lo que ocurrirá. Te lo describiré minuciosamente para que sepas cuándo ayudarme. Y para que puedas percibir si mi espíritu se ha perdido en el intrincado camino que une los dos Tiempos. Si eso ocurriera, nada podrás hacer por mí. Solamente intenta borrar toda huella del rito para que piensen que me mató la vejez. Cuando Thungür regrese, habla con él y cuéntale todo.

La paloma parda ahuecó las alas y se metió dentro.

-Te escucharé con cuidado -dijo-. Pero no me obligues a mirarte.

-Primero masticaré las hierbas hasta que sienta calor en el corazón. Luego untaré y frotaré mis sienes y mis párpados con lágrimas de copal... Rasgaré mi ropa y clavaré alrededor de mi ombligo siete espinas de maguey. Entonces verás que me adormezco. Mi ombligo saltará hacia afuera como culebra, y tal vez mi boca se hinche y se amorate. Recuerda que no sabré que estás aquí; que no podré verte ni escucharte. Me sobrevendrá luego una muy larga inmovilidad, y verás que un sudor copioso comienza a manar de todo mi cuerpo. Es entonces cuando querré beber. Insistiré con desesperación porque mi lengua estará seca y pesada; pero tú, paloma parda, tú no debes permitir que lo haga. Si bebo antes de tiempo todo estará perdido... Picotea mis manos cuando intente tomar la vasija que contiene el oacal sagrado. No me tengas lástima, no me dejes beber en tanto no llegue el momento preciso.

-¿Y cómo sabré que el momento ha llegado? -dijo la paloma sin salir de sus alas.

-De tanto en tanto prueba mi sudor. Y cuando lo halles dulce como azúcar de caña, entonces sí déjame beber. ¡Déjame beber todo el oacal sagrado que desee!

Enseguida, Zabralkán continuó con la descripción minuciosa de los síntomas que seguirían a la ingestión del líquido.

Luego comenzó a hacer todo tal cual lo había dicho: las hierbas, las lágrimas, las espinas de maguey.

Cuando llegó el momento la paloma defendió con su pico la vasija que Zabralkán intentaba agarrar con manotazos torpes; perdido como estaba en una sed agria y marrón. El ave revoloteaba y atacaba las manos sangrantes del anciano que no se rendía, picoteaba sobre la carne desgarrada para alejarlo de allí. Y cada vez que lo conseguía, volaba hasta la frente del sediento y probaba el gusto de su sudor. Por fin, la humedad de la frente bienamada le supo dulce como la caña.

-¡Ahora bebe, Zabralkán! Bebe cuanto quieras.

Libre de los ataques de su guardiana Zabralkán se aferró a la vasija, y se atragantó y se chorreó de oacal.

Todo siguió tal como lo había predicho. Llegó tambaleando a su asiento, y allí estuvo hipando y riendo, hipando y riendo. Por fin, el vómito color humo que había mencionado salió de su boca como un torrente y lo dejó volcado sobre sí mismo. ¡Cuántas horas pasaron sin que el Astrónomo moviera siquiera un músculo! El amanecer se estaba acercando.

-Temo que ya no regrese -lloró la paloma parda-. El amanecer se acerca...

El ave se aprestaba a desaparecer todo aquello que diese algún signo de lo que Zabralkán había intentado: ocultar los restos de savia, comerse las hierbas esparcidas por el suelo, quitarle las púas del vientre... Fue entonces cuando Zabralkán comenzó a hablar. La paloma comprendió que no hablaba con ella; que por fin el Astrónomo había llegado al Tiempo Mágico y decía sus verdades ante el Clan de los Búhos.

¡Dignaos escucharme! Yo mismo,
el Astrónomo, he venido a decirles
he venido a pedirles...
¿Acaso recibiré silencio?
Dignaos responderme por el bien de todos.
¿Querrán decirme cuándo se levantará la Puerta?
Que mi carne críe carne,
que mis venas crezcan como enredaderas,
que mis dedos señalen el Mal,
que mi corazón sustente el dolor del hermano.
¡Dignaos escucharme!

Así prosiguió Zabralkán, mientras la paloma esperaba. Acabó la letanía y estuvo un tiempo en completa inmovilidad. El tiempo que duró la respuesta de los Búhos, según supo después la paloma.

Para asombro del ave, Zabralkán regresó de pronto. El Supremo Astrónomo fue devuelto intacto al observatorio desde quién sabe qué misteriosos lugares. Desanduvo en un instante el doloroso camino de ida hacia el Tiempo Mágico, y saludó a su paloma con una sonrisa de puro regocijo.

-¡Cuéntame! -pidió ella.

-Ahora no es posible... Muy pronto me traerán el alimento de la mañana y para entonces todo debe estar en orden y yo descansando en mi lecho.

Dicho esto, el Supremo Astrónomo se puso en movimiento con una agilidad impensable para quien regresaba de un trance de muerte y resurrección. Tan de prisa se movió limpiando, acomodándolo todo y borrando huellas que apenas si dejó tiempo a la

paloma para ayudarlo. Apenas el disimulo estuvo terminado, Zabralkán se metió en su lecho y habló:

-Gracias paloma. Vuelve con tus pichones que han de necesitarte más que yo.

-¿Nada me dirás de lo que averiguaste en el Tiempo Mágico?

-Por ahora, confórmate con esto. Sé con toda precisión cuándo se abrirá la Puerta. Los hermanos del Clan de los Búhos me lo revelaron. Ahora vete que pronto llegarán los sirvientes a despertar a este inútil anciano.

No terminó de decir Zabralkán, y en verdad estaba sumido en un sueño profundo y reconfortante.

Y sin embargo no sucedió como él imaginaba. No fueron los sirvientes quienes llegaron a despertarlo de su sueño. Zabralkán despertó molesto por un insoportable cosquilleo en sus mejillas. Más molesto aún cuando vio a la paloma muy cerca de sí, y aleteando sobre su rostro.

-¿Qué sucede? -preguntó Zabralkán malhumorado-. ¿Tu curiosidad es tanta y tan dañina como para despertar a un durmiente?

-No es mi curiosidad -respondió el ave-. Han llegado... He visto que varios hombres han llegado, y ése que describiste más alto que ninguno y de largo cabello ha llegado también.

-¿Thungür...? -el Astrónomo había despertado por completo-. Mi hermano ha regresado justo a tiempo.

Zabralkán se abrigó después de abandonar sus mantas. Tomó un trozo de cuero blando, un punzón de hueso, y se dirigió a la gran piedra tallada que ocupaba el exacto centro del observatorio.

-Parda, sobre ti recaerá la responsabilidad de que esto llegue a las manos del husihuilke. Cuida que nadie vea el momento en que lo haces. Entrega y aguarda en tanto Thungür lea y responda. Luego vuela de regreso con su mensaje. No una, sino muchas veces deberás hacerlo. Jamás te confíes ni pierdas la cautela.

Mientras hablaba, Zabralkán acabó de escribir el trozo de cuero y lo aseguró al cuello de la paloma.

-Ve y vuelve con fortuna. Haciéndolo me llevarás montado en tu pequeño cuerpo y cargarás, de regreso, a un husihuilke.

Partió la paloma en su primer viaje. Muy pronto estuvo cerca de Thungür que no terminaba de quedarse solo. Escondida en la fronda de un árbol, la parda vio que el hombre más suntuoso de los que habían llegado se acercaba a Thungür.

-Creo que es urgente que te presentes ante Bor y le expliques lo que nos ocurrió en el país de los Señores del Sol -dijo Kayún-Piel-de-Marlo -. A ti te corresponde justificar, si es que puedes, las malas nuevas del resultado de nuestra misión.

-Jamás pensé no hacerlo -respondió el husihuilke-. Sólo pretendo limpiar mi cuerpo y mis ropas antes de presentarme. Conozco en mi carne que Bor es implacable en las exigencias de la cortesía.

-En eso tienes razón -aceptó Kayún-. Alístate y ve pronto ante él.

-No dudes de que lo haré -respondió Thungür-. Y sin vergüenza alguna. Kayún se despidió con un gesto y se marchó. Thungür inició el camino hacia los corrales llevando a Hunde-la-Tarde por la rienda.

-Éste es el momento -se dijo la parda.

Voló hacia Thungür, y revoloteó a su alrededor para que el guerrero pudiera ver el

mensaje que traía atado al cuello. Pero eran tantas las preocupaciones que Thungür llevaba consigo que demoró en advertir la presencia de la parda. Y cuando lo hizo, la alejó de sí con un gesto suave.

Thungür dejó a Hunde-la-Tarde y salió del corral. La paloma persiguió al husihuilke hasta la edificación de piedra donde los guerreros se aseaban. Detrás de la pesada puerta se quedó la parda. Era hora de regresar al observatorio y decirle a Zabralkán que había fracasado en su oficio de mensajera.

La joven cayó de rodillas en la calle empedrada. No servían los lamentos. Se levantó y corrió en dirección opuesta a la zona sagrada. Antes, miró a su alrededor para ver si comprendía la causa del estruendo que se había adueñado del Templo de las Vírgenes. Y gracias al cual, pudo escapar.

No vio nada más que el amanecer. Tomó rumbo a las colinas; allí era menos probable que alguien la sorprendiera. La luz del cielo la ayudaba. La ayudaba el amor. Pero mucho más la ayudaba la guerra.

La ciudad de los Señores del Sol se preparaba para librar la batalla final. El encuentro que iba a decidir la suerte de las Casas rivales. Por eso, no había ojos que pudieran ocuparse de una delgada mujer que corría colina arriba, colina abajo, colina arriba...

Mientras avanzaba cruzaron por su cabeza los momentos finales en el templo. Ella había abandonado su cama mucho antes de la hora permitida. Y había deambulado sin sentido ni cuidado por las galerías oscuras. En verdad, sólo quería llorar sin despertar a nadie. Y recordar las manos amadas sin que otras manos le acariciaran el cabello en un inútil intento por consolarla.

Llegó hasta uno de los pórticos posteriores. Se detuvo frente a una columna de alabastro que reflejaba su imagen. Se miró fijamente, vio la tristeza. Pegó sus labios a la columna para besarse y no sentirse tan sola. El alabastro le devolvió el frío de la verdad: estaba prisionera en el Templo de las Vírgenes. Y pronto vendrían a buscarla para el sacrificio.

Continuó caminando sin intención de escaparse. No sabía cómo hacerlo, no hubiese podido burlar la vigilancia de las guardianas. Fue entonces cuando comenzó el estruendo. El templo se llenó de alaridos. Se perdió el orden y la vigilancia. Las guardianas corrieron hacia los dormitorios de las consagradas para encontrar la muerte. Solamente ella, a diferencia del resto de las mujeres, tuvo una oportunidad de salvación. Y mientras las camas blancas se ensuciaban de barro y de sangre, la delgada mujer escaló el muro apoyándose en los relieves ornamentales, saltó a la calle empedrada y empezó a correr.

Desde la cima de una colina miró por última vez la ciudad en la que había crecido. La guerra se la estaba devorando. Nanahuatli ajustó el cordel de sus sandalias. Reconoció el sur, y se marchó.

Zabralkán no aceptó el fracaso. De modo que la parda tuvo que regresar a su tarea. Y tanto revoloteó, graznó y sacudió las alas cerca del husihuilke que, finalmente, consiguió que el guerrero le prestara atención. Thungür descubrió que el ave traía un mensaje en su cuello. Se sentó en un cercado de troncos, puso la paloma sobre sus rodillas, y tras desatar con esfuerzo el nudo que apretaba el lazo, tomó el trozo de cuero y leyó.

La paloma esperaba que se sorprendiera. Y es que ella aún no conocía bien a los husihuilkes.

"Estoy prisionero en mi observatorio. Bor lo ha hecho y no te dejará llegar a mí. La paloma nos servirá de lazo y lengua. Actúa como si no supieras esto."

Thungür dirigió la vista hacia la altura del observatorio de Zabralkán, pero allá a lo lejos no se veía más que el espacio vacío del mirador.

"Amado anciano, dices que no vaya en tu auxilio. ¿Qué debo hacer entonces? ¿Por qué Bor actúa de esta forma?" ¡Vuela paloma! ¡Lleva este mensaje!

"Caímos en una trampa, husihuilke. Molitzmós no está de nuestro lado. Es claro para mí, ahora, que fue su lengua la que desvió a Bor del camino del Aire Libre." ¡Vuela parda, y regresa!

"¿Dices que Molitzmós es un traidor? Hablas de quien me ayudó contra la prepotencia de Hoh-Quiú." Apúrate, hermanita. Ponle alas a esto que ya no comprendo nada.

"No hay modo de explicártelo todo. ¡Confía en mí! Hemos puesto a los traidores en el lugar exacto que querían. Ahora hay que actuar de prisa para enmendar lo posible." Ve paloma, mira los ojos del husihuilke y cuéntame si hay confianza en ellos.

"Siempre confiaré en ti, Zabralkán hermano. Pero todo es confuso. Dime cuánto tiempo tenemos a nuestro favor." Vuela paloma.

"Las fuerzas de Misáianes ya están de nuevo en las Tierras Fértiles. Nos quedan veinticinco soles." ¡Ea, parda!

"¿Veinticinco soles para qué?"

"Para que se abra la Puerta."

"No puedo comprender, Supremo Astrónomo." Vuela paloma y regresa con más luz, porque todo cuanto dice Zabralkán me sume en la oscuridad más honda.

"Dos esperanzas nos quedan. Una de ellas es la puerta que une los Tiempos."

"¿Cuál es la otra?" Pardita del alma, no te canses.

"Quizás la mejor de ellas. Molitzmós sabe el nombre del que espera detrás de su traición. Conoce y acepta que Misáianes es su Amo, y pide migas. Bor, en cambio, cree estar luchando de la mejor manera contra el Odio Eterno. Bor no es esclavo de Misáianes sino de su propia soberbia. Ésa es otra esperanza."

Así fue y vino la parda. Y, de a poco, los hechos empezaron a aclararse en la cabeza y en el corazón del husihuilke.

Vuela con esto. " Zabralkán, ¿qué debo hacer primero?"

Vuela con esto. "Cabalga hacia las aldeas de la Estirpe. Aquel pueblo está puro, sin

mancha alguna. Pídeles en mi nombre que apuren y afiancen la magnífica flota que están construyendo. Pronto la necesitaremos."

"¿Y tú te quedarás solo en esta telaraña?"

"Soy un viejo inofensivo. Ya casi no reparan en mí. Y es indispensable advertir a los hijos de los bóreos." "Iré, pero volveré pronto."

"Vuelve pronto. Veinticinco soles." ¡Vuela, vuela! "Veinticinco soles."

Duerme, mi paloma, te lo has ganado.

Los barcos del regreso

Tal como lo había prometido en los mensajes que envió con la parda, el husihuilke se demoró apenas lo justo entre la gente de la Estirpe.

Ya de regreso de sus aldeas Thungür rondó el observatorio de Zabralkán esperando que el anciano se asomara al mirador. Siempre lo hizo con cautela; buscando los momentos precisos y las maneras adecuadas para no despertar sospechas. Pero contadas veces su constancia tuvo recompensa.

Cuando el anciano aparecía, el husihuilke lo miraba profundo; queriendo mostrarle lo que sus ojos habían visto en las costas del Yentru, donde la Estirpe de los bóreos construía un sueño.

Quería contárselo para que se alegrara como él mismo se había alegrado a la vista de la flota.

Los hombres de pelo color de zapallo estaban casi listos para abandonar la tierra en la que habían nacido con rumbo a la tierra en la que hubiesen debido nacer. Ellos zarpaban a una reconquista.

La flota era pequeña, pero inimaginable de belleza y poderío. Sus naves, concebidas en las febriles imaginaciones de aquella gente joven y construidas según la tradición heredada de sus mayores, eran tan bellas que el Yentru no querría destruirlas. El mar se enamoraría de esas naves con cuerpo de gaviota y cabezas terribles, con un velamen ligero que trepaba por los mástiles hasta el viento, veloces y livianas... El Yentru no querría destruir tanta gracia, sino más bien protegerla en su camino.

Todo eso contaba el husihuilke en el lenguaje de los ojos. Y lo hacía con tal pasión que el Astrónomo veía pasar la flota por el aire, frente a su ventana, y perderse en la maraña de la selva.

Los insectos de la noche se callaron. Las lechuzas lamentaron, por vez primera, su privilegio de ver en lo oscuro. Los murciélagos se descolgaron de su sueño para hacerle cortejo.

La dueña caminaba despacio hacia la Casa de las Estrellas. Le brillaba el cabello alunado, y las partes de su cuerpo que la capa descubría en el andar se destacaban nítidas en medio de la noche.

Aquella vez, la dueña no temía ser vista. Llegó a la Casa de las Estrellas escoltada por un enjambre de murciélagos. Subió los incontables escalones y enfrentó a los centinelas. Ellos se inmovilizaron hasta parecer de piedra como la puerta que custodiaban. Y luego caminaron con pies pesados y le abrieron sin una pregunta. Cuando las dos hojas volvieron a cerrarse la multitud de murciélagos se pegó a ellas y las cubrió por completo.

Ya en el interior, la dueña caminó sin vacilaciones reconociendo aquella construcción enredada que tantas veces había visitado a lo largo del tiempo, aunque nunca en plena presencia. Avanzó sin que ninguno de los pocos que permanecían despiertos intentara preguntarle quién era; quizás porque lo sospechaban. Y menos detenerla, porque sabían que sería inútil. La dueña Sombra se dirigió hacia una de las puertas que llevaba al mayor de los patios interiores; el que tenía un estanque con cientos de aves, senderos de piedras flanqueados con esculturas, y todos los frutos.

Los astrónomos menores, los aprendices y los sirvientes de la Casa de las Estrellas se despertaron sobresaltados y se irguieron en sus lechos. Algunos no sabían qué estaba sucediendo, otros pudieron intuirlo y cerraron los ojos. Algunos pocos supieron de inmediato quién era la que acababa de trasponer la puerta sagrada, y desearon verla.

Bor la escuchó entrar a pesar de que su habitación estaba en la altura de una de las torres. La oyó caminar y salir al patio interior. Entonces Bor se envolvió en su manto y se acercó a la ventana. De a poco, su vista se fue adecuando a la noche. Y en cuanto pudo distinguir, distinguió a la Sombra parada a orillas del estanque. Las aves que habitaban en él se amontonaron en la orilla opuesta lanzando graznidos ensordecedores.

"Nunca antes ella se había presentado aquí de este modo", pensó Bor, mirándola desde lo alto.

En ese momento la Sombra giró hacia la Casa de las Estrellas. Por instinto Bor se apartó de la ventana.

-Zabralkán -murmuró-. Viene por Zabralkán.

Sin perder ni un instante Bor salió de su habitación y se dirigió hacia el observatorio del anciano. Quería despedirse del hombre del que tanto había aprendido; necesitaba decirle adiós al anciano que, aunque errado y alejado de la verdadera Sabiduría, aún conservaba un sitio en su amor.

En uno de los corredores Bor se encontró con Kayún-Piel-de-Marlo.

-¿Ya lo sabes?

-¡Claro que lo sé! -respondió Bor-. Lo sé, y la he visto. Ella está parada a la orilla del estanque.

-¿Por qué se habrá presentado aquí sin disfraces? -Kayún hablaba con agitación.

-Por Zabralkán -afirmó Bor-. Es seguro que ha venido a llevarse al anciano.

Kayún-Piel-de-Marlo cambió el semblante.

-¡Entonces, es bienvenida!

Nunca imaginó Kayún la reacción que iba a provocar su comentario. El rostro de Bor se contrajo en un gesto de ira, y su brazo se alzó con la palma extendida. Pero Bor sabía que Kayún era su mejor discípulo; el único que comprendía y compartía sin reparos su doctrina. Y sabía también que, menos que nunca, era momento de romper alianzas. Por eso, y por ninguna otra cosa, Bor bajó lentamente el brazo.

-No vuelvas a pensar o hablar como acabas de hacerlo; no es digno de quien pronto será Supremo Astrónomo de la Casa de las Estrellas de Beleram.

Kayún agachó la cabeza... Era la primera vez que su maestro le hablaba de aquel modo.

-¿Y qué haremos? -se atrevió a preguntar.

-Yo iré ahora al observatorio de Zabralkán a despedirme del anciano. Luego bajaré al estanque. Es posible que ella me permita verla de cerca.

-¿Quieres que te acompañe? -pregunto Kayún.

-¡No! Tú permanece aquí, y vigila que nadie intente salir.

En su observatorio Zabralkán sabía lo que estaba sucediendo. También él había visto a la Sombra merodeando el estanque y, por primera vez en mucho tiempo, pensaba igual que Bor.

-¿Vienes a buscarme con puntualidad, o adelantaste mi hora por mandato de tu hijo? Como sea, Thungür ya conoce la verdad y está galopando. Con eso me conformo.

Zabralkán oyó pasos por el corredor. Era necesario continuar con el fingimento por el bien de Thungür, y de todos los que permanecerían en el mundo luchando contra Misáianes.

Cuando Bor abrió la puerta encontró a Zabralkán reclinado en sus almohadas, y con los ojos abiertos.

-Imaginé que estarías dormido -dijo Bor.

-¿Por qué tendría que estar dormido? -preguntó Zabralkán.

-Porque ya es noche muy entrada.

-Tan entrada que, para mí, ya es amanecer... ¿Vienes a recitar poemas?

Al parecer, el anciano lo confundía con el recitador.

-No -Bor se sentó al borde de la cama. Tomó las manos del anciano y le habló como a un niño-: No quisiste escucharme... No entendiste a tiempo que la magia ha de ser rectora y no hermana de las criaturas. El magisterio necesita el lugar del poder; la Sabiduría no da explicaciones.

-Tu voz se parece a la de un hermano llamado Bor -dijo el anciano—. Pero hace mucho que él no viene por aquí.

Bor comprendió que ya era inútil seguir hablando. Pensó en una última ofrenda a Zabralkán:

-Supremo hermano, ¿deseas beber oacal? ¿Deseas pan de maíz y frutas? Pide lo que quieras que de inmediato serás complacido.

-No quiero oacal -dijo Zabralkán-. Tampoco quiero pan, ni frutas. Pero ya que eres tan amable conmigo, voy a pedirte algo.

-Dime...

-Quiero que me traigas una pequeña vasija con agua de algas y un aro de jade. Deseo hacer burbujas.

-¿Deseas hacer burbujas?

-Eso he dicho.

Bor sonrió, y parecía ternura.

-Si eso es lo que quieres...

Se levantó, buscó en el observatorio lo que Zabralkán le había pedido y se lo entregó.

-Ahora debo irme -dijo.

Zabralkán, que ya estaba soplando la delgada capa de agua que cubría el espacio del aro, no respondió nada. Bor abandonó el observatorio murmurando adiós.

Con mucha prisa Bor recorrió los largos pasillos y descendió las escaleras interminables. Finalmente se detuvo ante una puerta que daba al patio interior.

El Supremo Astrónomo no sentía miedo. Estaba del todo seguro de la causa que había llevado a la Sombra hasta la Casa de las Estrellas. Porque hacía mucho que Bor, en su soberbia, se había olvidado de dudar.

La Sombra estaba de nuevo mirando el estanque. Y no giró cuando Bor habló a sus espaldas.

-Conozco el motivo que te ha traído hasta aquí -dijo el Supremo Astrónomo- y vengo a decirte que vas a llevar a tu territorio a un hombre que fue grande en este mundo.

La Sombra silenció con un gesto a las aves del estanque. Luego respondió sin darse vuelta:

—¿Crees que vengo por un manojo de huesos? ¿En verdad, eso es lo que crees? ¡Llámame dueña! ¡Nómbrame dueña! Es mi hijo quien ha venido... Estamos tomando posesión de este continente para heredad del nuevo Orden.

La dueña Sombra llevó sus manos hacia atrás, por sobre los hombros. Frente a los ojos de Bor, sus manos se transformaron en arañas que se metieron entre los pliegues del manto.

-Tú eres un buen vasallo -continuó la dueña-. Uno de los que mucho hicieron para que nuestra victoria fuese posible.

El espíritu de Bor comenzó a desmoronarse como una torre de arena olvidada en la costa.

-No entiendo lo que dices -balbuceó.

-Di, mejor, que no entiendes lo que hiciste.

La dueña se rió que congelaba.

De pronto perdió hasta su delgadez. Y se deslizó al estanque como un reflejo, el reflejo de la Sombra en el agua. Desde aquel lugar habló con el Supremo Astrónomo durante un largo rato. Lo hizo sin burla, pero sin piedad.

-¡Vasallo de Misáianes, tu soberbia nos ha sido valiosa! -comenzó diciendo...

A Bor le costó tanto esfuerzo caminar de regreso que cuando llegó a la puerta del observatorio ya era de mañana. Era de mañana pero la Casa de las Estrellas no se atrevía a despertar. Todo estaba en silencio. Las ánforas que contenían aceites aromáticos no habían sido encendidas como cada amanecer. La cocina estaba fría y seca, y las esteras continuaban enrolladas.

Cuando llegó, se quedó inmóvil frente a la puerta; en silencio por fuera y por dentro. Bor estaba conociendo el tormento. Bor estaba aprendiendo que la culpa espesa la propia sangre. Se carga el hombre a sí mismo; se carga sin amor y sabe que ni vivir ni morir le traerá reposo.

Así estaba Bor, detenido frente al observatorio de Zabralkán, sin poder reencontrarse ni con su lengua; porque su misma voz le daba náuseas. Y sin embargo, con su voz tenía que hablar.

Bor había aprendido gestos sosegados. Las intemperancias y las exaltaciones no le eran familiares. Por eso, ni siquiera podía llorar, clamar a gritos perdón o castigo, abrir los brazos y alzar la cabeza. Bor no sabía hacerlo. Había llevado la arrogancia con modos austeros; y del mismo modo llevaba el padecimiento. Abrió la puerta y entró.

-Es mejor así -dijo Bor.

El observatorio de Zabralkán estaba repleto de burbujas. Detrás de ellas, se oía la risa divertida del anciano:

-Ve a reunirte con las demás... ¡Vamos! ¡No temas ser perfecta!

-Hermano Zabralkán, aunque ya no puedas entenderme es mi deber y mi deseo hablar contigo antes que con nadie -dijo Bor. Y caminó hasta el lecho de Zabralkán atravesando burbujas.

-¿Qué sucede contigo? -preguntó Zabralkán malhumorado-. ¿Siempre caminas hacia donde deseas sin fijarte lo que destruyes a tu paso?

-Ya ves -respondió Bor-. Tanta fue tu sabiduría que aun en la locura dices las palabras más acertadas. ¡Si pudieras regresar de tu vejez!

Zabralkán batía el agua espumosa con el aro de jade como si ninguna otra cosa le importara.

-Debes mover el agua de tanto en tanto para que no pierda la densidad apropiada -el anciano alzó el aro de jade-. ¡Así está muy bien!

-Fui traidor contra todo lo que amo -dijo Bor-. Sin pretenderlo, desmalecé el camino del Odio Eterno. Y ahora ya es tarde...

Zabralkán tuvo que esforzarse para disimular el sobresalto.

-¿Te conozco?-preguntó.

-Tal vez, mejor que nadie.

-Tal vez..., tal vez -murmuró Zabralkán. Y continuó jugando.

-¿En qué me he transformado...? -musitó Bor.

-Mira las burbujas -dijo Zabralkán-. No son agua, ni aire. Sólo son apariencias.

Bor miró a su hermano con atención. Nunca, hasta ese momento, había sospechado que Zabralkán pudiese estar fingiendo. ¡Pero, aquellas palabras...!

-Creo que estoy intentando sospechar lo que, en verdad, deseo -Bor desestimó lo que acababa de pensar-. Sin embargo, ¡cómo quisiera que pudieras explicarme lo terrible que ocurrió con mi espíritu!

Zabralkán no cesaba de soplar el aro de jade.

-Míralas -dijo, dirigiéndose a Bor-. Transparentes, inmaculadas, perfectas... Y, por eso mismo, engañosas, fatuas y pasajeras.

-Continúa, anciano -pidió Bor-. Sin saberlo estás hablando para mi dolor...

Pero Zabralkán no deseaba hablar sino escuchar lo que Bor tenía para decir. Y buscó el modo de facilitarle las cosas:

-Tú, seas quien seas, ¿podrías entretenerme con algún buen relato?

Bor pensó que sería menos doloroso contar su culpa si, tal como Zabralkán se lo acababa de pedir, la transformaba en cuento.

-Ella y su forma llegaron una noche a la Casa de las Estrellas, y fueron hasta la orilla del estanque. Bor, un Supremo Astrónomo de aquel entonces, pensó que la Sombra estaba allí para llevarse al anciano Zabralkán. Pero, no era así... La Sombra había llegado para nombrarse dueña. Ella no necesitó engaños... ¿Para qué los necesitaría? El trabajo del engaño ya había sido realizado por Molitzmós; y muy bien realizado.

De ese modo, Bor fue contando el cuento. Y por unos momentos, tal vez para darle descanso a su espíritu, él mismo creyó que lo que narraba era un relato de la imaginación.

-Así Bor -dijo Bor-, supo por boca de la dueña a quién habían servido sus alianzas secretas y sus traiciones. Comprendió que Misáianes se alimentaba del jugo suculento de sus errores. Conoció el perfecto juego de Molitzmós. Y sobre todo, supo que la Cofradía del Recinto, aquélla a la que quiso regresar, era manceba del Odio.

Lo que Zabralkán estaba escuchando era demasiado, demasiado terrible y demasiado bueno como para mantenerse quieto. Soplaba y soplaba burbujas, revolvía y revolvía el agua haciendo chocar el aro de jade contra las paredes de la vasija. Pero todavía no debía abandonar el fingimiento. Antes de eso debía saber con claridad qué cosas anidaban dentro de Bor.

Como si hubiese escuchado su deseo, Bor se quitó el alma y la puso delante del anciano. Y el alma de Bor habló como lo hacen todas las almas, con un orden distinto al de las palabras:

-Perdón. ¿Puedo pedirlo? Más torpe sería, y estaría más embrutecido... ¡No es así! ¡No me dejes seguir mintiendo, lengua mía! Ni torpeza, ni embrutecimiento. ¡Arrogancia, eso sí! Me adularon y yo los escuché. Sucedió lo que tú, Zabralkán, siempre me advertiste. Vuelve a decírmelo, hermano... Dime: "Oye las adulaciones..." ¡Vuelve a decírmelo como si el tiempo estuviera atrás! "Oye las adulaciones y acabarás enredado en tus propias vestiduras." Perdón, temo pedirlo y que me lo concedan... ¿Cómo hace el culpable para vivir con el perdón a cuestas?

Zabralkán dejó a un costado la vasija con agua de algas y el aro de jade. Pero Bor, que hablaba con la cabeza baja, no lo vio.

-Hermano del corazón -prosiguió-. ¿Qué debo hacer ahora? Si solamente pudieras regresar un momento de tu vejez, y decirme qué debo hacer ahora... Siento sobre mis hombros una culpa irredimible. Siento el peso de los pájaros y de la hierba, del pueblo husihuilke, de nuestros niños y nuestras mujeres, del bosque, del aire, de los veranos y los inviernos. Todo eso sobre mis hombros, pero muerto. Muertos los pájaros, muerta la

hierba, muerto el pueblo husihuilke, muertos nuestros niños y nuestras mujeres, muerto el bosque, muerto el aire...

El murmullo de Bor se hacía inaudible.

-No han muerto todavía -dijo Zabralkán con voz clara y firme.

Bor temía levantar la cabeza... Seguramente era una alucinación de su espíritu.

-Dije que no han muerto todavía. Y te ordeno que me mires a los ojos.

Bor alzó la cabeza para ver la voz. ¿Qué sortilegio era ése? Zabralkán estaba erguido en el lecho. Y sus ojos eran los de antes.

-Recordarás a Cucub -siguió Zabralkán-. Pensé que seguir sus artes de imitador podía resultarme un buen resguardo hasta que llegara este momento.

Por el rostro de Bor pasaron todos los sentimientos creados, encimándose la gratitud a la vergüenza, la vergüenza al dolor, y después el alivio.

-¡De prisa! -Zabralkán sacó sus piernas de las mantas. Y con un gesto enérgico descornó los pliegues que separaban el sitio donde estaba su cama del resto del observatorio-. Mucho hay por resolver, y la piedra rectangular nos ayudará a pensar mejor.

-Por favor -balbuceó Bor-, Ordena mi muerte.

El grito con el que Zabralkán respondió a esa súplica rodó por los pasillos, cerró puertas y ventanas, sacudió los tapices de la Casa de las Estrellas. Por el grito se encendieron los fuegos de la cocina, aromaron las vasijas y se desenrollaron las esteras. Con el grito comenzó la mañana.

-¡Es que sigues creyendo que tienes enfrente a un viejo absurdo! ¡Cien veces estúpido jactancioso! ¿Todavía reclamas la suerte de morir?

Fuera del observatorio corrieron rumores de alegría. "Era su voz", "Oí su voz y era la de antes". La Casa de las Estrellas se despertaba.

—Te oí decir que el perdón es pesado para el culpable -continuó Zabralkán-. Y lo es... Cargarás con el perdón que las criaturas te concedan como con una pesada vasija. Y si alguna vez se te aliviana la carga, yo estaré allí para volver a echarle piedras. Tú, Astrónomo que dijiste estar muy lejos de la insignificancia de las criaturas, fuiste traidor e ignorante. Ahora las criaturas te enseñarán la verdadera grandeza. ¡Aprenderás del escarabajo, Supremo Astrónomo! ¡Tu soberbia no se librará de eso!

-Al menos, ¿me permitirás reunir a las criaturas para confesar mi culpa y...?

-¡Eso tampoco! -lo interrumpió Zabralkán-. ¡Deja ya de ponerte a ti mismo y a tu dolor en la mitad del cielo! ¡No es tu alma lo que más importa en este momento! Soporta la vergüenza en silencio, y trabaja para remediar el daño. Acabemos con esto. Veinte soles..., ¿lo sabes?

—Veinte soles. Ya lo he calculado. ¿Pero tú cómo has podido hacerlo?

-Ahora no hay tiempo para explicaciones. Tengo algunas ideas.

-Hay algo que no sabes. Algo grande que conseguí que Ella me dijese a fuerza de confusiones, sin notar la importancia de lo que decía.

-¿De qué se trata?

-Ella está tan cierta de la victoria de su hijo que mencionó, como si hablara de una mosca en su frente, que persiste aún cierta resistencia contra Misáianes en las Tierras Antiguas.

-¿Es eso cierto?

-Ella misma lo dijo. Y agregó que los rebeldes se refugian en las costas del sur y en la Gran Península. Tengo esperanzas de que algo de la buena magia resista junto a ellos.

-Así sea. Acabas de darme una gran noticia. Ahora más que nunca me atrevo a decir que serán tres los caminos que tomaremos para seguir vivos -Zabralkán le hablaba a Bor como si nada hubiese ocurrido.

-¿Cuáles caminos, hermano?

Salió el amanecer. Los Supremos Astrónomos, con sus pechos volcados sobre la piedra rectangular, hablaban cara a cara. Tenían las miradas luminosas del reencuentro. Sus mentes trabajaban en armonía con los astros, y en busca de la salvación.

La ciudad de los Señores del Sol había quedado lejos. Atrás estaban los días del palacio, la ira de su hermano, el templo para el sacrificio. Adelante quedaba Beleram. Y en Beleram esperaba Thungür.

Nanahuatli caminó confiada. Tenía un extenso territorio que recorrer; pero el agua limpia era abundante en aquellos parajes y el alimento se encontraba con facilidad.

A veces, Nanahuatli cantaba. Y cada noche se detenía a dormir al amparo de una roca o de un árbol. Nanahuatli cantaba y dormía sin saber que, mientras ella avanzaba, Beleram se estaba preparando para marcharse sin dejar rastros. Con sólo imaginarlo Nanahuatli hubiese corrido viva y muerta, de cualquier modo, para llegar antes de que Thungür partiera. Pero como la mujer no lo sabía se detenía a dormir, y se distraía cantando.

La enamorada recorrió vastas extensiones sin encontrar ninguna criatura humana. Nada sabía acerca del resultado de la guerra que se había librado por la posesión del trono de su país. Y mucho menos sabía sobre la presencia de los sideresios en el continente. Nanahuatli caminaba. Para ella el mundo era el amor. Y una distancia que casi no importaba, porque se hacía menor con cada paso.

Venía de las dinastías del norte. Quería llegar a Beleram. "¿Habrá algún modo de saber cuándo el norte se transforma en sur?", se preguntó Nanahuatli. A partir de ese momento se entretuvo buscando indicios que le indicaran el límite que separaba los puntos cardinales. Un día vio una planta que no conocía. Era un enorme matorral con flores jaspeadas y hojas amarillas.

-¡Es aquí donde comienza el sur! -decidió.

Porque sí. Solamente por su juventud y su deseo de llegar, ella dijo "Es aquí". Se agachó para ajustar el cordel de sus sandalias. Ya estaba en el sur.

Y Thungür pudo entrar nuevamente al observatorio de Zabralkán.

Lo llamaron allí para ponerlo al tanto de las novedades, y para encomendarle su primera parte en el trabajo: Thungür sería el encargado de mantener la comunicación con los hijos de los bóreos hasta el mismo día de su partida. Era importante que también ellos conocieran lo sucedido. Y, en especial, que supieran sobre la resistencia en las Tierras Antiguas. Durante siete soles, el husihuilke y Hunde-la-Tarde fueron y vinieron de las aldeas de la Estirpe a la Casa de las Estrellas.

Hacía tiempo que los hijos de los bóreos habían abandonado sus aldeas natales para reunirse en Rojo de los Oacaltales. Desde las orillas de esa aldea iba a partir su flota. En ese lugar el mar se hundía abruptamente, y permitía abordar las naves no muy lejos de la costa. Aquello facilitaría la carga. Los hijos de los bóreos se llevaban todo consigo porque jamás iban a regresar. Solamente dejaban a sus muertos. Y la noche anterior a la partida se despidieron de ellos con una ceremonia que Thungür presenció en silencio. La Estirpe le decía adiós a los que no se habían despertado. Los muertos de la masacre silenciosa que los sideresios habían consumado un poco antes de que llegara el viento, tenían su tumba en el fondo del Yentru. Como ya habían transcurrido muchos años, la ceremonia fue de color blanco. Las mujeres llevaron hasta la orilla guirnaldas hechas con todo lo que les fue posible hallar, y les pareció propicio: plumas y perlas, capullos, algas, caracoles, trozos de caparazones y pétalos. Después, el joven pueblo se quedó esperando en silencio hasta que una ola arrastró la última guirnalda. Cuando eso ocurrió, levantaron sus manos para saludar. Bailaron y cantaron.

-¡Ya han partido! -anunció Thungür el día séptimo.

Zabralkán y Bor manifestaron vivamente su alegría.

-Bien... ¡Hemos puesto a andar el primer camino!

-Siéntate husihuilke -pidió Bor-. Y mientras descansas de la cabalgata cuéntanos, con detalles, cómo fue la partida que tus ojos vieron. La imagino magnífica.

-Y lo fue -confirmó Thungür.

Las miradas de los Astrónomos lo apuntaron. Ambos querían ver en el relato de Thungür lo mismo que hubiesen visto de haber estado presentes.

-Cuando llegué a Rojo de los Oacaltales empezaba a atardecer y el movimiento era intenso. Unos y otros me repetían lo mismo: que el escaso tiempo que tuvieron para preparar un viaje tan arduo se hacía sentir entonces. Sin embargo, antes de la madrugada tuvieron todo dispuesto. Eran trece las naves aprontadas para partir. Todas terminadas en forma de cabezas de extraños animales, desconocidos para nosotros. "Es herencia de nuestros antepasados. Una generación tras otra los dibujó en la arena...", me explicaron cuando les pregunté. Las naves ya estaban provistas con todo lo necesario para tan largo viaje; pero antes de embarcar, el pueblo entero danzó en la playa. Danzaron la despedida a sus muertos, y el agradecimiento a las Tierras Fértiles.

—¿Cómo se veían ellos ? -preguntó Zabralkán, lamentándose de que esa danza no hubiese sido vista por los ojos de Cucub y, sobre todo, narrada por su lengua evocadora de bellezas jóvenes y fuertes -respondió el husihuilke.

Pero la verdad era mejor que eso. Los hombres, con su cabello amarillo tapando la mitad de la espalda, recordaban lo desconocido. Las mujeres llevaban sus túnicas de siempre, y el cabello trenzado y cruzado a la altura de las sienes. Todas ellas parecían hijas del sol. Ese pueblo hizo naves semejantes a ellos mismos: ágiles y blancas. Fue fácil ver que el mar las reconocía como propias, porque apenas zarparon ya eran parte del oleaje.

—Ellos parecían tan seguros en ese territorio movedizo como cualquier husihuilke en la montaña -volvió a decir Thungür.

-¿Fue mucha la tristeza del pueblo de la Estirpe en el momento de abandonar las Tierras Fértiles?

-No vi tristeza, si tristeza le llamas a volver la cabeza, derramar lágrimas y negarse a avanzar. Ellos deseaban partir. Y más que nunca desde el instante en que supieron de la resistencia en las Tierras Antiguas, y supieron que debían encontrarla y sumarse a ella.

-No es extraño -dijo Zabralkán-. Aquél es su hogar primero. Fueron traídos aquí con el propósito de preservar la raza de los bóreos. Sus padres abrigaban la esperanza de que un día, los hijos pudiesen regresar llevando su herencia con ellos.

-Día que ha sido -dijo Bor.

-No nos arrepentiremos -continuó Zabralkán-. Estamos haciendo lo mejor posible con los escasos materiales que nos quedan entre las manos.

Bor sintió que aquellas palabras le correspondían, y agachó la cabeza. Zabralkán y Thungür fingieron no advertirlo.

-Nuestro primer camino. La Estirpe por el mar y rumbo a las Tierras Antiguas... ¡Que naveguen con fortuna! Confiemos en que el Yentru nos será favorable. El joven pueblo de la Estirpe hallará a sus hermanos rebeldes y con su llegada fortalecerá, en muchos modos, la resistencia contra Misáianes en las cercanías de su nido -dijo Zabralkán.

-¿*Y* ahora...? -preguntó Thungür.

-Segundo camino -respondieron los Astrónomos al mismo tiempo.

-Y sin demora -se adelantó Zabralkán-. La Puerta se abrirá en...

-En doce soles.

-Se nos va el tiempo. Descansemos un poco. Mañana muy de madrugada nos reuniremos nuevamente aquí, y completaremos los pormenores para el viaje al sur.

-El sur está muy lejos -Thungür habló para que oyese alguien que no estaba en esa habitación-. Me marcho hacia el otro lado del mundo. El segundo camino va al sur.

-Y bien que festejas estar en él -se entrometió Zabralkán.

Callaron los tres. Y todo alrededor se adecuó para el descanso.

Un dormir, dos dormires. Faltaban diez soles para el advenimiento del gran suceso. Un nuevo dormir, y apenas nueve soles. Faltando no más de nueve soles para que se abriera la Puerta que comunicaba el Tiempo Solar con el Tiempo Mágico en la coincidencia del inicio de ambos calendarios, el segundo camino estuvo dispuesto.

Los que iban a recorrerlo pensaban en el sur. Querían llegar a Los Confines; y sostener la defensa del continente del Venado en aquel extremo boscoso. Marchaban a reunirse con el pueblo mejor dotado para la guerra de todos cuantos vivían en las Tierras Fértiles, y con la sabiduría generosa de los Brujos de la Tierra. Pero, aun a lomo de animal, había un invierno de distancia.

Por el segundo camino se fue Thungür, al frente del ejército que había adiestrado. Guerreros que en nada se asemejaban a los que fueron. Deshechos y vueltos a hacer,

esos hombres no hubiesen aceptado otro destino que el de pelear la última batalla. A fuerza de fatigosos trabajos del cuerpo y del espíritu se hicieron a sí mismos tan diestros y feroces como los mejores husihuilkes. Allá en el sur, y llegada la hora, la presencia de aquellos guerreros de pequeña estatura sería decisiva. Eran muchos. Y, sin embargo, todos partieron montados; tanto se habían multiplicado los animales con cabellera en esos territorios húmedos y calientes, y al cuidado de hombres que habían aprendido a amarlos.

Zabralkán, Bor, los astrónomos menores, los aprendices, los sirvientes de la Casa de las Estrellas y gran parte del pueblo zitzahay se reunieron para despedirlos. Sabían que eran los últimos abrazos, y así dolían. Había manos como sanguijuelas agarrándose a la carne del esposo, del hermano, del hijo. Zabralkán se acercó a Thungür y descansó su cabeza en el pecho del guerrero. Parecía más anciano en su pena. El gigante del sur lo rodeó con sus brazos.

-Le diré a Cucub que lo recuerdas.

Detrás lo esperaba Bor para un abrazo que valía dos veces: era el último y era el primero.

El segundo camino se fue al sur. Muchos animales siguieron al ejército, y muchos vientos que llevaban semillas.

Los que se quedaron en la Comarca Aislada secaron sus lágrimas para preparar el camino tercero.

-¿Sabes que muchos de nuestro pueblo se negarán a hacerlo, verdad? -preguntó uno de esos días Bor.

-Sé que así será -respondió Zabralkán-. Y no podremos obligarlos a que lo hagan.

-Pero tampoco podemos dejarlos abandonados...

Zabralkán sonrió.

-¿Deseas permanecer con ellos?

-No sé si en el Tiempo Mágico haya barro, y yo tengo que modelar y cargar la vasija del perdón.

-Me alegra que lo hayas decidido por ti mismo, puesto que iba a pedírtelo -dijo Zabralkán.

-Además -continuó Bor-, un día volveré a tener enfrente a Molitzmós y su lengua.

El Supremo Zabralkán vio de nuevo al soberbio.

-Piensa mejor en la vasija que debes amasar, y no en Molitzmós. Si llega el día en que debas enfrentarlo, nada te ayudará más que tu buena vasija terminada.

En el centro del terreno de juegos se amontonaron, durante varios días, troncos, ramas y hojas de copal. Suficiente madera para hacer una hoguera gigantesca y perfumada; porque el tercer camino debía atravesar el fuego.

Una vez más, como en los días de la guerra victoriosa del Venado, el pueblo zitzahay abandonó sus aldeas y se congregó en la ciudad de Beleram. Todos estaban allí con sus escasas pertenencias; y sus ojos oscuros, más oscuros.

Tres días completos necesitaron los Supremos Astrónomos para explicar a su gente lo que estaba ocurriendo, y lo que habría de ocurrir. El pueblo zitzahay fue separado en grupos que no sobrepasaran los dos centenares de personas con el fin de que todos pudiesen comprender debidamente y tomar su decisión definitiva. Luego, Zabralkán y Bor comenzaron a repetir las mismas explicaciones frente a cada reunión de oyentes. Los Supremos Astrónomos fueron en extremo pacientes porque sabían que estaban pi-

diendo la aceptación de un destino demasiado incierto en un tiempo demasiado breve. Dijeron que los sideresios ya estaban de regreso en las Tierras Fértiles. Contaron de la traición de Molitzmós, y dejaron que un largo suspiro aliviara las almas. Anunciaron la muerte de Hoh-Quiú. Lloraron el destino del pueblo de los Señores del Sol, esclavizado y solo. También lloraron el destino de su nueva Casa gobernante, que se arrastraba como una ciega envanecida golpeándose contra espejos que le devolvían oscuridad.

Cuando los Supremos Astrónomos hablaron de los tres caminos, los ojos de los zitzahay se oscurecieron aún más en el intento de escucharlo y entenderlo todo.

-Llamamos primer camino al que tomaron los Acechadores del Mar, la Estirpe de los bóreos -decía Zabralkán-, Ahora mismo ellos están navegando el Yentru hacia las Tierras Antiguas. Sabemos que allí algunos permanecen en resistencia contra Misáianes. Los hijos van a reunirse con los padres; los bóreos van a reunirse con los bóreos para atacar al enemigo donde es más vulnerable. La resistencia intentará llegar a su monte, porque ése es el sitio donde el Odio Eterno se permite dormir.

-Segundo camino -decía Bor- llamamos al que tomó el ejército conducido por Thungür en marcha hacia Los Confines. Hoy comprendemos por qué aquellas tierras recibieron ese nombre: los confines serán; los confines de la lucha en nuestro continente. Allí vive el pueblo que vino un día a socorrernos; que dejó su sangre muerta en las batallas, y su sangre viva en los vientres viudos. La bravura de sus guerreros y la sabiduría de sus Brujos defenderán mejor que nadie el último límite. Y ellos sabrán qué hacer si la derrota se vuelve inevitable.

El tercer camino era el que les correspondía. Los zitzahay se movieron un poco en sus lugares. Algunos se aferraron a sus cestos para no perderlos en el naufragio que venía. Todos ellos habían oído murmuraciones: algo se decía y mucho se imaginaba. Todos sabían de la existencia de una Puerta que se abría cada cincuenta y dos años solares, y unía los dos Tiempos.

Esa Puerta estaba arrumbada en sus memorias. Confiada en todo caso, a la custodia de los Astrónomos; pero por completo olvidada en la diaria jornada de sembrar y quedarse esperando el fruto; de fumar y ensoñarse en los rebusques del humo; de alzar la nueva cosecha y celebrar hasta caer rendidos. Ahora, la Puerta se hacía presente. Algunos se atreverían a cruzarla. Otros, no. Zabralkán habló sin tibiezas, y que cada cual eligiera lo suyo.

-Dentro de escasos soles se abrirá la Puerta que permite a las criaturas, una vez cada cincuenta y dos años del sol, atravesar la frontera de los Tiempos. Los que decidan cruzarla tendrán que someterse al rito del fuego, sin el cual no hay tránsito posible. Dice la sabiduría que así llegaremos al Tiempo Mágico. Allí, y sólo allí, podremos permanecer a salvo de la devastación de Misáianes. Y con nosotros permanecerá nuestra lengua, nuestra medicina, nuestro color, nuestro destino... Escuchen bien puesto que una vez responderé a las preguntas que leo en sus miradas. Luego cada uno de ustedes deberá elegir.

Tal vez alguien querrá saber: "¿Zabralkán, tú has visto la Puerta? ¿La has visto con tus propios ojos? ¿Es de piedra labrada como la de la Casa de las Estrellas?" Respondo que jamás la he visto. "Pero..., ¿hablas de una puerta?, ¿de una verdadera puerta como la que cualquiera de nosotros conoce?" Ni siquiera sé eso. "¿Puedes acreditar que el paso por la hoguera sagrada, realizado en el día preciso, nos guiará al Tiempo Mágico?" Puedo acreditar que así lo asegura la tradición de sabiduría que siempre nos ha ilumina-

do. "¿Pero, amado Astrónomo, podría caber en tu cabeza una sola duda?" Respondo que sí. Muchas dudas bullen en mi cabeza; pero elijo confiar. "¿Y aun si llegáramos al Tiempo Mágico, seríamos los mismos de hoy? ¿Tendríamos nuestra carne y nuestros dientes?" No lo sé.

-Dice que no lo sabe -dijo el murmullo.

—¿Y podríamos regresar?

-Tal vez.

-Dijo tal vez.

-¿Dentro de cuánto tiempo?

-Cincuenta y dos años del sol, ciento cuatro años del sol, ciento cincuenta y seis, doscientos ocho, doscientos sesenta años del sol. O nunca más.

-O nunca más.

-Entonces, ya no seremos nosotros los que volveremos -se alzó una voz de mujer.

-Seremos y no seremos -respondió Zabralkán-. Lo explicaré de esta manera... ¡Alguno de ustedes!, acérqueme una fruta de las que traen en sus canastos.

A las manos del Supremo Astrónomo llegó una ciruela.

-Ésta es una ciruela -Zabralkán rompió la fruta por la mitad-. Y éste es su carozo. Si pudiéramos poner este carozo a salvo de toda destrucción y sembrarlo dentro de muchos años recuperaríamos las ciruelas. Pero no esta ciruela —Zabralkán engulló la pulpa amarilla-. Ésta no, aunque quizás sí. Como sea, recuperaríamos el propósito de las ciruelas.

-Ésta no... Quizás sí... El propósito de las ciruelas -el murmullo se quedó sin aire.

-Ahora sólo me resta hablar para aquellos que decidan no atravesar el fuego, y permanecer en cuerpo y espíritu aquí, en la Comarca Aislada. No importa si son muchos o pocos. No importa cuántos sean... Nada podrán hacer contra el ejército sideresio que muy pronto estará aquí. Nosotros les pedimos que abandonen todo y se sumerjan en la selva. Adentro de la selva adentro; donde se les realce el color tierra de nuestra piel. Muévanse tan en silencio como lo hacen las raíces. Entrecierren los ojos para que su brillo no los delate en la espesura. Hablen lo imprescindible, y con poca voz. Pero siempre recuerden, que el recordar no tiene ruido. Éste es el único destino posible para los que se queden. ¡Que los sideresios encuentren nuestra civilización abandonada! ¡Que se pregunten, y no sepan dónde estamos!

-El Venado quedará con su cuerpo partido -dijo cualquiera.

-Así es -respondió Zabralkán-. Pero un día, tal vez, los tres caminos vuelvan a reunirse. Y en ese sitio, en ese día, renacerá.

El momento indicado por los astros finalmente llegó. Muy temprano comenzaron a crujir las primeras ramas de copal, que luego encendieron grandes troncos. Desde la selva habían acarreado todo lo que estaba ardiendo. A media mañana, la hoguera estaba lista. Una hoguera grande como una montaña, que calentaba y enrojecía el aire de Beleram.

Quienes habían decidido partir al Tiempo Mágico aguardaban en tres larguísimas hileras frente al fuego. Vestidos con sus mejores ropas se preparaban para iniciar el éxodo sin mirar a los que se quedaban. No por enojo ni altanería; sino por amargura.

Los que decidieron permanecer en la selva se agrupaban en un grueso anillo alejado del fuego para mirar a los que estaban a punto de partir. Sin vergüenza ni arrepentimiento; con amargura.

Muchas eran las familias que se habían separado. Unos se quedaban, otros se iban. También ellos se despedían sin mirarse, con el afán de no hacer tambalear las decisiones.

El sonido de un cuerno soplado hacia los cuatro puntos cardinales anunció la partida. Ninguna otra cosa se escuchaba más que el crepitar del fuego cuando casi un pueblo entero se puso en marcha.

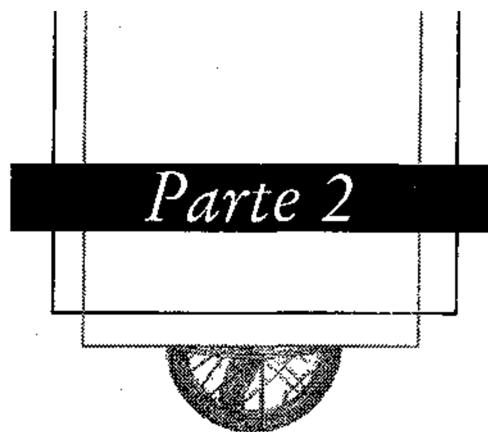
Kayún-Piel-de-Marlo encabezaba una de las filas. Y sin disminuir ni por una vez el ritmo de su paso se metió en el fuego. La gente inició una plegaria que les hiciera compañía.

Detrás de Kayún seguían los astrónomos menores, detrás los aprendices. Y después el pueblo zitzahay dispuesto a arder por un sueño: transformarse en el carozo de un mundo que se perdía.

Hombres y mujeres cargando sus niños entraron a la hoguera con austeridad. También hubo quienes, de frente a la mole roja, se arrepintieron. Se alejaron en silencio, y buscaron un lugar entre los que miraban.

Casi un día entero demoró la partida. Ya todos se habían marchado, excepto Zabralkán. El Supremo Astrónomo llevaba una paloma parda sobre el hombro. Él sí miró a su pueblo, saludó agitando la mano como quien va y vuelve, y cruzó el límite.

Ningún olor a muerte salió de la hoguera. Y el humo, en el que todos creyeron reconocer formas familiares, se dirigió en contra del viento hacia una Puerta posible.


Parte 2

Pasos en la ciudad abandonada

Los restos de la hoguera no terminaron de enfriarse hasta que una lluvia a torrentes cayó sobre Beleram durante tres días con sus noches. La hoguera se transformó en un caudal gris que corrió cuesta abajo, hacia la selva, y se llevó el secreto de sus inmolados.

Para entonces, y siguiendo las órdenes de los Supremos Astrónomos, el pueblo zitzahay refundaba su civilización en medio de la maleza.

Las grandes construcciones de piedra no habían acabado de secarse cuando unos pasos descalzos y cansados sonaron como estridencias en la ciudad vacía. Nanahuatli estaba llegando, y elegía pisar los charcos de lluvia que aún permanecían en el empedrado de la calle principal para que así sus pies tuvieran alivio.

Venía de saltar un muro. Se había escapado del Templo de las Vírgenes sin alcanzar a comprender qué era aquel griterío de palabras desconocidas y los estampidos que sacudían los muros. Sin embargo, se amparó en ellos para ocultar su huida. Después caminó...

Años atrás Nanahuatli había visitado Beleram. Entonces era una niña que, junto a algunos de sus hermanos y Parientes, fue parte de una comitiva que llegó a estrechar pactos de honrosa vecindad con el país de los Astrónomos. En aquella oportunidad había viajado recostada en almohadones. Los esclavos se encargaban de alivianar las incomodidades de los viajeros: los cargaban, les daban sombra, agua dulce y alimentos. Y si algún viajero se quejaba de dolores, le colocaban emplastos que ellos mismos hacían machacando raíces y gusanos de tierra, y colocaban por encima vendajes de lienzos untados con miel. Nanahuatli sólo tuvo que ocuparse en ver el paisaje que atravesaba al paso rítmico de los esclavos que cargaban asientos techados con mantos rojos y amarillos.

Esta vez Nanahuatli tuvo que conformarse con sus pies. Los frutos le dieron lo necesario para resistir. Y cuando no fueron los frutos, fue el suculento jugo del amor el que la mantuvo en pie y caminando. Nanahuatli quería llegar a la Comarca Aislada, donde esperaba encontrar a Thungür.

El paisaje había cambiado mucho más que Beleram. Nanahuatli volvió a ver la ciudad tal cual la recordaba, pero del todo callada y vacía de gente. Prefirió no pensar en desgracias, y avanzó empecinada hacia la Casa de las Estrellas.

La asustó el mercado solitario. Los toldos de los puestos se habían vencido por el peso de la lluvia y caían arrancados de sus soportes de madera. Por todos partes fermentaban restos de alimentos, maíces y especies que la corriente había amontonado y el sol recocía para una multitud de ratas.

Nanahuatli no pudo ya desconocer que una fatalidad había caído sobre Beleram. Pero, con la fuerza de la última esperanza, caminó hasta la Casa de las Estrellas. Desde lejos, vio que era lo mismo. La puerta, sin centinelas, estaba entreabierta... La joven subió las escaleras implorando por alguien; por cualquiera que estuviese allí para darle noticias, para explicarle qué había ocurrido y decirle dónde hallar a Thungür. Sabía que iba a llorar, y no quería hacerlo sin que alguien la escuchara. Empujó la puerta y se asomó a la primera sala.

-Soy Nanahuatli -dijo muy bajito, temiendo que su entrada fuera irreverente.

-Soy Nanahuatli -repitió. Y avanzó unos pasos.

Posiblemente algunos ojos estuvieran juzgando su atrevimiento. ¡Ojalá algunos ojos...!

-Soy Nanahuatli, soy Nanahuatli -cada vez más alto. Más segura de que nadie la oía.

-Thungür, ¿dónde estás?

De esa sala pasó a otra, después a otra y a otra más. Todas estaban en perfecto orden: las esteras, los tapices, y hasta el olor de los aceites aromáticos.

La certeza de encontrarse sola en una ciudad abandonada le fue acelerando el andar del corazón y de los pies. Acabó tropezándose escaleras arriba, corriendo por los enredados pasillos de aquella construcción incomprensible. Acabó abriendo puertas y puertas que la dejaban siempre en salones sin nadie.

-Thungür, ¿dónde estás? -corría Nanahuatli. Gritaba.

-Thungür, ¿dónde estás? -volvía, sin notarlo, a lugares que ya había recorrido. Al fin, exhausta y enronquecida, arrancó un tapiz de las paredes, se envolvió para quitarse el frío del desconsuelo y se durmió llorando.

Nunca supo si fue a la madrugada siguiente o después de muchas madrugadas, pero Nanahuatli se despertó con el ruido de un ejército que llegaba.

Tardó pocos minutos en recuperar el recuerdo de su vida presente. Desde sus días de caprichos en el palacio hasta aquella habitación desconocida, todo pasó por su cabeza: Thungür y el cañaveral, la ira de su hermano Hoh-Quiú, el Templo de las Vírgenes, la huida, la soledad de Beleram, y ahora aquel estruendo de hombres y animales. ¿Se trataba del pueblo de la Comarca Aislada que estaba de regreso en la ciudad? Nanahuatli sonrió, y se desenvolvió con buenas ganas del tapiz que el sueño había enroscado alrededor de su cuerpo. Cuando se asomó a una de las ventanas para entender lo que ocurría, supo dos cosas al mismo tiempo.

Primero comprendió que había subido muchos más escalones de los que recordaba, porque estaba muy alto por encima de la calle de piedra. Entendió también que los que llegaban no eran zitzahay, ni tampoco hombres que Hoh-Quiú hubiese mandado a perseguirla. Eran desconocidos, gente que Nanahuatli jamás había visto. Ropas, pieles, palabras que no comprendía. "Como aquéllas que se escuchaban la noche de mi huida", recordó. Un poco rezagada, llegó una carreta tirada por dos animales y cargada con la jaula donde dormitaba la jauría de Drimus. Los perros estaban aletargados por el monótono traqueteo del carro; pero ante la Casa de las Estrellas se alzaron y comenzaron a moverse inquietos.

La columna de recién llegados era tan numerosa que sus finales se perdían con la calle empedrada. Cuando los primeros jinetes se detuvieron bajo su ventana, Nanahuatli decidió que iba a ocultarse. "No deben verme." La joven no sabía quiénes eran y, sin embargo, sabía que debía esconderse.

Por el modo en que aquellos hombres miraban a los costados, luego a sus armas, y nuevamente alrededor se notaba que también ellos se sorprendían por aquella ausencia.

Los sideresios estaban asustados. Hasta ese momento todo había sido sencillo; pero aquel sortilegio les recordaba historias oídas en las Tierras Antiguas. Muchas de ellas contadas por los mismos derrotados que habían logrado regresar.

"Ese continente tiene sus grandes magos, y una brujería capaz de mover selvas enteras. Tiene guerreros de cuatro brazos y dos corazones, guerreros que debes matar dos veces si quieres que caigan. Es gente oscura que tiene al sol de su lado. Se dicen Venado... Y cuando pronuncian esa palabra, se multiplican."

Los sideresios tenían miedo. Drimus, en cambio, estaba enfurecido, desbordado de rabia.

Nanahuatli vio un hombre que desmontaba. Se veía muy pequeño parado junto al esbelto animal con cabellera, y cuando caminó lo hizo con gran dificultad. Arrastraba una pierna, y su torso se vencía hacia adelante. Su voz, sin embargo, sonó potente. El hombre desafió a los ausentes usando la lengua natural que Nanahuatli muy bien comprendía. Iba y venía por la calle, frente al ejército, imprecando a la ciudad de piedra que lo escuchaba con los ojos cerrados.

-¡Los oigo reír! ¡Los oigo creer que están riendo! Veo que los ancianos que gobernaban esta tierra y pretendían comprender el cielo han ideado un sortilegio. ¡Escúchenme! Escuchen a Drimus. No habrá sortilegio suficiente contra la Cofradía del Recinto. Sin importar en qué pliegue de la realidad estén ocultos, yo los hallaré. Conocen mi nombre, y el nombre de mi Amo. Saben que ya hemos vencido. Misáianes, el hijo de la Muerte, ha llegado hasta aquí y no dará un solo paso atrás. ¿Se ríen...? La risa del Amo es la única que perdurará, porque perdurará su Orden en este mundo. Suyos son el cielo y la tierra; y no habrá escondrijo que resista. Sepan que el Orden de Misáianes sólo admitirá a quienes no vean ni escuchen, a quienes no canten, a quienes no distingan las preguntas de las respuestas ni los higos podridos de los buenos, a quienes caminen sobre la senda trazada por su aliento sin querer escudriñar a los costados. El Amo admitirá a aquellos que nieguen por sus huesecitos y, a cambio de preservarlos, entreguen el espíritu. Soy Drimus. Soy el elegido, y les digo que los encontraré. Venimos de arrasar al galope una civilización que parecía eterna. El país de los Señores del Sol es ahora nuestro territorio. Sus hombres son nuestros esclavos. Hoh-Quiú, su príncipe derrotado, es un cráneo donde anidan los cuervos. Y Molitzmós, el príncipe gobernante, es un corazón donde anidan los cuervos. ¿Se ríen? ¿Continúan riendo?

Nanahuatli contenía el llanto. Drimus acababa de explicárselo todo, o casi todo. La mujer hizo callar a su dolor para seguir oyendo.

-Ahora entraremos a ésta que llamaron Casa de las Estrellas. Óigannos entrar y flagelarla. Mírennos pisotearla y escupirla. ¿Aún se ríen?

La Casa de las Estrellas era una vastísima construcción de piedra, de muros tan anchos como tres palmos, con un diseño complejo y lleno de disimulos. Los sideresios debieron confundirse y perderse cien veces antes de dar con la zona de los principales aposentos. Pero, finalmente, Nanahuatli escuchó un tropel de hombres encaramándose por alguna de las escaleras. Recién entonces comprendió que tenía que apresurarse. Ella, igual que los zitzahay, tenía que encontrar un sortilegio. Empezó por reconocer el sitio en el que estaba. Sus ojos cayeron primero sobre un nido abandonado en el alféizar de la ventana. Giró para mirar adentro. Una piedra labrada ocupaba el centro exacto de la habitación. Contra la pared había tubos de jadeíta para mirar el cielo. Aquello parecía un observatorio.

Nanahuatli se asomó para mirar a ambos lados del pasillo. Eran muchas las puertas... A un lado y a otro había escaleras. Desde un sitio todavía alejado le llegaron gritos y ruidos de destrucción. Tenía muchos caminos para elegir, pero ninguno cierto. Nanahuatli prefirió permanecer en la habitación que conocía; y donde, quizás, había dormido por última vez. Cerró la puerta, colgó el tapiz en su sitio para no ofender a aquel que había vivido allí, y después se dejó estar junto a la piedra labrada.

De pronto le llegó de su pasado la figura de un Astrónomo que había conocido en su primera visita a Beleram. Lo recordó tan vivamente que le pareció verlo de pie frente a

ella.

-Zabralkán -murmuró Nanahuatli, asombrada de que un nombre escuchado hacía tantos años le volviera a la memoria en ese momento. Se llamaba Zabralkán, y tenía una bella sonrisa.

El recuerdo de Zabralkán le estaba señalando un punto preciso de la piedra; una figura en especial entre el enredo de figuras. El recuerdo le señaló una cabeza de serpiente que colgaba de un extremo del rectángulo, y se fue.

Nanahuatli se quedó mirando las fauces abiertas del animal. Y porque sí, mientras esperaba que los sideresios entraran, se puso a seguir su largo cuerpo entremezclado con todas las figuras del relieve. Como los ojos se le perdían con facilidad, Nanahuatli apoyó un dedo sobre la cabeza de la serpiente y comenzó a recorrerla con el tacto. Su dedo se metió entre racimos de frutas, pasó a través de una constelación, se superpuso a la cola de un jaguar, entró por una guarda geométrica, salió por el pico de un pájaro y encontró lo que buscaba: el cuerpo de la serpiente acababa en un nudo que sobresalía un poco del resto de las figuras, en el extremo opuesto al de la cabeza.

Las voces de los sideresios se escuchaban cercanas. Nanahuatli respiró profundo y tomó con su mano completa el nudo de serpiente. Notó entonces que tenía movimiento, y lo impulsó hacia el costado que cedía.

Mientras los sideresios se demoraban en cada sala, ultrajando todo lo que creían inútil y amontonando todo lo que brillaba, en el observatorio de Zabralkán algo estaba sucediendo. Apenas Nanahuatli movió la cola anudada de la serpiente, se oyó un sonido como de huesos inmóviles durante largo tiempo. Enseguida el rectángulo de piedra comenzó a moverse. Giró despacio sin perder su centro, y recién se detuvo cuando quedaron dos espacios triangulares por los cuales una persona podía descender. Nanahuatli se asomó para ver adónde... Le pareció que allí debajo había una habitación donde se podría respirar. Las voces continuaban acercándose, y no había tiempo ni motivos para dudar. Aquel lugar venido del buen pasado era, cuando menos, mejor tumba que la que le darían los sideresios.

Nanahuatli iba a descender cuando un nuevo recuerdo llegó a su memoria. Ella era una niña de visita en la Casa de las Estrellas y un anciano Astrónomo la tenía sentada sobre sus rodillas, señalándole una vasija adornada con guardas de colores. "Allí conservo mi oacal sagrado. Un sorbo de él gratifica tanto como un pan entero y un cántaro rebalsado." Nanahuatli no podía saber si estaba recordando algo que, en verdad, había sucedido. Sin embargo, caminó hacia el sitio que señalaba el recuerdo. La vasija con guardas seguía allí y conservaba casi la mitad de su contenido. La tomó entre sus brazos. Recién entonces se metió por uno de los espacios triangulares que le habían sido ofrecidos por la fortuna. Bajó unos pocos escalones y estuvo en un espacio alargado y de techo muy bajo. Parte de ese techo era la piedra labrada que Nanahuatli debía volver a su sitio si no quería ser descubierta. Como la alcanzaba con los brazos extendidos, probó moverla. Pero pronto entendió que de ese modo sería imposible. Los sideresios se acercaban. Sus voces atronaban en los pasillos... No demorarían mucho en abrir la puerta del observatorio de Zabralkán. Nanahuatli vio que las mismas figuras que adornaban la cara visible de la piedra se repetían idénticas de aquel lado. "Si la cola es para abrir, la cabeza es para cerrar", le había dicho el anciano alguna vez. O, al menos, así lo recordó. Rápido buscó la cabeza de la serpiente, que igual que su gemela colgaba hacia abajo, y pudo moverla. De nuevo el sonido de huesos. La piedra se tragó los triángulos y regresó a su sitio.

En pocos instantes, los sideresios estuvieron sobre la cabeza de Nanahuatli

despedazando lo que fuera un lugar de reunión entre el hombre y el cielo. La joven mujer permaneció acurrucada en sus piernas. Oyó y aprendió que la ignorancia sonaba a pergaminos rasgados. Alguno de esos hombres debió patear los tubos de jadeíta que rodaron por el piso, y se guardaron para siempre las cosas que podían contar. Otros pisotearon la piedra alrededor de la cual se había sentado el pensamiento. Una vez que el lugar estuvo destruido, los sideresios pasaron a otra habitación.

Nanahuatli esperó a que se le pasara el temblor. Bebió un sorbo de oacal sagrado y vio que era cierto que calmaba la sed mejor que una vasija repleta de agua clara. Recién después de beber y descansar un poco miró a su alrededor. El lugar estaba revestido en piedra y absolutamente vacío. En uno de sus muros, dos orificios circulares dejaban entrar aire y luz. Nanahuatli se asomó por uno de ellos. Apenas pasaba la cabeza de un hombre pero daba suficiente espacio para ver y respirar. A juzgar por lo que se veía desde allí, los respiraderos estaban ubicados en la misma dirección que la ventana del nido, y un poco más abajo. Nanahuatli pensó que, para alguien que mirara desde el exterior de la Casa de las Estrellas, esos dos pequeños círculos abiertos en lo alto de una torre pasarían inadvertidos. Era demasiado el tamaño, la ornamentación, y los artificios de la construcción para que un par de orificios calados muy arriba pudiesen llamar la atención de alguien.

Así convivieron por varios días el ejército de Misáianes y una joven de túnica blanca.

Ocurrió en la Casa de las Estrellas de la ciudad de Beleram; la que había sido magnífica, imposible de ser soñada, desbordada de sabiduría. Beleram la espléndida. La que, a pesar de cuanto hicieron los sideresios por mancillarla, continuó bella bajo el sol y la luna.

Uno de esos días, Nanahuatli oyó por segunda vez la voz del hombre de la espalda cargada, y se pegó a uno de los respiraderos para verlo y oírlo. De nuevo estaba junto a los suyos, en la calle empedrada y al pie de la escalera grande. Portaba una antorcha encendida en su mano y caminaba alrededor de una montaña de códices y pergaminos.

-¡Que escuche el pueblo zitzahay! ¡Que escuchen sus Astrónomos! ¡Que vean! Drimus pone a arder sus canciones, sus historias heroicas, sus escritos de ciencia. Pronto se irá en humo todo lo que tuvieron de sabiduría. Mañana seguiremos al sur para llegar a Los Confines, y así cumplir acabadamente con las órdenes del Amo. Y no sonrías, pueblo zitzahay. Antes de partir dejo fundada, sobre las ruinas de Beleram, una nueva ciudad para el imperio de Misáianes. En algún momento ustedes harán ruido. Uno de sus niños llorará, aunque la madre intente callarlo con su pecho. Harán un movimiento desafortunado que nos permitirá verles la sombra. Tarde o temprano cometerán un error, y muchos de los míos estarán aquí para verlo. Las naves de Misáianes seguirán llegando desde las Tierras Antiguas... Por el Yentru y por el Lalafke. ¡Cada vez más de nosotros, y por los dos mares! Será pronto que no tendrán orilla donde refugiarse.

Drimus arrojó la antorcha. Desde su escondite Nanahuatli pudo observar que el humo de las palabras avanzaba contra el viento. Y creyó ver una puerta.

Antes de que aquella hoguera acabara de consumirse, Drimus tomó un poco de fuego. Y lo apretó entre sus dedos para que se enfriara en forma de astilla roja. La astilla que había pertenecido al fuego donde se quemaron los códices del pueblo zitzahay fue a dar abajo de su lengua, junto a las otras sustancias que el mago necesitaría para ganar la guerra.

Cuando todo hubo acabado los hombres se dispersaron por las calles. Drimus subió las escaleras, de nuevo hacia el interior de la Casa de las Estrellas.

Nanahuatli se dejó caer al piso. Allí permaneció inmóvil hasta tomar su decisión. El que parecía jefe de aquellos hombres había nombrado la tierra de Thungür. "Mañana..., a Los Confines." Además, su vasija con oacal sagrado ya casi estaba vacía.

Esa misma noche, Nanahuatli Único Amor se despidió del sitio que la había protegido. Se bebió su último oacal y alzó la cabeza hacia el rectángulo de piedra. "La cola es para abrir y la cabeza es para cerrar." Empinada, alcanzó la cola de la serpiente y la movió.

Podía suceder que hubiese hombres arriba viendo girar la piedra. Era posible que la tomaran del cabello apenas ella intentara salir...

Nanahuatli asomó la cabeza por uno de los triángulos que le daban salida. La habitación estaba sola. Destruida, despedazada el alma, pero sola. Nanahuatli abrió la puerta. Hasta donde alcanzaba la vista, también el pasillo estaba desierto.

Comenzó a andar muy despacio, sin saber hacia dónde iba. Podía ocurrir que en cualquier momento apareciese un sideresio por alguna de las tantas puertas, escaleras y recovecos. Nanahuatli avanzó a tientas y lentamente. Cada tanto oía un gruñido, una tos con agua, una respiración pesada.

Nanahuatli volvió a recordar algo que el anciano nunca le había dicho. Se vio sentada frente a él, con sus manos chiquitas entre las manos viejas. "Atiende bien, pequeña Nanahuatli. Tal vez un día quieras abandonar la Casa de las Estrellas sin utilizar la puerta grande; porque ese día puede haber centinelas que no sean de tu agrado, o puede que haya una jauría negra merodeando por las salas de la planta baja. Pero ese día, que será noche, las puertas que se abren a cierto patio interior estarán descuidadas. Si quieres llegar a ellas sigue por este pasillo, baja esta escalera, dobla y sigue bajando. Ahora toma por aquí hasta el final, y gira hacia el lado de tu corazón. ¿Ves esa otra escalera allí..., al final? Bájala y encontrarás cinco puertas. Puedes salir por cualquiera de ellas para llegar al patio vacío. ¿Ya estás allí? Entonces sigue andando por el paseo de las fuentes de jade hasta pasar el estanque. Ahí tienes el muro que da a la calle. Sé que puedes escalar un muro. Ya lo hiciste una vez. ¡Salta, Nanahuatli! ¡Vuelve a golpearte las rodillas..., y corre! Adiós."

Nanahuatli ya estaba afuera, bajo la noche que terminaba. Con sus piernas doloridas corrió hacia las primeras marañas de la selva que avanzaba sobre Beleram. Amaneciendo, espió los preparativos de los sideresios. El jorobado, acompañado por unos pocos hombres y por sus perros, emprendió el camino mucho antes que el grueso de la columna de soldados. Cuando hasta el último de ellos se había perdido de vista, Nanahuatli les siguió las huellas. Sin imaginarlo, ellos iban a guiarla a través del continente hasta la casa de Thungür.

El ejército de Misáianes marchaba al sur. Detrás de sus pasos, iba Nanahuatli.

Así fue como un día del tiempo el odio guió al amor. Y el amor fue una mujer lastimada y sola.

-Te traeré un pato gordo -gritó Cucub desde adentro de un zapallo.

-Es posible -murmuró Kuy-Kuyen.

-¿Cómo dijiste? -volvió a gritar Cucub, porque la corteza del zapallo ahuecado sobre su cabeza le impedía oír bien.

-Digo que es posible -Kuy-Kuyen alzó la voz sin levantar la cabeza del cuenco donde machacaba maíz.

—No digas que es posible —respondió Cucub -. Di que es seguro. Y empieza a elegir las hierbas apropiadas para aderezarlo.

Cucub se quitó el zapallo de la cabeza porque ya había marcado con precisión el lugar donde debía calar los ojos. El zitzahay había aprendido a cazar patos con las mañas de los husihuilkes; y lo hacía tan bien como cualquiera de ellos. Al principio fue difícil para él porque el procedimiento requería de mucha paciencia, y de un mutismo prolongado que le resultaba casi imposible sostener. Con los años se acostumbró a ahuecar zapallos, arrojarlos al lago y esperar a que los patos se familiarizaran con ellos. Recién después, él mismo se metía en el agua hasta los hombros con una calabaza ahuecada tapándole la cabeza. Y era esperar inmóvil hasta que alguno de los patos pasara cerca. O, mejor todavía, se posara a descansar sobre la cabeza de su cazador que, con un movimiento rápido, lo tomaba y lo sostenía bajo el agua para ahogarlo.

-Si digo pato gordo será pato gordo.

-Si dices pato gordo, será gordo -dijo su esposa.

Kuy-Kuyen se había transformado en una hermosa mujer. Cucub la amaba más cada mañana; pero cada mañana le resultaba más difícil hacerla sonreír. Contadas veces la abandonaba la melancolía, suspiraba por demás y perdía la calma con facilidad. Sería por eso que sus hijos preferían andar tras los talones de Wilkilén. Muchas veces Cucub le preguntaba la causa de su tristeza. Ella respondía con palabras oscuras, y siempre terminaba hablando de sus temores por los días venideros.

-No van a ser buenos, esposo. No lo serán.

Cucub sabía que ella tenía razón. Pero, como nunca, su ingenio buscaba el modo de sacarla de la pena. A veces, lo conseguía. Entonces, Kuy-Kuyen se pasaba el dorso de la mano por la frente, como quien limpia una bruma, y se dejaba aliviar por un tiempo. Sin embargo aquel día el rescate le resultaba a Cucub particularmente difícil.

Esa madrugada Kuy-Kuyen había despertado más temprano que de costumbre, y con toda su amargura en los hombros. Toda la mañana anduvo silenciosa mientras terminaba las piezas de arcilla que su esposo fraguaría al fuego. Al mediodía continuaba triste y callada. No parecía apreciar que el sol se desparramaba sin ninguna mezquindad, que el aire era fácil de respirar y que la familia, todos con su salud buena, estaba reunida afuera de la casa.

Como ocurría habitualmente, los niños jugaban con Wilkilén, que no se diferenciaba de ellos más que por su tamaño.

Para ese entonces eran cuatro los hijos de Cucub. Y otro que todavía aguardaba dentro del vientre de Kuy-Kuyen.

Algunas noches, Cucub recordaba las últimas palabras que había intercambiado con

Molitzmós y se recostaba sobre el vientre siempre pleno de su mujer.

-Deberás tener fuerzas -le decía. Tenemos que engendrar un ejército de músicos.

Kuy-Kuyen se inclinaba para pasar sus mejillas por el áspero cabello zitzahay, tan amado.

Ese mediodía Cucub y su esposa trabajaban bajo el sol, uno junto a otro. El último niño, que había nacido la anterior primavera un poco antes de que Vieja Kush decidiera partir, dormía a la sombra del alero en una hamaca que Cucub había hecho al modo de las que usaba el pueblo zitzahay. Wilkilén y los tres niños mayores jugaban entre la casa y los límites del bosque. El padre de todos los vio acercarse al nogal que se erguía a media distancia.

-¡No quiero que molesten al Halcón! -les advirtió desde su sitio.

Shampalwe negó con la cabeza. Wilkilén respondió por todos.

-¡Estamos de visita!

-¡Tal vez el Halcón no tenga ganas de recibirlos! - Cucub acompañaba la inocencia de la niña grande- Deben preguntarle.

Poco tiempo después de la partida de Dulkancellin a la Comarca Aislada, el pensamiento de Wilkilén había dejado de crecer. Y si su cuerpo siguió camino lo hizo con lentitud, como para no apartarse tanto del espíritu. Kuy-Kuyen había perdido toda esperanza de desposarla. "Será una niña para siempre", aceptó un día. Y comenzó a amarla como una madre.

Wilkilén se dispuso a cumplir la orden que había dado Cucub. Les indicó a los otros niños que permanecieran atrás. Y ella avanzó unos pasos hacia el Halcón.

-Cucub dice que te pregunte si podemos estar aquí de visita -no recibió respuesta así que insistió-. Halcón, ¿tú dices que sí o dices que no?

Piukemán no dijo ni una cosa ni la otra. Ni siquiera los miró. Estaba en cuclillas al pie del nogal. Sus brazos, plegados a cada lado del cuerpo, se movían de tanto en tanto como alas. Su cabeza permanecía casi siempre alineada con los hombros; y difícilmente miraba hacia adelante. Ya casi nunca se alejaba de ese lugar, adonde Kuy-Kuyen le llevaba todos los días el agua y la comida. Hablaba muy poco. Su voz se había puesto chillona y prolongaba excesivamente algunos sonidos, por lo que resultaba difícil entender lo que decía. Las escasas palabras que pronunciaba, casi siempre se dirigían a Cucub. Como los niños no obtuvieron el permiso que solicitaban, prefirieron alejarse y buscar otro juego.

-De aquí hasta Kuy-Kuyen rodando -dijo Wilkilén. Y se acostó en la tierra.

Sus sobrinos mayores la imitaron enseguida. Dando vueltas y gritando, los cuatro se dejaron caer por la suave pendiente que bajaba desde el nogal hasta la casa. Cuando llegaron eran de tierra, y se reían a carcajadas. Cucub rió con ellos.

-¿Cuándo vas a ir a cazar patos? -preguntó Shampalwe a su padre, señalando el zapallo ahuecado.

-Pronto -respondió Cucub-. Tal vez, mañana.

-Nosotros queremos ir contigo.

-¡Queremos ir! -gritaron los demás.

Antes de que Cucub pudiese responder, lo hizo Kuy-Kuyen.

-Es imposible. Los varones son demasiado pequeños.

-Entonces Shampalwe y yo -dijo Wilkilén.

-Ustedes son mujeres —le respondió Kuy-Kuyen.

Cuando Wilkilén no entendía las respuestas, volvía a repetir todo tal cual lo había dicho.

-Entonces Shampalwe y yo.
-Son mujeres... -Kuy-Kuyen le contestaba distraída.
-Entonces Shampalwe y yo.
La insistencia logró que Kuy-Kuyen dejara el mortero, y pusiera su atención en la inocente.
-A ver si me entiendes, Wilkilén... Los hombres hacen lo suyo, y las mujeres lo suyo. Cazar patos es tarea de hombres, así que ni Shampalwe ni tú pueden ir.
Los niños entendieron, y se alejaron corriendo. Sólo Wilkilén permaneció allí, pensando.
-Tú haces cosas de hombres. Cucub hace cosas de mujeres -dijo finalmente.
-¿Qué quieres decir? -preguntó Kuy-Kuyen con severidad.
-Vieja Kush siempre reía. Dulkancellin siempre andaba con las cejas así de juntas. Ahora es Cucub el que se ríe, y tú la que anda con las cejas así... -Wilkilén fingió cara de preocupación.
-¡Cállate! ¡Nombras demasiado a los muertos! -Kuy-Kuyen levantó la voz. Su enojo era más grande que ella.
Wilkilén abrió grandes los ojos como hacía antes de llorar. Se frotó la nariz contra el brazo y comenzó a retorcer nerviosamente una de sus trenzas.
-Wilkilén, ¿sabes una cosa? -tintineó Cucub-. Muy pronto vendrá Kupuka a visitarnos.
Wilkilén lo miró con una sonrisa, por completo olvidada de si un hombre esto y una mujer aquello. Se levantó, se sacudió las rodillas y corrió a contárselo a los niños.
—Gracias -murmuró Kuy-Kuyen.
-Atiende a lo que haces -pidió Cucub, acariciando la cabeza de su esposa que había vuelto a agacharse sobre el trabajo- ¡Mira lo que hacen tus manos! Hacen harina. Si repites la palabra harina terminarás por sonreír. Repite conmigo: harina. Pronuncia harina, harina. Créeme, si dices harina suficientes veces se te irá la tristeza. ¡Vamos! Harina...
-Harina -dijo Kuy-Kuyen muy bajito.
-Otra vez: harina -pidió Cucub.
-Harina.
-Otra vez: harina, ha...
-...rina -completó Kuy-Kuyen-. Harina, hari...
-...na, harina -sonrió Cucub.
-Harina -sonrió su esposa.

Cucub había cenado su pato gordo y había bebido sin miedo. Los niños dormían, y Kuy-Kuyen escardaba lana sentada sobre la alfombra que antes ocupaba Vieja Kush. "Mejor salgo a respirar hondo", pensó el zitzahay con la casa bamboleándose frente a sus ojos. Kuy-Kuyen lo oyó salir, pero no necesitó preguntarle ni adónde ni por qué.

Al cabo de un rato de andar respirando profundo, y cuando recuperó la línea del horizonte, Cucub notó que Piukemán batía sus alas en forma desusadamente violenta. Preocupado, comenzó a caminar hacia el nogal. Después de varios tambaleos y un tropezón, logró llegar junto al hermano de su esposa.

-¿Qué tienes? -le preguntó.

La voz graznada de Piukemán era ciertamente difícil de comprender. Más todavía para quien estaba, como Cucub, un poco aquí y un poco allá.

-El Ahijador está volando más lejos que de costumbre. Nunca antes me había llevado tanta distancia al norte.

El espíritu del Ahijador no terminaba de unirse al de Piukemán. Esa era la causa de que, a veces, Piukemán hablara de un ave que lo arrastraba en su vuelo. A veces, de un ave que le obedecía. Y otras veces, de dos que eran una sola voluntad.

-Estamos volando sobre las Maduinas. Yo le pido que continúe en la misma dirección porque, a lo lejos, vemos una mancha que viene. El Ahijador cree que son hombres y se niega a continuar.

Cucub no precisó escuchar más para despabilarse. Se restregó los ojos.

-¿Cómo dices? ¿Qué hombres son ésos?

-Hoy no sabremos otra cosa. El Ahijador acaba de posarse para dormir. Mañana trataré de seguir vuelo al norte. Cuando logre ver con claridad, te lo diré.

A Cucub, el insomnio se le hizo interminable. Nunca amanecía para este hombre inquieto, imposibilitado de dormirse o siquiera de acostarse junto al calor de Kuy-Kuyen después de lo que había escuchado. Iba y venía. Masticaba hojas haciendo conjeturas serenas o desesperadas, rogando por la madrugada, por la pronta visita de Kupuka. Rogando porque el Halcón Ahijador no decidiera volver al sur sin antes ver quiénes venían. Rogando por su cabeza clara. Y así, masticando hojas y rogando, descubrió la primera señal del amanecer.

Kuy-Kuyen pasó asombrada toda la mañana y los días siguientes viendo cómo su hermano y su esposo dedicaban mucho tiempo a la conversación. No quiso preguntar. Y Cucub no habló hasta tener palabras seguras que decir.

-El Ahijador está volando sobre un ejército que viene.

Kuy-Kuyen miró a su alrededor buscando a la única persona que, frente a aquella noticia, podía darle calma. Buscó Kuy-Kuyen; pero Dulkancellin no estaba.

-Él no está -otra vez Cucub se lamentó de su estatura-. Y parece que el color de tu cara se ha ido a buscarlo.

Kuy-Kuyen agachó la cabeza, avergonzada por haber ofendido a su esposo.

-No te lamentes -dijo Cucub-. También yo quisiera tenerlo cerca. Pero muy pronto

tendremos a alguien tan alto como él, y tan valiente.
-¿De quién hablas? -preguntó Kuy-Kuyen.
-Hablo de Thungür. Es él quien llega al frente de muchos hombres de mi pueblo.
-Thungür regresa —murmuró Kuy-Kuyen.
-Y también tu color.
Cucub abrazó a su esposa.
-No entiendo qué pudo haber sucedido para que Thungür y el ejército abandonaran la Comarca Aislada. Y no puedo asegurarte que se trate de buenas noticias. Pero, por ahora, celebremos y agradezcamos. Son nuestros hermanos los que se acercan.
-¿Cuándo...? -preguntó Kuy-Kuyen-. ¿Cuándo llegarán?
-Tardarán. Dice el Halcón que viajan despacio. Y que no lo hacen por la costa, sino por las alturas de las Maduinas. Dice también que por donde ellos pasan la tierra se afianza y la hierba no vuelve a crecer. ¿Comprendes? Habrá un gran camino que unirá la Comarca Aislada con Los Confines. Un camino en lo alto que sólo podrán recorrer los valientes.
-Hablas en presagios -dijo Kuy-Kuyen.
-¿Eso hice?
-Eso hiciste. Tú presagiaste un camino en lo alto que recorrerán los valientes.
-No creo haber sido yo quien dijo eso -dudó Cucub-. Alguien usó mi lengua.
Detrás de su Puerta, la magia estaba trabajando. Un camino en lo alto de las Maduinas que unió la Comarca Aislada con Los Confines fue uno de esos trabajos.
La anunciada visita de Kupuka llegó con un grito. El Brujo y su morral venían desde el oeste.
-Te saludo, hermano Cucub -bramó Kupuka a lo lejos-. Y pido tu consentimiento para permanecer en éste, tu país.
-Te saludo, hermano Kupuka, y te doy mi consentimiento -Cucub dirigía su grito con las manos-. Nosotros estamos felices de verte erguido. Y agradecemos al camino que te trajo hasta aquí.
-Salud y fortaleza para ti y los tuyos.
El zitzahay esperó a que el Brujo llegara a su lado y le apretó las manos callosas.
-Que el deseo vuelva sobre ti, multiplicado.
Wilkilén llegó corriendo a colgarse del cuello de Kupuka con tanto entusiasmo que casi lo derrumba. Le mojó las dos mejillas con besos ruidosos, y después lo tironeó hasta donde estaban los otros niños. Shampalwe lo recordaba. Pero los dos varones no lo reconocieron.
-Este es Kupuka -les dijo Wilkilén-. Nosotros debemos tenerle miedo, y también quererlo.
Lo primero ya estaba logrado. El amor llevaría más tiempo.
-Entremos a la casa-dijo Kuy-Kuyen.
-No -respondió el Brujo-. Hago lo mío y parto.
-¡No es posible! Si bien recuerdo, tu última visita fue cuando Kush aún estaba entre nosotros; y ni siquiera quieres entrar a beber agua de menta. Además -agregó Cucub-, tengo cosas importantes que contarte. Cosas que ha visto Piukemán.
-Benditos sean sus ojos -dijo Kupuka mirando hacia el nogal bajo el cual el Halcón permanecía inmóvil.
-Sucede que... -comenzó Cucub.
-Sé lo que sucede -interrumpió Kupuka-. Todos los Brujos lo sabemos. Por eso es que vamos a reunirnos en un lugar de las Maduinas antes de que se acerque Thungür

con su ejército.

-Veo tu urgencia -dijo Cucub-. Me atrevo, entonces, a ser descomedido y preguntar qué te ha traído a la casa.

-Dos cosas -respondió el Brujo-. La primera es encomendarte que lleves esta noticia al consejo de ancianos y guerreros. Diles también de la reunión de los Brujos de la Tierra. Y que muy pronto bajaremos para hablar con ellos. La segunda causa es el Halcón.

Kupuka avanzó en dirección al nogal. Detrás lo siguió la familia, que ya empezaba a comprender.

-Fuiste un niño y tuviste un nombre -dijo Kupuka de frente al Halcón-. Pero el niño y su nombre han dejado de existir. Renaciste Brujo de la Tierra y tu lugar ya no está aquí. Vendrás conmigo. Iremos a las Maduinas a reunirnos con nuestros hermanos. Luego tú, como tuvo que hacerlo cada uno de nosotros, buscarás tu asilo.

El Halcón ya estaba de pie, y volando sobre el ejército que llegaba. Los dos Brujos se tomaron del brazo y empezaron a andar.

-Esta vez no demoraré en regresar -prometió Kupuka.

Mientras veía cómo se alejaban, el pequeño artista se quedó pensando en la historia de Kupuka. ¿Habría nacido, como Piukemán, de varón y mujer? Quizá también él fuese resultado de un tabú quebrantado.

-Algún día se lo preguntaré -dijo Cucub en voz alta.

Para todos los pueblos del continente de las Tierras Fértiles, desde el sur al norte, el círculo era la forma de los grandes acontecimientos. En círculos se disponían para las celebraciones, en círculo danzaban. La pipa andaba en círculos igual que el sol.

Ahora, los ancianos y los guerreros husihuilkes estaban sentados en círculo.

Para todos los pueblos de las Tierras Fértiles el fuego era el centro alrededor del cual debían celebrarse los grandes acontecimientos. Alrededor del fuego se festejaba la comida y se tomaban las decisiones importantes. El fuego, igual que el sol, estaba en el centro de la vida.

Ahora, los ancianos y los guerreros husihuilkes se sentaban en círculo alrededor del fuego.

Cucub acababa de transmitirles, por encargo de Kupuka, las novedades. Ya todos sabían de la llegada del ejército zitzahay al mando de Thungür. Y sabían también que los Brujos de la Tierra caminaban a reunirse en algún lugar de las Maduinas. Tal como Cucub lo imaginó, ellos imaginaron que aquel movimiento no podía significar más que una cosa: la guerra de Misáianes volvía después de cinco años del sol. Cuando los zapallos apenas empezaban a recuperar su dulzura.

De regreso de la guerra contra los sideresios, los guerreros husihuilkes habían retornado cada uno a sus propias aldeas de un lado y otro de las Maduinas. De a poco, la vida recobró la simpleza; y los linajes recordaron sus conflictos. Sin embargo, el consejo husihuilke guardaba suficiente memoria como para saber que, llegado el momento, la vida de cada día y los conflictos entre linajes tendrían que hacerse a un lado. Eso era en resguardo de la vida, de los linajes y de los conflictos.

El momento parecía haber llegado. Los ancianos y los guerreros se reunieron en un claro del bosque de Los Confines, sombrío y sagrado. Encendieron el fuego y se sentaron en círculo a escuchar en silencio lo que Cucub tenía que decirles. Nadie recordaba que Cucub no era husihuilke. Su palabra, y el nombre de Kupuka, bastaron para que el fuego y el círculo se aprontaran con urgencia.

El primer acuerdo no se hizo esperar. Era indispensable que los guerreros husihuilkes volvieran a reunirse en un único ejército. Y también era necesario señalar al que sería su jefe.

Un nombre rondaba la cabeza de la mayoría de los ancianos. Rondaba el nombre de Minché.

Minché contaba por entonces casi los mismos soles que Thungür. Se sabía de él que había peleado con una bravura inusual en las guerras de la Comarca Aislada. Al regresar su comportamiento había seguido siendo honroso, y su valentía había dado mucho que hablar en Los Confines. Además, Minché tenía una condición difícil de hallar en otro guerrero. En él se juntaban las dos laderas de las Maduinas. Y eso, sin dudas, evitaría resquemores.

Poco tiempo después del regreso de los guerreros que habían peleado contra los sideresios, dos de los linajes de más antigua enemistad firmaron un pacto de paz para dar a los otros una señal de lo que era urgente, y nunca debía olvidarse. El pacto quería poner en la memoria de todos que, ante los primeros humos de la guerra de Misáianes, sus rencillas debían hacerse grises y lejanas.

Pero para los husihuilkes todo, hasta la memoria, eran aconteceres. Por eso, el pacto fue sellado con la realización de siete bodas que unieron hombres y mujeres de los dos linajes. Una de esas bodas fue la de Minché con una mujer de Los Corales.

Los motivos eran suficientes. Y Minché fue elegido jefe del ejército husihuilke sin ninguna oposición.

Sin embargo todavía faltaba determinar qué pasaría con Thungür. El venía al frente de una gran columna zitzahay. Y no parecía prudente pretender que esos hombres, acostumbrados al

mando y a la palabra del muy honroso hijo de Dulkancellin, cedieran ante un nuevo jefe al que ni siquiera conocían. Pero tampoco era posible que un ejército fuera a la guerra dividido en la decisión de dos jefes con igual poder.

Hubo que avivar el fuego porque la discusión se hizo larga. Hubo que asar alimentos para que los estómagos tuvieran su parte. Luego, varios ancianos se tendieron en la tierra a dormitar.

Hubo que esperar que los ánimos se aplacaran, porque el asunto amenazaba con furias. Hubo que avivar, otra vez, el fuego.

Cuando la noche llegaba al final, el consejo husihuilke habló con una sola voz:

-Este es nuestro pensar -dijo un anciano entre todos los ancianos-. Creemos que la columna husihuilke debe llevar a Minché como jefe; y que la columna de los zitzahay debe mantener como jefe a Thungür. Pero también creemos que una columna y otra son el ejército del Venado. Y, por eso, tienen que responder a un jefe único. Los ancianos decimos que Minché debe estar por encima de Thungür cuando llegue el momento de decir la última palabra. Es nuestro deseo que los jefes de columnas piensen y obren con el mismo espíritu. Sin embargo, si esto no llegara a suceder, decimos los ancianos que Minché deberá ser el dueño de la decisión. Rogamos por dos jefes de columnas, ambos grandes y honrosos, que puedan actuar como uno solo. Pedimos que, si una vez eso no es posible, Minché sea el jefe sobre todo el ejército.

Algunos hombres se movieron incómodos. Cucub entre ellos.

—Hay algo para aplacar las inquietudes -continuó el anciano-. En memoria de quien fue padre de Thungür, guerrero como jamás vieron Los Confines; y en memoria de quien fue su madre, nuestra amadísima Shampalwe, decimos que los guerreros de Paso de los Remolinos y de Wilú-Wilú pueden, si así lo desean, formar parte de la columna que irá a las órdenes de Thungür. Los de la aldea de su padre, y los de la aldea de su madre, podrán cabalgar a su lado y bajo su mando. Esto en nada daña nuestro sentir grande: bueno será que Minché vaya al frente del ejército del Venado, como jefe por sobre cualquier otro.

No había mucho más que decir. De todas las posibilidades, aquella parecía la más sabia.

Cucub empezaba a sentir una mala cosquilla. Algo que lo apuraba a volver a su casa. Pidió permiso a los ancianos para retirarse. Apenas lo obtuvo partió al galope, seguro de que iba a encontrar una desgracia.

"Ramas de zarza... Las semillas del ciprés y su fruto." Cucub envió a Wilkilén al bosque. Los niños eran demasiado pequeños para hacerlo; y él no quería abandonar a Kuy-Kuyen ni por un momento.

Ramas de zarza. Las semillas del ciprés y su fruto. Las ancianas de Paso de los Remolinos se lo habían recomendado. "Hierve las ramas de zarza y con el agua que obtengas mójale los pies, la frente y la nariz. Eso le ayudará con el calor del cuerpo." Kuy-Kuyen no era la única enferma en Paso de los Remolinos; ni en las aldeas vecinas. Eran muchos y cada vez más los apestados por la enfermedad de la urticaria roja. "Muele las semillas y la piña del ciprés. Luego amasa ese polvo con saliva de un sano y úntale con ello las manchas del cuerpo. Aliviará la picazón." Kuy-Kuyen peleaba por rascarse, y se revolvía en su camastro sudorosa y triste. No era la única. Muchos, en Los Confines, sufrían de la misma enfermedad desconocida. Las ancianas daban sus consejos sin esperanza: "Zarza para la fiebre, ciprés para la comezón". No sabían de qué se trataba. Sabían que casi todos morían al cabo de un largo sufrimiento.

A los pocos días de nacer su quinto hijo Kuy-Kuyen había comenzado con aquello. Primero parecía tristeza, mucha tristeza que le hacía doler el cuerpo y le pesaba en la nuca. Después comenzaron las manchas en su vientre. Por instinto Cucub prohibió a los niños que se le acercaran, y llevó al recién nacido con una parturienta reciente para que lo alimentara. Cuando las ancianas vinieron y menearon la cabeza, él se negó a creerles. "Zarza y ciprés sólo para aliviarle el malestar."

Cucub envió a Wilkilén al bosque. Ella sabría dónde encontrar los remedios. Tenía que caminar un trecho bastante largo así que la despidió apenas clareando.

Wilkilén llegó primero al zarzal. Antes de cortar las ramas arrancó un puñado de sus pequeños frutos y se sentó a comerlos. Oculta en el mismo enorme zarzal una mujer de larga melena se sonreía burlona de verle la boca toda sucia de jugo morado. Por no perderse el sabor dulce, Wilkilén arrastró con los dedos el jugo que chorreaba por su mentón y casi llegaba a su cuello. El resultado fue un rostro morado y pegajoso que, por excepción, no estaba sonriendo. Wilkilén no tenía ganas de sonreír ni de cantar. Metió sus manos en las fundas de cuero que Cucub le había dado para que no se lastimara, y comenzó a elegir ramas delgadas. La mujer que la espiaba era una anciana envuelta en manto oscuro. Wilkilén acabó pronto con la tarea porque así debía hacerlo. "Nada de juegos", le había advertido Cucub. Igual, ella no tenía ganas de jugar ese día. Metió las ramas en un bolso, lo cargó al hombro y empezó a andar hacia donde vivía un ciprés solitario. La anciana atravesó el zarzal sin que las espinas parecieran dañarla, y caminó tras ella. Iba descalza. Y quebraba ramas y pisaba guijarros sin ningún ruido.

Eran las primeras horas de la mañana. El bosque de Los Confines olía fuerte y bien. El sol saliente recién iluminaba las alturas. Los senderos todavía estaban húmedos y oscuros. Por ellos andaba Wilkilén con su bolsa al hombro, en busca de remedios para su hermana. Sin saber que detrás de ella una anciana delgada y desnuda le clavaba la mirada en el lugar exacto donde sus trenzas se abrían.

Cuando apareció el ciprés, las dos apuraron el paso. El árbol, que conocía a Wilkilén

de verla jugar a su sombra, palideció al advertir quién venía detrás. Para advertirle sacudió sus ramas, dejó caer sus frutos; pero Wilkilén entendió todo mal.

-Árbol querido, tú también estás triste por Kuy-Kuyen. ¡Sé que debo apurarme! Voy a recoger estos frutos que dejaste caer y regreso corriendo.

Wilkilén se puso de rodillas y comenzó a echar piñas adentro de su bolsa.

-Elige las más tiernas.

La voz sonó a sus espaldas. Wilkilén se dio vuelta sin susto. El ciprés dio un grito que solamente escuchó la anciana.

-Mujer vieja -dijo Wilkilén-, ¿qué haces tan temprano en el bosque?

-Tal vez, lo mismo que tú haces...

-¿También tienes un enfermo de las manchas rojas? -Wilkilén no esperó respuesta y continuó hablando-. Dicen que hay muchos en Los Confines. En nuestra casa enfermó mi hermana. Y Cucub me mandó por remedios. Si quieres puedo convidarte ramas del zarzal; así no tendrás que andar hasta tan lejos.

De pronto Wilkilén hizo silencio y miró a la anciana con cuidado.

-No eres de Paso de los Remolinos. Nunca te vi en la aldea. Me parece que tampoco te he visto en las fiestas de despedir al sol. Me parece que no sé de dónde vienes.

-De muy lejos -la anciana no iba a mentir.

-¡Ay, ay! -dijo Wilkilén agarrándose la cabeza-. Me parece que tú eres de ésos que nunca crecen en el entendimiento.

Por fin sintió que tenía alguien con quien enojarse porque no se comportaba como debía.

-¡A tus años! -igual que hacía Kuy-Kuyen cuando la retaba, Wilkilén se puso las manos en la cintura y sacudió la cabeza-. Aprende a detenerte un momento antes de hacer. Si vives en alguna aldea alejada no tuviste que venir hasta aquí para buscar tus remedios... De seguro que muy cerca de tu casa los tenías. Además, ni siquiera te pusiste tus sandalias. Estás envuelta en una manta, y traes el cabello sin trenzar.

La anciana la escuchó en silencio. Ahora todos los árboles de alrededor le gritaban a Wilkilén que se fuera de allí. Pero ella no escuchaba otra cosa que viento.

-Bueno, pero alégrate -le tocaba actuar la parte de Kuy-Kuyen arrepentida-. Tienes un hermoso cabello. Si quieres, un día te lo trenzaré, y te lo adornaré con flores.

-Péiname ahora -pidió la anciana.

-¿Ahora...? -Wilkilén vaciló-. Ahora no puedo hacerlo. Cucub está esperando que lleve estos alivios. Y sí que los llevaré rápido; aunque las ancianas de la aldea digan cosas tristes.

-¿Qué dicen?

-Que los alivios no serán suficientes para sanarla. Ellas dijeron que nadie sana de las manchas rojas. Pero me parece que si estuviera Vieja Kush con nosotros sabría cómo sanarlos a todos.

-¿Y dónde está Vieja Kush?

-Se fue con la muerte -respondió Wilkilén con una sonrisa deslucida.

-Caminaremos juntas y me contarás un poco más de eso.

El ciprés se echó hacia atrás, y arrancó un alarido de madera que se desparramó por todo el bosque. Wilkilén tomó a la anciana por el brazo y caminaron muy juntas.

Ambas mujeres se parecían en la delgadez; pero la anciana era mustia y Wilkilén era húmeda.

—Apóyate en mí así no te lastimas los pies.

Anduvieron un rato en silencio.

-¿Conociste a mi abuela Kush? -preguntó Wilkilén.

-Claro que sí -ella no mentía-. La célebre amasadora de pan.

Wilkilén rió por primera vez en aquel día.

-Hablas parecido a Cucub. ¿Conoces también a Cucub?

-Es posible -dijo la anciana Sombra-. Pero háblame de Kush, recuérdame de su muerte.

-Mi Vieja Kush se quejaba de cansancio. Decía ay y ay; y que llevaba mucho tiempo en este mundo. Entonces le pidió permiso a Kupuka para marcharse, y un día el Brujo se lo dio.

-¿Vieja Kush no temía partir con la muerte?

-Nada de miedo le tenía -dijo Wilkilén-. Ni un poquito así de miedo. La mañana del día que se marchó, me llevó bajo el nogal que crece a mitad de camino entre mi casa y el bosque. Allí me estuvo hablando para que después yo no llorara.

-¿Puedes recordar lo que te dijo?

-Claro -asintió Wilkilén-. Me dijo de entender a la hermana muerte.

-¿Podrías, por favor, contármelo?

-¿Tú no entiendes a la muerte?

-A veces creo que no -respondió la anciana.

"Ven, Wilkilén, siéntate a mi lado -le había dicho Vieja Kush-. Voy a contarte de una que, a partir de esta noche, será mi hermana y compañera eterna. No te asustes cuando escuches su nombre; ni la culpes por hacer lo necesario. ¿Conoces a alguien a quien le agrade comer manzanas que pendan años y años de los árboles? Tampoco lo conozco yo. Y dime, ¿cómo nacerían manzanas nuevas si las que ya cumplieron con lo suyo no dejaran sitio en las ramas? ¿Podríamos tú y yo ser viejas al mismo tiempo? ¿Quién le enseñaría a quién? La hermana muerte carga con una tarea que todos comprenden pero pocos perdonan. Sin ella, los hombres no mirarían al cielo en las noches claras. Tampoco cantarían. Sin ella, no existirían ni el suspiro ni el deseo. Sin ella nadie en este mundo se ocuparía de ser feliz."

-¿Y Vieja Kush no dijo nada más? -preguntó la Sombra anciana.

-Sí, algo más dijo. Pero ahora no lo encuentro.

El rostro de la Sombra se torció de ansiedad. Tomó a Wilkilén por los hombros y casi la sacudió reclamándole que recordara.

-Algunas de esas palabras deben haber quedado en tu memoria. ¡Vamos, recuerda lo importante!

Wilkilén no se acordó de tener miedo. Se deshizo con ternura de las manos de la Sombra, y las mantuvo entre las suyas.

-No te enojes -dijo con tono de secreto y en medio de un bosque-. Me parece que tú también tienes la cabeza cansada. Tal vez deberías irte con la hermana muerte y con Vieja Kush.

-Una sola de sus palabras -insistió la Sombra-. Intenta un esfuerzo por esta anciana que conoció a Kush.

Wilkilén bufó con fuerza, y se detuvo.

-¿Ves que tienes tu cabeza como piedra? Kush dijo... ¡Espera que recuerde! Me dijo que el mundo es un huerto, y que a su tiempo alguien debe hacer la poda. Y también dijo ¡ay! -Wilkilén se calló.

-Sigue diciendo -pidió la anciana Sombra.

-Ay, dijo Vieja Kush. Dijo que ¡Ay del día en que la muerte haga su tarea para servir al odio!

"Pero, ¡ay, si un día la muerte se pone al servicio del odio! -le había dicho Kush-. Porque entonces no será poda. Será estrago en los huertos. Y la ley que sostiene al mundo estará perdida."

Las recomendaciones de Cucub y el recuerdo de su hermana Kuy-Kuyen regresaron a la memoria de Wilkilén.

-Ahora sí, anciana, debo irme. Toma, te daré algunas ramas de zarza para tus enfermos. ¿No has traído una funda de cuero para tomarlas? Te lastimarán.

-Dámelas sin temor -dijo la Sombra. Y extendió su mano para recibir las ramas que le ofrecían.

Cuando lo hizo, Wilkilén reparó en sus palmas por primera vez. Dejó caer las ramas al suelo y se tapó la boca con las dos manos en señal de pena irremediable.

-¡Pobre mía! No tienes líneas en las manos.

-Es verdad. No las tengo.

-¿Y nadie te las ha dibujado?

-Nadie.

-Yo te las voy a dibujar -dijo Wilkilén decidida-. Espérame aquí mismo dentro de cuatro soles. Traeré azul de añil para dibujar las líneas de tus manos copiándolas de las mías ¿Vendrás?

-Vendré -aseguró la anciana-. Pero también yo quiero hacerte un favor. Te daré algo que aliviará el sufrir de tu hermana mucho más que el ciprés y las zarzas.

Wilkilén todo lo creía, y se quedó esperando con una sonrisa.

-Pondré unas palabras sobre tus labios... Tú correrás hasta Kuy-Kuyen y las repetirás sobre los suyos. Sólo debes tener cuidado de no hablar ni beber antes de haberlo hecho. ¿Me comprendiste bien?

-Sí, te comprendí muy bien -respondió Wilkilén con rostro serio.

La anciana Sombra se inclinó sobre Wilkilén y musitó palabras contra su boca.

-Ya no hables. Corre y obedéceme. Nos veremos dentro de cuatro soles.

Corrió Wilkilén sin detenerse hasta llegar a la casa. Los niños, que jugaban alrededor del nogal, no recibieron ninguna respuesta a sus preguntas, invitaciones y reclamos. Tampoco Cucub obtuvo otra respuesta que la bolsa que Wilkilén depositó a sus pies para indicarle que el encargo había sido cumplido.

Kuy-Kuyen gemía en el camastro mojado de fiebre. Mientras Cucub preparaba el agua de zarza, Wilkilén se acercó a ella. Puso su boca húmeda contra la boca reseca de la enferma, y repitió las extrañas palabras de la anciana.

Llegó la luna al cielo de Los Confines. Y luego se marchó por su camino de siempre.

Todos dormían en la casa. Hasta Cucub, ya muy cansado, cabeceaba junto al camastro de su enferma. Le había estado cantando durante horas, de un modo y del otro, la canción zitzahay que a su esposa tanto le gustaba.

-Soñé -dijo Kuy-Kuyen.

Los ojos de Cucub se desorbitaron frente al prodigio. No había enfermedad en la piel de su esposa, y tampoco en su voz.

-Soñé que la muerte me hablaba.

"Aún no estás cumplida -le había dicho la muerte en su sueño-. Por una vez, y sin comprender la causa, haré lo que Kush hizo hace años. Desobedeceré a mi hijo amado. Un día llegará tu hora necesaria. No es ésta, Kuy-Kuyen. Permanecerás en tu casa porque así lo dispongo..., contra la voluntad del Amo."

Llegó, marcó un círculo con su pie izquierdo y se sentó en el centro. A partir de ese momento cualquiera que intentara trasponer su límite sería rechazado con escupitajos de colores, tan urticantes que lastimaban la piel donde la tocaban. La descomedida costumbre del Masticador era conocida por todos los demás Brujos de la Tierra; y ninguno, excepto el Padrecito del Paso, se atrevía a violentar el lugar que él demarcaba.

La saliva del Masticador tenía el color de lo que había en su boca: tallos, flores, raíces, hongos o alas. Ese día era azul.

El Padrecito del Paso empezó a girar a su alrededor, obligándolo a permanecer atento. El Masticador lo veía darle vueltas, y lo ofendía con palabras que valían por mil picaduras de insectos. Sabía que, en algún momento, aquel inmundo montañés venido del Paso Olvidado intentaría saltar dentro de su círculo. Y lo esperaba con su peor saliva lista para herirle los ojos. El Masticador traía desde el volcán su carácter de fuego.

Padrecito del Paso y el Masticador se veían en escasísimas ocasiones. Pero siempre que eso sucedía uno se divertía provocando y esquivando veneno, y el otro se desfiguraba insultando y escupiendo.

-¡Shañí¡ ¡Vuélvete a tu madriguera! -el Masticador increpaba al Padrecito que acababa de esquivar uno de sus ataques, y se revolcaba de risa prudentemente alejado del círculo. Cuando se vació de risa, el Padrecito se levantó y volvió a su ronda. Era oscuro, oscuro como pocos, y esmirriado. Se sonreía y ponía a la vista sus dientes chiquitos y torcidos. Y saltaba, saltaba como nadie.

-Vengo a visitar a mi amable hermano del volcán -el Padrecito caminaba en direcciones opuestas-. ¿Por dónde entraré a su casa? ¿Por aquí...? ¿O por aquí...?

El Padrecito saltó hacia un lado. En pleno aire, amagó con cambiar de flanco. Enseguida, volvió a su decisión original. Y terminó cayendo en otro lado. Aún así, un escupitajo del Masticador le dio en el brazo.

-¡Retuércete! -gritó el Masticador. Y pateó el suelo para festejar su triunfo-. La siguiente vez te dejaré tuerto, desperdicio.

La saliva azul le quemaba la carne. El Padrecito se frotó con tierra sin perder su sonrisa. Sin embargo, se sentó para tomar nuevas fuerzas antes de seguir con su provocación.

Desde arriba del único árbol del paisaje Welenkín, el Brujo que venía de las islas, los miraba con total indiferencia. Siempre era igual. Sabía que no tenía manera de detenerlos; pero también sabía que apenas llegara Kupuka aquellos dos dejarían de actuar como niños. La belleza de Welenkín era tanta que se le desbordaba y hermoseaba todo en su contorno. Los ojos afilados eran dorados en el centro y estaban enmarcados con una línea negra. Tenía el cabello muy largo y la barba lacia. La piel, siempre húmeda, se estiraba sobre un porte de roca.

Los Brujos de la Tierra esperaban en un terreno alto de las estribaciones de las Maduinas. Era zona de cuevas y grandes cactos el lugar donde, siempre que era necesario, Kupuka los convocaba.

-Kupuka está tardando -dijo el Padrecito.

-Shañí...! Todos lo estamos viendo -le gritó el Masticador.

-También Tres Rostros está de tardanza -carcajeó el Padrecito que ya se preparaba para seguir con su asedio.

-Esta vez seremos seis -dijo Welenkín desde su lugar en el árbol. La hermosura se le mezclaba a la voz.

Así era. Kupuka les había anunciado que llevaría consigo al nuevo Brujo de la Tierra. Todos conocían su historia, y lo habían esperado durante su larga y dolorosa transformación. Ahora eran seis. Seis Brujos de la Tierra sueltos en Los Confines. Locos a causa de tanto mezclarse con todo, honrados como el maíz, y listos para defender lo que quedaba bajo el sol.

Por la picada que conducía a las cuevas se oyeron llegar unos pasos.

-¡Shañí! -nadie conocía el significado de aquel grito-. Viene el que viene... Viene Tres Rostros, menos ponzoñoso que tú, Padrecito del Paso.

El Masticador no se equivocaba. Muy pronto apareció el Brujo que habitaba los lagos. Caminaba con el torso un poco adelantado. Y sus piernas, casi sin flexionarse, daban pasos rápidos y cortos. Tres Rostros se llamaba así porque tenía tres muecas. Tres muecas, y ninguna otra; tres muecas que acomodaban sus facciones a los sentimientos que lo embargaban. Su mueca de la alegría: ojos, boca, cejas, todo hacia arriba. Su mueca de la pena: todo hacia abajo. Y por último, su mueca de dudar: la nariz fruncida, las cejas oblicuas a los ojos, y los ojos entrecerrados. En razón de su ánimo habitual, Tres Rostros llegó con su mueca alegre y un manojo de flores que había recogido en el camino.

-¡Shañí! Un Brujo con costumbres de hembra humana -se burló el Masticador.

Tres Rostros tomó su mueca triste.

-No lo oigas. Aroman hasta aquí -intervino Welenkín. Y un salivazo azul pegó en la rama donde estaba sentado.

El Brujo más hermoso se agazapó para un salto, y clavó sus ojos dorados en el Masticador.

-¡Vuelve a hacerlo! -desafió-. ¡Vuelve a hacerlo!

Pero el Masticador sabía dónde sí y dónde no. Así que respondió con su grito de siempre y escupió al Padrecito del Paso que no hizo más que esquivarlo y reírse.

Para entonces, Tres Rostros había pasado por la duda y vuelto a quedarse en la alegría. Welenkín no acababa de reacomodarse en su rama cuando el saludo de Kupuka sonó cerca.

-¡Salud, hermanos míos!

Los cuatro, cada uno en su sitio, adoptaron una actitud de respeto. Amaban a Kupuka, el más anciano y sabio de todos ellos. A partir de ese momento el Masticador moderaría su mal genio. Como se esperaba, Kupuka no llegó solo. El nuevo Brujo venía aferrado a él. Era simple ver que soportaba todos los terrores de un recién nacido.

-Este es el Brujo Halcón -dijo Kupuka-. Con él, somos seis en Los Confines.

Era el momento bautismal. Cada uno de sus hermanos debía recibirlo con palabras salidas del alma. El primero en hablar fue Tres Rostros.

-¡Hermano que nos traes la bendición del vuelo! Vista desde lo alto, se desarma cualquier encrucijada.

Siguió Welenkín.

-Viendo desde lo alto, también se pierde la nitidez de los contornos. No te alejes demasiado de la tierra.

El Masticador escupió adelante de sus pies descalzos y tomó la palabra.

-Tú eres dos. Pero en toda criatura es lo mismo. En ti, el hombre y el halcón se pelean y rivalizan. ¡Nunca dejen de hacerlo! Manténgase despiertos. No se confíen del todo uno del otro. Descárnense si fuera necesario, porque ése es el modo de la sabiduría.

El Padrecito del Paso se demoraba en hablar.

-¿Y tú, qué vas a decirle? -preguntó Kupuka.

-Voy a decirle que crea y no crea en todo lo que acaba de escuchar. Sólo eso. Hermano Halcón, eres bienvenido en nuestras almas.

Sin tiempo, los Brujos se concentraron en la cuestión que los convocaba. Todos ellos conocían los últimos sucesos; de modo que fueron a su asunto.

-Quiero oír las noticias que traen de sus territorios -pidió Kupuka.

-Paso mi vida en las islas de los lulus -dijo Welenkín para conocimiento del Halcón-. Quedan muy pocos, y los más débiles. Pero debo decir que en nada es débil el rencor que sienten por los hombres, también por los Astrónomos y su magia a quienes culpan de su desgracia. Ellos no perdonan la muerte de gran parte de su pueblo. Están tristes de furia, y prefieren morir en sus islas a volver a pactar con otras criaturas. Sienten que fueron traicionados, y no quieren olvidarlo.

Tres Rostros se quedó en la tristeza. Era el turno del Padrecito del Paso.

-Vengo y voy por las Maduinas. Conozco lo que ocurre en todas ellas. Y nada auspicioso sucede en las laderas del este. Mucho más que por aquí, las pestes y los dolores están asolando aquellas laderas. Las criaturas reclaman; pero yo no he podido hacer casi nada por aliviarlas. Y junto con las penas están llegando voces que aún no he visto ni escuchado. Me dicen que son voces convencedoras que buscan meterse por la nariz.

En ese mundo de entonces, todos sabían que ése era el camino que iba directo al alma.

La expresión de Kupuka se aterronaba. El Halcón seguía agarrado de su brazo.

Entonces, el cielo buscó la manera de llamarles la atención... Trajo nubes desde los cuatro horizontes, y las acumuló y las revolvió sobre las cabezas de los Brujos. Después las nubes se estiraron hasta alcanzar el grosor de una soga que tomó forma de círculo. Un círculo abajo y otro arriba, la reunión de los Brujos se repetía en el cielo. Era claro que alguien más había llegado hasta aquel lugar secreto de las Maduinas y se disponía a hablarles. Los Brujos esperaron en silencio.

-Terror de una mujer encerrada en la boca de un perro, sudor de Misáianes, fuego donde ardieron los venerables códices -las palabras sonaban entre la tierra y el cielo-. De esas sustancias están hechas las voces que buscan la nariz. Y otras sustancias les serán añadidas que las harán más fáciles de respirar.

-Bienvenidos, hermanos grandes -dijo Kupuka. Y enseguida se dirigió al resto de los Brujos-. Escuchemos lo que nos dicen desde atrás de una Puerta.

-Mucho tendremos que pelear contra esas voces que Drimus amasa con sustancias de adentro -dijeron desde atrás de una Puerta-. Son armas peores que el fuego.

Llegó un viento que deshizo el círculo del cielo. Llegó, lo deshizo y se fue.

Los seis Brujos aguardaron un día entero; pero el Tiempo Mágico no volvió a hablar.

-El viento debe haberlo arrastrado lejos -dijo Kupuka-. Tenemos que continuar... Habla tú, Tres Rostros.

Tres Rostros volvió a colocarse su mueca alegre, porque las noticias que traía eran buenas.

—Repito lo que cuentan las criaturas que habitan las aguas. Ellas me han hecho saber que la flota de los bóreos navega con fortuna hacia las Tierras Antiguas. El mar busca y encuentra la manera de proteger sus naves de la mirada del Odio Eterno. Me dicen las criaturas amigas que, por donde los bóreos pasan, el Yentru recobra su antigua música.

Los Brujos sabían que aquélla era una buena noticia para mucho después; para un día que, tal vez, ninguno de ellos vería. Y sin embargo, se alegraron igual que si hubiese sido para la mañana siguiente.

-¿Y qué nos anuncias tú, Masticador?

-¡Shañí! Yo soy el que se alimenta de raíces y alas; y se duerme de raíces y alas. Yo soy el que come y duerme para presagiar. Mi cuerpo está en la tierra para servirle al presagio. Y un presagio he tenido más claro y fuerte que ningún otro. Alimentándome y durmiendo he visto que las criaturas humanas van a llevar sus diferencias a la guerra. Sus sí y sus no. Anuncio que sus extrañas maneras de comprender las cosas llenarán de sorpresas los campos de batalla. ¡Escuchen bien, hermanos! Algunos que deberían estar de espaldas se pondrán de frente. ¡Las armas girarán cuando nadie lo espere, y cambiarán la guerra!

-Faltas tú, Halcón -dijo Kupuka, que sabía con certeza que lo que estaban a punto de escuchar asustaría a todos.

El Brujo graznó. Ninguno de sus hermanos tuvo dificultad para entenderlo.

-Volamos Los Confines de las Maduinas al Lalafke; y de Paso de los Remolinos al Pantanoso. Ambos y juntos, el Ahijador y yo, hemos visto que la madre de Misáianes camina por estas tierras: cerca de las casas y las huertas de los hombres, por entre las guaridas y los hormigueros, por el bosque entero.

El Brujo Halcón acababa de decir que ella, en cuerpo, andaba por Los Confines. Era difícil imaginar peores nuevas. Los Brujos juntaban sangre para seguir. Y fue el Masticador quien la juntó primero.

-¡Vean y oigan a los lloriqueadores! ¡Shañí! Niños que se quejan a su madre para que les quite la suciedad que les salió del vientre. Me dan vueltas las tripas... ¡Quiero escuchar la voz de un Brujo de Los Confines, y no el lamento de unos enclenques de espíritu!

Kupuka entendió que aquel grito destemplado tenía su razón de ser. Sin embargo, los Brujos tardaban en reaccionar ante la peor de todas las noticias.

-No es así —dijo Kupuka-. No es ésta la peor noticia. Antes oímos decir al hermano Masticador que, igual que el Halcón, toda criatura posee dos seres que luchan en su adentro. Yo digo que ella también los tiene. Ella es ahora mismo un campo de batalla, como será dentro de poco nuestra tierra. Nosotros debemos trabajar para que triunfe la ella que es nuestra hermana aunque la ella que no lo es, puesto que es madre del Odio Eterno, intente confundirla.

-¿Quién será el encargado de realizar semejante tarea?

-Alguien ya la está realizando -respondió Kupuka-. Alguien que lo hace mejor que nadie porque no sabe que lo está haciendo.

Los Brujos no preguntaron de quién se trataba. Sin embargo confiaron en esa criatura, que presumieron humana, en la cual confiaba Kupuka.

-Y tú, Kupuka, ¿qué tienes para decirnos? -preguntó el Padrecito.

-Que pronto voy a marcharme.

Los Brujos se demoraron en terminar de oír.

-Las bestias conque Misáianes llena sus barcos -prosiguió Kupuka- no tienen sentidos suficientes para entrever el último propósito de esta guerra. Vienen a mancillar

y a destruir nuestra tierra pensando que eso es todo y lo importante. Solamente dos hay entre nosotros que comprenden el Orden que Misáianes sueña para el mundo: su madre y Drimus.

-Silencio infinito -habló Welenkín-. Y sin color.

-Ése es el Orden de Misáianes -aceptó Kupuka-. Silencio sin color.

-Entonces, Kupuka va al encuentro de Drimus -dijo Tres Rostros triste.

-Así es... Voy al encuentro de su sabiduría y su creencia.

-¡Shañí! Sabiduría carroñera. Creencia de huesos podridos...

-Aun así, sabiduría y creencia -dijo Kupuka. Y agregó-: Drimus, llamado el Doctrinador, es mi propia tarea. Haremos una recorrida por las aldeas de los hombres, y luego me iré. Cada uno de nosotros sabe lo que debe hacer en medio de la noche que viene.

Welenkín saltó de su rama y se despidió de sus hermanos. Tres Rostros partió detrás de él. Saludó con cara de risa y dio la vuelta. En el camino, cuando ya nadie lo veía, volvió a recoger flores con mueca de pena.

El Masticador aprovechó que el Padrecito se distrajo en la despedida para arrojarle un último escupitajo que dio en el blanco. Satisfecho de su obra, borró el círculo que había sido su casa y se marchó aullando.

-También yo voy a irme, Brujo Halcón -dijo Kupuka-. Estaremos cerca unos de otros, y los seis con las criaturas. Es tu momento de andar solo y encontrar tu sitio.

-No te vayas todavía -pidió el Brujo recién nacido.

-Es ahora mismo que debo irme.

-¿Me cuidarás a la distancia?

-No te cuidaré. Son demasiadas las tareas que me reclaman. También debes tomar tu carga; de modo que aprende pronto a vivir en el cielo. Luego nos veremos. No olvides que no hay tiempo que perder en lamentaciones. ¡Adiós hermano!

El Brujo Halcón se quedó solo en las estribaciones rocosas de las Maduinas. Pero como estaba sobrevolando las aldeas de los pescadores, tropezó y rodó cuesta abajo. En la caída se lastimó las piernas y las alas.

El Brujo se quedó tendido un largo rato, mientras seguía volando. Después se levantó y aprendió a caminar. Fueron días y días de lastimarse en la tierra y en las nubes. De despeñarse, porque caminaba muy lejos del lugar que veía.

Uno cerraba los ojos para dormir, y el otro se inmovilizaba en medio de la oscuridad. El mismo que atravesaba el cielo avanzaba a tientas por el bosque. Abalanzarse sobre una presa era desbarrancarse por una ladera.

Pero una mañana, el Brujo Halcón encontró su sitio. Amontonó hierbas y paja en el hueco de un tronco y allí se quedó. Mucho después, cuando pasó volando por encima, supo que vivía en la Puerta de la Lechuza.

Wilkilén esperaba sentada en un tronco caído. En él habitaban una multitud de pequeñas arañas negras que entraban y salían por entre la madera resquebrajada, y pasaban rozando sus piernas desnudas sin sentirse amenazadas. En un morral de cuero, tenía todo lo necesario para cumplir con las promesas que le había hecho a la anciana: peinarla y dibujarle las líneas de las manos.

-¡Y ahora no viene!- Wilkilén usaba un tono de madre preocupada porque le parecía el más apropiado para tratar a una persona como la que aguardaba; tan anciana y tan falta de buen juicio.

Por segunda vez desde que había llegado al lugar de la cita, Wilkilén se aseguró de que fuera el día correcto.

-Hoy la conocí y le dije "Dentro de cuatro soles" -Wilkilén usaba sus dedos para ayudar a la memoria-. Kuy-Kuyen sanó, un sol. Cucub cantó todo el día sin parar, dos soles. Shampalwe y yo nos comimos una vasija llena de moras, tres soles. Hoy, cuatro soles.

A pocos pasos de allí, oculta tras un ceibo, la Sombra miraba a Wilkilén. Si lo deseaba, la anciana podía alzar su mano, y hacer un trazo anticipado y definitivo para la niña husihuilke. Husihuilke como aquellos guerreros que habían derrotado al primer ejército del hijo. Wilkilén, que estaba jugando con sus dedos, se sacudió de frío. Para calentar su cuerpo se levantó y comenzó a saltar entre los brazos de una raíz. Desde un charco cenagoso, la Sombra continuaba mirándola a través de los ojos de cientos de insectos. La miraba muchas veces para recordar muchas veces la derrota del Amo, y odiarla muchas veces. Wilkilén se tropezó y cayó de cara al suelo. Para entonces la anciana Sombra estaba encaramada a lomos del vapor que se levantaba de la tierra. Y desde allí inició su orden... "No te levantarás, Wilkilén. Ni tú, ni tu raza."

La niña intentó ponerse de pie, pero sus piernas no le respondieron. Una liebre sin ojos se detuvo cerca de su rostro. Wilkilén escondió la cabeza entre los brazos:

-¡No estés aquí! -gritó-. ¡No estés aquí!

-Tú me pediste que viniera -dijo la anciana a sus espaldas.

De pronto, Wilkilén recuperó sus fuerzas.

-Creí que no podía levantarme -dijo, sonriendo de nuevo.

-Te levantaste porque tienes que peinarme -le respondió la Sombra.

Wilkilén corrió a abrazarla. Rodeada por los brazos de la niña, la anciana se quedó sin poder reaccionar. El sentimiento que transformó la expresión de su rostro no es de nombre conocido.

-¡Qué alegría tiene mi corazón de volver a verte! Y yo también tengo alegría -Wilkilén se apartó un poco para poder verla-. Sigues destrenzada, y de nuevo olvidaste tus sandalias. ¡Pero cuánta alegría tiene mi corazón!

La anciana separó los labios y no pudo hablar.

-Yo no me enojo porque sé que estás vieja y estás loca -dijo Wilkilén-. Ni tengas miedo de que voy a decirte algo feo. Siéntate en el tronco para que pueda empezar con

tu cabello. Cucub dice que en el bosque la luz da un solo paso.

Cuando la Sombra se sentó, las arañas se refugiaron en el interior del árbol caído. Ella lo notó, y en esa muestra de su poder encontró un poco de sosiego. Una joven con la cabeza trastornada la trataba como a una anciana débil. Pero las arañas la reconocieron. Cada criatura que la había visto o presentido, a no ser aquella Wilkilén con poco entendimiento, había perdido la paz.

Parada a sus espaldas Wilkilén le desenredaba el cabello ayudándose con una horquilla de hueso que Kuy-Kuyen usaba para peinarla. Una vez que estuvo listo, lo dividió en dos mitades que llevó hacia adelante para evitar que volvieran a mezclarse. Ella misma también dio la vuelta con el afán de controlar cómo iba su obra.

-Ya pasamos lo de dolor -dijo con cara de recordar su propio suplicio-. Ahora viene la parte de trenzar... Eso nomás te va a dar sueño. Si quieres puedes dormir. Yo te despertaré cuando termine.

Wilkilén tomó una mitad del cabello plateado y lo separó en tres partes. Trabajaba muy lentamente; acariciando y cantando. Cada tanto se detenía y miraba para comprobar que la trenza no perdiera su grosor apropiado: ni demasiado floja, ni demasiado apretada.

La Sombra se quedó pensando que la historia de su propia eternidad se parecía a eso. También ella había realizado su trabajo lentamente. Acariciando a veces, y cantando. Controlando que la cuerda del destino no perdiera su grosor apropiado. Después, llegó Misáianes... Llegó el hijo y deseó una eternidad diferente, un Orden en el que no cabían aquella niña y su sonrisa.

-Así debe ser -murmuró la Sombra.

-¡Claro! -respondió Wilkilén, pensando que la anciana tenía sus mismas preocupaciones-. Apenas termine, te despertaré.

-Mi despertar será tu sueño.

Wilkilén tenía oídos de agua fresca; por eso no entendió lo que la anciana decía. En cambio, entendió un juego:

-Mi sed será tu cántaro. Mi... -Wilkilén se mordía la punta de la lengua-. Mi hambre será tu pan. Mi frío será tu manta...

No supo la anciana en qué vaivén del trenzado sus párpados empezaron caerse; y de pronto estaba durmiendo su primer sueño en la eternidad que recordaba. Wilkilén la oyó dormir, y se sonrió. Habló en voz baja para no despertarla:

-¡Te lo dije...! Yo también me duermo si Kuy-Kuyen trenza mi cabello. Y cuando despierto, todo parece mejor.

Wilkilén ya tenía hechas las dos trenzas. Sujetó cada una con una delgada soga de lanas multicolores. Después las adornó con unas flores amarillas y pequeñas que crecían al pie de los árboles. Cuando terminó su trabajo, sacudió suavemente a la anciana.

-¡Vamos anciana más dormilona que yo! Despiértate.

-¿Cuánto he dormido? -la Sombra se despertó sobresaltada-. ¿Qué ha ocurrido en el mundo?

La peinadora se encogió de hombros.

-Deben haber ocurrido muchas cosas. Pero, ¿eso qué importa? Tú debes alegrarte por lo que ha ocurrido contigo.

Wilkilén tomó las manos de la anciana, y la obligó a recorrer el peinado que acababa de hacerle. Las palmas lisas palparon dos trenzas adornadas con flores.

-Es la primera vez que llevo trenzas -dijo.

-¡Tan vieja y tan mentirosa! -se quejó Wilkilén- ¿Vas a decirme que tu madre no te peinaba? No hay madre husihuilke que no sepa trenzar con flores. Y, de seguro, la tuya sabía hacerlo. Debe ser que tu cabeza ya no recuerda... Mi Vieja Kush se murió con trenzas, y a lo mejor todavía las conserva bonitas.

-Las conserva bonitas, así es.

Wilkilén pensó que la anciana hablaba desde el revoltijo de sus muchos años. Recordó, sin embargo, que sus palabras habían sanado a Kuy-Kuyen.

-Tal vez tengas tanta sabiduría como Vieja Kush -le dijo-. Sanaste a mi hermana, y ni siquiera te dije la palabra gracias.

-No tienes que decirla.

-Yo debo hacerlo porque...

-¡No la digas!

La anciana se alejó un poco. Prefería no recordar aquella sanación, resultado de una deslealtad con el hijo. ¿Qué ocurriría si él llegaba a saberlo? Nunca, hasta aquel momento, la anciana se había preguntado cuál de los dos era más fuerte. Y no iba a hacerlo entonces. Misáianes era el hijo amado. Y todo seguía como antes del encuentro con esa niña, extraño fruto de Dulkancellin y Shampalwe.

Oculta en la hojarasca, la Sombra quiso descansar unos instantes de su apariencia humana. Se deshizo.

-¡Anciana!-llamó Wilkilén.

Se rehizo.

Wilkilén ya había acomodado todo lo necesario para cumplir su segunda y más difícil promesa. Tenía su pasta de añil bien macerada, un punzón de punta afilada que le permitiría trazar hilos, su saliva por si el azul se espesaba demasiado, y sus propias palmas para copiarlas en las de la anciana. Sentada a horcajadas sobre el tronco iba a trabajar con mayor comodidad.

-Tú gira un poco hacia aquí, y apoya tus manos sobre mis rodillas. ¡Sin moverlas! Éste es un trabajo peor de difícil que tejer con muchos colores -Wilkilén tenía el pote con añil cerca de sí y mojaba el punzón en la pasta azul-. Nunca antes le dibujé a alguien las líneas de la mano. Toda la gente que conozco las tiene dibujadas.

Wilkilén comenzó pintando la palma derecha. Cuatro dedos mostraban tres pares de líneas que los atravesaban justo a la altura donde los huesos se doblaban. El otro dedo tenía solamente dos pares.

-Empecé por lo más fácil -admitió Wilkilén-. ¡Pero mira qué bien está quedando!

Se agachaba sobre la palma que pintaba, de modo que la anciana veía la separación de su cabello negro y luminoso, el cuello tensado por el esmero en el trabajo y la espalda firme bajo la túnica.

El rostro de la anciana se transformaba: sus ojos se llenaron de bruma, los dientes treparon como enredaderas por sus mejillas delgadas, y dos astillas de carne dura asomaron por los orificios de su nariz directo hacia la vida de Wilkilén.

Mientras tanto la niña estudiaba su propia palma con atención: primero la cerraba un poco para que los grandes surcos se ahondaran y se hicieran más nítidos. Después, la estiraba para distinguir el camino que seguían las líneas delgadas.

Trabajó sin descanso hasta que, finalmente, la copia de la palma derecha estuvo terminada hasta en sus lugares más confusos.

-Ahora tienes que mantener la mano abierta -cuando Wilkilén levantó la cabeza, vio a la anciana de siempre-. El añil tarda en secarse. Déjame que descanse los ojos, y entonces empiezo la otra palma.

Con los ojos cerrados Wilkilén murmuraba y movía la cabeza al compás de una canción eterna.

-¿Qué es eso que cantas? -preguntó la anciana.

-Presta atención, y vas a darte cuenta -Wilkilén alzó un poco la voz para seguir y que la anciana oyera bien.

-No conozco esa canción.

-¡Una husihuilke que no conoce la canción de despedir al sol! -Wilkilén estaba verdaderamente asombrada-. ¿Me estás hablando la verdad?

La Sombra asintió.

Hasta pronto, venado.
Corre, escóndete...
Mosca azul, vuela lejos.
Padre halcón...

Wilkilén cantó hasta terminar.

-¿Te gusta? -preguntó.

-Sí. Me gusta.

Los ojos de Wilkilén habían descansado lo suficiente.

-¡Voy a dibujar la otra palma! —decidió.

Igual que antes comenzó por los dedos y siguió por lo complicado. Algunas líneas empezaban precisas, y después se desvanecían en las elevaciones de la carne. Había una como cresta, una como rama. Otras líneas eran idénticas al rastro de un ave diminuta. Pensó Wilkilén que algunas parecían copiadas de las guardas con las que Cucub adornaba las vasijas. Un pico abierto en medio de dos ríos. Un ramo de espinas, un rayo. Marcas de punzón sobre arcilla fresca puestas, al parecer de Wilkilén, sin ninguna gracia.

Wilkilén hacía lo suyo, y la anciana pensaba. Y pensó que aquella niña no era su asunto. ¡No había sido enviada para quitarles trabajo y placer a los sideresios del Amo!

La inocente dejó para el final el trazado de la única línea que conocía por su nombre. Línea tan honda como ninguna, y en forma de arco. Cuando Wilkilén se dispuso a pintarla, la anciana giró la cabeza para no ver.

-¡Ya están tus manos! -dijo Wilkilén, frotándose los ojos.

La anciana repasó el dibujo con los ojos entrecerrados. Y dijo que estaba bien con los labios entrecerrados. También dijo que se quedara tranquila, que mantendría las manos abiertas durante un buen rato.

-Es por el bien de tus palmas -dijo Wilkilén-. El añil tarda en secarse.

No quedaba nada más que hacer. Había llegado el momento de despedirse, pero ninguna de las dos parecía dispuesta. Las arañas, silenciosas adentro del tronco, no esperaban nada bueno. Nadie lo esperaba. Excepto Wilkilén. Y tal vez, Kupuka.

-Ahora somos amigas y nos amaremos cada día más -dijo Wilkilén-. Y si tú quieres, cuando vayas a irte con la hermana muerte yo te haré compañía y te repetiré las palabras de Vieja Kush para que no tengas miedo.

-Si ella no existiera, los hombres no mirarían el cielo. No será poda, sino estrago en los huertos...

-Te recuerdas todo —aplaudió Wilkilén-. ¡Bien por tu cabeza!

-Sin embargo, me gustaría que me acompañaras.

-Te acompañaré -aseguró Wilkilén-. Pero..., ¿no querrás irte hoy mismo?

Wilkilén, que no confiaba en que la anciana mantuviera las manos abiertas, las tomó entre las suyas y se puso a soplarlas con cuidado para ayudar al secado del añil. Mientras soplaba la inocente fue diciendo las cosas que cruzaban por su cabeza.

-¿Verdad que no querrás irte en esta noche que llega? Recién empezamos a querernos; así que vas a tener que armarte de mejor paciencia. Vieja Kush lo hizo también.

Wilkilén soplaba siguiendo el trazado de las líneas.

-Ella quiso abandonar el mundo cuando Thungür y Kume se marcharon a la guerra, pero el Brujo no se lo permitió. ¡Tampoco te creas que es tan sencillo! No va a ser porque se te ocurra, y solamente eso.

Tomaba mucho aire junto, y lo iba dejando salir de a poco.

-Es verdad que yo misma te dije que parecías lista para irte... ¡Es verdad! Pero eso fue antes de conocerte. Ahora sé que puedes recordar palabras pronunciadas una sola vez. Sé que todavía te falta aprender la canción de despedir al sol, y quién sabe cuántas cosas más. Y no quiero que se te antoje marcharte a causa de lo que te dije.

Wilkilén dejó escapar el aire que le quedaba, todo junto y hacia arriba, como muestra de que estaba muy enojada consigo misma.

-Kuy-Kuyen tiene razón de que mi lengua habla sin mi cabeza.

Ya no quería soplar. Soltó las manos de la anciana Sombra.

-Si te mueres antes que yo, es posible que te saboree en la pulpa de una ciruela y te amaré igual. Si yo me voy antes que tú, es posible que mis trenzas te lloviznen una tarde de verano y me amarás igual. ¿Crees que podrás quedarte un poco más?

-Sí.

Wilkilén volvió a cantar. Golpeaba sus piernas con las manos y mecía la cabeza.

Hasta pronto, venado.
Corre, escóndete...

-Vuelve a empezar y cantaré contigo. Era seguro, pensó Wilkilén, que algo parecido había sucedido mucho tiempo atrás. "Vuelve a empezar, Vieja Kush". Las dos voces sonaron nítidas a través del bosque. Dentro del tronco se desovillaron las arañas y se asomaron por todas las grietas. Vieron y escucharon el prodigio. Sin embargo, jamás lo contaron. Antiguas tramposas como eran..., nadie les creería.

Welenkín se acercaba a la orilla de la isla que, por temporadas, compartía con los lulus.

Lewán formaba parte de un archipiélago del que sobresalía largamente por su tamaño. El resto eran islotes muy pequeños, casi grandes rocas desguarnecidas. Lewán era también la isla más cercana al continente, al que se llegaba en medio día de buen remar. Los últimos lulus, algunas aves de mar y, ocasionalmente, Welenkín, eran sus únicos habitantes.

Era cosa segura que otros habían ocupado esa isla antes que ellos. Quiénes y cuándo era cosa perdida.

Algunos hablaban de viajeros; de esos viajeros sin nombre que unieron todas las civilizaciones de la Tierra con marcas misteriosas. En el caso de Lewán, esas marcas eran gigantescos monumentos de piedra que se desparramaban en grupos o solos a lo largo de la costa. Por lo demás, la isla era una extensión lisa y de vegetación baja.

Donde la paleta para remar se le hizo inservible, Welenkín saltó de su balsa y caminó cargándola hacia la playa. Solamente unos cuantos maderos bien atados con sogas lo llevaban y lo traían por esos cortos trechos de mar costero. Con su balsa recostada en la espalda caminó unos pasos por el agua y otros pocos por la arena. Entonces irguió desafiante su cuerpo mojado frente a aquella falsa soledad que tenía delante. Sabía de sobra que los lulus lo estaban espiando. Y que en algún momento se acercarían aparentando indiferencia, pero queriendo saber qué había ocurrido en la reunión de los Brujos. Y sin embargo Welenkín no se esperanzaba en esa actitud de sus vecinos. Los conocía muy bien... La curiosidad de aquel pueblo estaba muy alejada del perdón.

Los lulus, conocidos desde siempre como criaturas furtivas y mezquinas para la amistad, se habían retraído aún más desde la matanza del desierto. Ellos se extinguían sin perder su rabia. Difícilmente podrían perdonar o volver a confiar en las demás especies. Menos todavía pedirían ayuda. Aun sabiendo eso, Welenkín iba a intentarlo una última vez.

El Brujo dejó caer su balsa, y se dirigió hacia una de las enormes moles de piedra que se alzaba solitaria en ese punto de la isla.

Las criaturas nunca se ponían de acuerdo cuando se trataba de determinar la forma de aquellos monumentos. Éstas aseguraban ver una cosa, éstas creían ver otra. Hasta una misma criatura cambiaba de opinión según el sitio desde el cual los estuviese mirando, según la posición precisa del sol o la dirección del viento. Ese día, desde ese lugar, con ese sol y ese viento, Welenkín pensó que aquella piedra desmedida tenía forma de rostro humano. Sentado a su sombra, el Brujo más bello que tuvo el mundo casi no se diferenciaba de la arena.

Welenkín empezó a mordisquear un trozo de pan con los ojos cerrados. Fingir ocupación y cerrar los ojos era lo apropiado para incitar a los lulus a abandonar sus escondites, y acercarse. El Brujo masticó su pan sin apuro.

La isla estaba quieta y callada. Aquél era su hogar a veces. Y era siempre el hogar de los lulus. Lugar rocoso, de aire blanquecino, golpeado de mar por todo alrededor. Y tan

austero en su hermosura que, aun sin verlo, Welenkín tenía las pestañas cargadas de lágrimas.

En aquel entonces se decía que de ese modo acrecentaba el Brujo su hermosura. "Es porque tanto se apasiona con la hermosura ajena que termina haciéndola suya."

Primero aparecieron los ojos, cientos de redondos ojos. Después las colas rojas. Después las amarillas. Al final, las blancas. Ojos, colas luminosas, pezuñas, barbas de los más añosos, vientres abultados y caídos sobre el par de patas que los sostenía; los lulus fueron apareciendo de a pedazos.

La mayoría se quedó esperando a mediana distancia. Tres lulus de cola amarilla, que habían sido de cola roja en tiempos de la gran matanza, llegaron cerca de Welenkín. El Brujo entreabrió los ojos. Los dos espacios de color dorado y contornos negros obligaron a los lulus a agachar la cabeza. Welenkín separó los labios espesos y enderezó el torso como indicando que iba a hablar. Sus vecinos se sentaron en la arena.

No eran muchos los lulus que poblaban Lewán pasados algunos años de la masacre. Y casi todos estaban allí. Si sabían cantar, ninguna criatura los había escuchado. Lo mismo si reían. Pero después de conocer las terribles noticias del desierto, los lulus pequeños aprendieron a llorar. Sin entender demasiado lo que ocurría, por puro reflejar la amargura que los rodeó de pronto y para siempre, fueron dejando salir quejidos. La piel rugosa de la panza se les agitó en compulsiones desconocidas. Entonces los colas rojas juntaron las manos en forma de cuenco para recibir el agua que les resbalaba por los hocicos.

Las primeras veces que aquello sucedió, los lulus mayores se esforzaron en entender el líquido que resultaba de la aflicción de los pequeños. Nada... Agua triste, sin valor de magia ni de arma. Insistieron en mirar con cuidado, pero no vieron esperanza alguna que viniera de allí: agua inservible derramada por los últimos colas rojas. Los mayores menearon la cabeza y nunca volvieron a prestarle atención a los llantos.

El pueblo de los lulus, mutilado en su capacidad de defenderse y de procrearse, luchó por mantener sus hábitos.

Excepto por el llanto, consiguió conservarlos. Nunca hubo entre ellos pertenencias de ninguna clase. No hubo una cueva de este lulu, ni una hembra de este otro. Una madre de este cola roja y no de aquél. Mientras estuvieron sobre esta tierra, los lulus tuvieron cuevas, madres, hijos y ancianos. Tuvieron un rito para nacer, otro para morir. Una isla blanquecina donde habían sido felices. Estos que estaban frente a Welenkín, llenos de rencor, tenían todo eso. Más una decisión tomada.

Welenkín intentaría quebrar aquella determinación. Sin embargo, el Brujo no estaba seguro de tener el derecho de hacerlo. Posiblemente por eso empezó hablando con lentitud. Largas vacilaciones separaban el inicio de una idea, de su remate; y las afirmaciones que comenzaban firmes se diluían en las modulaciones de la duda.

Así y todo, Welenkín habló para convencer a los lulus de retomar una alianza con el resto de las criaturas de Los Confines. Puso en ello su mejor empeño. Habló del dolor compartido por todas las Tierras Fértiles, contó con detalle la reunión de los Brujos. Y repitió, con especial fuerza, las palabras de Kupuka. También habló de perdonar, de volver a confiar en aquellos que no habían sido culpables de la gran matanza... Habló y habló sin descansar durante largas horas. Los lulus lo escucharon con atención, sin dar señales de convencimiento. Hasta para el Brujo era difícil ver qué cosas andaban por dentro de ellos. Welenkín pensó que, mientras tuviera fuerzas, seguiría procurando arrastrar a los lulus hacia la alianza del Venado. Lo ayudó su voz, mezcla de puma y hombre fatigado. Pero cuando no tuvo nada más que decir supo que había perdido.

Volvió a cerrar los ojos en espera de la respuesta de sus vecinos. Sabía que tarde o temprano ellos le hablarían. Dirían lo suyo, aunque no fuera lo deseado.

Mientras Welenkín no los miró, los lulus giraron la cabeza para ver lo que les quedaba. El pequeño pueblo que eran no tenía otra dignidad que su soledad mil veces vuelta a elegir, ni más historia que sus muertos inolvidables.

Las formas de los monumentos de piedra que se desparramaban por aquella zona de la isla se desvanecían con el comienzo del anochecer. Antes de las estrellas, un lulu hurgó en su barba y sacó de allí la Piedra Alba que les había sido devuelta como único consuelo.

-¿Dime si es alba esta piedra? -preguntó el lulu-. Vecino Welenkín, con tus ojos dorados podrás ver, a pesar de la noche, que nuestra Piedra sagrada no es más que un trozo de roca ennegrecida. Esta es la profecía cumplida. Esta es la verdad que nuestros asesinados fueron a defender. Ahora la dejaremos a tu custodia. Cuídala, hermano vecino. Si un día recupera su transparencia... Si un día eso sucediese, tendremos justicia hecha.

-Pero entonces ustedes ya no estarán aquí para recibirla -dijo Welenkín en un último forcejeo.

-Responde con la verdad, vecino. ¿Crees tú que quedará un lulu intacto cuando Misáianes se adueñe de la isla?

-Si actuamos con sabiduría y coraje es posible que nos mantengamos vivos. Al menos, vivos -insistió el Brujo.

-¡Ninguno de mi pueblo desea estar "al menos vivo"! -el lulu perdió de pronto sus buenas maneras.

-Permanecer -dijo Welenkín-. Permanecer es el único modo de regresar un día.

-No es ése nuestro pensar -dijo uno de los dos lulus que hasta entonces se habían mantenido en silencio-.

Permanecer de cualquier modo es siempre la decisión de las criaturas más sencillas y de las más soberbias. Una mosca azul decide permanecer. Una criatura humana decide permanecer. Un lulu decide extinguirse intacto. Intactos nos iremos de la Tierra... Es nuestra decisión irrevocable.

-Que así sea -aceptó Welenkín.

-¡Alégrate por nosotros! -dijo el tercer cola amarilla-. El Increado no tendrá forma de rozarnos con sus brutales designios. Nos iremos antes de recibir un rasguño por donde pueda penetrar su suciedad. Vuelve y diles a los demás que mi pueblo partirá al galope. Ásperos como siempre hemos sido, libres hasta del prójimo. Ya no hables de rencor, vecino. Solamente diles que galoparemos para ser lulus hasta el final.

En un instante, ojos, pezuñas, colas rojas, amarillas y blancas desaparecieron sin que hubiera escondites a la vista. Welenkín apretó la Piedra contra su pecho, y se derrumbó a dormir junto al gigante de roca para dejarlos marcharse en paz. Bajó los párpados. Se oscureció la isla.

Todavía faltaba amanecer cuando Welenkín caminó hasta su balsa para realizar un nuevo viaje hacia la costa del continente. Tenía noticias de que Thungür y el ejército zitzahay habían arribado a Los Confines, y acampaban en las inmediaciones de Paso de los Remolinos. También sabía que, pronto, el jefe de la columna zitzahay se reuniría con los ancianos y los guerreros más reconocidos de cada linaje, para oír las decisiones militares que habían tomado los husihuilkes. Seguramente, en casa de Cucub habría mucho de qué enterarse. También allí podría dejar recados para Kupuka. Pensando en eso Welenkín se dirigió hacia la casa que sólo había visitado una vez en su vida.

La casa de Cucub o, como muchos la nombraban todavía, la casa de Vieja Kush era una de las más australes y costeras de la aldea. Y estaba construida a cierta distancia del resto de las casas de Paso de los Remolinos. Welenkín llegó en el momento en que Thungür conocía y saludaba a sus sobrinos.

-Conoce también al que está en brazos de Kuy-Kuyen, es nuestro último nacido -dijo Cucub.

Thungür besó a sus dos hermanas y dio a Cucub un largo abrazo. Había dejado a sus hombres en el bosque para hacer una corta visita a su familia. Esa misma noche tenía que regresar porque la reunión con los guerreros y los ancianos se realizaría a la madrugada siguiente.

Welenkín esperó, sin hacerse notar, hasta que la familia pudo moderar su emoción. Y aprovechó la espera para decidir a cuál de los dos hombres debía dirigir el saludo ceremonial. No bien lo hubo determinado, avanzó de prisa.

-Te saludo, hermano Cucub...

El pequeño zitzahay miró a Thungür con modestia. ¿Era eso lo que correspondía? ¿Debía responder como hombre principal de la casa? Thungür se lo confirmó con una sonrisa franca. El saludo de ceremonia era todo suyo; y Cucub se esmeró en decirlo con excelencia para que toda la familia sintiera orgullo.

Cerca de ellos, los animales con cabellera también se reconocían. Hunde-la-Tarde venía de marcar un camino en lo alto de las Maduinas. Estaba agotado y débil. Aun así las líneas de sus ancas y el esplendor de su lomo se destacaban entre los animales de Cucub. Eran muy pocos, y la mayoría sólo servían para amigo, carga y aprendizaje de los niños. Todos menos uno que no estaba allí, y que Cucub se apresuró a traer de las riendas desde dentro del corral.

-Se llama Fuego Negro. Es mi animal con cabellera... El que me acompañará en las batallas.

Welenkín y Thungür se acercaron. Dos esbeltos animales, uno negro y otro gris, cruzaron sus cuellos en señal de aceptación.

-Ojalá todos los pactos fueran tan simples y claros -dijo Welenkín. Y sus palabras fueron premonitorias de lo que muy pronto ocurriría.

El día era bueno para permanecer a la intemperie. Welenkín, Thungür y Cucub se sentaron frente a frente sobre la tierra.

Tan pronto como Vieja Kush lo hubiese hecho, Kuy-Kuyen se dispuso a servir pan de maíz y agua de menta. Y para eso pidió ayuda a su hermana menor.

-Ven Wilkilén. Entremos a la casa para preparar el agasajo.

Encaró Kuy-Kuyen hacia su propósito, pero a mitad de camino notó que estaba sola.

-¡Wilkilén, ven aquí! -llamó.

Wilkilén andaba sin rumbo por el rostro de Welenkín.

-¡Wilkilén! -llamó más severa. Y recién entonces la vio correr a su encuentro.

-Kuy-Kuyen, explícame cómo ha hecho...

-¿Cómo ha hecho quién, qué cosa? -se impacientó Kuy-Kuyen.

—Cómo ha hecho ese Brujo que llaman Welenkín para que el padre sol le regale así nomás dos de sus rayos.

-¿Dos de sus rayos?

-Sí. Los que lleva en los ojos.

-La verdad es que eso parece -sonrió Kuy-Kuyen que ya comprendía-. La única vez que él vino a esta casa tú no habías nacido... Yo era muy pequeña. Sin embargo recuerdo ese rostro. No pregunté a Kush ni a Shampalwe lo que acabas de preguntarme,

porque nunca pude hablar tan bonito como tú. ¡Guarda esos ojos en tu espíritu, Wilkilén! No te hará daño hacerlo.

Mientras las mujeres trabajaban adentro, oyeron un galope que llegó brioso y se detuvo en seco cerca de la casa.

-Es Minché -anunció Wilkilén que ya estaba espiando.

Kuy-Kuyen pensó simplemente en más pan y más agua de menta.

Era Minché. Thungür lo recordaba muy bien. Debía tener casi sus mismos soles; y en el tiempo de ser ambos muy jóvenes eran las mejores esperanzas de su gente. En sus famas iba la de sus linajes, adversarios desde los comienzos. Por eso mismo ellos siempre se habían medido la hombría. Después llegaron las guerras contra los sideresios en la Comarca Aislada donde los jóvenes guerreros se esforzaron por superarse uno a otro en bravura.

La guerra terminó. Minché regresó al sur con el resto del pueblo husihuilke, y Thungür permaneció en la tierra de los Astrónomos donde olvidó a su rival, como a tantas otras cosas. Era evidente para Thungür que Minché venía a participar de la reunión del día siguiente como guerrero elegido de su linaje. Y era evidente en sus cicatrices que lo tenía merecido.

Los linajes de Minché y de Thungür se habían disputado desde siempre una zona de valles montañosos. Muchas batallas se habían peleado por mantener o recuperar esa región de buena caza, agua y minerales. A veces de unos, a veces de otros..., según donde el sol mirara. Ahora Thungür se asombraba de verlo en su casa: la reunión acordada iba a realizarse bastante lejos de allí y al amanecer siguiente.

El linaje de Minché habitaba el extremo norte de Los Confines, y subía tanto por las Maduinas que sus últimas aldeas se asentaban en la ladera este. Era gente de atravesar los pasos; montaraces de las dos laderas con costumbres semejantes a las de los habitantes del otro lado de las montañas. Linajes del este... Husihuilkes, sin duda. Pero, en mucho, distintos a los linajes que habitaban las regiones boscosas y las costas del Lalafke. También se asombró Thungür de la familiaridad conque Cucub lo recibió y, terminado el saludo, lo invitó a tomar parte en la conversación.

-Llegaste temprano para haber hecho tan largo camino -dijo Thungür.

—No es tan largo el camino desde Los Corales -respondió Minché.

-¿Los Corales?

Minché se estaba refiriendo a una de las aldeas más cercanas a Paso de los Remolinos. Y, por supuesto, hermana en el linaje.

-¿Por qué dices que vienes de Los Corales? -preguntó Thungür.

-Porque allí es donde vive el hermano Minché -intervino Cucub, entusiasmado de poder asombrar al hermano de su esposa-. Él y yo solemos cazar patos juntos. Ahora tú podrás acompañarnos.

La tensión que Cucub no advertía, a causa de su parloteo, le tironeaba las venas a Welenkín. El Brujo quiso mitigarla.

-Recuerda, Thungür, que has permanecido lejos de Los Confines por cinco años del sol. Estás empezando a conocer las cosas que han cambiado. Ésta es una, y buena. Dos Imajes que eran adversarios se han hermanado.

-Nuestros mayores llegaron a un acuerdo. Sin duda empujados por la cercanía del Enemigo que opaca todas las diferencias -la comodidad con la que Minché hablaba era tan visible como la incomodidad con la que escuchaba Thungür-. Ese acuerdo fue sellado con siete bodas. Una de ellas fue la mía con una mujer de Los Corales. Allí es donde vivo ahora, hermano.

Era un deber celebrar esa hermandad. Thungür celebró por deber.

-Celebro esta hermandad.

Con apenas afinar sus ojos dorados, Welenkín vio pasar el desafío como si fuera un haz de ínfimos insectos que iban de guerrero a guerrero. Ambos volvieron a ser lanzas de un linaje arrojadas a muerte contra otro. Sin importar si era buen momento, se despertó la pugna dormida por largos años. Welenkín sabía que así eran los hombres. Sólo ellos eran capaces de mantener una insignificante contienda en medio de la guerra del mundo.

Kuy-Kuyen y Wilkilén llegaban con el pan de maíz.

-Aunque... Sólo ellos son capaces de seguir amasando pan en medio de la guerra del mundo -murmuró Welenkín.

-Ninguno de nosotros ha comprendido a qué te refieres -rió Cucub-. Pero sonó bonito.

Las mujeres extendieron un lienzo y sobre él acomodaron los alimentos y la bebida. Todo lo hicieron sonriendo, por puro gusto de hacer más dulce la reunión de los hombres. Enseguida Kuy-Kuyen se fue tras sus niños. Y Wilkilén a su nogal a mitad de camino.

Al reparo de la sombra de su árbol más querido, ella jugaba a cruzarse las trenzas sobre los ojos para descubrir qué había cambiado en el paisaje cuando se las quitaba de adelante. Siempre había algo: una hormiga había torcido su camino; una hoja se había desprendido de la rama; una nube perdía su forma de sapo. O Welenkín estaba sonriendo frente a ella. Wilkilén pensó que el paisaje no tenía derecho a darle semejante sorpresa... Y para disimular su turbación se llevó las trenzas a la boca.

-Hay azul alrededor de tus uñas -dijo el Brujo-. ¿Estuviste pintando con añil?

Wilkilén fue incapaz de responder más que con una afirmación de la cabeza.

-¿Pintaste vasijas para tu hermana?

Negó con la cabeza.

-Entonces, ¿qué fue lo que pintaste, Wilkilén?

Respondió con las trenzas en la boca.

-¿Me dices que pintaste las manos de una anciana?

De nuevo la cabeza dijo que sí. Welenkín tomó las trenzas negras y las desprendió de los dientes que las sujetaban. Algo comenzaba a sospechar, y quiso seguir oyendo.

-Así que conociste a una anciana sin líneas en las palmas de las manos.

-Y además destrenzada -dijo Wilkilén con gesto de fatalidad.

Welenkín la escuchó contar su historia. Supo que estaba frente a la responsable de llevar a cabo una proeza. Recordó las palabras de Kupuka y vio razón en ellas: nadie mejor que esa criatura de aire para tratar con la Sombra.

-Y es por eso que tengo azul alrededor de mis uñas.

Welenkín se agachó, y cruzó la frente de Wilkilén con sus labios espesos.

-Gracias, airecito -le dijo.

Cuando se iba, Wilkilén lo detuvo.

-Ya lavé mis manos muchas veces -explicó confusa-. Pero el añil tarda en irse.

-Es verdad -sonrió el Brujo-. Tarda en secar, y tarda en irse.

Las más importantes tribus de los Pastores estaban reunidas en un oasis casi al centro de la Tierra sin Sombra. Esperaban a los sideresios que venían.

Aquel lugar era, sin duda, el más generoso de todo el desierto. Varios riachos que corrían cerca daban agua y pastura a los llamellos, y hasta permitían a los hombres alguna pesca. Además, al pie de las dunas que lo cercaban por el oeste, estaba el más grande ojo de agua de aquel desierto. Uno que difícilmente se secaba. A sus orillas crecía una vegetación que hubiese parecido mezquina en cualquier otro sitio, pero que allí era un prodigio de sombra y flores amarillas.

El mayoral pasaba casi todo su tiempo en aquel oasis, acompañado de su vasta familia y de sus hombres. Aunque los Pastores siempre prefirieron habitar en tiendas, habían levantado allí algunos refugios de piedra que los protegían durante las fuertes tormentas de arena. En esas mismas construcciones, el mayoral resguardaba sus bienes. Ahora, muchas otras tribus se reunían allí para recibir a los sideresios que llegaban a cumplir con su parte del pacto.

El oasis se había transformado en un gran campamento donde cada tribu ocupaba su espacio. Y donde los llamellos se agrupaban en los manchones de pasturas. Al momento de separarlos, los animales serían reconocidos con facilidad por las marcas de pertenencia que llevaban en sus vientres.

La gente del desierto llevaba unos pocos días de espera, y ya el abandono y la suciedad se amontonaban en pilas malolientes. Y desperdicios de toda clase se desparramaban alrededor de los toldos.

El mayoral de todos ellos permanecía en su tienda, comiendo y bebiendo en abundancia. Ocupado solamente en pedir a diario las novedades de los vigías, y en asegurarse de que los obsequios con los que pretendía impresionar a los jefes sideresios estuviesen listos. Los pastores, por su parte, pasaban gran parte del tiempo compitiendo entre sí, tribu contra tribu, en uno de sus juegos predilectos.

El juego consistía en arrojar un hueso de llamello, y lograr que cayera del modo adecuado y en el mejor sitio entre una serie de marcas hechas en la arena. Era frecuente que, tras largas horas de jugar y beber, los hombres acabaran ensañados y golpeándose con furia por un resultado que no reconocían como justo. Algunas noches, peores que otras, hubo que llevar un muerto a los cañadones.

Las mujeres y los niños, sucios y ojerosos, miraban desde la sombra de las tiendas con la misma mansedumbre de los llamellos.

La tarde en que los vigías anunciaron que los sideresios estaban a la vista, el campamento entero festejó. De inmediato el mayoral envió emisarios con los primeros obsequios. Ordenó que las jóvenes se envolvieran el cuerpo con pieles nuevas y se pintaran la frente y el mentón con azufre y rojo. Ordenó también que los mejores llamellos se pusieran a la vista.

Los emisarios volvieron antes de lo previsto, y sin haber logrado entregar los obsequios. "No nos permitieron llegar a sus jefes", dijeron. "Ellos enviaron una avanzada que nos detuvo el paso. Dicen que aguardemos... Que ellos llegarán hasta aquí y entonces habrá tiempo para dar y recibir. Dicen que recordemos un nombre:

Drimus. Y que sepamos que, en esta expedición, no llega jefe por encima de él. Que recordemos ese nombre, y que aguardemos."

El mayoral aceptó la espera, y la pasó relamiéndose en su tienda. Tal como se lo habían asegurado, los sideresios llegaban vencedores. "Y cuando lleguemos, ustedes recibirán su recompensa por ayudar a la causa del Amo..." El mayoral pensaba que ya no importaban los sufrimientos pasados.

El desierto exhausto, más la pérdida del antiguo intercambio con el pueblo de Los Confines los había hecho víctimas de hambrunas horrendas. Pero todo aquello se transformaría muy pronto en malos recuerdos porque llegaban los sideresios vencedores para aliarse con ellos, y retribuirles con riquezas la traición que los Pastores del Desierto habían consumado en favor de las fuerzas de Misáianes. El mayoral ya sentía el gusto de los buenos tiempos que llegaban.

El ejército sideresio se dejó ver desde lejos. Al principio fue solamente una gran nube de arena tras la cual apenas se distinguía una forma inmensa y oscura que ondeaba a causa del intenso calor del desierto.

No bien le dieron aviso, el mayoral salió a esperarlos, vestido con sus mejores galas. A su alrededor, se apiñó su pueblo que también quería recibir a los que venían a recompensarlos, y a sellar con ellos una alianza que los enriquecería.

Tuvo que pasar casi una hora para que el ejército llegara al oasis.

Drimus detuvo su cabalgadura a poca distancia del llamello que montaba el mayoral. Detrás de él se detuvieron los jefes militares, y toda una guarnición montada a lomo de animales enjaezados, portando los estandartes negros de Misáianes. El pueblo de los Pastores alzó un murmullo de admiración que se mezcló con los primeros malos presentimientos de mujer.

"Soy el mayoral de todas las tribus de los Pastores. Soy el mayoral de la Tierra sin Sombra. Y estoy aquí para recibirlos..."

Drimus giró la cabeza hacia uno de sus mandos militares en un gesto convenido. A la señal del jorobado, el jefe militar sacó con lentitud el arma que llevaba cruzada en su espalda. El mayoral de los Pastores pensó que aquél debía ser el primer obsequio de los sideresios, y sonrió. También sonrió el jefe militar mientras se preparaba, y sonrió Drimus al momento de chasquear los dedos. Hasta los pastores estaban sonriendo cuando escucharon, por primera vez en sus vidas, el ruido del fuego.

El mayoral tuvo un instante para asombrarse. Después, su pueblo lo vio volcarse hacia adelante y aferrarse al cuero del llamello antes de comenzar a resbalar por el pelaje encharcado. El mayoral debió morir mucho más lentamente de lo que todos creyeron, porque alcanzó a repasar cada una de las promesas que le habían sido hechas a cambio de traicionar a su propio continente. Ante él aparecieron los ojos de los lulus; la inocencia de aquellas criaturas agradecidas del agua envenenada que les ofrecieron para calmar la sed. Mientras las manos se le aflojaban, el mayoral repasó el pacto con Misáianes y su supuesto jugo tantas veces relamido. El jugo era su propia sangre que se iba, también eso alcanzó a pensar.

-¿Quién más de por aquí se llama mayoral? -preguntó Drimus.

Nadie respondió. Pero la cobardía no les sirvió de nada.

Otro gesto convenido, y unos pocos soldados sideresios desmontaron. Les divertía la tarea de elegir cuál de todos: estas muchachas pintadas de azufre..., tres ancianas..., algunos de los hombres que parecían más débiles. Todos ellos fueron amarrados con un solo cordel y apretujados cuerpo contra cuerpo, igual que un haz de leña. Los sideresios volvieron a montar, y les hicieron ronda con sus animales. Disparó uno, después otro.

Era un buen juego, y no había por qué apresurarlo.

-A la línea azufrada que cruza ese mentón.

-A las manos cruzadas contra el pecho de esa vieja color tierra.

-A ese vientre.

-Al centro de esa súplica.

Cuando acabaron Drimus ordenó que le acondicionaran la tienda de! Mayoral. También quiso que metieran allí dentro a sus cachorros; necesitaba descansar y sólo podía hacerlo bien si sus perros lo acompañaban.

Por el momento sobraban esclavos. Los nómades del desierto, aquellos que solían despertar en medio de la noche y marcharse a otro sitio por puro gusto de andar, se encogían bajo los primeros latigazos. Fueron muy pocos los que alcanzaron a entender que pagaban el precio de conjurar contra sus propios hermanos. La mayoría apenas supo cubrirse de los golpes, y obedecer.

Si los guerreros husihuilkes hubiesen visto aquello habrían comprendido las palabras de sus ancianos cuando les negaron desperdiciar, en una guerra contra los Pastores, las fuerzas que debían reservar para el primer enemigo. "La traición embrutece. Dejemos que sigan... Ellos avanzan hacia su aniquilamiento."

Al sol del siguiente día los Pastores fueron seleccionados según sus condiciones. Las mujeres, los niños y los ancianos se reservaron, mientras hiciera falta, para la esclavitud doméstica. Los hombres fueron enviados como caravanas de muertos a cavar sin descanso donde la roca prometía riquezas. Luego serían destinados a ocupar la vanguardia y las primeras líneas de ataque para que obraran como escudo en la batalla final contra el ejército de las Tierras Fértiles.

Los sideresios iban a permanecer en el oasis durante algún tiempo. Soldados y animales debían descansar y reponerse. Pero, sobre todo, debían darle tiempo a la flota que llegaría por el Lalafke con armas suficientes para arrasar el resto de aquel continente, y esclavizar en nombre del Amo Misáianes a los que se soñaban libres. La posesión militar de los sideresios había llegado hasta el desierto que se extendía entre la Mansa Lalafke y el Pantanoso. Para seguir adelante, y avanzar sobre Los Confines, necesitaban el poderío que iba a llegar con las naves. Mientras eso no ocurriera estaban obligados a permanecer allí; no tenían hombres ni armas suficientes para otra cosa.

-Aquí y en silencio... Cuando llegue nuestra gran flota ustedes darán su batalla final. Yo, mientras tanto, continuaré con la mía — dijo el Doctrinador. Los jefes militares entendieron que así debía ser.

Ahora eran los sideresios quienes jugaban y reían. Las mujeres y los niños del desierto iban y venían bajo el sol desde los ríos al campamento, y de nuevo a los ríos, para proveer de agua a los sideresios y a sus animales. La comida, que ya era escasa antes de la llegada del ejército de Drimus, se hizo del todo insuficiente. La mínima pesca que ofrecían los riachuelos, algunos animales de monte pobres de carne y las tunas de los espinos no alcanzaban a saciar el hambre de todos. Muchos llamellos fueron muertos entonces para alimento de los vencedores.

Amontonados a un lado de las hogueras nocturnas los Pastores esperaban los huesos que los sideresios arrojaban lejos y se los disputaban sin piedad. O rondaban ansiosos los desollamientos para abalanzarse sobre la grasa y el cuero desechados.

Muertos los llamellos, envenenados los oasis, esclavizados los andariegos del desierto: un pueblo menos sobre la Tierra.

Sobre el rastro de los sideresios, aunque cada día más distanciada de ellos, Nanahuatli cruzó el continente.

El mal comer, sostenido durante tanto tiempo, la había enflaquecido hasta hacerla parecer la sombra de un espanto de nadie que no podía dejar de caminar. Las cientos de pequeñas heridas en su cuerpo, el miedo a casi todo, la fatiga de andar incansablemente y aun así estar cada vez más alejada de sus guías, la tentaban a dejarse caer en un lugar cualquiera. Sin embargo había un amor. Nanahuatli se levantaba y volvía a caminar sobre las huellas del ejército. "Este último día..., este último y ninguno más", se repetía para seguir soportando. Nanahuatli protegía a diario sus pies cubriéndolos con una gruesa envoltura de hojas frescas que sostenía con las cuerdas de las sandalias que se había tragado el camino. Gracias a eso mantenía limpias las úlceras y lograba andar a mejor paso.

El alto de los sideresios en el oasis de los Pastores le permitió darles alcance.

Nanahuatli encontró nuevo escondite en el centro de una acumulación de grandes rocas. Desde ese lugar pudo espiar sin ser descubierta. Vio pasar una caravana de hombres encogidos bajo los látigos sideresios. Nanahuatli recordó a Thungür, y supo que esos hombres suplicantes no podían ser husihuilkes. Miró el desierto que la rodeaba. "Su casa al costado del bosque todavía debe estar muy lejos."

Nanahuatli no podía comprender la razón de aquella pausa en el camino. Y menos, quiénes eran esos hombres tan duramente maltratados. Como fuera, ella no podía hacer más que permanecer escondida esperando que los sideresios retomaran su marcha. Sabía que lo harían porque así lo había gritado el jorobado frente a la Casa de las Estrellas. Los sideresios querían llegar a Los Confines. Ella también. Cuando el ejército retomara la marcha, lo seguiría pegada a sus talones. Nanahuatli se repetía a sí misma que iba a conseguirlo. El reposo estaba devolviéndole fuerzas a sus piernas y a su espíritu.

Todos los atardeceres Nanahuatli se arrastraba por las dunas hasta llegar cerca del asentamiento sideresio. Quería asegurarse de que no hubiera movimiento alguno que indicara la inminencia de la partida. Cuando lo comprobaba, volvía a su escondite. Esas rocas fueron su casa en medio de un territorio enemigo: allí se curó con cuidado las peores heridas, masticó tunas y raíces como si fueran las mejores comidas del palacio donde había crecido. Y sobre todo durmió, durmió con buenos sueños. A veces, casi siempre al despertar, pensaba en Thungür y sonreía.

Nanahuatli no podía saber que estaba recobrando fuerzas en el oasis más generoso de aquel desierto. No por otra causa los Pastores lo habían elegido para acampar en espera de los sideresios. Nanahuatli solamente sabía que cerca de su casa de piedra había varios hilos de agua, parecidos a ríos. Siempre por las noches, iba hasta alguno de ellos para refrescar su cuerpo lastimado. Tomaba toda el agua que necesitaba y enseguida regresaba a su escondite.

Todo comenzó porque, esa noche, el hilo de agua era más río que nunca. Había cubierto casi todo el cauce. Hacía ruido de ir camino al mar, y se llevaba el cielo.

Por culpa de tanta belleza Nanahuatli extendió su cuerpo en la orilla, donde el agua

apenas la rozaba, y se quedó dormida.

Horas después dos soldados sideresios se acercaban al río buscando aliviar las náuseas de una borrachera. Arrastraban los pies y se tambaleaban un poco al andar. Uno de ellos regaba el camino con el asco oscuro que llevaba adentro.

Nanahuatli dormía. El río, que oyó acercarse a los soldados, quiso disimularla con arena y guijarros pero sus esfuerzos no alcanzaron. Los dos sideresios la descubrieron al mismo tiempo y se detuvieron en seco. Por un momento cada uno de ellos creyó que esa mujer dormida a orillas del río era una mentira de la bebida de maíz. Se miraron uno a otro buscando saber si veían igual. Era verdad. Era mujer. Y no pertenecía al pueblo de los Pastores.

Dos sonrisas despertaron a Nanahuatli. La mujer abrió los ojos de golpe. Lo primero fue tratar de entender qué eran esas manchas que interrumpían el color de la arena. Pies... Eran pies calzados de negro. Levantó un poco la cabeza para entender mejor. Eran piernas vestidas de negro. Dos torsos desnudos, dos dentaduras feroces. Nanahuatli se incorporó de un salto. Los sideresios agrandaron la sonrisa, pero no dieron ni un paso adelante. Nanahuatli miró a su alrededor. No había nada más que arena. Y en el fondo del mundo, las rocas donde siempre se ocultaba. El miedo le hizo imaginar que llegando allí estaría a salvo. Como si su escondite fuera un palacio de puertas macizas con guardias armados. Nanahuatli empezó a caminar sin quitar la vista de los hombres soñando que, mientras los mirara, ellos no podrían moverse.

Y así fue al principio. Los sideresios permanecieron inmóviles mientras la mujer ganaba distancia. Sus risas, en cambio, habían cruzado el río y la tocaban. Nanahuatli intentaba quitárselas de encima con gestos desesperados. Entonces los hombres reían más alto.

-¡Desciende, Ahijador! Desciende y retarda el vuelo -el Brujo ordenaba desde su sitio; sentado justo en el centro de la Puerta de la Lechuza.

El Halcón Ahijador volaba, muy a su pesar, por cielos inusuales. No era amigo de ese norte desértico que ahora le pedían vigilar.

Por una vez el Halcón Ahijador sufría las consecuencias de su castigo. Aquel desobedecedor, diferente a todos los anteriores, no se había dejado derrotar por su destino de ver el cielo y caminar por la tierra. El castigado aprendía a ser pájaro. Ahora eran dos forcejeando por ocupar un mismo espacio. El Halcón Ahijador y el Brujo sabían que solamente había un alma para los dos, y que estaban destinados a mezclarse de todos los modos posibles. Por ahora, uno luchaba por imponer la voluntad del pájaro, y otro la del Brujo. Castigador y castigado acabarían sin saber dónde empezaban y dónde terminaban. Pero el Brujo, conociendo que todavía faltaba mucho para ese momento, decidió cambiar su manera de pedir.

-Ahijador de todos los cielos, te pide el Brujo que eres que descendamos para ver lo que ocurre... Hueles, mejor que yo, el miedo de esa mujer y la brutalidad de esos hombres.

Cuando bajaron lo suficiente, el Brujo vio que la mujer no era de un pueblo que él conociera. Pero eso no le importó. Los que estaban cruzando el río eran enemigos.

En unas pocas zancadas los sideresios estuvieron en la otra orilla listos para comenzar la cacería. La pobre lastimada se caía en su carrera. Se levantaba y seguía sin saber hacia dónde.

Ni Nanahuatli, ni los sideresios imaginaban que un Brujo andaba por el cielo.

-¡Mira ese enorme pájaro! -le gritó un hombre a otro, queriendo quitarse el miedo-. Dicen que por estas tierras ellos pueden comprenderlo todo y, también, contarlo.

-Mejor así. ¡Que vea y que cuente!

Para entonces, la suerte de Nanahuatli estaba cercada por todos lados. Los soldados le habían dado alcance, y la mantenían acorralada en el centro de un círculo que se ceñía. Nanahuatli veía un espacio para escapar, y cuando lo intentaba había un hombre delante. Un nuevo espacio, y el otro hombre le cortaba el paso. Ambos tenían los brazos abiertos como mostrándole los límites que ya no pasaría.

-¿Ves esto, pajarraco? -el sideresio hizo un gesto desafiante—. Ve y cuenta que las mujeres de la Tierras Fértiles se transforman en liebres cuando estamos cerca. La misma cara de miedo. Y el cuerpo que les tirita como a las liebres que atrapamos por el pescuezo.

En esta ocasión no hicieron falta órdenes ni ruegos. El Brujo y el Halcón sintieron la misma furia. Y tomaron idéntica decisión.

Por primera vez el Brujo no preparó su estómago ni apretó los ojos para aguantar lo que se avecinaba. Al revés, quiso ver y sentir el tironeo de la carne despedazada. El Ahijador tensó el cuerpo y voló recto sobre el sideresio que había hablado. El Brujo le sumó la sangre. El resultado de la cruza fue un ave de enormes proporciones y mente clara que se abalanzó para matar.

El sideresio no tenía modo de comprender lo que estaba ocurriendo. Gritó mientras pudo, y dio manotazos inútiles contra el guerrero de plumas negras que lo atacaba. El ave se abalanzaba sobre él, después se alejaba un poco, encrespaba las plumas y, con la mirada clavada en su víctima, volvía al ataque. Muy pronto, el hombre perdió pie y cayó sobre la arena con el cuello agujereado. Fue el Brujo, y no el Halcón, quien le buscó los ojos con el pico. Mientras eso pasaba el otro sideresio corría intentando ponerse a salvo. No tenía sus armas, y nada en las venas que lo hiciera quedarse a dar pelea.

-No lo dejes ir -pidió el Brujo.

El Halcón Ahijador abandonó al moribundo, y voló sobre el que se escapaba.

-A éste vamos a dejarle un poco de tiempo y un pedazo de lengua para que vuelva y cuente -decidieron.

El ataque fue rotundo: el pico se ensartó en la garganta y tironeó hacia afuera. Sin embargo, tal como lo habían decidido, el sideresio tuvo un plazo de vida que le permitió llegar al campamento. El Brujo Halcón lo miró atravesar el río sollozando y espantando sombras. Recién entonces, los dos volvieron a pensar en la mujer.

-Volemos hasta esas rocas —dijo el Brujo.

Durante el ataque Nanahuatli había corrido a ocultarse. Estaba acurrucada y tenía la cabeza metida entre los brazos. Un ruido de alas sobre ella la sobresaltó... Miró hacia arriba y vio que, posada en la roca más alta, un ave la estaba esperando. Se asomó con cuidado fuera de su escondite para terminar de saber lo que había sucedido. El muerto era un bulto confuso tirado en la arena. Lo demás era el desierto en calma.

-No te conozco, ave -dijo Nanahuatli-. No sé qué buenos vientos te trajeron para mi salvación. Sólo puedo decirte que te amaré mi vida entera. Y mientras tenga voz hablaré de un pájaro prodigioso. Pájaro de los pájaros, y de todo el cielo.

Nanahuatli no sabía que estaba en presencia del Halcón Ahijador; el ave que crecía de tamaño cada vez que se contaba su leyenda.

El Brujo miraba el rostro de la mujer. Alguna vez había sido un hombre, de modo que pudo reconocer su belleza ajada por los sufrimientos del viaje.

-Mi nombre es Nanahuatli -era seguro que el ave la escuchaba y la entendía-. Vengo desde el país de los Señores del Sol... He seguido el paso de los sideresios para llegar a

Los Confines. Es allí donde vive el amor. Se llama Thungür, y yo voy a encontrarlo.

En el bosque de Los Confines, el Brujo se irguió en su sitio. Recordaba al hermano entrañable de Piukemán. Y quizás todavía lo amaba.

-Ahijador, bien sabes que nunca llegará si no la ayudamos. Apártala de los sideresios. Condúcela hasta aquí. Si la miras con paciencia a los ojos, yo podré hacer que ella comprenda nuestro propósito.

-No preciso de ti, ni de tu paciencia, para que ella me comprenda.

El Halcón abrió sus alas enormes y cubrió el cuerpo sudoroso de Nanahuatli. Nunca antes había abrazado a una mujer. Después graznó, y ella comprendió cada cosa que le dijo. Supo que a partir de ese momento debería seguirlo. El pájaro conocía al hombre Thungür; conocía su casa. "Te llevaré a salvo. Ven conmigo... Camina tras el rastro de mi vuelo, porque el de los sideresios te conducirá al dolor."

Así fue como Nanahuatli tuvo mejor guía. El Halcón Ahijador eligió caminos seguros para alejarla de los sideresios. Luego continuó guiándola hacia Los Confines.

El hombre que volvió del río, sangrado y lloroso, alcanzó a contar antes de morir. Después de oírlo y durante muchos días, los sideresios miraron el cielo a cada momento. Los que creyeron la historia y los que no; todos temblaban cuando algún ave negra andaba cerca.

Y mientras la mujer y el pájaro avanzaban hacia el sur, el ejército husihuilke comenzaba su marcha hacia el norte en busca de la guerra. Por necesidad, un día del camino tuvieron que cruzarse.

-¡Mira de qué extraña manera vuela ese halcón! -dijo Thungür a uno de sus hombres, señalándole un lugar del cielo entre los árboles-. Está volando a muy baja altura y en círculos lentos. Es un ave del sur de las Maduinas... ¿Por qué estará tan lejos de su hogar?

Dos mujeres del pueblo de los pastores aventaban el fuego en el que iban a cocinar para Drimus. Un soldado sideresio les había ordenado preparar caldo de pescado para el Doctrinador. Se los dijo al mismo tiempo que tiraba, sobre una de ellas, un manojo de pescados. Drimus quería beber caldo; por eso dos mujeres preparaban el fuego mientras una tercera traía agua en un caldero de hierro.

Después de poner el caldero sobre las llamas las tres permanecieron alrededor de la cocción, viendo cómo las lonjas de pescado iban dándole color al agua.

Las cocineras del jorobado permanecían en silencio y no apartaban los ojos del caldero, como fascinadas por los movimientos lentos de los trozos de carne que se movían en el agua tal como si nadasen, tal como si aún fuesen peces de un río claro del oasis donde habitaba un pueblo que tenía vecinos para comerciar, tal como si jamás hubiesen traicionado. Pero nada de eso era cierto... Los Pastores pagaban la peor traición. Y lo que aquellas mujeres tenían enfrente era carne, vísceras y escamas flotando en un caldero; y no peces nadando en un río.

Las tres eran muy jóvenes. Y aunque pertenecían a rangos diferentes, eso ya casi no se notaba. Apenas la vestimenta de una de ellas se distinguía por algunas señales de lujo opacadas por la suciedad.

-Hoy lo haremos -pensó una de las mujeres.

-Este caldo con vísceras nos servirá -pensó otra.

La mujer que vestía las mejores ropas no se animó a pensar; temía que el pensamiento pudiera delatar sus intenciones. Por suerte el jorobado no andaba cerca. El era el único capaz de adivinar lo que no se veía ni se escuchaba.

Aquellas tres mujeres contaban con la aprobación de muchas otras para hacer lo que se proponían. Las mujeres del desierto fueron capaces de llevar a cabo lo que ninguno de sus hombres se atrevió a imaginar.

Cada día veían morir a su pueblo. Y tuvieron la virtud de saber perder a tiempo la esperanza.

Eran mujeres... A lo mejor por eso, pudieron recordar ciertas cosas.

Recordaron, por ejemplo, cómo olían las noches antes de la matanza de los lulus. Recordaron el tiempo en que eran buenos vecinos de los husihuilkes. Entonces solían cruzar el Pantanoso con algunos llamellos para comerciar. Del otro lado del río esperaba la gente de las aldeas limítrofes con harina, hierbas medicinales y frutas secas. Ya de regreso a sus campamentos celebraban el buen trato realizado. Esas noches comían frutas y tortas de semillas. Y también bailaban.

Pero un día los hombres comenzaron a comportarse de manera extraña. Se reunían más a menudo con los jefes de tribu y con el mayoral de todos los Pastores. Hablaban de un poder que venía desde lejos, y que los llenaría de abundancia.

Las mujeres también recordaban que nadie les había preguntado. Jamás sus hombres les habían dicho que se estaba tramando una nueva alianza, y una traición. Después llegaron los sideresios, y el primer traidor fue el primer asesinado. Muy pronto quedó ante los ojos que las promesas de abundancia eran una burla despiadada.

Por eso, esta vez, ellas tampoco preguntaron. Ante cada muerte, se miraron una a

otra. Y cuando el dolor se hizo insoportable, tomaron una decisión.

Los Pastores del Desierto eran conocedores de una antigua práctica para la preparación de un veneno sin regreso. La preparación requería años de paciencia, esperando que los componentes fermentaran y se unieran bajo la arena. Desparramados y ocultos en distintos lugares del desierto había nichos donde se maceraban las sustancias mortales: vainas estriadas, fruto ácido del río y hojas que llamaban "oreja retorcida". Los sitios en los que fermentaba la poción se señalaban con una piedra donde se tallaban las pinzas de un escorpión. A medida que transcurrían los años se añadía una nueva piedra. De ese modo los pastores podían saber el momento en que el veneno estaba maduro. Al abrir los nichos, apenas quedaba un pequeño montículo de todo lo que allí había sido puesto; pero para matar a un hombre fuerte bastaba con una pizca.

Una de las mujeres que cuidaba el caldero buscó bajo la tira de su sandalia y sacó una hoja donde envolvía un granito de polvo grisáceo que dejó caer en el caldo.

El veneno del desierto no tenía sabor. De modo que, tal como los lulus, el jorobado lo bebería sin sospechas.

Los sideresios eran hombres que tenían aletargados los sentidos. Ensimismados, la mayor parte del tiempo, en sus propias miserias. De lo contrario habrían notado que algo sucedía entre las mujeres. Para ninguna criatura de las Tierras Fértiles, acostumbradas a reconocer indicios, podía pasar desapercibido un encadenamiento de miradas, el leve fruncimiento de la nariz disimulado bajo el brazo que secaba la frente, el crispamiento de una mano que decía algo. Mano que decía: Ahora.

Sin embargo, aquel día los sideresios no percibieron nada inusual.

Una mujer se acercó diciendo que el caldo que le habían ordenado estaba listo. Ella traía una vasija envuelta en un lienzo, El sideresio le hizo una señal para que lo siguiera hasta la tienda donde Drimus esperaba. Ya junto a la entrada, el hombre tomó la vasija y le indicó que se marchara.

La mujer regresó con las demás. Las otras ya habían derramado el líquido sobrante y limpiado cuidadosamente el caldero. Cualquiera, hasta una mosca azul, les hubiese notado el temblor. A los sideresios no les alcanzaba el alma.

Había pasado un rato desde que el sideresio abandonara la tienda de Drimus, después de dejarle la vasija humeante, Las miradas de las mujeres se buscaban preguntándose qué estaría ocurriendo. Era posible que el jorobado todavía no lo hubiese bebido.

Las mujeres del desierto conocían con detalles los síntomas que precedían a la muerte. Primero, el envenenado sentía adormecerse sus pies. Casi enseguida llegaba un dolor que comenzaba en el estómago y bajaba hasta las ingles. Por entonces todavía el envenenado podía moverse; fue cuando los lulus intentaron escalar las paredes de la hondonada. Pero eso duraba muy poco porque enseguida los músculos de todo el cuerpo empezaban a ponerse rígidos, y el envenenado caía chorreado de heces blancas.

El jorobado apareció en la puerta de su tienda; se lo veía indeciso y tembloroso. Las mujeres bajaron la vista y simularon realizar sus faenas. Drimus comenzó a caminar tambaleándose. Todos en el campamento se detuvieron a mirarlo. El jorobado caminaba tanteando el aire, y las mujeres recordaron que a veces el veneno traía ceguera unos minutos antes de la muerte. Así anduvo Drimus, sin saber hacia dónde. Sus hombres empezaban a agolparse tras él, cuando el Doctrinador se detuvo frente a un grupo de mujeres. Allí estuvo inmóvil, empalidecido. También las mujeres se inmovilizaron esperando que el fin llegara rápido. El Doctrinador tenía los ojos desmesuradamente abiertos y secos. Entonces comenzó a torcer la boca en un gesto que se parecía a una

sonrisa. Y muy despacio dejó que cayera por las comisuras, en dos hilos delgados, el caldo que jamás había tragado.

Después giró con el brazo extendido, profiriendo un grito de maldición para todo el desierto. Se detuvo con una mirada que helaba la sangre. Todo lo que dijo a partir de ese momento fue con voz suave, casi femenina.

-Alguien pensó que podía envenenar al mago -fueron sus primeras palabras-. Ahora el mago tiene que enojarse.

Drimus ordenó que las mujeres volvieran a preparar caldo de pescado.

-Pero esta vez tendrán que hacerlo en uno de los grandes calderos donde cocinan para el ejército. Y yo pido que sea sabroso.

Los sideresios arrastraron a las mujeres hasta la hoguera, y las mantuvieron vigiladas mientras cocinaban por orden de Drimus. Cuando el caldo estaba hirviendo, el Doctrinador se acercó a una de ellas:

-Parece en tus ropas que alguna vez tuviste un rango -el jorobado le miraba las sandalias, y sonreía-. Entonces voy a llamarte princesa, ¿es apropiado?

El olor del miedo era fuerte en el campamento; ni la luz de la luna, que ya estaba en el cielo, lograba suavizarlo. A lo lejos, se escuchaban los graznidos de los carroñeros acercándose.

-Y la princesa del desierto podrá decirme quién tiene algo de ese veneno de ustedes que nunca podría haberme engañado.

La mujer pensó que sería bueno que la muerte viniese pronto; porque la mujer creyó que aquel caldo que hacían era para ellas. Por eso sacó el último veneno que escondía y extendió la mano hacia el jorobado.

-No a mí -dijo Drimus-. No a mí... Échalo tú misma en el caldero.

Pero lo sideresios sabían que Drimus no se contentaría con la muerte de aquellas mujeres. Antes de que el Doctrinador diese alguna otra orden, los jefes militares se acercaron a hablarle. Eran hombres bestiales, sin siquiera el orgullo de aquel Leogrós que un día había comandado el ejército de Misáianes. No obstante eso balbucearon frente al jorobado y tomaron innumerables prevenciones de comedimiento para decirle que tuviese en cuenta las necesidades militares; que el altísimo mago de la más altísima Cofradía del Recinto recordase que los hombres del desierto eran indispensables en sus planes de batalla.

-Lo sé -dijo Drimus-. Claro que lo sé.

Y agregó:

-¿Acaso he hablado yo de hombres...?

El Doctrinador pidió que le acercaran una caña. La examinó con detenimiento, la apoyó sobre el suelo arenoso y luego la quebró un poco más abajo de su cintura.

-Ésta es la medida -dijo.

Los sideresios comprendieron.

-¿Cuántos?-le preguntaron.

Otra vez, el jorobado era dueño de la vida y la muerte. Era su voluntad elegir un número cualquiera, y eso lo disponía para el placer: podía decir dos o veinte. Podía, si así lo deseaba, hacer que los contaran y luego elegir el número exacto. Podía ni siquiera detenerse a pensarlo, y eso fue lo que hizo.

-Diez niños por cada cocinera -ordenó.

Gritaron las madres, y corrieron a proteger a sus hijos. Pero treinta veces los sideresios las cruzaron con sus látigos y se los arrebataron de los brazos. Todavía intentaron las mujeres arrojarse a los pies de aquellos hombres suplicando que tomaran

sus vidas a cambio de la de sus hijos, y treinta rostros fueron pateados con furia.

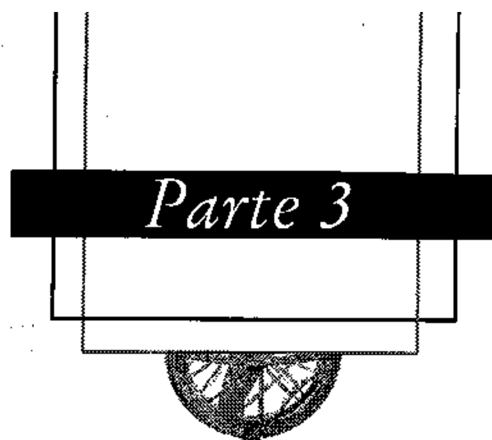
Los niños pastores estaban hambrientos; así que recibieron con alegría el caldo que el propio Drimus les dio a beber de un cucharón.

-Con cuidado, pequeños -decía Drimus-. Con mucho cuidado...

A los que aún se amamantaban, el Doctrinador les puso en la boca sus dedos mojados en caldo.

. -Toma -decía mientras el niño sorbía su dedo-. Verás que es tan sabroso como la leche de tu madre.

Lo último que vio la luna de esa noche fue mujeres de rodillas, pastores con los ojos cerrados. Y una caravana de llamellos que se alejaba cargada de niños dormidos, seguida de cerca por una bandada de pájaros hambrientos. Tan hambrientos como estaban los niños antes de dormirse.


Parte 3

Apenas llegaron noticias de que los sideresios ocupaban un oasis de la Tierra sin Sombra, los hombres comenzaron a preparar la marcha hacia el norte. Tal como los Brujos lo habían vaticinado, iban a buscar la guerra que conocían.

La estrategia que se proponían llevar adelante era el resultado de muchos conocimientos sumados. La palabra de los guerreros, seguro. Pero también las valiosas noticias que habían reunido las criaturas, la prudencia de los ancianos y, sobre todo, la sabiduría de la magia.

El ejército de las Tierras Fértiles era una fuerza numerosa. Bien adiestrada, armada y montada. Y de nuevo, igual que lo había hecho años atrás, salía a pelear contra el Odio Eterno.

"Es la misma guerra, es el mismo enemigo. Por soles y soles, Misáianes se disimuló para permanecer entre nosotros; y estuvo dañando lo que no ven los ojos. Que nadie olvide las palabras de los códices bóreos, ni el vaticinio de la Piedra Alba. Una vez estuvimos confundidos... Ya no es posible. El que ahora dude, ahora traiciona. Misáianes manda que se transforme en polvo nuestro continente. Un puñado de maíces a salvo será el único camino de regreso." Un puñado de maíces, eso era cosa de Brujos. Los hombres, en cambio, partían a matar.

El Venado recordó para hacerse fuerte. "Misáianes llegó para extinguir el tiempo de los hombres, el tiempo de los animales y del agua, del verdor y de la luna, el tiempo del Tiempo. Muchos se embriagarán con su veneno y otros caeremos en la batalla. Y es mejor caer en la batalla...", así hablaron los bóreos.

Venado fue el nombre de la alianza que unió a un continente de orgullosos. El olor de Misáianes les agotó la salud y puso rancio el pan. La saliva de Misáianes llegó hasta el lugar del entendimiento. Su ejército envició toda belleza, y vomitó resaca en los ríos hasta espesarlos. Por causa de su presencia en el mundo llovió herrumbre sobre los árboles, corrió orín por las laderas de las montañas, se ulceraron los animales de la tierra, se callaron los pájaros... Todo eso ocurrió, pero el continente del Venado se cerró como una flor de los espinillos del cerro. Adentro quedó a salvo el orgullo. Cosa de Brujos.

"Recordemos que muchos pelean junto a nosotros esta guerra. Hasta los poderosos Señores del Sol, tristes encandilados que ya han de estar de llanto, regresarán un día a nuestro lado. Pelean aquellos de la Comarca Aislada que, junto a sus Astrónomos, atravesaron el fuego sin saber de cierto su destino. Y los que prefirieron permanecer ocultos en la selva, también ellos pelean. La magia danzará hasta que amanezca, aunque el desvelo dure miles de noches. El Clan de los Búhos defenderá los límites invisibles. La mujer Nakín transformada en memoria nos dictará las palabras precisas a la hora del matar y del morir. El último galope de los lulus se repetirá cada vez que nuestros animales con cabellera avancen en el campo de batalla."

Las Tierras Fértiles estaban dispuestas para otra pelea; de nuevo todos juntos desde el hombre al escarabajo, desde el escarabajo al relámpago. Para detenerlos, Misáianes envió barcos cargados de fuego y pestes. Traiciones, y más barcos. Un ejército de embrutecidos que jamás se llamaron guerreros, antiguos magos envanecidos. Más

barcos... Y la Sombra, y más.

-No desmerezcas el tamaño de la fuerza que se nos encima -dijo Kupuka-. Todos deben conocer la verdad.

-Diré la verdad -respondió Tres Rostros.

-Siento tanto como tú que aquella buena noticia que te dieron las criaturas del agua, y que tanto alegró a los hermanos Brujos, haya sido empañada por esta otra que ahora deberás anunciar -volvió a decir Kupuka.

-Soy yo el que lo siente tanto como tú.

Los Brujos de la Tierra visitaban, como nunca antes, las aldeas de Los Confines. Iban de una a otra anunciando lo que sucedía o estaba cercano a suceder. Decían, escuchaban, acomodaban las furias y los dolores. Preparaban el ánimo de las criaturas: para la derrota más, para la victoria menos.

Esa mañana Kupuka, el Masticador y Tres Rostros abandonaron Hierbas Dulces. Los Brujos caminaron por el bosque como la mejor de todas las apariciones.

Kupuka caminaba tomado del brazo de Tres Rostros, porque así le gustaba andar cuando llevaba compañía. Lo poco que el bosque les oyó decir tenía que ver con las desgracias que se avecinaban. Ellos, sin embargo, hablaban con el tono de "Tal vez hoy corra viento" o de "Podríamos asar un zapallo". El único indicio de tristeza era la mueca de Tres Rostros.

El Masticador andaba suelto, y haciendo lo suyo. Se cruzaba de un lado al otro del camino. Sin dar ningún aviso dejaba el sendero y reaparecía mucho después. A veces se adelantaba. Y otras se retrasaba tanto que Kupuka se detenía para llamarlo.

-¡Camina, Masticador! -la voz del Brujo llegaba lejos porque el bosque le abría paso.

Aquella mañana el Masticador escupía color ceniza. Se movía de manera parecida a la de un cazador, y era porque también él andaba detrás de sus presas. Todo lo que recolectaba era innombrable; y lo llevaba al lugar donde los sentidos traspasan las apariencias. El Brujo Masticador sabía que su existencia era quebradiza. Sabía que su cuerpo y su espíritu, de tanto separase y volver, una vez iban a desencontrarse para siempre y deambularían llorando el uno por el otro. Pero aun sabiéndolo, el Masticador trataba a sus venenos con familiaridad. Los descubría, los recolectaba y los echaba a su morral o a su boca; según lo que el día le exigiera. Ahora se acercaba gritando y escupiendo. Estaba feliz porque la recolección había sido provechosa.

-¡Shañí! Miren esto -el Masticador mostró una raíz con vetas rojas-. Quiero ver que el Padrecito del Paso se anime a molestarme el día que la tenga en la boca. ¡Un solo escupitajo y le quito el aire de un día entero!

Entre los gritos y las amenazas del Masticador, los Brujos llegaron sin sentir cansancio hasta el nogal que se alzaba a mitad de camino. El lugar para el encuentro había sido elegido por los habitantes de Paso de los Remolinos.

-Vayamos cerca de Kush.

-Vayamos donde la vieja amada nos hubiese recibido con sus panes de consuelo.

No importaba que aquella fuese la casa más alejada de la aldea. Cada familia cargó sus provisiones y caminó hasta allí.

Los vecinos empezaron a llegar desde muy temprano. Kuy-Kuyen había amasado más que de costumbre. Cucub cocinaba abundante carne en un pozo cubierto con brasas. Y el nogal ensanchaba su sombra por querer que alcanzara para todos. No había allí ningún guerrero, puesto que ya todos estaban reunidos para la inminente partida. Un único hombre joven estaba presente, y daba vueltas a su horno con evidente amargura.

-¿Qué tienes? -preguntó Kuy-Kuyen.

La miró su esposo, transpirado por el calor del fuego.

-Thungür no me pidió que marchara con ellos a la guerra. Tampoco Minché. Nadie lo hizo. Parece que debo quedarme cocinando con las mujeres.

Kuy-Kuyen le acarició el cabello arisco.

-Nadie tiene que pedirte que cumplas con tu deber... Mañana temprano monta a Fuego Negro y vete con ellos. Yo te prepararé todo lo necesario.

-¿Y qué sucederá con ustedes? -dijo Cucub.

-Mejor nos protegerás si vas a la guerra que si te quedas en casa.

La bienvenida a los Brujos que se acercaban por el camino distrajo a los esposos. Y caminaron juntos hacia el nogal.

El ánimo de todos estaba puesto en las noticias, de modo que apenas si dieron tiempo a los Brujos de comer y beber para reponerse cuando comenzó a crecer un murmullo de impaciencia.

—Primero Tres Rostros dirá lo suyo -anunció Kupuka.

La gente giró hacia el Brujo de mueca alegre.

-Hablo para las criaturas humanas que gustan oír, y contar a sus prójimos. Hablo para los pájaros que desparramarán lo que aquí se diga. Hablo para la luz que cuelga del aire, porque ella ha sido enviada por los que no pueden andar hasta la casa de Kush, pero igual quieren saber.

Tres Rostros veía bien. La copa del nogal era de pájaros. Y al aire se le notaba el trazo de los caminos por los que la luz había llegado. Los mismos caminos que le servirían para regresar y contar las noticias a las montañas, al mar, al centro húmedo del bosque... A todos los que no podían andar hasta la casa de Kush, pero debían saber.

-Todos oirán en sus distintos modos, pero entenderán lo mismo -Tres Rostros luchaba por conservar su mejor mueca-. Me conocen... Saben que soy Brujo de los lagos, que me gusta entreverarme en los asuntos del agua. Cada vez que puedo confundo a los pescadores... Kupuka les enseña a pescar y yo les dificulto el trabajo; así que el resultado es justo. No hay criatura del mar o del río que pase cerca de mí sin reconocerme. Las orillas son mi territorio; ahí donde se entiende que el mundo es de barro está mi casa.

La concurrencia comenzaba a impacientarse. Las palabras de Tres Rostros no parecían tener relación alguna con la guerra. El Brujo comprendió que no debía demorarse más. Se dio por vencido y dejó que el verdadero estado de su alma le apareciera en la mueca.

-Y bien, por el agua han llegado malas noticias. Los sideresios, que mientras hablo acampan en un oasis del desierto esperando el mejor momento para enfrentarnos, no son todo el ejército de Misáianes. Ya está en camino, y no lejos, una flota que zarpó de las Tierras Antiguas. Ahora será el Lalafke su camino, como un día lo fue el Yentru. Con la flota viene mucho fuego; mucho más del que hasta ahora ha retumbado en esta tierra. Y por si acaso fuese necesario decir peores cosas, tengo peores cosas para decir. Estos barcos son sólo el comienzo de un largo atardecer. Aun cuando ganemos esta nueva batalla, ¿será de años, de inviernos o de días la pausa de paz para nosotros? Las legiones del Odio Eterno parecen no tener fin. Algo muy grande, que yo no alcanzo a imaginar, debería suceder para detenerlo. Hablo de que nos vienen a buscar por el Lalafke; hablo de barcos negros que están llegando... Durante un tiempo largo, tan largo que muchos llamarán siempre, no tendremos el reposo que traen consigo los amaneceres. Esto es lo que el mar dice. Veo lágrimas en los ojos humanos... También las lágrimas son asunto del agua. Déjenme que llore igual.

Después los unió el silencio. Mientras tanto, como dándole la razón a Tres Rostros, atardecía en Paso de los Remolinos.

Era necesario esperar que los ánimos se templaran para poder continuar; así que Kupuka se alejó de la rueda. Una anciana de la aldea se asustó de verlo marcharse.

-No nos dejes ahora, hermanito amado.

El Brujo negó con la cabeza polvorienta, y señaló un sitio cercano para indicar que no se iba lejos. Llegó adonde quería, a la sombra de la casa de Kush, y se sentó con la espalda pegada a la pared. Cerró los ojos para no confundir sus pensamientos con la tristeza del mundo. Kupuka iba a buscar el verdadero rostro de la tierra. Sabía que mirando sus ojos de madre, conocería el destino. Un viento de polvo se levantó a su alrededor, y se le fue adosando al sudor hasta hacerlo ver como una imagen de arcilla. Del pecho le salía ruido de montañas... Inmóvil por fuera era, sin embargo, cientos de pedazos que se disparaban en todas direcciones demandando entendimiento. A medida que las respuestas llegaban, el Brujo hincaba más y más sus uñas en el suelo pedregoso; tanto que una línea de sangre rodeó a cada una. Después abrió la boca y soltó un grito agudo, interminable. Y desde el fondo del grito soltó la lengua. "Era tal como una cuerda", juraron todos los que estuvieron allí ese día.

Cuando Kupuka se calló era mediodía. El Brujo abrió los ojos. A su alrededor se apretaban los hombres, los pájaros y la luz del aire. Se levantó. El polvo que tenía en el cuerpo se desmoronó, pero él no cambió de color.

-Grande es el sol, y no va a abandonarnos. ¡Seguirá amaneciendo en estas tierras!

Fuego Negro sabía. Cucub se lo había dicho. Por eso fue que pasó la noche coceando y sacudiendo la cabeza. Dormía, junto a los demás animales, bajo un techo de paja sostenido por gruesos troncos. Y comía del mismo heno. Sin embargo jamás se lo destinaba para las labores domésticas ni se permitía a los niños que lo montaran. Fuego Negro salía diariamente con Cucub a galopar por el bosque, y era el preferido de su amor. Ninguno de los animales con cabellera que había en aquella casa, ni en muchas otras de Paso de los Remolinos, corría tan rápido como él. Ninguno entendía tan claramente los deseos del jinete.

Empezaba a clarear cuando Fuego Negro escuchó los pasos de Cucub. Se acercaba el hombre, y el animal tensó su figura para indicarle que estaba listo.

-Nos vamos a la guerra -oyó que le decían.

Cucub se ocupó de darle comida y agua en abundancia. Le limpió innecesariamente el pelaje corto y brillante. Y finalmente le puso un cuero nuevo sobre el lomo.

-Serás el más valiente de todos cuantos he montado -dijo el hombre.

Dijo, y una mirada le apretó la nuca. Cuando se volvió a ver, Cucub encontró los ojos de un animal viejo. Una vergüenza como casi nunca había sentido obligó al zitzahay a agachar la cabeza.

-Olvidé que estabas aquí Espíritu-del-Viento -Cucub hablaba a duras penas-. Y olvidé más aún... Olvidé que sobre tus costillas aprendí a ser jinete. También olvidé el largo camino por el que nos cargaste a Kuy-Kuyen y a mí de regreso a Los Confines.

Espíritu-del-Viento se restregó contra el cuerpo de Cucub. Y le lamió el color de la cara.

—Pero ya no puedes venir conmigo. Estás viejo para otra guerra.

Fuego Negro no quería escuchar de proezas pasadas, ni de animales cansados. Éste era su tiempo, y lo reclamó con bufidos.

-Hasta el regreso, hermano -dijo Cucub-. Mientras tanto duerme y sueña que galopas junto a Atardecido al frente de una victoria. A veces, yo mismo duermo a propósito para soñar que estoy galopando de nuevo junto a Dulkancellin.

Cucub aspiró a fondo el estiércol, porque ningún olor le daba mayor fortaleza. Después tomó a Fuego Negro por el lazo, y salió.

Su familia esperaba para despedirlo; todos envueltos en mantas a causa del frío de la madrugada. "Se va el verano. Antes de darnos cuenta tendremos cerca otra temporada de lluvias", pensó el hombre que abandonaba su casa. La primera en hablar fue Wilkilén.

-Déjame que te salude... Te digo hasta pronto y me voy.

-¿Adónde vas tan temprano? ¿Qué llevas en la bolsa? -eran Kuy-Kuyen y su impaciencia.

-Voy a encontrar a una anciana que me espera en el bosque -respondió Wilkilén-. Y aquí le llevo un pan de maíz porque la pobre se me está poniendo muy flaca.

Su hermana mayor estaba a punto de negarle el permiso cuando Cucub intervino.

-Dime hasta pronto y vete.

-Hasta pronto y me voy -Wilkilén salió corriendo-. ¡Hasta pronto!

-¿Qué anciana flaca podrá andar sola por el bosque? -eran Kuy-Kuyen y su ternura.

-Son palabras de Wilkilén; así que bien podría tratarse de una ardilla anciana, de una encina flaca, o de una roca.

Cucub pensó que si hacía algunas piruetas sobre el lomo de Fuego Negro los niños se quedarían riendo. Tanta razón tuvo que cabalgó acompañado de carcajadas durante un buen trecho. Más tarde, animal y jinete corrían a encontrarse con la columna de guerreros.

El ejército de las Tierras Fértiles partía a enfrentar a los sideresios con una estrategia concebida en el trabajo hermanado de la magia y las criaturas.

Las filas al mando de Thungür estaban compuestas en su mayor parte por guerreros zitzahay, más otros muchos de Paso de los Remolinos y algunos menos de Wilú-Wilú, la aldea de su madre. El resto del ejército, contando las columnas que se sumarían en el camino, estaban al mando de Minché. Todos, incluso los zitzahay de la Comarca Aislada, marchaban con total aceptación de la palabra del consejo de ancianos. Sabían que, llegado el momento de una diferencia entre los jefes, la orden final sería de Minché, y ellos deberían acatarla.

El ejército que partió del sur de Los Confines debía engrosarse con la unión de las fuerzas de la ladera este que cruzarían las Maduinas por los pasos bajos.

Según lo planeado una primera columna bajaría por Paso del Tambor para reunirse con el grueso del ejército; eso debía suceder a los pocos días de marcha. Después les esperaba un largo andar hasta el río Nubloso. Allí se sumaría otra gran columna que, según lo previsto, cruzaría de ladera a ladera por Paso Olvidado. Con todas las fuerzas reunidas el ejército marcharía hacia el Pantanoso, el río que señalaba el límite de Los Confines y la Tierra Sin Sombra, para desde allí dirigirse al encuentro final con los sideresios.

Avanzarían como lo habían hecho durante la guerra de la Comarca Aislada: envío de grupos de reconocimiento que, adelantándose en el territorio, podrían anticipar el movimiento y la posición de los enemigos.

En tiempos de paz y de guerra, si se trataba de una boda o de una plaga, el continente de las Tierra Fértiles fue pródigo en mensajeros. La propagación de noticias fue su mejor fuerza. Todo servía a los fines de unirse en el conocimiento de los aconteceres, y saber lo que ocurría en un lado y otro. Tejiendo lo que contaban las abejas y lo que decían los tambores; anudando lo que un caminante había visto con lo que había visto un río; enhebrando las palabras de las perdices y de los sueños, las Tierras Fértiles se hicieron milagro. Aquella antigua costumbre de anunciar lo propio y escuchar lo ajeno, para luego anunciar lo de ambos, les otorgó el conocimiento de lo cierto y el don de la hermandad.

Seguramente por eso, más las necesidades de la guerra, aquellos grupos de reconocimiento iban a estar unidos con el ejército grande por un ir y venir de enlaces.

El ejército del Venado se proponía arribar al sitio de emplazamiento de los sideresios antes de que lo hiciera su flota. Entonces sería posible ganar la batalla aun cuando los sideresios sumaran para sí la fuerza de los Pastores. Después vendría el momento de crear un prodigioso engaño que les permitiría abordar los barcos que Misáianes había enviado con mandato de exterminio.

Los anuncios decían que el tiempo no sobraba pero que, tal vez, fuese suficiente. El ejército de las Tierras Fértiles partió de Paso de los Remolinos acompañado del canto de las mujeres que decían adiós. En el bosque, cada criatura emitió su voz y los tambores de los Brujos retumbaron en las montañas: los guerreros se marchaban con la

bendición de un continente.

Llegó tarde a Beleram, Thungür ya se había marchado. También llegó tarde a Los Confines.

Cuando Nanahuatli pisó el territorio husihuilke hacía varios soles que el ejército había partido a la guerra. En algún momento, el camino al sur de Nanahuatli se cruzó con el camino al norte de Thungür. Pero ninguno de los dos lo supo. Así se lo explicó el Brujo Halcón apenas la tuvo delante.

-Estoy muy cansada -dijo Nanahuatli por única respuesta.

Y sin pedir permiso ni dar disculpas se acomodó en el nido que el Brujo había construido al pie de un árbol. Se acurrucó con la cabeza apoyada sobre el pecho combado y huesudo del Halcón, y se durmió de inmediato. El Brujo no supo qué hacer con ella. Pensó despertarla y exigirle que buscara otro lugar donde dormir.

-Debe estar muy cansada -musitó en su idioma-. Que duerma ahora. Temprano le pediré que se marche.

La rodeó con un ala y se quedó toda la noche con los ojos abiertos mirando los sueños del Ahijador.

Nanahuatli despertó bastante entrada la mañana. No bien lo hizo anunció al Halcón las decisiones que había tomado, al parecer, mientras dormía.

-¡Muy bien...! Permaneceré contigo hasta que Thungür regrese. Te hará dichoso tener compañía.

-¿De qué estás hablando, mujer? -preguntó el Brujo. Pero Nanahuatli continuó como si no hubiese oído.

-Ahora me llevarás hasta el agua. Necesito bañarme -tomó un brazo del Brujo y lo tironeó-: Vamos, apresúrate.

"La llevaré donde me pide. Luego le exigiré que se vaya", pensó el Brujo. Y se levantó para conducirla hasta el lago más bello que había en aquel lugar del bosque.

Nanahuatli había llegado hasta la Puerta de la Lechuza guiada por el vuelo del Ahijador. En cuanto estuvo cerca el ave se marchó sin descender, porque así lo pidió el Brujo.

-Ahijador, si tú me miras yo veré el rostro del hombre que fui. No deseo hacerlo por ahora. Por favor, aléjate.

El Ahijador batió sus alas enormes y regresó a las montañas.

Ahora, Nanahuatli y el Brujo estaban a orillas del lago. La mujer comenzó a desatar los lazos que, por ambos hombros, sostenían su túnica. A mitad del movimiento se detuvo y giró hacia el Brujo. Pero entonces recordó:

-¡Claro que tú no puedes verme!

Terminó de desanudar los cordeles, pasó sobre su túnica caída y caminó hacia el agua.

-Y aunque pudiera hacerlo -se molestó el Halcón-. ¡Recuerda que soy un pájaro!

-Es posible que, aun siendo pájaro, te enamoraras de mi color -Nanahuatli rió con tanta naturalidad que el Brujo quedó en silencio.

-Mujer de palabras inapropiadas -dijo después.

El baño de Nanahuatli se prolongó por mucho tiempo. Mientras permaneció en el

agua la joven no dejó de pedir detalles relacionados con Thungür. Preguntó por sus otros hermanos, quiso saber cómo era la casa de Vieja Kush: cosas que al Brujo le molestaba recordar.

-Creo que te he dicho suficiente. Además, ya debo regresar al nido.

-¡Espérame! -pidió Nanahuatli.

El Brujo escuchó el sonido de una mujer saliendo del agua. Y enseguida oyó expresiones de desagrado.

-¿Ahora qué te sucede? -preguntó.

-Mi túnica es un harapo sucio -respondió Nanahuatli-. Necesito cambiarla... También necesito sandalias.

-Téjelas con hebras de junco tierno -el Halcón empezó a andar-. Así lo hace Kuy-Kuyen.

Nanahuatli se puso a la par:

-¿La hermana Kuy-Kuyen también es una princesa?

-No hay princesas entre los husihuilkes.

El Brujo Halcón se detuvo en seco. Todavía lo dominaba el vértigo cuando el Ahijador volaba en picada desde gran altura. Pero no bien se repuso, continuó.

-¿Por qué dices "también"? ¿De qué otra princesa hablas?

-De mí -respondió Nanahuatli.

-Entiende esto, mujer -el Halcón perdía la compostura-. Llegaste al país de los husihuilkes por tu propia determinación. Ahora acepta que aquí ni la hierba te concederá el rango que demandas.

Un rato más tarde, ya de vuelta en la Puerta de la Lechuza, Nanahuatli luchaba por entretejer las hebras sin dejar de repetir que era imposible, que no podía hacerlo, que aquellos juncos estaban en su contra. Metido en el heno el Brujo se movía fastidiado:

-¿Cómo es posible que una mujer no sepa trenzar juncos? -dijo con aspereza.

-Nadie me enseñó -Nanahuatli no parecía advertir el mal humor del Brujo.

-Pero allá, en tu gran palacio, habrás visto tejer cestos. ¿O tampoco conoces los cestos?

—Claro que los conozco —la joven respondía con tranquilidad-. Recuerdo la enorme habitación donde los cesteros trabajaban; algunas veces pude verlos...

-¡Entonces, procura imitarlos! -gritó el Halcón.

Se produjo un larguísimo silencio. Y después, se oyó un llanto de niña.

-¿Por qué estás llorando?

-No puedo hacer esto -respondió Nanahuatli-. Mis manos son torpes para el trabajo.

Por vez primera, desde el día en que había recibido su castigo, el Brujo Halcón sintió alivio por no ser ya una criatura humana. Era cosa de ellas atravesar el continente sin un quejido, y luego llorar por una túnica de juncos.

-Acércate -dijo-. Voy a enseñarte... Un niño llamado Piukemán solía hacerlo muy bien.

Tanteó el haz de hilos delgados que Nanahuatli le alcanzaba sonriente.

-Fíjate cómo lo hago -dijo.

Mientras entrelazaba hebras en un tejido tosco, el Brujo pensó que cuando la mujer aprendiera lo suficiente para tejer su túnica le ordenaría abandonar ese lugar.

Los sideresios debían permanecer en el oasis del desierto hasta la llegada de la flota. Una vez que eso ocurriera; renovadas las armas, las provisiones, y acrecentado el número de soldados, sería simple avanzar hasta pleno país husihuilke. Tal era el plan en el que acordaban plenamente el Doctrinador y los jefes militares.

Pero las naves demoraban...

-Nuestras naves demorarán bastante más tiempo del previsto -aseguró Drimus-. Al parecer, el Lalakfe rinde tributos a los Brujos de las Tierra Fértiles. El avance de la flota se ha complicado con tormentas y vientos adversos. Hasta es posible que algunas naves hayan naufragado.

A partir de ese momento el Doctrinador siguió hablando para el mar:

-También tú deberás pedirnos perdón un día cercano... Se acabará el tiempo de creerte libre de llevar y traer tu oleaje, y de mover las orillas del desierto.

El jorobado miró desafiante, pero el Lalafke alzó sus olas hasta el cielo.

-¡Todo un mar! -se burló Drimus-. Pronto serás un charco para el Amo. Tú y los tuyos; toda esta tierra de soberbios se pondrá de rodillas ante nuestra victoria. Drimus, el mago, Doctrinador del Recinto, jorobado del Odio Eterno, también tenía sus modos de saber lo que ocurría lejos. A poco de que el ejército del Venado se pusiera en marcha, vinieron sus alimañas y se lo contaron, vinieron sus sueños y se lo repitieron.

Ahora, conociendo que el Venado se acercaba, los sideresios debieron modificar sus planes. Ya no alcanzaba con esperar allí, quietos al sol. En especial, si las naves iban a demorarse.

Los sideresios decidieron que una parte de sus fuerzas avanzaría a cortarle el paso al ejército de las Tierras Fértiles. El objetivo no era enfrentarlos abiertamente porque no tenían armas, número ni coraje para eso. Pretendían desgastarlos y demorarlos para darle tiempo a la flota que venía. Los mandos militares quedaron satisfechos con estas medidas, pensando que serían suficientes para mantener lejos al ejército del Venado en tanto llegaban los refuerzos. Drimus no compartía ese pensamiento; sabía que era necesario hacer mucho más que eso y de prisa.

Esa noche el jorobado giraba por el suelo de su tienda preguntándose cómo era posible que aquellos oscuros siguieran soñando con una victoria. Drimus se sangraba la joroba de tanto arrastrarla por la arena. Ya deberían haberse rendido, por temor o por adoración. Pero los designios del Amo, que eran los suyos propios, estaban otra vez amenazados por las razas oscuras de las Tierras Fértiles. ¿Cuánto más tardaría este continente en entregarse al reinado de Misáianes? La gloria del Amo convocaba junto a sí a los mejores, y estaba destinada a erigirse sobre toda la Tierra. Se haría su Orden. Un solo color para el mundo.

"Nosotros tenemos el signo de los que deben conducir, y no buscamos el alivio de sentirnos amados." El Doctrinador creía en sus palabras.

A la madrugada, Drimus tomó una decisión.

Muy temprano abandonó su tienda, vestido con una túnica oscura que le llegaba a las rodillas. Habló nuevamente con los jefes militares para asegurarse de que llevaran a

cabo la estrategia de emboscadas que se había acordado. Luego anunció que iba a marcharse. Nadie le pidió detalles sobre el motivo o la duración de aquella ausencia; seguramente no los daría. Por lo demás los jefes sideresios no creían necesitar de las rarezas de este jorobado que jamás comprendieron. Ellos iban a salir a emboscar a los guerreros de la Tierras Fértiles... ¡Y que el mago siguiera realizando sus ignotas tareas!

Drimus avanzó mientras el sol del desierto todavía no ardía para matar. Llevaba un recipiente con la escasa agua que necesitaba, y el resto lo llevaba bajo la lengua.

En su camino, apenas cruzando el riachuelo más caudaloso del oasis, encontró un esqueleto. Hasta el cuero de las botas le habían carcomido las aves carroñeras para llegar a la carne de los pies. El Doctrinador se detuvo a mirarlo; no por piedad sino por sacarle provecho.

-Tú debes ser aquel que fue muerto por un halcón -susurró Drimus-. Y bien, ¡alégrate! Tus huesos servirán para vengarte de tus enemigos.

El jorobado desprendió la calavera del resto del esqueleto, la echó en su bolso y siguió andando. Antes del mediodía encontró unos matorrales. Drimus se introdujo entre las ramas espinosas como si pasara entre nubes, y se sentó en el centro de aquella maraña alta y quebradiza, atestada de insectos, porque había hallado su templo.

-Ahora sí -dijo.

A partir de entonces, el tiempo ya no se llamó horas o días... El tiempo, si existía, fue marcado por los actos que Drimus realizó sin saber si había lunas o soles en el cielo. Mientras duró su trance, no le importaron las noches que pasaban. Su templo de espinas y el mundo eran cosas distintas.

Drimus comenzó a enumerar con voz monótona:

-Uno de Misáianes, Misáianes. Dos del Recinto, tres de la hiedra.

Sin dejar de enumerar, el mago comenzó a realizar la tarea para la que tan arduamente se había preparado.

-Cuatro de las sustancias que he reunido, cinco de mi lengua que las preserva, seis de las sustancias que he reunido y que preservo debajo de mi lengua.

Drimus preparaba las voces que buscaban el alma. Esas voces que se metían por la nariz para llegar al sitio del convencimiento.

-Nueve de las voces de Misáianes, diez de las voces del Recinto, once de las voces de la hiedra.

El trabajo de Drimus comenzó en su estómago. De allí surgieron las fuerzas que expulsaron hacia afuera lo que se había adentrado bajo la carne blanda de la lengua, y anidaba en espera.

Fue intenso el dolor cuando las sustancias tanto tiempo guardadas empezaron a abrirse paso empujadas por las fuerzas del estómago.

—Dieciséis del paladar que se abre para el Amo.

Algo empezaba a asomar... Drimus buscó con los dedos y lo ayudó a salir. Era rojo pero no de sangre. Era la astilla del fuego donde se quemaron los códices sagrados en la ciudad de Beleram, frente a la Casa de las Estrellas.

-Veinte de Beleram ardida. Veintiuno del fuego...

Drimus depositó la astilla roja en el fondo de la calavera. Luego esperó por la nueva sustancia que debía salir. En esta oportunidad le costó asirla porque lo que sacaba del cuerpo era resbaladizo y pequeño como una perla blanca.

-Veinte con cinco del sudor de Misáianes amado.

Aquello que el jorobado miraba rodar en la palma de su mano era un poco del sudor que la madre había escurrido de la piel del Amo. Lo tuvo rodando. Lo colocó junto a la

astilla roja.

-Veinte con nueve de la madre Sombra, treinta de la madre nuestra Sombra, treinta con uno de la madre madre.

La última sustancia fue la que más dolió, porque salió gritando.

-Treinta con cuatro de las mujeres-peces que yacen en el estómago de mis cachorros.

Fuego donde ardieron los códices sagrados, sudor del Amo, aliento con olor a mujer masticada... Eso era lo que Drimus había juntado con celo para amasar las voces convencedoras.

-Treinta y siete del miedo que queremos reinando, treinta y ocho de las hogueras que queremos ardiendo, treinta y nueve del odio que queremos eterno.

Cuando las tres sustancias estuvieron en la calavera, Drimus comenzó a amasarlas con la punta de sus dedos. Y nadie pudo saber cuántos soles demoró en hacerlo, porque el tiempo no entraba en aquel matorral espinoso. Finalmente, las sustancias se transformaron en una pasta de ningún color que alcanzaba para un bocado.

-Diez con mil con uno por lo que llevaré a mi boca, diez con mil con dos por lo que saldrá de ella.

Recién entonces, Drimus dejó de enumerar. Se llevó a la boca la sustancia que había amasado y la estuvo masticando hasta que se deshizo en su saliva. Después habló, y cada una de las cosas que dijo se transformaron en voces convencedoras. Voces que buscarían el alma por el camino de la nariz, y le dirían a cada uno lo que cada uno quería escuchar.

-Mujer que sanarán tus hijos si desoyes al Brujo.

-Hombre que crecerá tu maíz si olvidas que fuiste guerrero.

-Criatura que podrás sobrevivir si bendices al Amo.

Muchas fueron las voces que Drimus sopló hacia el este. El mago sabía muy bien que aquellas laderas, puesto que había en ellas incontables padecimientos, serían territorio fértil para su maleza.

Una vez más los hombres y sus guerras no bastaban. Las voces de Drimus harían un trabajo lento; pero el Doctrinador se alegró como si fuese para el siguiente día.

Eran, al fin, mago y Brujos. Ya sea que estuviesen de un lado o del otro de la guerra, el Tiempo tenía para ellos una asombrosa rueda.

Los linajes husihuilkes que habitaban los valles al este de las Maduinas eran antiguos adversarios de los linajes que ocupaban la franja oeste, entre las montañas y el mar Lalafke. La guerra contra Misáianes los había unido durante un tiempo. Después, a lo largo de la tregua, los sentimientos habían vuelto a confundirse. El peligro de las Tierras Antiguas se sentía remoto. Misáianes parecía estar lejos de los quehaceres habituales de la gente. Los límites de caza, en cambio, eran asunto de todos los días.

Sin embargo, cuando la guerra del Odio Eterno creció hasta alcanzarlos con su sombra, los guerreros del este se aprontaron a pelear a la par de sus vecinos. Era mandato del consejo, pero también era mandato de su propia sangre.

Las aldeas del este habían sido mucho más aquejadas por los padecimientos de Misáianes que las aldeas de la ladera oeste. Y los males habían recrudecido en los últimos tiempos.

La enfermedad de las manchas rojas reapareció con una fiereza desconocida hasta entonces. Ninguna aldea del este estaba libre de ella. Y aquellos que no caían enfermos andaban buscándose por todo el cuerpo los primeros indicios de la enfermedad. Para empeorarlo todo, no llovía.

La gente tosía polvo. Y miraba la tierra seca sin poder hacer nada para evitar que sus cosechas se malograran.

Por ese tiempo el Padrecito del Paso anduvo sin descanso por las aldeas, entre los sufrientes, tratando de mitigar los dolores. Viajó día y noche, pero sus cuidados no procuraron el mismo alivio que siempre habían llevado, y todos esperaban. El Padrecito intentaba sus sanaciones con toda el alma. Aún así, muchas fueron las veces en que, terminado su esfuerzo, no pudo hacer más que cantar ante los muertos.

Cada amanecer tomó su tambor y lo hizo tronar pidiendo ayuda. Su poder era casi inservible frente a la oscuridad que los oprimía.

Fue por esos días, cercanos a la partida de los guerreros que se disponían a cruzar las Maduinas por Paso del Tambor y por Paso Olvidado, cuando las gentes del este comenzaron a repetir una pregunta.

-¿Por qué, Padrecito, hay más padecimientos aquí que entre las aldeas del oeste?

-Padrecito, dinos qué sucede... ¿Es que los Brujos velan más y mejor por los que habitan al otro lado de las Maduinas?

Y lo que el Padrecito del Paso respondía no resultaba fácil de entender para quienes veían perderse a sus hijos en el misterioso territorio de la fiebre.

-Los males proliferan como la maleza. Donde la tierra no se labra lo suficiente, allí se esparce la cizaña y corrompe el buen fruto. Los Brujos amamos y cuidamos por igual a unos y a otros... Piensen que, tal vez, sean ellos los que mejor se cuidan, labrándose el alma.

La prédica del Padrecito del Paso enojó a muchos. Ellos vivían entre polvo, hambre y picazón. Y luego venía el Brujo, y les decía que no eran buenos labradores. Un murmullo rabioso comenzó a crecer entre la gente. Algunos decían sí, otros decían no.

-Mis hijos mueren, y los Brujos me hablan de labrar el alma... ¡Ya no los comprendo!

-Yo no desconfiaré ahora de los que siempre nos han amado.

-Yo pertenezco a la ladera este, y tengo furia por tantos males que sufrimos. ¡Si hasta la lluvia se queda del otro lado!

-Yo pertenezco al pueblo husihuilke, y tengo tanta furia como tú. Por eso me marcho a pelear contra Misáianes.

El Padrecito del Paso tenía frente a sí una batalla difícil. Cuando llegó el momento en que los hombres jóvenes debían partir a la guerra, dejando a sus mujeres y a sus hijos enfermos o hambrientos, la confusión se acrecentó. Por primera vez, algunos dudaron de cuál era su lugar en esa guerra.

El viento bajó por la ladera con algo más que sequía y polvo. Las voces llegaban para realizar un trabajo que había comenzado mucho antes, y era para después y para siempre.

El ejército de las Tierras Fértiles avanzó con dos divisiones. Thungür estaba al frente de la fuerza zitzahay, más muchos de los hombres de Paso de los Remolinos y de Wilú-Wilú. El grueso de los guerreros husihuilkes estaba al mando de Minché. El primer jefe conduciría también las columnas de los linajes del este que iban a sumarse en dos puntos del camino.

Las almas que los acompañaron, almas de todas las criaturas de las Tierras Fértiles, contaron que los primeros días de marcha fueron sencillos. Y como todas las verdades que cuentan las almas con el sosiego que les da la eternidad, aquella marcha se transformó en leyenda.

"Vimos que los primeros días de marcha, cuando los guerreros iban al encuentro de la columna que debía bajar de las Maduinas por Paso del Tambor, fueron sencillos. Los escuchamos decir que confiaban en cumplir con la estrategia que tenían asignada. Supimos que marchaban con escaso tiempo a dar batalla a los sideresios que ocupaban el oasis. Soñamos, a la par de ellos, que alcanzarían a tomar ese puerto natural para hacer que las naves de Misáianes creyesen que eran los suyos quienes agitaban estandartes en la playa."

El bosque de Los Confines los amparó con frutos, buena caza y agua fresca. Algunos hombres cabalgaron cantando viejas canciones de guerra.

Pensando que la espera sería breve, el ejército acampó de un modo precario. Los vigías partieron hacia el este con el fin de divisar la llegada de la columna y regresar con la buena noticia. Pero los días pasaban sin que los husihuilkes de las aldeas del este aparecieran.

-¿Cuántos soles más piensas que tardarán? -preguntó Thungür. La demora de la columna del este lo ponía furioso, porque les impedía marchar tan de prisa como hubiese sido deseable.

-No lo sé... Ya no han de demorar -también el jefe Minché estaba confundido. Pero, mientras pudiera, no lo reconocería frente a Thungür.

Los dos jefes hablaban lo indispensable. La cordialidad que habían sostenido en las primeras jornadas empezaba a perderse. Ya varias veces Minché y Thungür se habían trabado en desacuerdos por asuntos menores; pero, hasta entonces, habían conseguido recomponer el entendimiento. Thungür sabía y aceptaba que la decisión final estaba en poder de Minché. Ésa era la palabra del concejo husihuilke, y Thungür jamás la desobedecería. Minché, por su parte, nunca mencionaba el asunto. Llegado el momento, lo haría una sola vez y con voz muy clara.

Cuatro días de espera... Todavía los aguardaba un largo camino hasta el Nubloso, lugar de reunión con la segunda columna del este. Luego deberían andar hasta el término territorial de Los Confines, señalado por el Pantanoso. Y, recién entonces, llegaba la travesía por el desierto hasta el oasis donde se agazapaban los sideresios. El plazo se acortaba. ¿Qué sucedería si las columnas de los linajes del este no llegaban a tiempo? ¿Qué sucedería si la flota de Misáianes arribaba a las costas del Lalafke antes que ellos?

Los dos jefes pensaban en el mismo difícil asunto, sabiendo por anticipado que no iban a ponerse de acuerdo.

Y sin embargo, al siguiente amanecer, los vigías encargados de custodiar el este anunciaron que la columna estaba llegando. Algo en sus rostros, en nada parecido a la alegría, obligó a Minché a preguntar qué sucedía. Eran tres los hombres, y ninguno quería hablar.

-¿Qué sucede? -Minché tuvo que repetir su pregunta.

-Son muy pocos -dijo uno.

-Explícanos mejor... La esmerada descripción del vigía no alcanzó a prepararlos para lo que muy pronto debieron enfrentar. El número de guerreros que llegaron desde las aldeas del este era mucho menor al esperado. Y la condición de aquellos hombres era aún más exigua que su número. Todos ellos estaban debilitados en sus cuerpos y desmerecidos en sus corazones.

Cuando les preguntaron por los motivos de aquella mengua y de aquella tristeza, contaron los dolores que sufrían las aldeas del este. Dijeron que las gentes dudaban del amor de los Brujos, y que las respuestas del Padrecito del Paso habían enojado a tantos que no alcanzaban todos sus dedos para contarlos. Decían eso como si se tratara de los otros; pero era fácil notar que ellos mismos parecían dudar del amor de los Brujos de la Tierra.

Dijeron, además, que era necesario esperar algo parecido con la columna que iba a unirse al ejército en Paso Olvidado.

-Los hombres enferman y se opacan. Los hombres se confunden cuando llora la mujer y mueren los hijos. Dicen, no digo yo ni dice él, pero dicen que a algunos se les enturbia de tal forma el espíritu que hablan como si fuesen ajenos y enemigos. Dicen, no digo yo, que en el aire que respira nuestra ladera algo está fermentando.

Ninguno de los dos jefes supo cómo entender aquello último que había sido dicho.

Cucub imaginó un cuento para rasgar la bruma, y quiso contarlo. Perdido en la incertidumbre, Minché consintió en otorgarle la palabra.

-Es simple ver que es ese Drimus de las Tierras Antiguas quien apesta las aldeas de los linajes del este. Digo mal... No apesta solamente las aldeas, sino lo hondo del hombre. El mago de la joroba está peleando la guerra en un sitio donde no se admiten guerreros, sino artistas de buen pulso. Un sitio donde no vence el que ataque más certeramente, sino el que trace líneas de colores con mayor maestría. Lo cuento como un lugar que jamás he visto por mí mismo. Y sin embargo, estoy seguro de que allí se juntan los tres tiempos y las formas se agigantan. Sin nunca haberlo visto, puedo jurar que se trata de un lugar lleno de enormes aves que gritan recuerdos, un lugar en el que el hombre nada puede y el miedo es mandamás. Por eso lo eligió el mago para dar su batalla. Y al parecer no lo está haciendo nada mal. Dos cosas les digo, ya que los jefes me lo permiten... Una es la primera, y dice que nosotros no podemos adentrarnos en ese territorio; no es para guerreros montados sobre animales con cabellera. La otra es la segunda. Y dice que nos preparemos para un mal que hasta ahora no habíamos imaginado. Es posible que muchos de esos hombres, escarbados en la hondura de sus espíritus, se nos pierdan para siempre. Y como, para mi asombro, no exigen que cierre mi boca volveré a decirlo: el mago está haciendo un juego prodigioso. Trabaja con cincel para tallar el nombre de su Amo en el alma de los husihuilkes... También soy artista, y puedo verlo bien.

-No sólo no exigiré que cierres tu boca -dijo Minché-. Irás a contar estas desdichas nuevas a los Brujos y a los ancianos del consejo, luego regresarás. Nadie habla mejor

que tú... Apresúrate, nos alcanzarás camino al Nubloso. ¡Tráenos la palabra de la sabiduría!

Andaba de boca en boca que Cucub estaba de regreso.

El zitzahay recorrió, con pocos descansos, la distancia que lo separaba de Las Perdices, la aldea donde le dijeron que estaba Kupuka. Pero llegó allí, y Kupuka ya se había marchado. "Nuestro Brujo ha partido hacia las cuevas al pie de las Maduinas", le dijeron. Y cuando se dirigía hacia allí, otros le anunciaron que Kupuka ya había abandonado las cuevas, y estaba en camino a Los Corales...

Así anduvo el zitzahay tras los pasos del Brujo, enviándole recados con cuantas criaturas se le acercaban, rogándole que se detuviera en algún sitio puesto que traía un importante mensaje del ejército.

Cucub era, en criatura humana, lo más parecido a un susurro. Una voz incansable que iba, y ya estaba de vuelta. Se detenía, decía lo suyo, y continuaba andando. Por eso mismo, no anduvo lo que anduvo en silencio. Mientras perseguía al Brujo, y siempre que tuvo oyentes, Cucub fue deshilvanando sus noticias.

Bastaba con que alguien preguntara "¿Qué se dice?", para que el susurro se hiciera presente. Y como todos preguntaban "¿Qué se dice?", "¿qué se sabe?", "¿qué debemos hacer?", Cucub no dejaba de susurrar.

Cuando Kupuka supo que Cucub lo buscaba, pidió a las gentes que se reunieran en el Valle de los Antepasados. "El Brujo y todos te esperan en el valle", le dijeron a Cucub.

Y el zitzahay partió al galope para no hacerse esperar.

El Brujo de la Tierra llegó al lugar convenido cuando todavía estaba desierto, y se sentó de cara a una roca saliente. Estuvo allí, oyendo acercarse a los primeros, que no intentaron romper su mutismo. La llegada de las criaturas se fue haciendo más copiosa a medida que pasaban las horas... Sin darse vuelta a mirar, el Brujo supo que ya todos estaban en el Valle. Supo también que Cucub estaba entre los presentes. Ninguno, ni siquiera el zitzahay, se había acercado a él. Ni había pretendido ver su rostro. Para señalar el comienzo Kupuka sacudió su cabellera terrosa.

Y la nube de polvo descendió sobre cientos de criaturas en silencio.

-Hablará Cucub, que nos trae la voz de los jefes guerreros -dijo el Brujo.

Mientras Cucub dijo lo suyo, el Brujo de la Tierra permaneció de espaldas a la concurrencia. Y seguramente lo hizo porque la expresión de su rostro hubiera aterrorizado a muchos, aún a aquellos que habían compartido su pan.

Cucub estaba allí para contar minuciosamente todos y cada uno de los hechos sucedidos.

El artista contó del buen ánimo de los primeros días, y no se calló las frecuentes diferencias entre los dos jefes. Contó y cantó la canción de guerra que acompañó gran parte del avance. Hasta dio detalles sobre un aguacero matinal. Después hizo silencio, hasta Cucub hizo un breve silencio, antes de contar lo impensable: el reducido número de guerreros que se les habían unido en Paso del Tambor. Y, sumado a eso, el mal estado del cuerpo y del espíritu conque aquellos hombres habían llegado.

Cucub les hizo saber que los habitantes de las aldeas del este estaban sufriendo muchos males, muchos más de los que por allí se padecían. Luego volvió a darse un tiempo antes de contar lo tristísimo.

-Nuestros hermanos de las aldeas del este están más que enfermos... Ellos están confundidos y furiosos. Han comenzado a creer que nuestras aldeas son favorecidas por los Brujos; y que por esa causa sus males son mayores. Por lo demás, la respuesta del Padrecito no consiguió calmarlos; tal vez, hasta consiguió lo contrario. Al decir de los hermanos que cruzaron por Paso del Tambor, algo igual o peor debemos esperar de la columna que se unirá en el Nubloso. No se tratará, eso dicen y es de fiarse, de la gran columna que esperábamos. Y los guerreros que lleguen estarán, lo mismo que ellos, en malas condiciones para la pelea. Los jefes comienzan a preguntarse si será posible llegar al oasis antes que las naves de Misáianes. Los jefes comienzan a disentir duramente.

Al llegar aquí, el susurro debió repetirse. Y otra vez repetirse, y otra; porque nadie se decidía a creerle.

-Pero vean que esto que sucede es el resultado de un grandioso engaño. Drimus trabaja con materias inasibles. Y entre todas sus obras, es ésta un prodigio de sutileza. El Doctrinador, mago dos veces de las Tierras Antiguas, pliegue de Misáianes, ha soplado un viento que, pareciendo a la brisa, es capaz de desgajar un bosque.

Cucub tenía órdenes precisas de anoticiar, y cabalgar de inmediato a reunirse con el ejército. De modo que, bueno o malo, siguió diciendo.

-Todo lo que he contado es la causa de que el plan de victoria que se había trazado nuestro ejército esté hoy en severo peligro. Los jefes se quedan sin tiempo ni fuerzas para llevar adelante la estrategia planeada, y eso me pidieron que dijera -pero Cucub añadió lo suyo-. ¡Mientras tanto, ustedes no se queden de brazos flojos!

Nadie estaba pensando en hacer algo semejante. Hasta las retamas de los lindes del bosque ocupaban un lugar en la guerra.

Cuando Cucub acabó de contar las noticias que traía, llegó el turno de Kupuka. El Brujo habló dando la espalda.

-Hablaré por última vez en mucho tiempo. Diré todo cuanto debo decir. Luego me marcharé. Y ustedes harán lo mismo. También ustedes se marcharán a realizar trabajos. Los sideresios de Misáianes están muy cerca... Los descarnados han puesto pie firme en nuestro continente. Y es posible que avancen y lleguen a todo rincón. ¡Que nadie olvide que ellos están aquí con el mandato de deshacernos! Si ellos se adueñan de Los Confines nuestros sembradíos serán territorio para sus orines, el sol será el blanco de su puntería. Los canastos que las mujeres acostumbran llenar con garbanzos, ellos los llenarán con nuestras lenguas cortadas. Despedazarán mirlos entre sus manos. Se acabará la libertad de andar con la piel al aire y cantando por cualquier camino. Nos encadenarán unos con otros. Y los que logren sobrevivir arrastrarán a sus hermanos muertos durante trechos sin fin. Los sideresios se reirán años enteros de nuestros cantos ceremoniales, saldrán a cazar nuestro color. Siento el dolor de ustedes como piedras que arrojan para que me calle, pero es mi deber decir lo cierto. Digo claramente que vienen a deshacernos.

Kupuka giró con agilidad. Ahora daba la cara a los que oían. El Brujo vio que las madres tomaban fuerte a sus hijos entre los brazos y que las ancianas se mesaban las trenzas en señal de dolor. Tragó su aire necesario, y continuó.

-Aunque digo también que, tal vez, no lo consigan.

Las criaturas no pudieron entenderlo.

Tal vez no lo consigan. Más allá y muy lejos de la vida de cada uno, podremos preservarnos si preservamos la hermandad de la creación. La pelea de nuestros guerreros, grande en su valentía, no es bastante para detenerlos. Ésta es guerra de todos.

Así lo supimos desde siempre, desde aquel Concilio en la Comarca Aislada. En los trabajos hermanados es donde está nuestra esperanza.

Algunos inclinaron la cabeza hacia el lado del mar; eso significaba pedirle al orador un poco de claridad.

-Dos hay en nuestro continente que comprenden hasta el final lo que su Amo sueña. Ellos son extensión de Misáianes. Uno es Drimus, llamado el Doctrinador. Su madre es la otra, llamada la Sombra. Ambos conocen el sueño de Misáianes: establecer un Orden donde todo se iguale, como en la penumbra de los que agonizan. Sepan que alguien se erguirá frente a Drimus. Y confíen en que alguien más estará muy cerca de la Sombra para recordarle su verdadero propósito en este mundo. Pero mientras confían, sigan siendo husihuilkes. Muy pronto vendrán los Brujos con innumerables quehaceres para todos... Me atrevo a decir que uno de ellos será socorrer en amor a nuestros hermanos de la ladera este.

Kupuka vio que su pueblo había envejecido.

-No sé a cuáles de ustedes volveré a ver -el Brujo de la Tierra hizo silencio-. Adiós, hermanos más amados que nunca.

Después de dialogar a solas con Cucub, Kupuka se marchó sin volver a despedirse. Cucub partió también, una vez que le hubo indicado a Kuy-Kuyen que volviera a la casa con los niños. Él, dijo, tenía que hacer una visita. La esposa partió con todos sus hijos y con Wilkilén.

Cucub caminó, se enredó en los caminos del bosque profundo. Y cuando casi se resignaba a regresar sin haber llegado adonde quería, encontró el sendero que lo llevó hasta la Puerta de la Lechuza. Allí estaba el Brujo Halcón, sentado pierna sobre pierna. A su lado, recostada contra uno de los árboles que contorneaban la figura del ave y tarareando una música triste, estaba la extranjera sobre la cual Cucub ya había escuchado. Nanahuatli interrumpió su canto al verlo llegar. El Halcón ya lo había olfateado.

-Es amigo -dijo para tranquilizarla-. Más aún, es esposo de la hermana del hombre que amas.

Cuando oyó eso la joven se puso a observar a Cucub con detenimiento. Lo miró de pies a cabeza mientras el zitzahay se acercaba.

-Bienvenido, esposo de la hermana del que amo -dijo Nanahuatli apenas lo tuvo suficientemente cerca.

-Salud para ti, extranjera de nombre...

-Nanahuatli.

-Nanahuatli, mujer que ama al hermano de mi esposa.

Enseguida Cucub se volvió hacia el Brujo Halcón que no había pronunciado sonido, ni se había movido de su sitio. Cucub sabía que no había tiempo para llorar. Se agachó junto a él y quiso saludarlo como si hasta ayer lo hubiese visto.

-Déjame que te abrace, Piuk...

Cucub se interrumpió y esquivó el rostro. Era claro que el ave no quería volver a escuchar su antiguo nombre.

-Déjame que te salude, Brujo Halcón -dijo Cucub. El pájaro se guardó las garras.

-El asunto que me trae es esta mujer -Cucub señaló a Nanahuatli-. No hay aldea de los contornos donde no se comente que fue su amor por Thungür el que la trajo hasta aquí desde su remoto país del Sol. El viaje no es poca cosa para radie... No lo es para el hombre mejor adiestrado. Cuánto menos para una flaca mujer que, para peor, tenía como guías a sus propios enemigos. Hemos hablado con Kuy-Kuyen. Ambos creemos que, siendo ella la mujer enamorada de nuestro hermano, corresponde que viva en la

casa familiar.

Mientras Cucub hablaba, el Halcón decía que sí y Nanahuatli que no.

-Yo voy a quedarme con el Halcón.

El Brujo detuvo en seco el movimiento de su cabeza. Cucub la miró sorprendido. La mujer comprendió que había sido descomedida y quiso suavizarse.

-Agradezco el ofrecimiento que me hacen tú y mi hermana -Nanahuatli no había cambiado de parecer-. Lo agradezco. Pero continúo diciendo que es mi deseo permanecer junto al Halcón. Por sus ojos veo a Thungür; sé dónde está y lo que le sucede. Aquí mismo voy a esperarlo.

-Lamento decirte, mujer, que Thungür tardará mucho en regresar -respondió Cucub.

-Lo sabemos -dijo el Halcón.

-Thungür va camino al Nubloso al frente de sus hombres -continuó Cucub-. Hacia allí partiré mañana mismo. Vamos a enfrentar a los sideresios en el oasis donde se agazapan esperando sus naves. ¡Y nos quedamos sin tiempo! Ya ves, mujer, que el jefe Thungür no está para amores.

Nanahuatli lo miró con tal pena que Cucub se enojó con su lengua.

-Que él te ama es algo que saben todas las Tierras Fértiles. ¡Si es que no lo sabe también el cielo! Pero debes entender que son tiempos de guerras finales. Y además -Cucub sintió que había encontrado el mejor argumento- Thungür no puede saber que estás aquí. Debe imaginarte en ese país tuyo que queda, si bien recuerdo, al norte de las Colinas del Límite.

-Dices bien -Nanahuatli se golpeó las piernas con los puños-. Thungür no sabe que estoy aquí. Y todo es culpa del empecinamiento de este Halcón que se obstina en no hacer lo que acordamos...

Alguien estaba consiguiendo desorientar a Cucub. ¿De qué hablaba la mujer?

El Halcón, que venía volando en picada de caza, se enfureció con Nanahuatli.

-¡Termina de hablar, deslenguada!

-Hablo por mi boca, y digo cosas ciertas. Eres tú el que grazna mentiras...

-Cállate, mujer que nada entiende.

-¡Claro que entiendo! -gritó Nanahuatli-. Entiendo que si tú y el otro que eres hubiesen cumplido con lo pactado, Thungür ya sabría dónde encontrarme.

-Lo haremos cuando sea el momento. Y no cuando a ti se te ocurra ponerte a reclamar a gritos. Éste no es tu palacio, sino el mío. Aquí no eres la hermana consentida del príncipe. Eres una simple mujer que ya no tengo ganas de seguir soportando.

A medida que se enojaba, la voz graznada del Halcón se hacía más y más incomprensible.

Cucub se lamentaba de estar en medio de una pelea sin poder tomar parte en ella, pues no comprendía absolutamente nada de lo que se decían. Por eso, no por gusto, se esforzó en moderarla.

-Si alguno de ustedes tres quisiera explicarme, tal vez yo podría decir lo mío. Tengo fama de conseguir armonías.

Nanahuatli no hablaba.

-Tú comenzaste, tú termina -dijo el Brujo Halcón. Y apenas se le entendió porque llevaba un reptil en el pico.

Nanahuatli pensó que, en ese punto, el Brujo tenía razón. Así que dominó el enojo y se dirigió a Cucub.

-¿ Cómo te llamas ?

-Se llama Cucub -respondió el Halcón.

El zitzahay no podía creer que aquellos dos no le permitieran pronunciar palabra. Pero se resignó a escuchar en silencio; al menos hasta entender algo.

-Escúchame, Cucub -dijo Nanahuatli-. Días atrás el Brujo Halcón aceptó llevarle a Thungür una señal de que yo estaba cerca.

-¿Cerca? -la posibilidad de hablar llegó antes de lo que Cucub esperaba-. Yo no diría que la Puerta de la Lechuza y los alrededores del Nubloso quedan cerca... Diría muchas cosas, menos cerca.

-Dije cerca, hermano Cucub. Y repito cerca. Lo digo pensando que Thungür debe imaginarme prisionera en el Templo de las Vírgenes. Visto de ese modo, estoy casi a su lado.

La mujer tenía sus modos de consentida de palacio, y no se le habían deslucido ni un poco durante el viaje por el continente. Cucub se encogió de hombros.

-Continúa.

-Para que Thungür sepa de mi presencia aquí, en Los Confines, hemos pensado llevarle un palmo de esta trenza que puedes ver más corta que la otra. -Nanahuatli llevó hacia adelante su cabello por demostrar lo que decía—. Él va a reconocerla enseguida. Y si esa trenza está atada a una pata del Ahijador, como en verdad lo está, Thungür sabrá a quién puede preguntarle por mi paradero. ¡Pero estos dos no quieren terminar su obra! Esperan..., esperan. Y pregúntales tú qué esperan.

-¿Qué esperan? -preguntó Cucub, realmente interesado en la respuesta.

-El momento mejor.

-No es intención de este hombre interceder en favor de los caprichos de una mujer -dijo Cucub-. Pero lo cierto es que ahora el ejército del Venado está en días de cierta calma. Cuando lleguen los ataques será más difícil aún. Creo que ella tiene razón. Lo digo por decir lo mío, y no por defenderla. Mucho menos lo digo por condolerme de su tristeza. No tengo por costumbre entrometerme en melancolías de mujeres... Jamás entendí qué caminos recorren sus suspiros.

Cucub mentía sin vergüenza. En pleno vuelo, el Ahijador se reía con olor a reptil recién tragado.

-Así lo creo -continuó el zitzahay-. Si se demoran demasiado en llevarle esa trenza, solamente conseguirán que Thungür quede repartido. Y lo que menos precisamos es a Thungür en mitades.

Nanahuatli tomó un puñado de tierra y lo arrojó contra la cara del Brujo en señal de triunfo. El Halcón volvió la cabeza hacia el lugar desde el cual le habían arrojado la burla. Entonces vio una hembra que danzaba en medio de la tormenta que venía del sur. Olfateó fuerte, y arqueó el lomo.

-¿Qué haces con tu espalda? -preguntó Cucub.

-Él se enamora y yo me encorvo...

Cucub prefirió no ahondar en averiguaciones. En primer lugar, no esperaba que el Brujo Halcón le aclarase demasiado el asunto. Además, sabía que la discusión acerca del mechón de cabello de Nanahuatli no iba a proseguir mientras él estuviera presente. En tercer lugar, era todo entero de Kuy-Kuyen y sus hijos. Le quedaba apenas una noche para estar con ellos, y ya atardecía.

Cucub reunió sus motivos en una breve despedida y se alejó de allí con apuro. Desanduvo el camino buscando maneras de hacerlo parecer más corto. Silbó su canción, pero le sirvió de poco. Después se puso a pronunciar al revés los nombres conocidos. Rühgnut, y se detuvo a la mitad para reírse. Akupuk..., era sencillo. Neyuk-Yuk era bello hasta al revés. Ewl..., Ewlapm; se aburrió de intentar con Shampalwe y

cambió de juego. Cuando imaginó que avanzaba enrollando el camino con sus pies llegó sin darse cuenta.

Ya se veía su casa. Kuy-Kuyen cocinaba afuera. El olor picante le humedeció la nariz. "Qué puede desear un hombre más que un lugar en el bosque, y una Kuy-Kuyen revolviendo guiso de liebre." Tan sencillo como un bocado de fruta. Y sin embargo, al día siguiente debería dejarlo.

La comida estaba sabrosa. Todos se lo repitieron a Kuy-Kuyen; pero ella no quedó satisfecha con el sabor de su comida.

-De gusto un poquito triste -admitió Shampalwe.

-Será por las lágrimas de la cocinera que yo misma vi caer al guiso -respondió Wilkilén. Y las dos se rieron de la mujer avergonzada.

Más tarde, cuando los niños dormían,.Cucub llevó a Kuy-Kuyen bajo el nogal a mitad de camino.

-¿Cuántos hijos tenemos, mujer?

-Cinco y Wilkilén.

-¿Cuántos varones?

-Cuatro.

—¿Alguno de ellos tiene condición de artista?

-Así lo creo. Crecen parecidos a ti.

—Eso está bien -Cucub estuvo pensando-. No es suficiente con tener guerreros. Nos hará falta un ejército de músicos.

La luna pasó toda la noche iluminando la túnica de Kuy-Kuyen. A la hora de dejarle paso a la madrugada, la blanca luna de Los Confines despertó al hombre que dormía sonriendo.

-Cucub, despierta... Y dile a tu mujer que haga lo mismo. Ya llega Kupuka a buscarte.

-Kuy-Kuyen, despierta. Llega Kupuka a buscarme.

El Brujo de la Tierra lucía pálido a la luz del final de la noche. La cabellera se le abría en mechones tiesos, los huesos aparecían nítidos bajo las sequedades de su piel. Tanto cansancio que el anciano se olvidaba de abrir los ojos.

Mientras Kukupa y Cucub repetían el saludo husihuilke, Kuy-Kuyen terminó de vestirse y corrió hacia la casa atándose el cabello. Iba a buscar a los niños para que se despidieran de su padre. Al poco rato volvieron todos; cada uno cargando una parte de las provisiones preparadas desde el día anterior.

Y sin embargo, algo ocurría. Kuy-Kuyen caminaba adelante, con las manos vacías y repitiendo algo.

-¡No está! -repetía-. ¡No está!

-¿De quién hablas? -preguntó Cucub.

-De Wilkilén... No está. No la encontré durmiendo en su cama, y tampoco en ningún otro lugar de la casa.

Kuy-Kuyen tenía miedo.

-Hace muchas cosas sin sentido. Siempre las hace. Pero nunca esto...

-Iré al bosque a buscarla -dijo Cucub.

-Tú no irás a ninguna parte, salvo adonde debes -el Brujo parecía no comprender lo que estaba sucediendo.

-Creo que tú no comprendes... -dijo Cucub.

-¡Mal, Cucub! ¡Crees mal!

Kupuka se enojó de pronto. Empezó a caminar de ida y vuelta, golpeando el morral

con sus manos abiertas. Su voz se alejaba más que sus piernas. Pero regresaba antes y aturdía como si estuviese pegada a los oídos.

-¡Comprendo lo que ahora está ocurriendo desde hace tiempo, hermano! Y en cuanto a ti, mujer -el Brujo encaró a Kuy-Kuyen—. ¿Cuáles son esas cosas que no tienen sentido? Si le llamas absurdo al modo en que Wilkilén dibuja el mundo, llámale también absurdo a todo lo que vive y muere dentro de un tronco... Llámale absurdas a las alas de los que no vuelan, y a las lágrimas que se lloran de alegría.

La furia del Brujo asustaba a todos. Los niños se pegaron a las piernas de su madre, la madre a las manos de su esposo. El esposo a su propia alma.

-Ella está de trabajos -la furia se fue como había llegado-. Confíen en el Brujo anciano... Wilkilén ha partido por necesidad de esta guerra. Por lo mismo que partiremos nosotros. Por lo mismo que Kuy-Kuyen permanecerá aquí cuidando de la vida que crece. Trabajos del amor que hoy nos separan. Los únicos que un día volverán a reunirnos.

Tanto Kuy-Kuyen como Cucub comprendieron que el Brujo de la Tierra conocía con certeza el paradero de Wilkilén, y que no la traería de regreso por mucho que se lo suplicaran. Alguien más que había partido... La familia se despidió con las manos en alto.

Adiós Cucub que te vas a guerrear como sin miedo. Adiós, Kupuka. Adiós Wilkilén..., fíjate dónde pones los pies, cuida de tu almita.

-¡Thungür!

Thungür trepaba un árbol de gran altura y ramas imponentes desde donde alguien lo estaba llamando.

En un alto del ejército en su camino al Nubloso, Thungür escuchó con claridad la voz de Piukemán diciendo su nombre. El llamado venía desde la cima de un árbol alejado, y nadie más que él parecía escucharlo. La voz que lo convocaba era la de Piukemán niño; la misma del tiempo cuando los dos trepaban el nogal que se alzaba a mitad de camino, y el mundo era nítido.

-Thungür, cuando llegues frente a mi rostro de ave, vas a reconocerme. Un hermano de antes, que amaste y te amó.

El husihuilke avanzaba tanteando la firmeza de las ramas. Una vez que conseguía aferrarse a una, los brazos se tensaban hasta elevar el cuerpo poderoso. Nuevamente encaramado permanecía inmóvil hasta que el llamado sonaba de nuevo.

-Mira como es debido, Thungür. Y continúa trepando. Yo, al menos, no te esperaré por mucho tiempo... Las hembras traen su danza.

El hombre tomó agua del cacharro que llevaba atado a la cintura. El agua le limpió los ojos. Un poco por encima de él, Thungür pudo distinguir al Ahijador parado sobre una rama y en medio del follaje. El husihuilke avanzó para encararle la mirada porque sabía quién estaba detrás.

—Aquí estoy, mi antiguo hermano -dijo Thungür.

-Lo veo, Nanahuatli -dijo el Brujo en la Puerta de la Lechuza.

La mujer se arrodilló a su lado, pero solamente vio el sendero que se torcía entre la penumbra de la vegetación.

-Me llamaste y no ha de ser por nada -Thungür ascendió un poco más-. Desde que partiste en compañía de Kupuka no supimos de tu suerte. Kuy-Kuyen les cuenta sobre ti a los niños; así que ellos gritan saludos a cada halcón que pasa. Pero yo sé que no has vuelto a volar por el cielo de encima de la huerta.

El Ahijador alzó la cabeza, de modo que Thungür quedó fuera de su vista.

-¿Qué haces, Ahijador? -gritó el Brujo Halcón desde la lejanía.

-¿Qué hace? Dime qué hace -preguntó Nanahuatli.

-Espera, mujer. Y espera en silencio.

El Brujo Halcón no lograba que el ave volviera a poner sus sentidos en Thungür; y era porque el amor bailaba en el cielo. Dijeron lo mismo los recitadores del camino y sus flautas cañeras.

Cuando baila el amor
alrededor desaparece.
Ay, sí, desaparece.
Alrededor se llama el mundo...

-Vuelve los ojos a ese hombre, Ahijador -insistió el Brujo Halcón-. Deja, por ahora, la danza de tus hembras.

La mirada del ave tardó un largo rato en desprenderse de las promesas de amor. Pero, al fin, volvió de arriba a abajo y se quedó fija en el rostro del husihuilke.

El Ahijador desplegó las alas. El otro que era estiró los brazos entre árbol y árbol de la Puerta de la Lechuza. Thungür esperaba de rodillas en una rama, un poco por debajo

del sitio donde el ave expandía su tamaño. Nanahuatli empezó a recitar súplicas para que el hombre comprendiera. Entonces el Brujo dijo y el Ahijador graznó. Thungür y Nanahuatli, separados por muchos soles de distancia, escucharon igual.

-Traigo conmigo una trenza de mujer que es tuya... La mujer y la trenza.

Recién entonces Thungür descubrió, atada a la pata del Ahijador, una trenza oscura. El husihuilke tuvo que subir un poco más para desatarla. Lo hizo, y se quedó mirándola sin alegría.

-¿Me reconoce? -preguntó Nanahuatli al Brujo Halcón.

-Aún no.

La pequeña Nanahuatli apretó su ruego. "Que sea, que comprenda, que recuerde."

Metido en medio del follaje frío, Thungür seguía mirando una trenza cualquiera... El reflejo del sol en las hojas no era una buena luz para el pensamiento; y él no conseguía trazar el camino desde la hoguera ritual del Templo de las Vírgenes hasta aquel día, hasta aquella rama en la cima de un árbol.

-Thungür, yo sangré ese camino con mis plantas -decía Nanahuatli-. ¡Hermanito Halcón, cuéntale como fue!

El Brujo Halcón empezaba a temer. A través de los ojos del Ahijador estaba viendo la expresión seca de Thungür. Veía su intención de devolver aquello que le habían dado y que no entendía. Olvidar y regresar a la guerra. El Brujo Halcón no se lo dijo a la mujer.

-Espera, Nanahuatli. A veces, el tiempo existe...

El Ahijador, que sí podía reconocer el amor, volvió a apartar su interés del hombre que miraba la trenza. Se erizó en las plumas del pecho, alzó la cabeza y gritó hacia la hembra más urgente. En la Puerta de la Lechuza el Brujo Halcón sintió igual. Pero como había sido hombre pudo, además, comprender.

-Eso es, mi antiguo hermano -musitó-. Lo mismo que hacemos el Ahijador y yo, debes hacer tú. No busques con la razón sino con los sentidos.

Separados por muchos soles de distancia, Thungür y Nanahuatli escucharon las mismas palabras. Ella estiró las manos para acortar la distancia entre su aroma y su amado. El hombre se juntó a la trenza, y la olfateó con las respiraciones cortas de un animal tras un rastro.

-Así es -dijo el Brujo Halcón-. Así podrás...

El hombre husihuilke se llevó la trenza a la boca y la mordió hasta que la trenza lo llamó por su nombre.

-¡Thungür! -llamó Nanahuatli.

Thungür estaba regresando en sus recuerdos al cañaveral donde la había esperado por primera vez. Estaba de regreso en la lluvia. Cuando Thungür pudo entender pronunció el nombre amado.

-Nanahuatli -dijo, y ni el aire vio cómo el sonido se escabullía y seguía y llegó hasta la Puerta de la Lechuza.

Nanahuatli sonrió. Y se puso bella con sus dientes húmedos ofrecidos sin ningún reparo.

-Ha sido -murmuró el Brujo Halcón, cansado de sentir.

En las ramas de un árbol desmesurado el Ahijador y el hombre se llenaron de viento. Uno desplegó el vuelo. El otro se quedó inmóvil, con una trenza viva entre sus dedos. Lejos de allí, Nanahuatli mojó su boca en jugo morado y dulce.

El Brujo Halcón comprendió que debía dejar sola a la mujer que durante tanto tiempo le había exigido compañía, pero que ahora no quería tenerlo cerca. Entonces voló bosque adentro evitando cada árbol y cada matorral como si en verdad estuviera viéndolos; como si no hubiese estado en pleno cielo y entreverado en una danza.

La distancia que separaba a Thungür de Nanahuatli era un camino de muchos soles a lomo de animal. Y sin embargo Nanahuatli estaba junto a él, encaramada en la misma

rama. Y sin embargo, Thungür estaba riendo y bebiendo jugo morado.

Un artista en medio de la guerra

Después de despedirse de Kuy-Kuyen y los niños, Cucub y Kupuka anduvieron juntos un breve trecho del camino. El zitzahay parecía molesto por tener que seguir el paso lento de la yunta que hacían el Brujo de la Tierra y su sosegado animal con cabellera.

—Mi apuro no es el tuyo —le dijo Kupuka-. Tú y yo nos encaminamos hacia guerras diferentes. ¡Galopa, Cucub! Deja que tu Fuego Negro se atragante de camino. Este animal y yo seguiremos a nuestro propio paso.

Cucub no se hizo repetir el ofrecimiento. Debía reunirse lo antes posible con el ejército. Probablemente todavía estuvieran en el Nubloso en espera de la columna del este. Aunque lo deseable hubiese sido que ya estuvieran marchando hacia el Pantanoso, el último refugio de humedad antes de entrar al desierto enemigo.

El pequeño zitzahay tomó el brazo de Kupuka en señal de despedida. Taconeó los flancos del animal y en pocos instantes se perdió de vista.

Cucub recorrió el bosque de Los Confines eligiendo los mejores atajos. Ya no era aquel hombre asustado que se había aferrado a Dulkancellin para caminar bajo la tormenta. Ahora, Cucub conocía el bosque tan bien como cualquier husihuilke. Y aquella vez, acuciado por la urgencia de llegar, pasó a través del follaje como lo que en verdad era: un susurro montado en uno de los mejores animales con cabellera que galoparon las tierras.

A pesar de eso, cuando Cucub y Fuego Negro llegaron a orillas del Nubloso encontraron que el ejército ya había abandonado el lugar. Las señales indicaban que no les llevaban una ventaja mayor a tres o cuatro soles. "Es seguro que los encontraré antes del Pantanoso", pensó Cucub. Y se alegró, porque eso significaba que la columna del este había llegado sin demasiada demora. Con cuántos guerreros y en qué estado, no podía saberlo; pero al menos había llegado. Y ahora el ejército en pleno se dirigía hacia el oasis final.

Cucub se bañó en el río. Se concedió un poco de tiempo para atrapar un pez y asarlo. Luego lo ensartó en un palo y fue comiéndolo mientras andaba. Tal como lo había previsto, encontró al ejército un poco pasada la mitad del camino hasta el Pantanoso.

Ni Thungür ni Minché se asombraron de ver llegar a Cucub sostenido de ambos brazos por dos vigías. Menos todavía de verlo patalear, y escucharlo exigir a gritos que le permitieran presentarse tal como lo merecía su investidura de artista y de guerrero. Los hombres que habían detenido a Cucub en las inmediaciones del campamento y lo llevaban arrastrando ante la presencia de los jefes, eran guerreros de la última columna que había llegado del este.

-Es hermano -les explicó Thungür-. Dejen que se siente a nuestro lado a descansar. Y denle agua y comida a Fuego Negro. Los dos se ven extenuados.

-Lo estamos -aseguró Cucub. Y ya desasido de los vigías se sentó en la tierra junto al hermano de su esposa.

Un grupo de guerreros estaba dispuesto en rueda alrededor de una fogata, pasándose de uno a otro una vasija con agua fuerte de maíz.

Era claro que su aparición había interrumpido una conversación animada, y Cucub estaba ansioso porque la retomaran.

-¿Y bien? -preguntó-. ¿Qué nuevas debe conocer este guerrero?

La rueda sonrió. Y Minché señaló con el brazo extendido una pila de armas que arrojaban fuego.

-Éste es un buen resultado de algo, verdaderamente, malo -dijo Thungür.

-Veamos si lo entiendo mejor -pidió Cucub.

-Los sideresios saben de nuestro avance, y están enviando grupos reducidos para atacarnos -Thungür pasó la vasija sin beber de ella-. No llegan hasta aquí a dar una pelea franca. El plan es desgastarnos y demorar el ataque al oasis.

-Supongo que eso es lo verdaderamente malo -dijo Cucub-. ¿Y cómo obtuvimos un buen resultado de semejante cosa?

-Íbamos en avanzada...

-¿Tú estabas al mando? -interrumpió Cucub, que no soportaba oír una historia sin sus detalles.

-Así es -respondió el hermano de su esposa-. Yo iba al frente de una avanzada de reconocimiento, como las que siempre enviamos. Encontramos una guarnición enemiga acampando malamente muy cerca del Pantanoso. Los atacamos y los vencimos. Es cierto que a nosotros nos tocó perder guerreros. Pero ellos abandonaron el campamento dejando estas armas que ves, y también un barril de polvo gris. ¿Comprendes lo que eso significa?

Lo mismo que Dulkancellin, Thungür parecía desconfiar de su capacidad de comprender las cosas más sencillas.

-Déjame pensar -se burló el zitzahay-. ¿Es un disparate pensar que trataremos de usarlas contra ellos?

-No lo es, en absoluto -tampoco Dulkancellin hubiera percibido la burla-. Lo haremos como lo hicimos con los animales con cabellera. Las conoceremos, las amansaremos. Y acabarán obedeciendo a nuestras manos.

-Podríamos decir, entonces, que he llegado en medio de un festejo -dijo Cucub.

-No -respondió Thungür-. Tuvimos suerte esta vez. Pero los sideresios seguirán apareciendo en el camino. Nos cortarán el paso, y eso hará muy difícil tomar el oasis antes de que llegue la flota. No hay esperanzas para nosotros si no tomamos ese puerto a tiempo. Si llegan a tierra y desembarcan sus armas, serán indetenibles...

Como siempre, Cucub pensó en algo agradable para decir:

-Por lo que veo a mi alrededor -dijo girando la cabeza por todo el campamento-, somos muchos más de los que éramos cuando me marché.

-Más de los que éramos cuando te marchaste, pero muchos menos de los que esperábamos -respondió Thungür.

-Yo no estuve en esa batalla -Minché intervino, y algo malo hubo en su voz-. Y me hubiera gustado pelear allí, te lo aseguro.

El zitzahay cambió la cadencia para maravillar al mundo.

-Te contaré todo, hermano y jefe Minché... Atardecía -comenzó Cucub-. Una llovizna, derramada desde nubes inusualmente oscuras y bajas, empapaba de a poco nuestros cuerpos quietos.

Los hombres que habían tomado parte en la escaramuza se miraron con asombro. ¿Cómo podía él saberlo si no había estado allí? Sin embargo estaba diciendo la verdad: atardecía y lloviznaba. Cucub se levantó. Dio vueltas por el interior de la rueda viendo una por una las caras de los guerreros, y describiendo la batalla mucho mejor de como ellos mismos lo hubiesen hecho.

-Oscurecía rápido -Cucub volvía a usar su acento de artista, tanto tiempo malogrado-. Recuerdo muy bien que, el día anterior, Thungür y Minché habían discutido duramente porque no conseguían ponerse de acuerdo sobre la dirección que debía seguir la avanzada...

Los dos nombrados se sobresaltaron. Nadie más que ellos conocía aquel desacuerdo. ¿Sería que Kupuka estaba metido dentro del cuerpo de Cucub? ¿De dónde venían tantas

adivinaciones? El artista siguió con su relato.

-La fuerza que Thungür dirigía, por cierto no demasiado numerosa, vio humos ascendiendo. Cuando llegó al lugar encontró una desordenada guarnición enemiga acampando en un bajo sombrío. Una parte de los nuestros se arrastró en silencio por las lomadas que limitaban el campamento sideresio del lado norte. El resto cerró el sur. Los sideresios estaban sitiados. Y sin embargo, ajenos al peligro, se ocupaban de asar carnes recién cazadas.

Todos los que habían participado del ataque y estaban sentados en la rueda, recordaron el olor que el viento llevó hasta sus narices aquel día. ¿En qué lugar ese hombre pequeño estuvo oculto y olfateando...? Uno de ellos, tal vez por ser zitzahay, se tentó de poner a prueba el juego de Cucub con una pregunta sin remedio.

-¿Qué estaba pensando yo en ese momento? -preguntó el guerrero.

Cucub lo miró fijo.

-Tú pensabas que te hubiese gustado masticar un buen pedazo de esa carne que los sideresios estaban asando.

El ingenioso se sintió desnudo y obligado a dar explicaciones.

-El olor no era malo... Además los trabajos del día me habían dejado sin tiempo para alimentarme... -la carcajada de los hombres interrumpió su fábula-. Recuerden conmigo cuánto tiempo permanecimos inmóviles viendo a los sideresios derrumbarse saturados de carne y bebida -Cucub estaba seguro de que ya nadie se atrevería a interrumpirlo-. Sabemos, porque es sabido, que ellos no son capaces de ver las formas que se ocultan en nuestro paisaje ni de olfatear más allá de sus ropas. Esperamos escondidos y en total quietud el final de su comilona. La llovizna era débil, pero suficiente para mantener a los sideresios apiñados bajo el techo del cobertizo donde ardían los restos del fuego. Recuerden conmigo que, uno a uno, los sideresios se dejaron caer ganados por ese sueño idiota de ellos. Sueño que los embota y no le deja al espíritu ni un resquicio por el cual espiar lo que está sucediendo en la vigilia. Entonces nosotros, los desvelados, vimos lo que en verdad eran: no guerreros..., nunca guerreros. Solamente un montón de ebrios que dormían, seguros de que nuestro continente era su fiesta.

Cuando el Venado bajó las lomadas al galope y surgió de dentro de la vegetación esmirriada, que había hecho lo imposible por disimularlo, sonaron voces de alerta y empezó el espanto de los que dormían como invencibles. Los jefes sideresios improvisaron estrategias a gritos desgañitados. Sin embargo, unos decían aquí y otros decían allá. Sus hombres manoteaban las armas y montaban a lomo de sus animales para intentar una defensa. Cierto es que, cuando estuvimos encima, muchos de ellos habían conseguido rehacerse. Eso nos costó los guerreros que hoy no están aquí. Con todo, el resultado de la batalla ya estaba decidido. Sorprendidos, y sin ninguna razón para luchar que fuera mayor que ellos mismos, las larvas de Misáianes abandonaron la herida por cualquier camino.

Los guerreros de Los Confines sonreían. Aquel zitzahay tenía sus raros dones. Era difícil no amarlo.

-Tuvimos nuestra victoria -dijo el artista. Y se inclinó.

Drimus giró el rostro tembloroso.

-Repite lo que has dicho.

-Fuimos derrotados.

El portador de la mala noticia pertenecía a la jerarquía de mando del ejército sideresio. Había encontrado a Drimus sentado a orillas del mar, bajo un entoldado de construcción precaria. El jorobado pasaba allí buena parte de sus días esperando ver aparecer las naves que, según sus cálculos, no podían demorar.

-Vuelve a decirlo -pidió Drimus con el rostro vuelto más que nunca hacia el horizonte.

-Ellos encontraron una de nuestras avanzadas, y la atacaron.

-Cuando dices ellos, ¿hablas de todo el ejército o de una partida de hombres similar a la nuestra?

-Hablo de todo el ejército, Doctrinador. Nuestra avanzada debió enfrentarse a todo un ejército.

-¿Dónde ocurrió?

-Traspuesto el límite del desierto. Yo diría..., a cinco días del Pantanoso. Donde el bosque de Los Confines todavía no termina de cerrarse.

-El ejército del Venado derrotó a una de nuestras avanzadas en territorio de Los Confines, donde el bosque no acaba de cerrarse -Drimus hablaba con dificultad, como si las palabras fuesen abrojos y se le pegaran a la garganta y al paladar-. Cuéntame todo, paso a paso.

-Después de marchar muchos días a paso forzado tuvimos que asentar un campamento. La vigilancia que manteníamos era extrema... La mañana de la batalla llovía torrencialmente. Tanto que era casi imposible mantener el campamento en pie. El agua y el viento amenazaban con derribarlo. Los toldos se arrancaban de sus cabos, las provisiones se mojaban... Había que ocuparse de proteger las armas y de evitar que los animales se desbandaran. Andábamos empapados y contra el viento, tratando de evitar mayores pérdidas. No oíamos ni nuestras propias voces, Doctrinador... No nos veíamos las manos. Y en medio de toda esa confusión, ellos aparecieron. No se los vio llegar ni por el norte ni por el sur. Fue de repente... Se nos echaron encima igual que la lluvia. Son esos hechiceros de ellos, Doctrinador. Sin duda la magia de por aquí convocó el diluvio; único modo de que la batalla resultara a su favor. Aun así les estropeamos el objetivo. Pensamos con rapidez y acordamos en las órdenes como una sola cabeza. Debíamos evitar que las armas cayeran en su poder. Venían por ellas, Doctrinador. Pero nosotros logramos que su botín fuera escaso. Montados o de a pie los enfrentamos en pelea. Y a pesar de la sorpresa y la inferioridad de número les hicimos pagar la insolencia. Con muchos muertos, Doctrinador. Pagaron la insolencia con muchos muertos. Mientras tanto, una parte de los nuestros cargó la mayor cantidad posible de armas y municiones. Recién entonces dimos la orden de retirada. Ni siquiera nos persiguieron, Doctrinador. Se habrán conformado con lo poco que podían recoger del campo de batalla.

El Doctrinador no había mirado al militar ni una sola vez en lo que duró su relato. Si el infeliz lo hubiese conocido mejor, habría sabido que estaba frente a la peor señal. Drimus chasqueó los dedos para indicarle a sus escoltas que se acercaran. Siempre que iba hasta el mar, un grupo de hombres lo seguía a cierta distancia. Ahora corrieron a atender sus deseos.

-¡Llévenselo! Cuando lleguen al campamento atraviésenle la boca de lado a lado con espinas urticantes. Después átenlo a la entrada de mi tienda. Y que demore en morirse, porque eso me dará buen dormir.

El jefe sideresio suplicó. Dejó caer su cuerpo para hacerlo pesado y que costara arrastrarlo. Quiso frenar el camino con los pies para que se hiciera interminable. Desde lejos, preguntó por qué.

Pero ocurrió que el agonizante junto a su tienda no alcanzó a darle buen dormir. Mucho antes de que empezara a morir Drimus lo había olvidado. Otras cosas ocupaban su cabeza. El Venado se acercaba..., y las naves seguían sin aparecer. Cierto que el ejército de las Tierras Fértiles demoraría en llegar hasta allí. Era seguro que, cruzando el Pantanoso, el desierto retardaría el avance. Pero si acaso conseguían llegar antes que las naves, todo podía volver a malograrse. No es que le importara la muerte de los sideresios. Tampoco su propia vida, que podría salvar fácilmente metiéndose por alguna hendidura de la magia. Era el Amo lo que le importaba... El Doctrinador no podía tolerar la idea de verlo de nuevo afrentado por aquel continente. No era posible que, una vez más, un casi niño husihuilke volviera a prender fuego al arsenal de Misáianes,

que un viejo los espantara con una manada de cerdos y avispas, que un ejército de palos venciera a un ejército de fuego.

Después del encuentro con los sideresios, el ejército del Venado decidió rastrear las inmediaciones. El lugar donde Cucub les dio alcance era un sitio apropiado para la defensa, y no iban a abandonarlo hasta saber si había cerca alguna otra guarnición enemiga.

Con ese fin se ordenó llevar a cabo un cuidadoso trabajo de reconocimiento en la zona del bosque por donde tenían pensado continuar el viaje.

Los rastreadores partieron el mismo día, en distintas direcciones, buscando cualquier indicio de los sideresios. Uno a uno regresaron diciendo que no había nada a la vista. Claro que el ejército de las Tierras Fértiles habría podido seguir las huellas desordenadas de los sideresios que habían huido durante el ataque al campamento. Pero ése hubiese sido un grave error de orgullo.

El objetivo del avance no eran estos sideresios que se les fueron de entre las manos. Otro propósito los guiaba que, de llevarse a buen término, daría al Venado un tiempo de incalculable provecho. Lo importante era llegar antes que las naves a la posición que Drimus custodiaba, cercana al puerto natural donde la flota arribaría. Llegar a la posición, y tomarla. El Venado intentaría engañar a la flota de Misáianes. Dejarlos creer que eran los suyos quienes los saludaban desde la costa, y los que se subían a los botes que ellos mismos tirarían desde la cubierta para permitirles abordar.

El abordaje sería sangriento y difícil. Pero era la única posibilidad de detenerlos. Y de lograr que algunas naves, con sus grandes armas y sus reservas de polvo gris, fueran ganancia para el continente acorralado. Y la mejor ganancia sería el tiempo; un nuevo pedazo de tiempo arrebatado a Misáianes. Para que eso sucediera, era indispensable llegar cuanto antes al oasis donde Drimus reinaba.

Para desgracia, cuando el terreno estuvo debidamente reconocido y ellos listos para partir, una lluvia copiosa que cayó sin parar durante dos días enteros les impidió seguir viaje.

Era impensable andar bajo tanta agua y con tanto lodazal.

-Los primeros aguaceros -dijeron los husihuilkes-. Recuerdo de una nueva temporada de lluvias.

Los zitzahay preguntaron qué significaba eso. Y recibieron en respuesta magníficos relatos de cómo durante largos meses el cielo se deshacía sobre Los Confines, y de cómo cada criatura acomodaba su vida a la lluvia sin desear ni por un momento que fuera de otro modo. La temporada de lluvias era parte de la vida, parte buena, sin la cual no existiría el bosque que amaban.

Dos días de aguacero. Y en el final del tercer día el cielo comenzó a abrirse. A la madrugada siguiente, reanudaron el viaje.

El camino hasta el Pantanoso transcurrió en calma. Los sideresios no volvieron a atacar en territorio de Los Confines. Y los husihuilkes del este comenzaron a recuperar el ánimo necesario para avanzar contra el fuego enemigo.

Sin embargo, después de cruzado el Pantanoso, las cosas volvieron a complicarse.

Mientras más adentro del desierto, más lenta se hacía la marcha. El tiempo y ellos se agotaban juntos.

Ya en la Tierra sin Sombra, los sideresios reaparecieron. Se trataba de grupos reducidos que venían con la noche. Disparaban fuego, y de inmediato se retiraban seguros de que no serían perseguidos. Eso ocurría porque el ejército de las Tierras Fértiles, y los sideresios lo sabían muy bien, no podía demorarse ni desangrarse en persecuciones. Lo único que contaba era llegar a tiempo.

El Venado iba con menos guerreros de los que había soñado. Hombres y animales se fatigaron en una marcha cortada con sangrientas escaramuzas. La línea de ojos de agua que estaban obligados a seguir les alargó el camino. Pero el ejército del Venado quería

toparse en batalla con los que venían a saquearles el alma. Tenían que llegar, aunque fuera con el último aire, para intentar una nueva victoria.

"¿Podremos volver a hablar de nuestras cosas sencillas?", se escuchaban plegarias en medio de la noche.

El tambor del Padrecito del Paso tuvo pronta respuesta. Tres Rostros, el Masticador y el Halcón se encaminaban hacia las aldeas del este. Welenkín, en cambio, permanecía con encargos cerca del Lalafke.

Junto a los Brujos iban hombres y mujeres queriendo dar amparo a los hermanos más sufrientes que ellos. Los de la ladera adversaria, pero ahora vecina. Pero, antes que nada, husihuilke.

La procesión marchaba cargando medicinas, alimentos y mantas. Para aliviar el camino, arduo para los habitantes de la costa del Lalafke que jamás habían pasado del pie de las Maduinas, los Brujos contaron sus siempre bienvenidos cuentos.

-¿Alguno de ustedes sabe cómo nació nuestro querido Tres Rostros? -preguntó el Masticador.

No, nadie lo sabía. Algunos, quizás, habían escuchado algo dudoso. O probablemente era que todos querían volver a escucharlo.

-Se los contaré -dijo el Masticador, que estaba de un humor extrañamente apacible.

Se hizo el silencio de escuchar coplas. O advertencias, o buenas mentiras.

-Fue a causa de un joven pescador de río y de una mujer-pez, celebrada por bella -el Masticador se quitó una nervadura de hoja de los dientes- Ambos se conocieron a orillas del Nubloso, donde él iba de pesca y ella de embelesos. Porque es sabido que así son las mujeres-peces. Les gusta azuzar la sangre de los hombres y hacerlos llorar. Sin embargo, por mucho que ésta hiciera no conseguía que el pescador derramara ni lágrima. El hombre miraba con empecinamiento el fondo del río y, hubiese presa o no, descargaba el arpón de tanto en tanto. Un día, después de muchos, la mujer-pez habló. "Aún no has llorado", le dijo al hombre. Y el hombre le respondió: "Nunca lo haré". La mujer-pez continuó con sus murmullos húmedos. El pescador continuó pescando. Otro día, después de aquél, la mujer-pez habló de nuevo y preguntó. "¿Dónde comienza el duelo de los hombres?" "El duelo de los hombres comienza en tu cintura", contestó el pescador.

Pocas cosas en este mundo irritaban al Masticador como las expresiones de ternura que tanto gustaban a las criaturas humanas. Para evitarse tener que soportarlas decidió cambiar el modo, y apurar el relato.

-Y fue como fue... Estos dos que les digo buscaron lo imposible. Ocurrió donde el Nubloso se arremolina... Allí se enlazaron, y deshicieron la fatalidad. Dentro del cascarón donde debió gestarse un pez de río, se gestó Tres Rostros. Dicen que sus muecas son herencia de madre. Porque el cuerpo de la mujer-pez fue feliz para siempre. Pero su corazón se le quedó en el llanto. Y su entendimiento, entre uno y otro, perdió todas las certezas. Ése es nuestro hermano, mezcla de hombre y agua.

Las noticias de la guerra llegaban rápidamente a Los Confines, y no eran buenas. Iban de uno en uno aprovechando la dirección de los vientos, el camino habitual de los coyotes, las migraciones de las semillas; y todo cuanto sirviera para acarrear rumores. Por eso, para salir a contar, muchas almas rondaban alrededor del ejército, escuchando y viendo lo que luego deberían decir.

Y las almas vieron que el jefe Minché se levantaba en medio de la noche. Era frío

el desierto a esa hora; así que el jefe se envolvió en una manta. Minché dijo a los centinelas que no se alejaría demasiado.

-Jefe Minché -le respondió uno de los guerreros que vigilaba la noche-. No será bueno que partas solo. Recuerda que nomás ayer, los vigías vieron sideresios en las cercanías.

-He dicho que no me alejaré -respondió el jefe-. Y cuanto menos pregonen esto, mejor será.

La figura enorme de Minché cubierto con su manta se perdió tras una duna de arena. Detrás de él, se fueron las almas.

El desierto es un lugar de chistidos, siseos, graznidos y roces sobre la arena. Pero el sonido que produce una criatura humana es inconfundible en cualquier sitio, para el que sabe escuchar.

Minché oyó el silbido al mismo tiempo que las almas. El jefe se detuvo, ellas también. Dos siluetas oscuras aparecieron, de pronto, desde atrás de unos matorrales. Las almas se asustaron; el jefe Minché, no. Era evidente que esperaba encontrar allí a aquellas dos personas. Las almas se arremolinaron en una oscuridad del cielo, pálidas como la luna.

Minché caminó hasta donde esperaban los extraños. Luego los tres se agazaparon, y se cubrieron con el manto de color gris que el jefe Minché llevaba consigo. El color de la manta, los pliegues desparejos y la absoluta inmovilidad de los tres cuerpos escondidos debajo, hacían que el grupo pareciera una roca sobra la arena.

Y tanto fueron una roca, que ni un murmullo salió de adentro. Antes de que empezara a clarear el grupo se deshizo de la manta que los cubría. Entonces vieron las almas que se saludaron con frialdad. Dos de ellos caminaron hacia las dunas, y Minché regresó al campamento.

Apenas llegó los vigías le anunciaron que Thungür había estado buscándolo desde muy temprano.

-¿Me buscabas, Thungür? -pregunto Minché.

-Te buscaba, sí. Y empezaba a temer por ti.

-Estuve caminando por el desierto -dijo el primer jefe-. Necesitaba silencio y soledad para poder pensar y decidir con acierto.

-Es una decisión que ya no puede esperar -dijo Thungür.

-No hace falta que me recuerdes eso.

La situación del ejército había cambiado; la estrategia que los había guiado ya no podía llevarse a cabo.

El día anterior los jefes habían recibido noticias de que, al menos, cuatro naves de Misáianes estaban a pocas horas de la costa. El plan estaba desbaratado y los jefes debían decidir rápidamente cómo continuar la guerra.

-Cuatro de sus naves estarán en tierra para cuando lleguemos -dijo Minché.

-O más -respondió Thungür-. Todavía nos queda un largo día de marcha para llegar al oasis. Además, es posible que debamos enfrentar algún otro ataque de los sideresios.

-Eso lo dudo -dijo Minché-. Ya estamos demasiado cerca... Seguramente, estarán replegados en su posición, a la espera de la batalla.

-Ahora serán muchos, bien comidos y descansados -agregó Thungür-. Y de nuevo apuntarán contra nosotros esas enormes armas que incendian el aire y se llevan montones de muertos.

-¿Temes?-preguntó Minché.

Thungür sintió una furia antigua.

-¿Ves ese zitzahay? Lo conozco, vi cómo se transformó de labrador en guerrero. Y sé que es muy posible que mañana sus brazos y su cabeza sean arrancados de su cuerpo. ¿A eso llamas temor? Entonces, temo.

En esta ocasión, el desencuentro entre Minché y Thungür era definitivo. No tenía que ver con la disposición de los arqueros, o con alguna disputa entre husihuilkes y zitzahay. Según parecía cada uno pensaba en continuar la guerra de manera muy diferente. Y ninguno de los dos parecía dispuesto a ceder.

Las almas tiritaban de verlos enfurecerse en defensa de estrategias irreconciliables. Y comprendían que, a cada momento, uno y otro estaban a punto de pronunciar palabras de las que no podrían regresar. Thungür y Minché no acordaban, ni siquiera, en el resultado de las luchas que habían peleado contra los sideresios durante su travesía por el desierto.

-Los vencimos -decía Minché-. Vencimos en cada encuentro que tuvimos con ellos...

-Dime Minché -preguntó Thungür-. ¿Por qué dices con tanta certeza que hubo victoria para nosotros?

Minché miró, a ver si había un niño escondido detrás de Thungür.

-A mí me parece muy sencillo. Pero si necesitas que alguien te explique lo que viste con tus propios ojos, yo lo haré. En cada batalla pudimos dar muerte a varios soldados de Misáianes. Y, ¿recuerdas quiénes se retiraron? Voy a recordártelo: ellos. Siempre se retiraron ellos.

Thungür dejó de andar de un lado a otro y se sentó frente a Minché. En la severidad de aquel hombre reconocía a su padre. Más que él mismo, Minché era la continuación de Dulkancellin. El mismo modo de guerrear, con la sangre del lado de afuera. La misma idea inquebrantable de que la guerra era avanzar hasta donde la muerte lo permitiera. Su convivencia con los zitzahay, los años pasados junto a este pueblo poco aguerrido pero sutil en su entendimiento habían alentado en Thungür unas ciertas razones que su padre no hubiese comprendido. Y que tampoco comprendía Minché.

-Ya no piensas como un husihuilke -dijo el primer jefe.

La sentencia llegó justo en medio de aquellos pensamientos. De lo contrario, Thungür se hubiese enfurecido.

Fue por bien, comprendieron las almas, que otras ideas estuviesen rondando la cabeza de Thungür.

-Hay algo del espíritu del pueblo zitzahay que ahora llevo conmigo, si eso quieres decir. Algo también de los Señores del Sol, y un poco de la Estirpe de los bóreos. Pero nunca vuelvas a negar mi origen, hermano Minché. Nunca vuelvas a hacerlo, si no quieres tener que matarme.

En silencio, Minché aceptó que su lengua se había ido lejos. Thungür aprovechó la confusión para tratar de hacerse entender.

-Hermano Minché, tú hablas de victoria. Yo debo preguntarte si crees que esos pocos muertos significan algo para la fuerza que ahora tiene el ejército de Misáianes. Tú viste que ellos se retiraron. Yo vi que nosotros no tuvimos fuerzas para perseguirlos. Apenas si pudimos respirar aliviados.

Minché se quedó en silencio. ¿Por qué Minché no cuenta que ayer por la noche fue una roca tramando algo?, se decían las almas unas a otras.

El momento parecía propicio para que el jefe Minché comprendiera el sentido de su estrategia, y Thungür quiso aprovecharlo.

-Una victoria de guerra no es sólo contar muertos; una derrota no es retirarse primero.

La seguridad de Thungür no consiguió convencer a Minché.

—Ahora me estás diciendo que tener secas la boca y la garganta y desear beber no es tener sed. Hermano Thungür, ya no me importa quién te contagió esa extraña manera de pensar, si los zitzahay o los Señores del Sol... Yo sé que contar muertos y

permanecer más que el adversario en el campo de lucha es una victoria. Así hemos medido siempre el resultado de las batallas.

-Así lo hemos hecho cada vez que nuestros linajes se enfrentaron en batallas territoriales y de honor. No es igual ahora.

-¿Por qué no? -Minché alzó la voz para creerse-. ¿No estamos hablando de una guerra?

-Estamos hablando de una guerra que en nada se parece a las batallas de los linajes husihuilkes -respondió Thungür—. Nos enfrentamos a un ejército que llegará en oleadas durante un tiempo inacabable; y traerá armas que superarán todo nuestro coraje. Comprende que ese ejército responde a un Amo que no vendrá, como tú lo harías, al frente de sus filas y con el arco tendido. Por eso pido un repliegue. No es difícil para nosotros elegir la muerte. Tú morirás en la lucha y partirás con tu honra a salvo. Yo y todos los guerreros haremos igual. ¡Suerte para nosotros, Minché! Pero, ¿qué será de las Tierras Fértiles y cada una de sus criaturas? Tú podrás conformarte con tu honor. Yo no puedo.

-Hundirnos en las montañas, y salir como espectros para atacar cuando menos lo esperan, eso es lo que tú me pides. Pero eso solamente les dará tiempo para destruir nuestro continente. Si lo hacemos, abandonaremos a muchos a la desgracia.

-Es seguro -aceptó Thungür-. Pero, escúchame... Atacar con nuestras fuerzas debilitadas. Ir a buscarlos al sitio donde están resguardados, y reforzados. Ir a la batalla con escasas reservas de polvo gris. Morir hasta el último, porque sabes que así sucederá. Eso se llama, en verdad, darles tiempo. Abandonaremos a todos, para siempre.

También la noche había bajado para enterarse; así que las estrellas y las almas oían apretujadas. "Minché calla algo", "Minché no le está permitiendo a su boca decir toda la verdad", se susurraban. Almas y estrellas temblaban, se opacaban y volvían a brillar como si titilasen.

-El que nació husihuilke tiene un solo camino -por alguna razón oculta, Minché conservaba intacta su terquedad.

-Pelear -lo interrumpió Thungür-. Pelear hasta encontrarse con la muerte. Es verdad, Minché. Y eso haremos cuando la muerte sea algo más que el pan de nuestro orgullo.

-Háblame claro porque, hasta donde puedo entenderte, pretendes que escapemos con susto; que nos refugiemos en las Maduinas como mujeres temerosas.

-No son ésas mis palabras, ni mis pensamientos -dijo Thungür, dispuesto a explicar lo que ya creía entendido-. Aunque se nos agrie la sangre debemos aceptar que fuimos derrotados. Lo fuimos porque nuestro propósito no pudo cumplirse. Llegamos tarde. Los sideresios mantienen su posición en la costa. Y, según sabemos, cuatro naves ya casi desembarcan. Planeamos llegar a tiempo para desbaratarles la posición, disimularnos en sus ropas y saludar a la flota con sus estandartes. Íbamos a trepar a sus barcos. Ésa sí hubiese sido una enorme ganancia. Tiempo y armas a nuestro favor. Ahora ya no es posible... La flota de los sideresios está aquí, y los hombres no terminan de sosegar su respiración.

Las criaturas del agua les habían dado el aviso: cuatro naves de Misáianes llegaban al puerto. Ahora estarían desembarcando todo el poderío que traían consigo. Ya era demasiado tarde.

-Me obligas a aceptar que ir a la batalla será ir a la muerte —Minché no miraba los ojos de Thungür-. No me obligas a aceptar la huida. Daré orden de pelear hasta la muerte.

Las almas palidecieron. ¿Por qué el jefe hermano Minché escondía su mirada?

-Mucho fuego. Muchos grandes fuegos que dejarán la arena cubierta de nosotros -dijo Thungür-. Los Pastores que los sideresios pondrán como escudo, y nuestros guerreros; todos los muertos serán hombres de las Tierras Fértiles. ¿Cómo llamas a

eso?

-¿Cómo llamas a lo que nos pides?

-La única guerra posible.

-Meternos adentro de las montañas -Minché habló con vergüenza.

-Sí -Thungür respondió con amargura—. Meternos en las montañas... Allí podremos terminar de entender el modo de fabricar el polvo que estas armas necesitan para seguir matando. Estas, más las que consigamos en cada asalto. Los sideresios sabrán que estamos cerca y tendrán miedo. No vamos a dejarlos descansar. Seremos como los mosquitos de Wilkilén.

Minché casi sonrió. La gente hablaba de Wilkilén como de una niña; pero él la había mirado en silencio.

-Te refieres a abandonar los pantanos por las noches...

-¡Entonces la escuchaste cantar su canción más querida!

Todos la nombraban como la que nunca crecería para tener esposo. El jefe Minché tenía la costumbre de mirarla de lejos.

-Nosotros atacaremos durante la noche -dijo Minché-. Y los sideresios se vengarán en la carne de nuestros hijos por la mañana.

-Es nuestro deber confiar en que los Brujos sabrán pelear la guerra desde otro sitio, y que nunca abandonarán a las criaturas. Es malo, hermano Minché... Tan malo como despertar un día y que no estén nuestras manos en su sitio. Como respirar, y que el aire se haya vuelto arenoso. Nunca nada tan malo nos ha ocurrido; y aun así debemos aceptarlo. Podemos ofrendarnos en sacrificio junto a todos nuestros hombres, pero eso será nada para detener el dolor que llega.

-Los sideresios se adueñarán de nuestra casa.

-Lo harán.

-Arrastrarán su inmundicia por nuestras aldeas, prenderán fuego a nuestras historias, pisotearán los maizales.

-Lo harán -Thungür se acercó al hermano que decía las mismas palabras que Dulkancellin hubiese dicho-. Ya no puedo decir nada más, jefe Minché. La última orden es tuya.

Amanecía en las Tierras Fértiles. Era tiempo de que Minché diera su orden a los guerreros: avanzar hacia la costa, o retroceder hacia las montañas.

Pero Minché no dudaba. Su decisión no tenía retorno porque, por esos días, el jefe Minché no era el mismo por fuera que por dentro. Y se había confabulado en un pacto.

A través de las Maduinas, la procesión de Brujos, hombres y mujeres continuaba andando hacia las aldeas del este. Una vez cruzado el paso, se desparramarían para llevar alivio a todas ellas. Mientras tanto era necesario avanzar. Necesario y difícil. Las malas nuevas de la guerra pesaban en las espaldas, como pesaba la confusión. ¿Qué significaba lo que algunas criaturas decían? ¿Qué estaban diciendo cuando decían que el jefe Minché no era el mismo por dentro que por fuera? Posiblemente, ni ellas lo supieran. Si los Brujos lo entendieron, se callaron. Y para disimular el silencio contaron otro cuento.

-Ahora les contaré mi historia.

No había dudas de que las hierbas que llevaba el Masticador en la boca le soltaban la lengua.

—Me contaron que nací varón humano. En apariencia, nada diferente a cualquier otro. Sin embargo, según las cosas quedaron en la memoria, desde el comienzo de mi vida rechacé el alimento de la mujer. Al parecer, ella intentó de todas las formas, cantando y suplicando. Pero sin importar lo que hiciera, yo me empecinaba en escupir el alimento que quería darme por la fuerza. Probaron con leche de cabra, y tampoco la quise. Fui enflaqueciendo y perdiendo vida hasta que la mujer aquella me llevó ante la presencia de un Brujo de la Tierra. Hay quienes aseguran que ese Brujo fue Kupuka;

otros dicen que eso es imposible porque Kupuka no andaba todavía por estas montañas. De cualquier forma, ya no importa. El Brujo, fuese quien fuese, estuvo dos días mirándome morir sin hacer nada. Y la mujer lloriqueando a su lado. Cuentan que, de repente, el Brujo lanzó una carcajada; y es en eso donde creo reconocer a alguien. Arrancó sin elegir un poco de hierba, y la puso en mi boca. Enseguida, cuentan, me puse a masticar. Mastiqué, mastiqué; y todavía no he podido detenerme. La hembra humana comprendió que yo no era su hijo, y me dejó al cuidado del Brujo de la Tierra. Poco tiempo debió durar este padrinazgo puesto que yo no lo recuerdo. Desde que sé de mí, he vivido al cobijo de los yuyos. Todos los he masticado, a todos les debo. No hay raíz, tallo, pétalo o semilla que no me constituya. Muchos o todos podrán decir que no me aman, como aman a Kupuka o a Tres Rostros -el Masticador escupió muy lejos, por encima de las montañas-. Aun así, nadie negará que puedo señalar sin vacilar la hierba apropiada para una cura. Y que muchas noticias he traído a causa de meterme en los sopores y las fiebres de unos yuyos que ustedes no pueden ver sin ponerse pálidos.

El tiempo era escaso. El sol se levantaba. Minché ya no podía demorar su palabra.

Los guerreros del ejército del Venado estaban nuevamente de pie. Dispuestos a obedecer las órdenes que diera Minché. Entre los dos jefes ya no quedaba nada por decir. Cada uno pidió a los suyos que se alistaran para la partida.

Las almas seguían allí, esperando por lo que ocurriría. Las estrellas, en cambio, iban camino a las Tierras Antiguas a espiar a Misáianes.

Los hombres estaban listos en formaciones separadas. Thungür había tomado sitio frente a sus guerreros, montado a lomo de Hunde-la-Tarde. Mudo y quieto, esperando que Minché pronunciara en voz alta su determinación.

Las certezas que tanto había defendido se perdían ahora en su cabeza. A lo mejor nada era como él lo había dicho... Todo lo que ocurría era desmesurado; mucho más grande que su entendimiento. Quizás Minché estuviera en lo cierto. Thungür pensaba que, siendo la vida entera o la muerte entera de las Tierras Fértiles lo que estaba en juego, la verdad no podía repartirse. Las voces que poco antes le habían dictado sus argumentos le llegaban confusas; no alcanzaba a entenderlas con claridad. Entonces, porque ya todo era cerrazón, se aferró a lo único que sentía como cierto. "Soy husihuilke. Soy guerrero husihuilke. El jefe Minché decidirá para bien... Ahora la razón no puede repartirse."

También Minché estaba frente a los suyos. También inmóvil. También callado. La tensión crecía entre los hombres. Y solamente los ojos de Cucub se movían ligeros de un jefe a otro.

Minché comprendió, de pronto, todo lo que dependía de sus palabras... El sudor le bajaba por los surcos que separaban los músculos apretados de todo su cuerpo. Traía el cabello atado para la lucha, y el espíritu listo para la muerte.

-Guerreros de las Tierras Fértiles -la voz de Minché no dudaba—. A los que me honran con su fidelidad, a ustedes que me seguirán sin una pregunta... Yo, jefe elegido por el venerable consejo de nuestros linajes, les doy la última orden.

Tres Rostros y el Masticador encabezaban la marcha por la Maduinas. Tres Rostros tomaba el brazo de su hermano igual que hacía cuando caminaba junto a Kupuka.

-Prefiero que me dejes andar suelto -se frenetizó el Masticador—. No puedo tolerar tu andar de viejo flojo.

Tres Rostros dejó que su mueca de risa se hiciera grande.

-Tú mismo insinuaste que tal vez Kupuka te cuidó en tus primeros días. ¿Qué dirías si te digo que yo conozco la respuesta a esa duda?

—Te pediría que me la dieras. ¿Fue realmente Kupuka?

Tres Rostros se divertía con la ira de su hermano.

-Aguántate sin saberlo. A cambio de eso, sigue insultándome como te guste. Es bueno que algo permanezca igual.

El grupo de criaturas que los seguía había ido creciendo a lo largo del peregrinaje.

Algunas estaban allí porque la cercanía de los Brujos les atenuaba el miedo. La mayoría de las criaturas humanas, sin embargo, iban a cumplir el amoroso deber que Kupuka les había encargado.

-¿Qué encontraremos allí? -preguntó el Masticador a Tres Rostros.

-Al parecer, mucha buena gente entrampada en los dolores que envió Drimus. El mago ha puesto a andar una enfermedad del todo terrible, peor y peor que la de las manchas rojas. Numerosos hermanos del este están padeciendo el mal de sentirse separados de lo que siempre han sido, el dolor de desconfiar de quienes los aman. Ellos no tendrán fiebres ni urticarias... Pero se irán abatiendo, y perderán el recuerdo de lo que significa andar libres por la tierra. Donde los enfermos estén, nosotros deberemos estar para intentar devolverles la voluntad de ser husihuilkes -Tres Rostros aminoró el paso-. ¡Qué tarea grande, Masticador! Y nuestro Kupuka tan viejo. Y la guerra que soñamos hecha trizas. Las criaturas desoladas. Los lulus perdidos para siempre. ¡Masticador, dame un poco de pan de maíz!

Entre los que seguían el camino hacia el este estaban el Brujo Halcón y Nanahuatli. Desde el día en que se conocieron, al mismo tiempo en el desierto y en la Puerta de la Lechuza, anduvieron juntos.

El Brujo estaba aprendiendo a caminar mientras volaba lejos. Y aunque a veces se tropezaba con el bosque, o se desmoronaba en una cuesta, no aceptaba ninguna ayuda. Nanahuatli lo trataba como a un hermano de siempre. Lo sacudía, le preguntaba sin cesar, y hacía todo lo posible por cuidarlo sin que él lo notara. El Halcón, por su parte, era paciente con la enamorada.

-¿Lo ves?

-Lo veo.

-¿Y él...?

-Él, ¿qué?

-¿Él puede verte?

-No puede.

-¡Cuéntame de su rostro!

-Se parece a un hermano que tuve. Pero este hombre es más fuerte, y está más triste.

-¿Qué hace?

-Monta su animal con cabellera al frente de un grupo de guerreros. Está esperando...

-¿Y tú?

-Yo, ¿qué?

-Tú, ¿dónde estás?

-Metido como Ahijador entre las almas que oyen.

-¿Y oyes también?

-Oigo.

-¿Qué dicen?

-Nada por ahora. Todos permanecen en silencio. Sólo hacen ruido los ojos de Cucub yendo de un jefe a otro.

El Brujo Halcón y Nanahuatli caminaban un poco alejados del resto. De pronto, el Brujo se detuvo. El Ahijador, que escuchaba metido entre las almas, se erizó y ahuecó las alas.

-Minché va a hablar -graznó el Brujo.

-Ya casi no puedo entenderte -se quejó la mujer.

-Minché dice que dará su última orden.

-No entiendo...

-Digo lo que Minché dice. Pero no puedo decir lo que Minché calla.

-¿Dónde está Thungür? -Nanahuatli susurraba con desesperación.

-Thungür no dice. Dice Minché.

-¡Ay, Halcón! No puedo entenderte.
-Su última orden: ¡Guerreros de las Tierras Fértiles, vamos al oasis a pelear la guerra contra Misáianes!

Las cuatro naves ya estaban arribando al puerto natural que ofrecían las costas del desierto.

Incapaz de aguardar más tiempo, el Doctrinador trepó a un bote y remó el corto trecho que lo separaba de la nave madrina. El jorobado subió las escalerillas y paseó por la cubierta respirando el olor de las Tierras Antiguas. Tocó las correas, los sacos de cuero, las grandes armas, y en cada una de esas cosas encontró felicidad. Pero la felicidad de Drimus tenía muchas razones. No era sólo el olor y el tacto de las Tierras Antiguas; sino también la batalla que se avecinaba.

Cuando los jefes militares le preguntaron si, aún con las naves en el puerto, el ejército del Venado vendría a atacarlos, Drimus respondió sin vacilaciones.

-Vendrán, no duden de eso. Ellos vendrán.

Y aunque no explicó los motivos de su certeza, todos sonrieron sabiendo que así sería.

Aquel mismo día, mientras los sideresios aprontaban las grandes armas y se disponían para una guerra fácil, Drimus les anunció que partiría.

-Me marcho con mis cachorros, pero no demasiado lejos. Estaré viendo la victoria desde un sitio cercano. Este no es mi lugar -como de costumbre, el Doctrinador no hablaba para quienes tenía enfrente-. Además, pronto tendré mi propia guerra y debo prepararme. Cuando todo acabe, arrasaremos lo que queda de este continente y se lo ofrendaremos al Amo. Ustedes aquí y yo en mi sitio, ¡vamos a partir el último hueso de un espinazo!

Las naves que habían zarpado desde las Tierras Antiguas tenían destinos diferentes. Parte de la flota siguió las rutas habituales del Yentru. El país de los Señores del Sol, y la Comarca Aislada eran territorios donde el dominio del Amo necesitaba aprovisionarse y fortalecerse. El resto de los navíos tomó el camino inverso para llegar a las Tierras Fértiles por el Lalafke.

Once naves cargadas de armamento y soldados pusieron proa hacia la costa oeste del continente que no quería rendirse. Sin embargo, muchos de esos barcos se habían malogrado en el camino. Dos naufragaron, y otros tres sufrieron tan graves averías que debieron buscar la costa, cualquier costa, y nada se conocía sobre la suerte que habían corrido. Cuatro habían llegado ya; y los dos restantes navegaban con un día de demora.

-Algo pudiste, Lalafke -admitió Drimus-. Pero, ya ves que no has logrado detenernos. Pronto serás un servidor de Misáianes... Te cambiaremos el nombre, el color, y esa forma husihuilke que tienes de levantar tus olas.

Lo probable era que la guerra comenzara al amanecer siguiente. El jorobado tomó algunas de sus cosas y se alejó con su jauría hasta unas elevaciones de arena desde donde pensaba contemplar la batalla. Esa noche, metido entre sus perros, durmió sin recelos.

Las Tierras Fértiles, aquel continente tan simple que cabía en el alma de cualquier criatura, pasó la noche con los ojos abiertos. La madrugada les traería la derrota. Los guerreros se preparaban para morir. Sabían que lo principal era dejar atrás el recuerdo de lo que abandonaban. Ya no importaba que muchos pensaran como Thungür; ya no

importaba que Thungür pensara como Thungür. El jefe elegido por el concejo había dado la orden de guerra. Y no hacía falta nada más. Ahora los guiaba un único pensamiento: llevarse algo a cambio de su vida, arrancar un jirón de Misáianes antes de partir para siempre.

La noche era de esas tan claras que todo lo hacen parecer oscuro: los árboles, las montañas, una silueta de Brujo andando por el mundo. Era tan clara la noche que, amaneciendo, el cielo se oscureció.

A la hora en que el sol debía salir -cuentan que el sol no quiso ver aquello-, los guerreros de las Tierras Fértiles esperaban sobre una loma.

El Doctrinador no era el único que iba a contemplar la guerra. Amontonadas detrás de unos peñascos cercanos a la orilla, un grupo de mujeres del desierto miraba en silencio. Los sideresios las dejaban estar... Que los vieran triunfar, si eso era lo que querían. Y que entendieran que terminada la guerra, sin esposos ni hijos, ellos serían sus dueños y hombres. Ir tras ellos y servirlos con mansedumbre era lo único que aquellas famélicas mujeres podrían hacer.

Un ejército y otro se estaban viendo. Los guerreros de las Tierras Fértiles avanzaron un poco en el territorio; lo hicieron muy lentamente. Los sideresios vieron el movimiento, y se rieron de espanto. Sus jefes habían repetido que la guerra sería simple de ganar; sus armas eran incalculables al lado de las que traía el ejército de piel oscura. Sin embargo, los que iban a morir se veían hermosos y serenos. Y los que iban a ganar se orinaban sobre sus botas.

El ejército del Venado se dividía en tres formaciones montadas. La del centro llevaba armas de fuego; las de los flancos, lanzas y flechas. El grupo que tenía a su cargo el escaso arsenal fue elegido entre aquellos hombres que habían peleado la anterior guerra, y que luego se habían esmerado en entender y dominar las armas arrebatadas a los sideresios. Durante su adiestramiento en Beleram, a exigencia y ejemplo de Thungür, ellos habían trabajado en la puntería. Ahora podían arrojar fuegos que llegaban con precisión a los lugares donde yace la vida. El grupo de hombres que llevaba fuego, zitzahay en su mayoría, respondía a las órdenes de Thungür.

Los sideresios sabían que la única ventaja del ejército del Venado era el número de hombres; pero aquella superioridad parecía poca cosa frente al poder de sus armas.

Además, estaban los Pastores. Los mandos sideresios los habían reservado para el cumplimiento de un doble propósito militar. Los Pastores iban a servir como escudos de carne, al tiempo que diezmarían el avance de las Tierras Fértiles. De ese modo se reduciría el enfrentamiento cuerpo a cuerpo. El Venado y los Pastores tenían una deuda de sangre y traición de la que ellos iban a aprovecharse.

Los sideresios de Misáianes habían escuchado que aquellos guerreros se bebían la sangre de sus propias heridas para seguir peleando; habían escuchado que era necesario matarlos dos veces. Y sabían que ninguno de ellos iba a rendirse sin morir y matar hasta que la muerte los arrastrara por la fuerza.

El lugar de la guerra era una playa en el desierto; de modo que las naves resultaban el mejor sitio donde parapetarse. Algunas de las grandes armas apuntaban desde los navíos. Otras, las de tierra, estaban asentadas cerca de la costa.

La formación de los sideresios era segura. Los Pastores ocupaban las primeras líneas y avanzaban a pie. Lo único que importaba era que provocaran las primeras bajas entre los guerreros de las Tierras Fértiles. Pero, especialmente, que soportaran la descarga del fuego que vendría del flanco enemigo y que, sin duda, no iba a durar demasiado. Cuando los guerreros del Venado lograran traspasar la barrera de los Pastores estarían

desgastados y casi sin poder de fuego. El resto sería la faena de las grandes armas.

Detrás de los Pastores, abiertos en semicírculo de un lado y otro de las naves, con las manos agarrotadas sobre sus armas, los sideresios esperaban escondidos tras la muerte ajena.

-¡Vean esto! -decía Drimus a sus cachorros-. Los husihuilkes deberían agradecernos... Estamos poniéndoles delante a quienes peor los traicionaron. Gracias a nosotros, tendrán la alegría de matarlos antes de morir.

Pero Drimus se equivocaba. Ni lo mago que era le alcanzaba para comprender la forma en que aquel continente pensaba y sentía.

El ejército de la Tierras Fértiles se dolía en el corazón de tener que abrirse camino entre el montón de carnadas que Drimus le había arrojado. Carnada de vecinos que sería imposible matar sin morirse en un lugar de adentro. Enfrente estaban los Pastores cubriendo con su vida a los sideresios; unos que fueron hermanos estaban cubriendo a los que siempre serían enemigos. Aun así, supieron que deberían matarlos antes de poder hincar la lanza en algún soldado de Misáianes. El Doctrinador no comprendió que los husihuilkes no podían alegrarse de morir matando Pastores, en vez de morir matando sideresios.

Era como verse ellos mismos prendiendo fuego a sus maizales. Era herir sus propias caras. Los corazones no rebotaban por miedo. Por dolor era.

El ejército del Venado volvió a avanzar. A una orden, se detuvo.

Minché no era jefe de palabras. Alzó su brazo derecho por un tiempo prolongado; nunca hubo silencio como ése. Cuando el primer jefe bajó su brazo creció un alarido que paralizó la sangre de los sideresios.

La columna del centro inició el ataque. Animales y jinetes iban hacia la muerte acompañados por el grito de guerra más grandioso que escuchó el cielo.

A buena distancia de donde iba a desarrollarse la batalla, Drimus se irguió entre sus perros.

-¡Allá van, allá van...! -Drimus golpeaba una con una sus manos secas-. ¡Husihuilkes contra Pastores! Vean mis pequeños adorados el desangramiento de esta miseria oscura. ¡Y tú, amado Misáianes!, despierta en tu monte. Contempla el regocijo que preparé en tu honor...

Los guerreros de las Tierras Fértiles se acercaban al galope con las armas apuntadas. La formación y la manera elegida para el combate eran solamente una forma de actuar, hasta el final, como un ejército. Ellos sabían que, sin importar la forma en que atacaran, la muerte era el destino para todos esa mañana. Y hacia el destino galopaban.

-¡Mira, Misáianes! Despierta y mira, amadísimo nuestro. Estos chorros de sangre brotarán para ti. ¡Despierta y confórtate, Amo del Mundo!

Pero en ese momento Drimus tuvo que hacer silencio. Algo en el campo de batalla le empastó la lengua.

El grito que traían los guerreros de las Tierras Fértiles se repitió casi idéntico en las filas de los Pastores. Al cabo, unos y otros habían crecido aprendiendo la misma voz; y si unos la perdieron, ahora la recuperaban.

Los Pastores del Desierto levantaron sus armas al mismo tiempo, giraron con alarido de guerra, y apuntaron sobre los sideresios que esperaban detrás. Primero una línea y después la otra, dándole tiempo a la recarga, los Pastores dispararon con una precisión que sólo podía deberse a la hiel tanto tiempo tragada. Los hombres del desierto eligieron ser un escudo de carne en defensa del Venado. Cuentan que, al darse vuelta, muchos de ellos pronunciaron los nombres de los niños dormidos.

"Algunos que deberían estar de espaldas se pondrán de frente. ¡Las armas girarán, y cambiarán la guerra!", el Masticador lo había vaticinado.

La sorpresa de los sideresios les alcanzó a los Pastores para encimarse lo suficiente. La sorpresa de los guerreros de las Tierras Fértiles se multiplicó en fuerza. A lo mejor, el destino de esa mañana era distinto... Hubo terror y confusión entre los sideresios. Confusión y terror que los guerreros de las Tierras Fértiles no desperdiciaron.

La columna de Thungür avanzó disparando y recibiendo fuego. Por su parte el jefe Minché respondió tan de prisa y con órdenes tan claras como si hubiese conocido lo que iba a suceder. Era imposible ir contra las cuatro naves... El primer jefe señaló las dos que sus guerreros debían abordar. Las dos restantes recibirían lo suyo... Minché lo sabía, y sonrió a lo lejos cuando los peñascos cercanos a la playa se levantaron con forma de mujer.

Casi al tiempo que los Pastores giraron sus armas, las mujeres del desierto abandonaron su refugio de piedra; pero no tenían las manos vacías. En una fogata que habían mantenido oculta encendieron flechas, lanzas y antorchas. Los peñascos donde se habían ocultado estaban tan cerca de las naves que no tuvieron que adelantarse demasiado para arrojar el fuego. Algunas dispararon flechas y lanzas en llamas. Otras, en cambio, utilizaron la antigua práctica de tirar el lazo a los llamellos, y con el mismo gesto fuerte arrojaron antorchas. Ellas no gritaron como los guerreros. Eran madres que querían recuperar para la eternidad el recuerdo de sus envenenados inocentes.

Una venganza de incendios cayó sobre dos navíos. Los otros dos, atracados en el flanco opuesto, estaban siendo abordados. Madera, barriles de polvo gris, estandartes de Misáianes; todo sirvió para arder.

Todas aquellas mujeres quedaron tendidas en la playa. Se habían limpiado por el fuego que arrojaron. Y por el fuego que habían recibido dormían, ahora, junto a sus hijos.

En pocos instantes, dos de las naves eran hogueras que estallaban sobre el Lalafke.

Gran parte de los guerreros de las Tierras Fértiles permaneció peleando en tierra, junto a los Pastores que habían logrado sobrevivir, cubriendo el abordaje. Las naves de guerra se defendieron disparando las grandes armas que, apuntadas sin otra intención que evitar el abordaje, arrasaron hombres de ambos ejércitos. Con lanzas, con flechas, con fuego... La mortandad asustaba.

Ya los primeros guerreros de las Tierras Fértiles se encaramaban por la borda de las dos naves que Minché había señalado. Muchos fueron muertos por los sideresios que ocupaban la cubierta. Pero algunos lograron subir, y después otros... Entonces, pesó el coraje.

La guerra estaba en las naves y en la playa.

Thungür, junto a algunos zitzahay, fueron los primeros en pisar la cubierta de la nave abordada. El hijo de Dulkancellin repetía a su padre en bravura. La sola manera de erguir el torso y elevar el hacha como si fuese una prolongación de su pensamiento aterrorizaba a los enemigos. De pie en la cubierta, que empezaba a estar resbalosa, Thungür peleó como nunca antes. El filo de su hacha arrancaba de cuajo. Y otra vez, y otra vez; Thungür cercenaba sideresios, invencible y sucio de todas las sangres. Cerca de él, un artista se reía. "Como Dulkancellin", gritaba. "Es Dulkancellin en su cuerpo". Cucub se reía por el gusto de seguir vivo para poder cuidar de cerca, de nuevo y de cerca, al mejor de todos.

Los guerreros que consiguieron rebasar a los sideresios que todavía daban batalla, llegaron hasta los que disparaban las grandes armas; y tras una breve pelea los

atravesaron con sus lanzas.

Así fue que una nave, el sueño que los había guiado, quedó en poder de las Tierras Fértiles. Los sideresios que quedaban con vida intentaron huir saltando por la borda, o en los botes amarrados a los costados. Pero ninguno logró escapar para después contar que era cierto, que para los guerreros de las Tierras Fértiles no alcanzaba con una muerte.

El abordaje de la otra nave estaba comandado por Minché. Decenas de guerreros de las Tierras Fértiles caían al mar desde aquel navío donde los sideresios habían logrado organizar la defensa. Aun así, alentados por el ejemplo del primer jefe, los guerreros daban una pelea implacable, que estaban perdiendo, y aun así, alentados por el ejemplo del primer jefe, los guerreros daban pelea.

Desde la cima del mástil mayor de la arboladura llegó el fuego que estaba destinado a Minché: un agujero en su espalda que lo obligaría a seguir peleando sin sangre. El jefe Minché alzó la cabeza, encontró al que lo había matado y disparó una flecha. El sideresio se derrumbó desde lo alto del palo; su cuerpo golpeó seco sobre la cubierta.

Minché y sus guerreros seguían peleando a bordo de la nave que se hacía difícil de tomar. Era improbable esperar ayuda de los guerreros que batallaban en la arena, encimados a los sideresios en un ataque que todavía no tenía vencedores.

Thungür comprendió que lo más urgente era ayudar al abordaje de la otra nave. Eran muy pocos los botes que quedaban... Los desamarraron de prisa y los arrojaron al mar. Él mismo saltó sobre uno y ordenó a algunos de sus hombres que hicieran lo mismo.

Por lo que se veía, tenían poco tiempo y pocas esperanzas de dar vuelta la derrota que sufrían en la otra nave. De pronto Thungür vio que Cucub estaba a su lado acurrucado en el bote como solamente él podía acurrucarse.

El husihuilke pensó que por primera vez desde que había comenzado la guerra reparaba en el esposo de su hermana. Pero entendió, sin que nadie se lo dijera, que aquel hombre sin estatura le había cuidado las espaldas.

Había guerra en las cubiertas de las naves, guerra en la playa. La orilla cubierta de madres muertas. Algunos torsos se arrastraban a través de la matanza con la esperanza de alcanzar el agua. Los coágulos entraban y salían de la arena como cangrejos.

Los botes que se desplazaban hacia la segunda nave fueron atacados desde la cubierta. Algunos se llenaron de muertos, algunos siguieron remando.

-Vamos a llegar, Cucub -dijo Thungür. No recibió respuesta, y una mala sensación lo hizo darse vuelta. Entonces vio a Cucub con la cabeza caída hacia un costado, y roto un pedazo del pecho. El husihuilke hizo un movimiento hacia el pequeño zitzahay. Lo escuchó gemir de dolor. Pero ya estaban junto al barco que se les perdía. Y aunque Thungür recordó los ojos de Kuy-Kuyen, ordenó cubrir a Cucub para que pasara desapercibido en el interior del bote y trepar a la nave enemiga.

Sobre cubierta el jefe Minché peleaba todavía. Nuevamente, los hombres de las Tierras Fértiles eligieron morir por defender al más valiente. Otra vez cayeron otros para que Dulkancellin pudiera seguir cabalgando, para que Minché pudiera seguir blandiendo su hacha, y Thungür pudiera saltar a la cubierta de la nave.

Los dos jefes se pusieron a la par. El arribo de los hombres de Thungür equilibró la batalla. Todavía mucho tiempo tuvieron que seguir peleando hasta que los sideresios se cerraron en formación frente a las grandes armas que apuntaban al mar inútilmente.

No quedaba otra cosa que hacer más que ofrendar la vida; el último encontronazo que decidiría el cielo. ¿Cuál de todos los cielos ? Ya no importaba; los guerreros de las Tierras Fértiles se abalanzaron contra el destino. Y encontraron que era su propio cielo,

el buen cielo de las Tierras Fértiles, el que iba a decidir esa jornada. Cuando los sideresios vieron el final, se lanzaron al agua. En esta ocasión no hubo quien tuviera fuerzas para dispararles. Tal vez el Lalafke lo hizo; porque el Lalafke era como el cielo que los había amparado.

La segunda nave estaba tomada. Pero la guerra debía continuar. Con las dos naves aseguradas los guerreros de las Tierras Fértiles fueron en ayuda de los hermanos que peleaban en la playa.

Los sideresios no tenían hacia donde escapar... No había naves ni fortalezas. Y el ejército de las Tierra Fértiles no aceptaba rendición. Porque aquélla hubiese sido la rendición de unos pocos soldados aterrorizados; y no la de Misáianes. Detrás vendrían miles que ya estaban viniendo, que en ese mismo instante manoseaban la belleza de Beleram. No había escape ni rendición para los sideresios, como no la había tampoco para las Tierras Fértiles.

Al atardecer, después de casi un día entero de batalla, la arena quedó llena de muertos.

Los guerreros deambulaban por la orilla de mar o en las cubiertas de los navíos que, aunque tomados, eran incomprensibles y ajenos. Algunos se dejaron caer cerca del agua para que la sal del Lalafke les limpiara las heridas y ablandara la sangre que empezaba a hacer costras en el cuerpo. Otros cayeron vencidos por las náuseas del dolor y el cansancio.

Hasta el último sideresio era un muerto en la arena. El atardecer trajo silencio. De nuevo el mundo se partía en mitades. Pero, esta vez, era arriba y abajo. Arriba, un cielo que enrojecía limpio con su luna traslúcida. Abajo, un campo de muertos y de sonámbulos. Los sonámbulos debían curar a los heridos, los heridos debían sepultar a los muertos.

Uno de aquellos hombres había juntado fuerzas para iniciar un canto, justo cuando otro hombre anunció dos nuevas naves a la vista.

En su lomada de arena Drimus lloraba sangre por la nariz y los ojos. Todavía no conseguía ordenar su desolación, cuando también él divisó las dos naves que llegaban demoradas y que ya había olvidado. El Doctrinador entendía muy bien lo que eso significaba, y se hincó entre sus perros a elevar una súplica para el Amo que oía despierto en su monte.

Thungür vio las naves. Minché, que estaba a su lado acostado sobre la cubierta, supo que algo sucedía y preguntó con los ojos.

-Dos naves de Misáianes se acercan, jefe -anunció Thungür.

Jamás el husihuilke humillaría a su primer jefe con piedad. Minché debía conocer la situación aunque estuviera muriendo.

-¿Cuánto...?

Thungür entendió que Minché le estaba preguntando cuánto tiempo tardarían en llegar.

-Ya será noche cuando estén al alcance -respondió.

—Yo ya no estaré aquí —dijo Minché—. Pero tú no dejarás que nos arrebaten esta victoria.

El primer jefe hizo una seña a Thungür indicándole que se acercara. Tenía algo que decirle pero ya no le quedaba voz.

-Yo lo sabía... -Minché fue balbuceando lo que no quería llevarse-. Sabía de los Pastores... Noches atrás fuimos una roca urdiendo el ataque.

También ahora Thungür comprendía claramente lo que Minché intentaba explicarle.

Sin embargo Minché era el primer jefe y merecía que le permitieran pronunciar en voz alta sus más graves errores, aunque se estuviera muriendo.

-Yo no quise decírtelo -continuó Minché-. No quise..., para que fuera mía la gloria de esta batalla... Y que tu sensatez pareciera cobardía.

Recién entonces Minché quiso morir.

Thungür cerró los ojos de su hermano, y se puso de pie.

-¡Nuestro primer jefe acaba de morir! -gritó sobre el silencio de la playa-. ¡Minché ha muerto!

El cuerpo de Minché fue bajado a la playa. Un husihuilke y un navío eran cosas extrañas entre sí, tanto en la vida como en la muerte. Los guerreros se reunieron alrededor y Thungür habló:

-No hay tiempo de honrar a Minché como lo merece su coraje. Ni a Minché, ni a tantos cientos que aquí yacen. Ven, lo mismo que yo, que dos naves vienen hacia nosotros. Estamos exhaustos... Hace casi un día que blandimos el hacha, llevamos horas matando y evitando ser muertos. Pero deberemos continuar. Y si alguno de ustedes se siente demasiado cansado, camine hasta el peñasco y vea a aquellas mujeres débiles como briznas, miren sus brazos descarnados que ganaron la guerra a la par nuestra. Y si todavía les queda cansancio, escúpanse los pies.

Los guerreros giraron la cabeza hacia el sitio que Thungür acababa de nombrar. Ya las mujeres parecían algas, hilachas de algas que la marea nocturna empezaba a llevarse.

-Yo mismo disentí con el primer jefe -continuó Thungür-. Ahora ha quedado demostrado que su decisión fue la acertada. Debíamos venir. Él entendió que ninguna criatura es sabedora de todas las cosas. Y quien no es sabedor de todas las cosas debe seguir el camino que le marca su índole: el guerrero a guerrear. Lo demás es urdimbre de la tierra y los cielos. Esas naves llegarán con la noche.

Ya no es posible engañarlas puesto que han visto los fuegos de la batalla. Tenemos lo que queda del atardecer para organizar la resistencia.

Allí no había ningún bóreo para sonreír; no había ningún hombre que entendiera el mar como un territorio de pelea. El bosque sí, la selva, las montañas... Pero no el mar. Los guerreros miraban las naves que tanto les había costado ganar, y no sabían de qué manera hablarles. No las entendían, y mucho menos las amaban.

Si hubiese habido allí algún bóreo les habría explicado que todo estaba a su favor. Las naves de Misáianes debían desembarcar en una tierra ocupada y defendida, sin siquiera superioridad de fuego. Un bóreo les hubiese dicho que lo más probable era que los sideresios regresaran por su camino.

Drimus lo sabía igual. Aquellas naves iban a acercarse un poco para lograr llevarse noticias más claras de lo sucedido, y luego escaparían. No había nada más apropiado por el momento. De lo contrario, el resultado sería dos naves menos para Misáianes, o dos naves más para las Tierras Fértiles.

La plegaria del jorobado no ascendía por las naves perdidas ni por los sideresios muertos. Drimus sollozaba para que el Amo consintiera en seguir acariciándolo como él acariciaba a sus cachorros.

Amo Misáianes
que ya hemos tomado para ti
la mitad grande de este continente.
El país del Sol es tuyo

y tuya la Comarca Aislada.
Tuya la tierra hasta los salitrales del desierto...
Acarícianos Amo, y podremos seguir.
Deja que pasemos por tu boca
y que tu saliva nos redima.
Somos y seamos más bajos que culebras y gusanos,
pero acarícianos y danos tu saliva.
Tropezamos, somos tu tropiezo, pero ve lo que te pertenece...
Ahí todo tuyo el país del Sol, ahí tuya la Comarca Aislada.
Ahí, tu madre nuestra Sombra, ahí mis voces horadando.
¡Danos penitencia! ¡Danos dolores todos los que quieras!,
pero acarícianos con tu saliva. Noche y viento serán tuyos,
y si no, caerá la noche y caerá el viento.
Ve lo que hemos conseguido y acarícianos...
Sabremos recompensarte
con dos lunas para tu Señorío.
Que tu saliva no nos abandone,
que tu aliento no se ofenda del nuestro.
Ampáranos bajo el antiguo crecimiento de tus uñas.
Muy pronto recuperaremos
esto que hoy nos ha sido negado
para que tu reinado se haga sobre el mundo.

Drimus terminó su plegaria. Y los guerreros que esperaban en la playa vieron que las naves cambiaban el rumbo.

-Se están alejando -dijo Thungür.

-Se van -repitieron muchos.

Eran hombres acostumbrados a la tierra que no pudieron entender del todo lo que ocurría. Igual respiraron con alivio, y le pusieron cientos de sonrisas blancas a la noche.

El aire del lugar apestaba. Pero ahora ninguno de ellos podía pensar en otra cosa que cerrar los ojos. Allí donde estaban, reclinados sobre sus armas y sus heridas, los guerreros se durmieron.

Las almas que en la alta noche pasaron sobre la playa no pudieron distinguir cuáles de ellos dormían, y cuáles morían.

Al día siguiente Thungür despertó por el sonido ahogado de una voz que llamaba. El husihuilke se puso de pie y miró a su alrededor. Casi todos los hombres continuaban durmiendo... Muchos emitían sonidos de dolor o agotamiento; pero la voz que llamaba no era de ninguno de ellos. Thungür se movió un poco por la cubierta del barco donde había pasado la noche, intentado localizar el llamado. La voz no estaba en la nave. Thungür se asomó y miró hacia el mar. En un bote olvidado, un bulto de trapo y sangre se movía.

Era Cucub, y Thungür no lo había recordado. Primero atrapado por la batalla, y después por un cansancio tan lejos de lo humano que lo dejó sin pensamientos, Thungür olvidó que Cucub yacía herido en el fondo de un bote. Con el corazón quebrado de vergüenza el husihuilke saltó al mar. Llegó al bote, y apenas apartó la lona que cubría a Cucub supo por sus ojos que estaba perdonado. Y que, además, el artista iba a permanecer cantando un tiempo más en el mundo.

Thungür abrazó al hombre pequeño. Y todo lo que hasta ese instante había sucedido,

desde el día en que una pluma de oropéndola cayó en su mano hasta esa madrugada brumosa, se hizo presente en su memoria. Para tapar el llanto del jefe, para que nadie lo escuchara llorar, Cucub se puso a dar gritos tal como si estuviese sufriendo un dolor insoportable.

En pocos días, un mar es capaz de limpiar la guerra de los hombres... El Lalafke cambió la arena, y se llevó los restos y el olor de la muerte. Cuando las bandadas de pájaros volvieron, el paisaje había vuelto a ser un grandioso desierto blanco que se metía en el mar.

Mientras tanto, el ejército se recuperaba en el oasis. Pocos Pastores salieron con vida. Y de sus mujeres, solamente aquéllas que no participaron en el ataque.

Unos cuantos soles después, los próximos pasos estaban acordados. El grueso del ejército permanecería allí. Resultaba indispensable proteger la posición ganada. Y comenzar a pensar que, de algún modo, había que avanzar hacia el norte para recuperar la Comarca Aislada. Nadie sabía cómo ni cuándo serían capaces de enfrentar esa empresa. Por el momento, las fuerzas no les alcanzaban más que para permanecer custodiando la frontera que los separaba de Misáianes. Los heridos y un grupo de socorro regresaban al sur.

Cucub tenía vendado un brazo y buena parte de su torso. Con eso y Fuego Negro avanzó hasta el hermano de su esposa:

-Ya ves, Thungür, de nuevo debemos separarnos.

-Ése ha sido el destino de todos en estos años del sol -respondió Thungür.

-¿Qué quieres que le diga a tu mujer Nanahuatli? -preguntó Cucub.

El husihuilke se quedó pensativo, como si aquella pregunta le pareciera absurda o irrespetuosa. Cucub estaba a punto de decir adiós.

-Dile que la llevo conmigo.

-¿Eso es todo, husihuilke?

-Eso es todo, zitzahay.

Kupuka iba rumbo a un enfrentamiento definitivo; por eso anduvo convocando a cuatro voces el favor de la tierra. El Brujo respiraba hondo y con la boca abierta para meterse dentro el mundo, y que fuera con él. Así y todo, su figura era la de un anciano huesudo y encorvado que se encaminaba a una derrota. Solamente sus ojos daban miedo. Cuando recitó conjuros en los atardeceres, las luciérnagas se le agolparon alrededor. Y si en el camino se alimentó con las vísceras de un hermano puma no fue porque sí.

Kupuka iba a enfrentar a Drimus para ver cuál de los dos moría. El desgreñado iba a desafiar al mago de las Tierras Antiguas montando un animal tan roto como él mismo; ¡y quién podía verlos pasar sin lágrimas!

El Brujo más cabra del sur del mundo iba a su batalla. El viejo estaba cansado de acarrearse; y aún así avanzaba porque sabía que el resultado del enfrentamiento era cosa de todos. El Venado se estiraba hacia los últimos aires limpios.

Kupuka estaba buscando al único que comprendía el designio. Drimus, el jorobado, anhelaba agazaparse al lado de Misáianes y oírlo musitar "Que no amanezca". Repetir con su lengua "Que no amanezca". Encaramarse a las uñas del Amo para ser amo también de una eterna noche y de todos sus ciegos. Pensando en esa oscuridad, Kupuka convocó al alma de la lechuza. Después se detuvo a dormir por última vez.

El Doctrinador lo esperaba a orillas de una laguna pobre del desierto. Después de la derrota militar se hacía imprescindible doblegar a la magia de las Tierras Fértiles en el enfrentamiento que se avecinaba.

Drimus estuvo girando su cabeza durante horas. Empezaba a atardecer cuando se quedó quieto. La jauría igual. Y transcurrió el tiempo de una ardilla. Después el Doctrinador se arrodilló como si se escondiera. Llamó a los perros y les pidió con suavidad que se juntaran alrededor. Así apretujados, eran un montón oscuro abierto en muchos pares de ojos. Un montón que respiraba al mismo tiempo.

Pero Kupuka también sabía... Sabía que lo esperaban, y que en esa ocasión no valían ocultamientos ni disfraces. De modo que se acercó con todo el ruido del trote. Y recién se detuvo cuando el animal que montaba corcoveó y se negó a avanzar.

El Brujo de la Tierra desmontó despacio, y palmeó al animal con cabellera indicándole que tenía permiso para escaparse del horror que venía. El animal vaciló frente a la generosidad de su jinete. Pero, finalmente, le ganó el miedo y se alejó al galope. Kupuka se quedó vacío, como sin nadie. ¡Si hasta el alma de la lechuza había vuelto al árbol...!

Fueron muchos los que intentaron contar esta lucha silenciosa y quieta, y ninguno pudo. Hasta las lenguas más dotadas terminaron contando cosas absurdas como que la cabeza de Kupuka se transformó en girasol cuando, en verdad, debe haber sido que se le encrespó el cabello.

-Y la cabeza del Brujo se hizo girasol...

A Kupuka se le encrespó el cabello. A Drimus se le abrieron las uñas en astillas. Uno y otro convocaron a todo cuanto estaba de su parte. El Doctrinador se irguió en medio de sus perros, y quedó apenas por encima de ellos. Kupuka avanzó cuatro pasos por la

tierra, y uno más por el fuego que se había encendido como un camino entre los contrincantes. No había más que hacer sino comenzar a medir sabidurías y fuerzas.

El mago de la Tierras Antiguas resopló por la nariz. Dos chorros de moscas enloquecidas salieron a pegarse a Kupuka con zumbidos, y aleteos, y patas perniciosas. El Brujo de la Tierra estuvo perdido durante un momento; hasta entender que tenía solamente un modo de remediar el asedio. Abrió grande su boca, y aspiró un grito que atrajo a las moscas y las derramó por su garganta hasta el estómago. La confusión había terminado, pero ahora Kupuka llevaba en su cuerpo toda esa inmundicia. El viejo se cubrió de sudor. Le tiritaron las piernas flacas. Vio que el sol terminaba de atardecer y se sintió más solo todavía. La noche, él lo sabía, era beneficiosa para Drimus. Sin embargo el Brujo había andado el camino para morirse y no para dejarse matar.

Kupuka recobró fuerzas, y escupió colmillos de animales que se dirigieron al corazón de Drimus. Eran cientos de colmillos mortales que Kupuka guardaba en su interior. El Doctrinador esperó inmóvil, viéndolos acercarse. Cuando los tuvo al alcance de su aliento sopló tan terrible que los colmillos desviaron su vuelo. Se perdieron de vista como si se hubiesen ido a algún lugar distante, y regresaron, cada uno con un pájaro como trofeo. Cientos de pájaros que Kupuka conocía por sus nombres le cayeron a los pies, atravesados por colmillos. Apenas tuvo tiempo el Brujo de pedirles perdón cuando vio el cielo demasiado cerca. La risa de Drimus era el único sonido del mundo.

Kupuka se miró las manos callosas y encontró los días en que todos bailaban junto a las parvas de maíz recién cosechado. Cerró los puños para no perder la memoria. Sintió entonces que el peso del cielo caía sobre sus espaldas. El Brujo resistió hasta que la cara se le cubrió de sangre, mocos y lágrimas. Pero de a poco y contra su alma, se fue encorvando. "Es nuestro cielo", pensaba Kupuka. "El buen cielo bajo el que descansamos tantos siglos..." Pero ningún pensamiento era bastante para devolverle la fortaleza perdida; y menos para apiadar a la mole negra que lo derrumbaba.

Kupuka cayó de rodillas. Drimus aulló feliz y se frotó el cuerpo con sus manos chiquitas. Ya casi derrotado, con la boca sangrante contra la tierra, el Brujo alzó los ojos para ver el final. Pero antes del final había una estrella. La única estrella de aquella noche que no había cargado su peso en las espaldas del Brujo le alumbró el pensamiento.

Al menos, los que contaron esta historia lo explicaron así. Gracias a una estrella Kupuka pudo ver el camino.

El Brujo de la Tierra comprendió que jamás podría derrotar a Drimus. Supo que él no alcanzaba para destruirlo. Ni él, ni nadie que tuviera alma; nadie que hubiese partido en dos un pan podía derrotar al enviado de Misáianes. Eso era trabajo para su propia calaña. Algo que sólo podría realizar quien perteneciera a la legión de los increados.

Cuando Kupuka entendió, supo elegir el sortilegio apropiado.

El Brujo trajo a su memoria todos los olores que amaba. Cuando los olores se hicieron presentes los arrojó sobre su enemigo. Kupuka saturó a Drimus con los olores de las Tierras Fértiles. Olor a mujer oscura, a pan cocido en las cenizas, a barro amasado. Olor a Dulkancellin, olor a llamada de tambores.

Los perros del Doctrinador habían aprendido que todo aquello era comida.

El mago de las Tierras Antiguas tardó un momento en comprender. Sus animales lo miraban con los ojos entrecerrados y amarillos. Eran sus cachorros los que tensaban el lomo y le mostraban la dentadura lista. Los perros gruñían como frente a la presa más ansiada.

-No hagan caso, pequeños -alcanzó a decir Drimus mientras retrocedía-. Yo no soy

ese olor. Yo soy el que retoza con ustedes.

Pero los perros olían otra cosa. Frente a sus fauces estaba todo lo que les habían enseñado a triturar.

-¡Pequeños míos! Escuchen mi voz...

Nunca los perros de Drimus habían escuchado, y siempre habían olfateado. Fueron nacidos y criados con el único fin de rastrear y devorar un continente. Ahora lo tenían al alcance de sus fauces, y no importaba ni la voz ni el rostro que tuviera.

El jorobado supo que debía escapar. Drimus no podía andar como un hombre, sus piernas eran demasiado enclenques y su joroba lo inclinaba hacia adelante. Tomó toda la distancia que pudo moviéndose hacia atrás con lentitud; después giró, se tiró de rodillas y comenzó a correr con una velocidad asombrosa, utilizando los pies y las manos. El y los perros corrían del mismo modo.

En la noche con luna del desierto, Kupuka observó la persecución.

Drimus iba adelante. Avanzaba con gran velocidad empujándose con los pies, y ganando terreno con las manos. Detrás iban los perros acortando la distancia que los separaba de su presa. La jauría ladraba con furia, el jorobado gemía; pero a la distancia se veían casi idénticos. Finalmente, lo alcanzaron en el horizonte; de modo que Kupuka solamente pudo ver un revoltijo de sombras. Un rato después todos los sonidos cesaron. El Brujo de la Tierra se quedó viendo cómo la jauría negra comenzaba un nuevo camino por el desierto.

Kupuka le rogó a la tierra madrecita que arrastrara los huesos de Drimus hasta el fondo más fondo, donde ya ni siquiera hubiera gusanos para regresarlos.

Después silbó llamando a su animal con cabellera. Lo montó lento y emprendió el regreso al sur.

La oscuridad se quedó con la jauría. Aunque no fue así como lo dijeron los que contaron aquel duelo.

"Y la oscuridad se quedó con algo", eso dijeron.

En esos tiempos, una isla era mucho más pequeña si nadie la habitaba. Cuando alguien llegaba, la isla se hacía grande.

Lewán, la isla que habían habitado los lulus, estaba desierta desde que ellos partieron hacia el mar. Sólo Welenkín la visitaba de tanto en tanto. De manera que Lewán, con tanto silencio, dormía apoyada en sus grandes estatuas. Sin embargo, era una isla; y el ruido de una balsa por el agua fue suficiente para despertarla y ponerla alerta. Eran dos mujeres las que se acercaban: una muy joven y una muy anciana. ¿Qué estarían buscando? ¿Qué hacían por allí cuando el continente estaba acorralado? ¿Qué pretendían estas dos desamparadas con la guerra en los talones? Cuando la anciana se puso de pie sobre la balsa para atisbar el sitio al cual se dirigían, la isla cambió de color y de parecer.

Wilkilén no dudó en saltar al agua apenas fue posible. Arrastró la precaria embarcación hasta la arena, y tomó las manos de la anciana para ayudarla a bajar. Se divirtió viendo que sus palmas seguían pintadas de azul.

-[Ten cuidado! Siempre caminas desatenta.

Wilkilén había encontrado alguien a quien guiar. Alguien que andaba por el mundo mucho más imprudentemente que ella misma. Por eso había abandonado a su familia sin preguntarse si hacía lo correcto.

-Porque de otro modo tú andarías sola y sin cuidado.

Por una anciana que nunca le había dicho su nombre, Wilkilén se alejó de Paso de los Remolinos en una balsa de troncos.

-Cuando logre encontrar un refugio para nosotras vas a explicarme por qué te empecinaste en venir hasta aquí. Y qué es eso que buscas.

-Una respuesta —dijo la anciana.

-¿Cuál respuesta?

-Una que no puedo escuchar con claridad.

Wilkilén no siguió insistiendo porque tenía puesta su cabeza en las grandes moles de piedra que alcanzaba a ver desde allí. Ya andaba queriendo inventarles nombres, encontrarles formas y hacerlas amigas.

-Junto a aquella que se ve cerca y que llamaremos pozo, porque en realidad parece un pozo al revés, pasaremos nuestra primera noche en este lugar. ¿Sabes una cosa...?

-¿Qué? -preguntó la anciana.

-Me gusta esta isla. No sé todavía por qué te empeñaste en venir aquí, pero tengo el apetito que me viene de estar alegre.

Wilkilén cargó sobre sus hombros lo poco que traían y empezó a caminar.

-Ahora no te pongas vieja floja. Hay mucho que hacer antes de la noche. Vamos hasta el pozo... Allí comeremos y nos armaremos un camastro de paja fresca.

Cuando llegó la oscuridad a la isla que fuera territorio del pueblo de los lulus, Wilkilén y la anciana Sombra descansaban junto a una hoguera.

-¿Tienes pena? -preguntó Wilkilén.

-¿C6mo es la pena?

-¿Ya lo olvidaste?

-Nunca lo supe -respondió la anciana.
Wilkilén se llevo las manos a la frente y movió la cabeza como lamentándose de oír desquicios.
-Y ahora, ¿por qué inventas eso? -Wilkilén aparentaba enojo-. No hay criatura en este mundo que no conozca la pena. Es la pena, decía mi Vieja Kush, la que hace gente a la gente y damasco al damasco.
-Será entonces que olvidé cómo se siente -volvió a decir la Sombra.
-Ahora estás queriendo que te cuente una historia -se rió Wilkilén. Dio una vuelta en la arena sin cuidarse de dejar sus piernas al aire. Después se fue acercando muy despacio a la anciana hasta que, de pronto, se dejó caer en su regazo. La abrazó, y le besó muchas veces las mejillas.
Wilkilén no podía saber que, detrás de su nuca, los ojos de la anciana se transformaban en huecos. Y que su rostro se torcía en un gesto incomprensible.
-Está bien -dijo la inocente-. Voy a recordarte cómo se siente la pena; pero eso será si tú recuestas tu cabeza en mis rodillas. Y me prometes dormirte y soñar bonito.
La anciana hizo lo que la inocente le pedía. Se recostó en el suelo y apoyó su cabeza sobre las piernas de Wilkilén. Pero no cerró los ojos. Se quedó mirando el monte lejano donde había parido un hijo de su saliva. Su hijo Misáianes que había crecido más que ella misma. Por adorarlo, se había despojado de su honor y de su investidura.
-La pena te puede empezar en distintos lugares -explicaba Wilkilén-. A muchos les empieza en el pecho, como una espina. A otros les empieza en el estómago como falta de apetito. A mí me empieza en las orejas, porque siempre la pena me llega por los retos de Kuy-Kuyen.
Mientras la inocente seguía hablando, la Sombra pensaba en lo que antes había sido.
Antes de su hijo, las criaturas del mundo la respetaron. Era así como Vieja Kush había dicho a su nieta... Todos sabían que su trabajo era doloroso pero necesario. Un poco parecido al invierno. Pero desde la guerra de Misáianes, su tarea había perdido honra, justicia y medida. No es muerte, decían las criaturas, es exterminio. Y eso no se parecía al invierno.
-Si lo miras bien -seguía Wilkilén-, la pena se parece al invierno. Un día se va, y tú te das cuenta de que sirvió de algo.
"Yo tuve un sentido", pensó la Sombra.
Así, hablando de penas, Wilkilén se quedo dormida con su cara pegada al cuerpo de la anciana que sentía en su piel el movimiento de las pestañas.
—Esta niña sueña demasiado -pensó.
La Sombra se apartó de ella con más prudencia de la que hubiera deseado y se fue a recorrer la isla.
Al amanecer Wilkilén se despertó tiritando. Buscó por los alrededores y no vio a su ancianita. La llamó cuatro veces y no recibió respuesta. De inmediato tuvo una idea que la preocupó.
-Esta anciana se ha ido, y vaya a saber adónde -Wilkilén hablaba en voz alta y con los mismos gestos de su hermana mayor. Wilkilén estaba jugando.
Sin esperar más corrió hasta la playa, al sitio en el que el día anterior habían amarrado la balsa. La embarcación seguía allí, de modo que la inocente se quedó tranquila. Pero siguió jugando a la madre.
-¡Muy bien...! Si quiere desaparecer que desaparezca. Ya va a volver cuando las tripas le pidan pescado.
Le pareció suficiente con eso, y se puso a juntar los caracoles que esa noche había

dejado la marea generosa del Lalafke.

Un saludo desde el mar le hizo levantar la cabeza. Wilkilén miró, reconoció al que se acercaba y, por instinto, se estiró la ropa y se arregló el cabello.

-Más hermoso que ayer -pensó.

Y era verdad. Por poca que fuese la belleza que por esos días andaba por el mundo, Welenkín la atraía hacia si. El Brujo de la Tierra llegó a su lado con la ropa empapada.

-Puedo hacer fuego -se ofreció Wilkilén.

-No es necesario, el sol está saliendo -Welenkín miro fijamente a Wilkilén-. ¿Qué haces tú aquí?

-Junto caracoles.

-Es cierto -dijo Welenkín señalando los que la inocente había dejado caer en su afán de hermosearse-. ¿Tu has venido hasta la isla sólo a juntar caracoles cuando todos estamos rodeados de guerra?

Wilkilén bajo la mirada y puso uno de sus pies sobre el otro.

-No solamente a juntar caracoles -balbuceó-. Estoy cuidando a alguien.

Welenkín termino de convencerse de aquello que, hasta ese momento, sólo sospechaba.

"Alguien que lo hará mejor que nadie porque desconoce que lo está haciendo", había dicho Kupuka.

Wilkilén no supo por qué el Brujo de la Tierra la miraba con ojos tan suaves. Y menos todavía por qué la llevó contra su cuerpo frío y la mantuvo abrazada durante un largo rato.

Wilkilén no entendió, pero se llenó de amor. Antes de apartarla, Welenkín la besó como un día lo hizo.

-¡Cuídate! -dijo con los labios pegados a la frente de Wilkilén.

-No te asustes por mí -Wilkilén se soltó del abrazo en el que hubiera deseado quedarse para siempre-. Ella es un poco loca, pero muy buena...

-Ella -repitió el Brujo.

-Si, ella.

-¿Y por qué ha querido ella venir a esta isla? -preguntó Welenkín.

-Cuando se lo pregunto dice cosas extrañas...

-¿Como cuáles?

Cercada por los ojos de bosque, Wilkilén se puso a hablar sin respiro.

-Dice que era su obligación llegar hasta el final del sur para ver que todo estuviese sucediendo según el mandato de un hijo que tiene. La pobre anciana habla siempre de su hijo. A veces parece que lo amara y otras veces... Pero está loca, así que ni tú ni yo debemos hacer caso de sus palabras. Muchas veces la escucho preguntarse en voz alta cuál de los dos, si ella o ese hijo suyo, es más poderoso. También habla de su destino y de su honra... Y así muchas charlatanerías propias de su mala vejez. Pero eso sí, ¡es empecinada como nadie que yo conozca! Creyó con su cabeza que debía venir aquí por una respuesta. Por eso, para cuidarla, yo tuve que seguirle los pasos.

-Y cómo es ella -preguntó Welenkín.

-Ven conmigo para conocerla, ya debe haber regresado de su paseo. Vivimos en aquella roca que llamamos pozo.

Welenkín sintió la tentación de ver, frente a frente, a la madre de Misáianes. Vaciló ante la mano extendida de la inocente, pero recordó la voz tronante de Kupuka.

-Atiende bien, Wilkilén... Tienes que prometerme que no le dirás a tu anciana que me has visto. Si lo hicieras, ocasionarías grandes daños.

-Lo prometo -dijo la inocente, que nunca preguntaba lo innecesario.

Welenkín la tomó por los hombros con firmeza.

-Ella está loca. Sin embargo tú no lo estás y yo tampoco. Estamos en medio de una guerra, Wilkilén. La misma guerra que se llevó a Dulkancellin y a Kume. La misma que se llevó aquellos enormes zapallos que crecían cuando tú eras pequeña, ¿recuerdas?

Wilkilén recordaba.

-Entonces no menciones mi presencia en la isla. Si tú no hablas, y el resto de las criaturas hacen lo suyo, algo será posible.

-Será posible que regresen Dulkancellin y Kume y los zapallos enormes.

Welenkín sonrió.

-Esta niña sueña demasiado -pensó.

Wilkilén no quería que su amor se fuera.

-Podríamos seguir juntando caracoles -inventó.

-No. Ella podría aparecer, y ya sabes que no debe verme.

Welenkín comenzó a andar en dirección opuesta al sitio que la inocente había señalado como su refugio. Wilkilén lo vio alejarse, y no quiso.

-Welenkín! -llamó, abriendo negros sus ojos y blanca su risa para que él viera lo bonita que había nacido.

El Brujo de la Tierra giró a mirarla, y vio una niña diciéndole adiós con las manos arenadas.

Wilkilén no podía saber que aquel Brujo debía esperar más tiempo para enamorarse. Y que sólo lo haría cuando una mujer desmedida y confusa, sin nombre y sin aldea, apareciera en las noches de Los Confines, desapareciera en los amaneceres.

Welenkín sonrió y le dio la espalda. Y sin embargo se alejó con la sensación de que algo quedaba sin saldar. Como si hubiese debido regresar, y destrenzar el cabello de Wilkilén.

Welenkín había llegado a la isla buscando un lugar donde ocultar la Piedra Alba. La guerra se encimaba, y ya no podía llevarla consigo. Era necesario encontrar un sitio que fuera seguro por siglos. Un sitio contra el estropicio de los cataclismos, el escándalo de los ejércitos y la eternidad de las hormigas. Una vez que lo hallara iba a guardar el único recuerdo del paso de los lulus por el mundo: una Piedra Alba de color negro.

Mientras él buscaba el escondite apropiado para ocultar el tesoro de los lulus, Wilkilén regresó al pozo. La anciana estaba esperándola.

-Ya sabía yo que el hambre te traería de regreso.

La Sombra no respondió.

-,;D6nde estuviste escondida? Te llamé cuatro veces hacia los cuatro lados, y nada. Corrí a la playa para ver si estaba nuestra balsa, entonces supe que no te habías marchado. Después me puse a juntar caracoles, y así estuve hasta que... -Wilkilén comprendió que ya no alcanzaba con callarse, hacía falta mentir-. Hasta que recordé tu estómago. ¡Vamos a buscar comida!

-¿Por qué te soltaste el cabello? -preguntó la Sombra.

-Para andar despeinada como tú y parecer tu hija -dijo Wilkilén, y corrió a perdonarla.

La Sombra se dejó abrazar sin resistencia. Y apoyó sobre la cabeza de la inocente una mano tiesa.

-Has crecido un poco esta mañana -dijo.

Un rato después la inocente y la Sombra estaban en la orilla cosechando pequeños animales de la arena para alimentarse. La Sombra se acercó al agua. La inocente llegó a

su lado.

-Pequeña, ¿quién es más grande a tus ojos...? ¿La Muerte o el Odio?

La inocente se quedó pensando si esa seria la respuesta que la anciana tanto buscaba.

-Escucha lo que pienso... Toda criatura se cansa un día de cruzar ríos; entonces pide reposo. Pero no sé de ninguna criatura que se canse de amar, y pida odio. Además, la muerte camina de una vida a otra, y el odio no camina. Así que yo digo que es más grande la muerte, porque los que caminan saben silbar. Y además...

-¡Cállate! -la Sombra habló con tal violencia que los ojos de Wilkilén se desbordaron de llanto.

La Sombra sumergió sus manos en el mar y las restregó sin misericordia para quitarse las líneas azules que Wilkilén le había pintado.

-Ya no te gustan -la inocente hablo con la voz entrecortada.

La anciana Sombra no respondió, y siguió pasándose agua y arena por las palmas. Cuando terminó se secó las manos en su manto. Después las puso frente a sus ojos. Wilkilén se acercó para ver lo que había sucedido. Las manos de la Sombra estaban limpias; salvo por una línea que ni siquiera se había desleído en sus contornos. Azul y perfecta, curvada en la palma izquierda, persistía una línea. Wilkilén aplaudió, porque así de rápido se olvidaba de sus penas.

-¡Buenas noticias! Vieja Kush siempre decía que esa es la línea mejor.

-Cállate -suplicó la Sombra suavemente.

Los husihuilkes que regresaron del desierto llegaron a Los Confines cuando ya habían vuelto las lluvias. Otra temporada de aguas que caerían durante el invierno para limpiar la tierra y multiplicar el bosque.

Aquel año, la fiesta de despedir al sol había tenido triste música y poca concurrencia. Y el intercambio que se realizaba antes de cada temporada de lluvias en el Valle de los Antepasados apenas si había sido de provecho, puesto que tenían solamente lo imprescindible para la subsistencia. Los husihuilkes sabían que la temporada de lluvias sería larga y penosa. En las aldeas de la ladera oeste faltaban muchos vecinos de los que habitualmente moraban en ellas. Faltaban los guerreros que permanecían en el desierto, los guerreros que nunca iban a regresar. Faltaba la mucha gente que había acompañado a los Brujos en su travesía hacia la ladera vecina; y que se quedarían allí por largo tiempo.

-Nuestros niños tendrán que crecer rápido -decían los ancianos-. Y nosotros deberemos tardar en marcharnos si queremos que quede alguien aquí para hacer ruido.

La alegría de ver llegar hombres jóvenes, aunque muchos estuviesen heridos, fue grande en Los Confines.

A diferencia del mundo, la casa de Cucub tenía sus varios habitantes. Kuy-Kuyen había construido nuevas camas, y había tejido mantas. También renovó la brea del techo antes de que empezaran las lluvias. Kuy-Kuyen cuidó el huerto y amasó panes, mientras el sexto hijo crecía en su vientre. Gracias a ese trajinar, la casa de Vieja Kush seguía siendo un buen lugar donde sentarse a comer pan de maíz y oler hierbas buenas puestas al fuego. Afuera podía llover todo lo que el cielo dispusiese; y los relámpagos y los truenos podían asustar si tenían ganas.

En una de las camas nuevas ubicada en la habitación que fuera de Kush, se recuperaba Nanahuatli.

La joven mujer estaba en las aldeas del este cuando el Brujo Halcón le dio el anuncio: el Ahijador veía que Thungür iba a permanecer en el desierto. Thungür era ahora el jefe del ejército, y no podía regresar a Los Confines. Entonces, Nanahuatli enfermó de tristeza de tal modo que no comía ni bebía. En pocos días se puso tan débil que todos temieron por su vida.

-Solamente Kuy-Kuyen podrá consolarla.

-Llévenla a la casa que fue de Thungür, allí encontrará reposo.

Así se hizo. Por primera vez desde que había llegado a aquellas tierras Nanahuatli se separó del Brujo Halcón, y ni siquiera pareció lamentarse porque estaba perdida en una lejanía donde sólo Thungür hablaba. A lomo de animal Nanahuatli cruzó de regreso a Paso de los Remolinos.

En verdad ocurrió como la buena gente lo había dicho: en la casa tibia de su hermana Kuy-Kuyen, rodeada de cuidados y de niños, Nanahuatli comenzó a recuperarse lentamente.

-El niño mayor tiene los mismos ojos de Thungür -eso fue lo primero que dijo. Luego bebió una vasija de leche de cabra y comió pan de maíz.

Cuando Cucub llegó, ella ya era capaz de incorporarse en su camastro y contarles a los niños historias sobre su lejano País del Sol y sobre el príncipe Hoh-Quiu.

-Parece que una breve ausencia es bastante para que alguien me reemplace como contador de cuentos.

Nanahuatli extendió hacia el recién llegado sus delgados brazos. Ella quería que le

contara sobre Thungür.

-Dime, hermano Cucub, qué mensaje te envió para mí -preguntó Nanahuatli.

-Sin duda, tú no sabes en qué aprieto me estás poniendo -Cucub empezaba una de sus actuaciones-. Dicen que mi memoria es prodigiosa, y no se equivocan. Sin embargo, ni mi memoria ha sido capaz de retener las tantas palabras que ese hombre enamorado dejó salir de su corazón.

-¡Cuéntame! -rogó Nanahuatli.

-¡Pero si aquello fue interminable...! -siguió Cucub-. Imagina que yo me acerqué a preguntarle cuál era su mensaje para ti, suponiendo que me diría unas pocas decenas de palabras. ¡Pero este artista se equivocó! Thungür empezó a hablar, y parecía no terminar nunca: que tus ojos y las estrellas, que tu boca y las moras del bosque, que tus trenzas y la noche. Y bla, bla, bla...

-Por favor -pidió Nanahuatli-, recuerda una sola de esas cosas.

-¿Te refieres a que las repita palabra por palabra?

-A eso me refiero.

-¡Déjame pensar...! ¡Ya está! Algo hay que recuerdo con precisión, tal vez porque fue lo último que dijo.

-Dímelo - los ojos de Nanahuatli brillaban.

-Sus palabras fueron estas -Cucub cambió la voz-: Dile que la llevo conmigo.

Detrás, Kuy-Kuyen lo escuchaba con una sonrisa. Sabía de sobra que su esposo estaba mintiendo; lo conocía bien, lo mismo que conocía a su hermano.

-Vamos, Cucub -dijo-. Creo que Nanahuatli debe descansar un poco.

Pero Kuy-Kuyen no estaba librando a su esposo del peso de decir mentiras; le estaba quitando la alegría de crear buenas invenciones.

Y mientras Los Confines trataba de renacer bajo la lluvia, muchas cosas sucedían en el resto del continente.

Drimus, el Doctrinador, había desaparecido junto a su jauría sin dejar rastro. Entre las fuerzas de Misáianes corrieron numerosos rumores que intentaron explicar su desaparición. Algunos decían que permanecía en el desierto ocupado en sus siempre misteriosas tareas. Otros, que había adoptado consistencia de viento para llegar al Amo. Mucho se dijo. Pero todos callaron el alivio de haberse librado del jorobado. Porque, aún en su embotamiento, los sideresios percibían una insalvable diferencia. Drimus estaba en un sitio de la crueldad que ellos no alcanzaban ni a comprender. Drimus compartía con Misáianes el más alto rango de la impiedad.

Sin embargo era urgente advertirle al Amo este suceso. Pero urgente, a través del Yentru de entonces, significaba soles, soles y soles. Mientras tanto, el mando militar ordenó replegarse y preservar la Comarca Aislada y el país de los Señores del Sol.

Los salitrales del desierto marcaban la frontera entre los sideresios y el Venado.

La temporada de lluvias estaba por terminar. La familia de Cucub se reunía para escuchar una historia del cofre de los recuerdos.

Nanahuatli ya se levantaba y aprendía a tejer mantas husihuilkes con ayuda de Wilkilén.

La inocente regresó un día chorreando agua, por eso nadie había notado que estaba llorando.

-Desapareció -dijo-. Me desperté y ella ya no estaba. La busqué por toda la isla y no pude encontrarla.

Kuy-Kuyen le besó la cabeza, la abrigó con una manta calentada al fuego. Wilkilén siguió contando.

-La anciana desapareció sin dejar ni sus pasos marcados en la arena. Debe haberse ido con su hijo. Aunque no sé cómo porque la balsa de madera estaba en la orilla... Por eso pude regresar a casa.

Todos sabían que Wilkilén jamás hubiera podido atravesar ese trecho de mar bajo la

tormenta si algunos más grandes que la tormenta no hubiesen cuidado de ella. Pero todos sabían, también, que no debían preguntarle nada acerca de lo que ocurrido en la isla.

Wilkilén sí hizo sus preguntas... La inocente le preguntó algo a Kupuka, apenas el Brujo estuvo de regreso:

-Kupuka…¿tú crees que volveré a verla?

-Pocas cosas ciertas hay en este mundo -respondió el Brujo-. Pero puedo asegurarte que un día volverás a verla.

Un zapallo asado en mitades y endulzado con miel esperaba en el centro del cuero extendido. Toda la familia se había dispuesto alrededor... Las cucharas de madera entraban y salían del fruto cargadas de la pulpa dulce. Cuando solamente quedaban las cáscaras, Cucub dijo que era el momento de contar la historia del cofre. Kuy-Kuyen se lo acercó. El rito de girarlo para que el destino dispusiera a su antojo los objetos fue realizado con severidad.

Cucub, el más viejo de aquella casa, era el encargado de contar la historia. Introdujo su mano y, como marcaba la tradición husihuilke, sacó lo primero que sus dedos tocaron. Se notó en sus ojos que el zitzahay reconocía el objeto del destino, aún cuando estaba envuelto en un cuero para evitar que las manos que entraran al cofre pudieran dañarse. Eso ocurría porque el objeto era filoso; porque era el cuchillo que, el día de su boda con Kuy-Kuyen, le había regalado Molitzmós.

-¡Y que nieguen la sabiduría del destino! -dijo Cucub-. No creo que haya historia guardada en este cofre que yo pueda relatar tan bien como esta.

Desenvolvió el cuchillo y se lo mostró a todos.

-Se trata de algo que ocurrió hace años del sol y en la Comarca Aislada, el día en que Kuy-Kuyen y yo estábamos de boda.

Todos se acomodaron para el cuento que se avecinaba.

-Resulta que estaba yo ahumando mi ropa con hierbas y estaba cantado, ¡desposar a esta mujer era un buen motivo para cantar!, cuando oí una voz a mis espaldas. Se trataba ni más ni menos que de Molitzmós, el gran traidor...

Afuera de la casa, bajo el nogal que crecía a mitad de camino, una cabra y una anciana escuchaban la historia. Era poco lo que el nogal podía hacer para protegerlos de la lluvia. Sin embargo, a ninguno de los dos parecía importarles demasiado chorrear y chorrear agua.

El pelaje del animal y el de la anciana se parecían mucho: los dos largos, blancos y desgreñados.

La anciana y la cabra se conocían muy bien, y no se temían. Ambos permanecieron en silencio escuchando la historia de Cucub, sin que la familia supiese que ellos estaban allí afuera.

Mucho rato después la historia del cuchillo de bodas llegó a su fin. La anciana y la cabra se miraron hasta que empezó otro amanecer. Es posible que se estuviesen diciendo cosas incomprensibles y absurdas. De pronto, la anciana se irguió como herida.

-Vara, Aro -dijo en voz alta.

La cabra no supo, esta vez, a que se refería la anciana. Pero ella volvió a repetirlo.

-Vara, Aro -dijo la anciana. Y agregó-: Ya es tiempo de que regrese a mi lugar.

En el reino de Misáianes, los vasallos no podían llevar nombre y vivían agrupados en manchas según su oficio. Cada cierta cantidad de noches llegaba un grupo de guardianes del territorio haciendo sonar unas campanillas que despertaban a los hombres de una mancha y los guiaban, en medio de la oscuridad, hasta donde aguardaban mujeres desconocidas.

Los vasallos debían procrear, pero no amarse; debían crecer para realizar los trabajos sin jamás entender quiénes eran.

La caminata apenas clareaba hacia los sitios de trabajo, y la caminata al atardecer hacia las casas de piedra que compartían con otros que se llamaban igual que ellos, era lo único que los vasallos de Misáianes podían esperar de la sucesión de días.

Una mujer, de nombre escardadora, se inclinaba sobre sus hijos. Eran dos; varón y hembra que habían nacido del mismo parto. Las mujeres que compartían con ella esa casa dormían en jergones desparramados por el suelo. La mayoría se quejaba en sueños. La mujer vio que una de ellas se rascaba muy fuerte debajo de la nuca. Se le acercó y tomó una punta de su cabellera, que se levantó en una sola maraña. Debajo, en la base del cuello, aparecieron las ronchas lastimadas. "Escardadora con sarna", pensó la escardadora.

Ella sabía que muy pronto se terminaría el tiempo de alimentar al varón y a la hembra que aún no tenían nombre porque no tenían oficio. A lo mejor por eso los miraba dormir, y de vez en cuando se acercaba a ellos y los olfateaba. Algo le dolía adentro, pero la mujer no sabía si ese dolor tenía nombre. Tampoco sabía si otras mujeres lo habían sentido, porque nunca había hablado con ellas sobre el último tiempo de amamantar niños que habían crecido adentro, en el mismo lugar donde ahora sentía el dolor tan punzante. Saltó sobre sus niños para volver a olerlos. Después se sentó junto a ellos. Hacía mucho tiempo que no recordaba; así que al principio las imágenes fueron borrosas. Finalmente su memoria se detuvo en la noche en que los había engendrado. Las campanillas de los guardianes la habían despertado en medio de una habitación de piedra iluminada con brasas. Supo de inmediato que traían hombres, y sólo se quedó esperando que alguno la buscara, como otras veces había ocurrido. Pero el hombre que llegó a su jergón le apartó el cabello para verle el rostro. Sus manos no eran ásperas como las de los vasallos que habían llegado en noches anteriores. Y tampoco brutales ni ansiosas. El hombre tenía unos ojos azules y luminosos que la escardadora no pudo olvidar. Como tampoco las palabras que le dijo antes de marcharse para siempre.

-Ellos nacerán para la resistencia. ¡Bautízalos, escardadora!

Amanecía cuando la mujer comprendió que casi no tenia tiempo.

En el reino de Misáianes, las mujeres de la clase de los vasallos criaban a sus hijos durante breve tiempo. Luego los guardianes se los llevaban, y nadie sabía adónde. Solamente sabían que, apenas crecidos lo suficiente, los niños eran destinados a una mancha distinta de la del hombre y la mujer que los habían engendrado. Allí se confundían sin remedio en la sucesión de días, con otros muchos que se llamaban como ellos.

La mujer rasgó un pedazo de su falda, cortó dos tiras y amordazó con firmeza a los

niños. Caminó con cuidado entre las escardadoras dormidas. Si alguna la veía iba a delatarla a los guardianes a cambio de cualquier miserable recompensa. Cuando llegó junto al brasero, se agachó y metió el atizador entre los carbones encendidos. El amanecer que empezaba en el horizonte se parecía al atizador ardiente; eso pensó la mujer, y se sonrió sin sospechar que estaba naciendo.

Con el hierro al rojo se acercó a los niños, que tenían el llanto cortado por la mordaza. Tomó primero a la que era hembra. Le desenvolvió el trapo que la cubría y tocó con el hierro la parte alta del muslo derecho. Enseguida buscó al varón, y le marcó el extremo circular del atizador en el muslo izquierdo.

La marca en la carne de la hija era una profunda línea recta.

-Vara -dijo la mujer.

En la pierna del varón, en cambio, se había marcado el contorno del extremo circular y cóncavo del hierro.

-Aro -dijo la mujer.

Los niños se retorcían en un llanto silencioso. Ella les lamió las quemaduras, y luego las cubrió con nuevos jirones que arrancó de su ropa. Ahora sólo debía esperar que las heridas alcanzaran a sanar antes de que llegaran los guardianes con sus tablillas de madera blanda en las que tachaban: dos hijos de escardadora, retirados.

En el territorio de Misáianes se habían celebrado dos bautismos. Los primeros desde que el hijo de la Muerte se había sentado en el trono.

Ya es tiempo de que regrese a mi lugar, dijo la anciana. La pobre anciana habla siempre de su hijo, dijo Wilkilén. Wilkilén ha partido por necesidad de esta guerra, dijo Kupuka. ¡Ayúdame, hermano Kupuka, estoy prisionero!, dijo Zabralkán. Vuela paloma, y regresa con más luz porque todo cuanto dice Zabralkan me sume en la oscuridad más honda, dijo Thungür. Thungür, yo sangré ese camino con mis plantas, dijo Nanahuatli. Mañana mandaré retirar a Nanahuatli del Templo de las Vírgenes, dijo Hoh-Quiu. Hoh-Quiu, el príncipe derrotado, es un cráneo donde anidan cuervos, dijo Drimus. Y Drimus se quedó entre los perros, dijo Misáianes.

A espaldas de un monte de las Tierras Antiguas, se celebraron dos bautismos.

-Vara, Aro -dijo una madre.

Índice

Parte 1

Parte 2

Parte 3